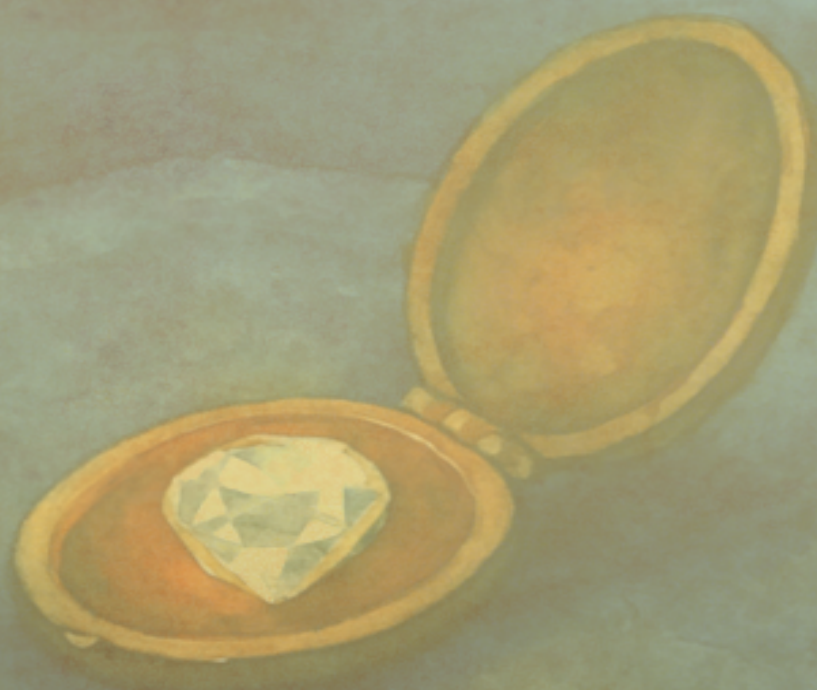


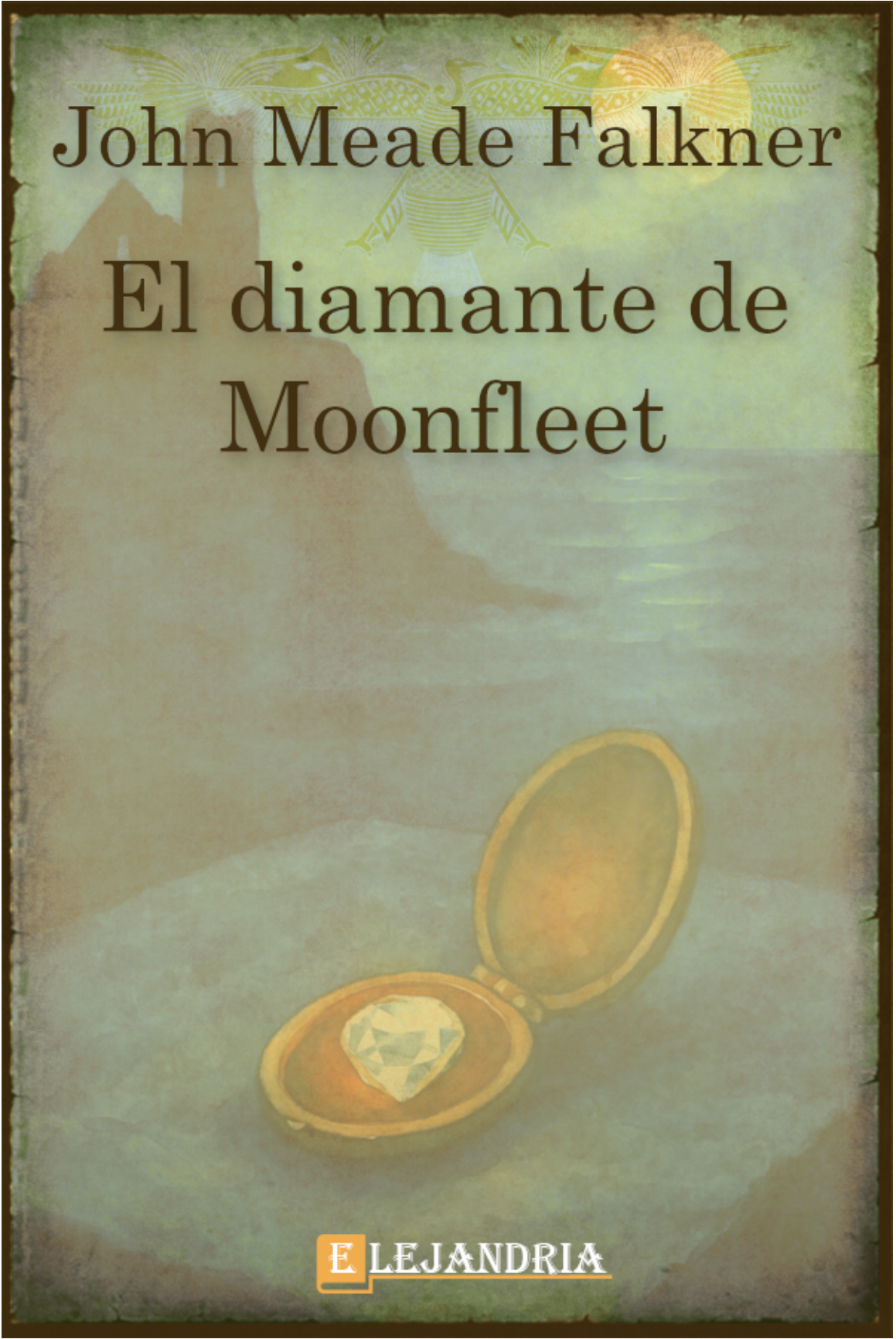


John Meade Falkner

El diamante de
Moonfleet



E LEJANDRIA

The background of the cover is a textured, painterly illustration. At the top, a sunburst or starburst motif is rendered in a golden-yellow hue. Below it, a large, dark, shadowy figure, possibly a person or a creature, is visible on the left side. The central part of the cover is dominated by the title text. In the lower half, there is a detailed illustration of an open, golden-colored box or jewelry case. Inside the box, a large, faceted diamond is prominently displayed. The overall color palette is muted, with greens, blues, and browns, giving it an antique or classic feel.

John Meade Falkner

El diamante de
Moonfleet

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL DIAMANTE DE MOONFLEET

JOHN MEADE FALKNER

PUBLICADO: 1898

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: THOMAS NELSON AND SONS, LONDON,
1909**

CAPÍTULO I

EN LA ALDEA DE MOONFLEET

«Así duerme el orgullo de días pasados». —Moore.

La aldea de Moonfleet se encuentra a media milla del mar, en la orilla derecha u oeste del arroyo Fleet. Este riachuelo, que a su paso por las casas es tan estrecho que he conocido a un buen saltador capaz de cruzarlo sin pértiga, se ensancha en marismas saladas más abajo de la aldea y finalmente se pierde en un lago de agua salobre. El lago no sirve para nada, excepto para las aves marinas, las garzas y las ostras, y forma un lugar como el que en las Indias llaman laguna, pues está separado del Canal abierto por una monstruosa y gran playa o dique de guijarros, del cual hablaré más adelante. Cuando era niño, pensaba que este lugar se llamaba Moonfleet porque en las noches tranquilas, ya fuera en verano o en las heladas de invierno, la luna brillaba intensamente sobre la laguna; pero más tarde supe que no era sino una abreviatura de «Mohunefleet», por los Mohune, una gran familia que en otro tiempo fue señora de todas estas tierras.

Mi nombre es John Trenchard, y tenía quince años cuando comienza esta historia. Mi padre y mi madre habían muerto hacía años, y yo vivía con mi tía, la señorita Arnold, quien era amable conmigo a su manera, pero demasiado estricta y precisa como para que llegara a quererla.

Hablaré primero de una tarde de otoño del año 1757. Debía de ser a finales de octubre, aunque he olvidado la fecha exacta, y yo estaba sentado en el pequeño salón delantero leyendo después del té. Mi tía tenía pocos libros —una Biblia, un Libro de Oración Común y algunos volúmenes de sermones son todo lo que puedo recordar ahora—, pero el reverendo señor Glennie, que nos enseñaba a los niños de la aldea, me había prestado un libro de cuentos, lleno de interés y aventura, llamado *Las mil y una noches*. Finalmente, la luz comenzó a escasear, y no me disgustó en absoluto dejar de leer por varias razones: primero, el salón era una habitación fría con sillas y un sofá de crin, y solo una pantalla de papel de colores en la chimenea, pues mi tía no permitía encender fuego hasta el primero de noviembre; segundo, había un fuerte olor a sebo derretido en la casa, ya que mi tía estaba sumergiendo velas de invierno en armazones en la cocina trasera; tercero, había llegado a una parte de *Las mil y una noches* que me dejaba sin aliento y me hacía desear abandonar la lectura por la pura ansiedad de la expectación. Era ese punto en la historia de la «Lámpara maravillosa» donde el falso tío deja caer una piedra que sella la boca de la cámara subterránea y encierra al muchacho, Aladino, en la oscuridad, porque no quiso entregar la lámpara hasta estar a salvo en la superficie. Esta escena me recordó una de esas espantosas pesadillas en las que soñamos que estamos encerrados en una pequeña habitación cuyas paredes se cierran sobre nosotros, y me impresionó tanto que su recuerdo me sirvió de advertencia en una aventura que me ocurrió más tarde.

Así que dejé de leer y salí a la calle. Era una calle pobre en el mejor de los casos, aunque sin duda en otro tiempo había sido más distinguida. Ahora, no había ni doscientas almas en Moonfleet, y, sin embargo, las casas que las albergaban se extendían tristemente a lo

largo de media milla, dispuestas a intervalos a ambos lados del camino. Nada se hacía nuevo en la aldea; si una casa necesitaba una reparación urgente, se derribaba, y así había huecos desdentados en la calle, y jardines abandonados con muros derruidos, y muchas de las casas que aún quedaban en pie parecían no poder aguantar mucho más.

El sol se había puesto; de hecho, ya estaba tan oscuro que el extremo inferior o del lado del mar de la calle se perdía de vista. Había una ligera niebla o una voluta de humo en el aire, con un olor a hierbas quemadas, y esa primera sensación helada del otoño que nos hace pensar en fuegos resplandecientes y en la comodidad de las largas noches de invierno por venir. Todo estaba muy silencioso, pero podía oír el golpeteo de un martillo más abajo en la calle, y me acerqué a ver qué ocurría, pues en Moonfleet no teníamos más oficios que el de la pesca. Era Ratsey, el sacristán, trabajando en un cobertizo que daba a la calle, grabando una lápida con un mazo y un cincel. Había sido albañil antes que pescador, y era hábil con sus herramientas; de modo que si alguien quería una lápida en el cementerio, acudía a Ratsey para que se la hiciera. Me asomé por la media puerta y lo observé un minuto, mientras picaba con el cincel a la mala luz de un farol; entonces él levantó la vista y, al verme, dijo:

—Anda, John, si no tienes nada que hacer, entra y sujétame el farol; es cosa de media hora terminarlo todo.

Ratsey siempre era amable conmigo, y me había prestado un cincel muchas veces para hacer barcos; así que entré y sostuve el farol, observándolo mientras desprendía los trozos de piedra de Portland con el cincel, y parpadeando cuando saltaban demasiado cerca de mis ojos. La inscripción estaba completa, pero él estaba dando los toques finales a una pequeña escena marina tallada en la parte superior de la piedra, que mostraba una goleta abordando un cúter. En aquel momento me pareció un trabajo excelente, pero ahora sé que era bastante tosco; de hecho, podéis verlo por vosotros mismos en el cementerio de Moonfleet hoy en día, y leer

también la inscripción, aunque está amarillenta por el liquen y no tan clara como aquella noche. Dice así:

SAGRADO A LA MEMORIA

DE

DAVID BLOCK

De 15 años, que murió por un disparo de la goleta *Elector* el 21 de junio de 1757.

De vida privado (por cruel designio),
con mi arcilla hermana ahora me fundo.

En la fe de Dios yo me reclino
para que me salve en el Día del Juicio.

Allí también tú, hombre cruel, comparecerás;
arrepíentete antes de que sea tarde,
o teme una terrible sentencia,
pues Dios mi destino vengará.

El reverendo señor Glennie escribió los versos, y yo me los sabía de memoria, pues me había dado una copia; de hecho, toda la aldea había resonado con la historia de la muerte de David, y todavía estaba en boca de todos. Era el único hijo de Elzevir Block, que regentaba la posada Why Not al final de la aldea, y estaba con los contrabandistas cuando su queche fue abordado aquella noche de junio por la goleta del Gobierno. La gente decía que había sido el magistrado Maskew, de la casa solariega de Moonfleet, quien había puesto a los hombres de Rentas sobre la pista, y en cualquier caso, él estaba a bordo del *Elector* cuando alcanzó al queche. Hubo un amago de lucha cuando las embarcaciones se pusieron una al lado de la otra, y Maskew sacó una pistola y la disparó en la cara del joven David, con solo las dos regalas de por medio. En la tarde del día de San Juan, el *Elector* trajo el queche a Moonfleet, y un pelotón

de alguaciles estaba allí para llevarse a los contrabandistas a la cárcel de Dorchester. Los prisioneros subieron penosamente por la aldea, encadenados de dos en dos, mientras la gente se quedaba en sus puertas o los seguía, los hombres saludándolos con una palabra amable —pues a la mayoría los conocíamos como hombres de Ringstave y Monkbury— y las mujeres compadeciéndose de sus esposas. Pero dejaron el cuerpo de David en el queche, así que el muchacho pagó cara su correría nocturna.

—Ay, fue algo cruel, muy cruel, disparar a un muchacho tan joven —dijo Ratsey, dando un paso atrás para estudiar el efecto de una bandera que estaba cincelando en la goleta de Rentas—. Y es probable que los otros pobres diablos capturados tengan problemas, porque el abogado Empson dice que tres de ellos seguramente serán ahorcados en el próximo tribunal. Recuerdo —continuó—, hace treinta años, cuando hubo una pequeña refriega entre el *Royal Sophy* y el *Marnhull*, ahorcaron a cuatro de los contrabandistas, y mi anciano padre se cogió un resfriado de muerte por ir a ver cómo despachaban a los pobres en Dorchester, y por estar con el agua hasta las rodillas en el río Frome para poder verlos; porque todo el campo estaba allí, y había tal gentío que no había sitio en tierra. Anda, ya basta —dijo, volviéndose de nuevo hacia la lápida—. El lunes pintaré las portas de negro y le daré una mano de rojo a la bandera. Y ahora, hijo, me has ayudado con el farol; así que baja al Why Not, y allí hablaré un rato con Elzevir, que buena falta le hace la conversación de amigos para animarse, y te encontraremos un vaso de ginebra para quitar el frío del otoño.

Yo no era más que un muchacho, y consideré un gran honor ser invitado al Why Not; pues, ¿acaso tal invitación no me elevaba de inmediato a la dignidad de la hombría? ¡Ah, dulce niñez, qué ansiosos estamos de muchachos por abandonarte; con qué pesar te recordamos antes de que nuestra carrera de hombres haya llegado a la mitad! Sin embargo, mi placer no estaba exento de sinsabor, pues temía siquiera pensar en lo que diría tía Jane si supiera que había estado en el Why Not; y además de eso, sentía pavor del viejo y

sombrío Elzevir Block, mil veces más sombrío y triste desde la muerte de David.

Why Not no era el verdadero nombre de la posada; propiamente se llamaba Mohune Arms. Los Mohune, como he dicho, habían sido dueños de toda la aldea; pero sus fortunas decayeron, y con ellas decayó la fortuna de Moonfleet. Las ruinas de su mansión se veían grises en la ladera sobre la aldea; su asilo de caridad se encontraba a mitad de la calle, con el patio desierto e invadido por la maleza; la imagen y la inscripción de los Mohune estaban en todo, desde la iglesia hasta la posada, y todo lo que la llevaba estaba también marcado con la inscripción de la decadencia. Y aquí es necesario que diga unas palabras sobre este emblema familiar; pues, como veréis, estaba destinado a llevarlo toda mi vida, y llevaré su impronta conmigo hasta la tumba. El escudo de los Mohune era blanco liso o plateado, y no llevaba nada más que una gran «Y» negra. La llamo «Y», aunque el reverendo señor Glennie me explicó una vez que no era una «Y» en absoluto, sino lo que los heraldos llaman un *pall*. *Pall* o no *pall*, a todas luces parecía una «Y» negra, con un brazo ancho que terminaba en cada una de las esquinas superiores del escudo, y la cola que bajaba hasta la parte inferior. Podías ver ese emblema tallado en la casa solariega, y en la cantería y la carpintería de la iglesia, y en una veintena de casas de la aldea, y colgaba del letrero sobre la puerta de la posada. Todo el mundo conocía la «Y» de los Mohune a millas a la redonda, y como un antiguo posadero había llamado a la posada Why Not (¿Por qué no?) en broma, el nombre se le había quedado desde entonces.

Más de una vez, en las tardes de invierno, cuando los hombres bebían en el Why Not, me había quedado fuera y los había escuchado cantar *Ducky-stones*, o *Kegs bobbing One, Two, Three*, o algunas de las otras melodías que cantan los marineros en el oeste. Tales canciones no tenían ni principio ni fin, y muy poco sentido al que aferrarse en el medio. Un hombre tarareaba la melodía, y los demás tarareaban un coro solemne; pero se bebía poco, pues Elzevir Block nunca se emborrachaba y tampoco le gustaba que sus clientes lo hicieran. En las noches de canto, la sala se calentaba, y el vaho se

condensaba tanto en los cristales por dentro que no se podía ver; pero otras veces, cuando no había compañía, he espiado a través de las cortinas rojas y he visto a Elzevir Block y a Ratsey jugando al backgammon en la mesa de caballetes junto al fuego. Fue en la mesa de caballetes donde Block había tendido después el cuerpo sin vida de su hijo, y algunos decían que habían mirado por la ventana de noche y habían visto al padre intentando lavar la sangre apelmazada del pelo rubio del muchacho, y le habían oído gemir y hablarle a la arcilla sin vida como si pudiera entender. De cualquier modo, poco se había bebido en la posada desde entonces, pues Block se volvió cada vez más silencioso y huraño. Nunca había buscado clientes, y ahora miraba con ceño a cualquiera que entrara, de modo que los hombres consideraban el Why Not un lugar maldito, y se iban a beber a las Three Choughs en Ringstave.

Se me subió el corazón a la boca cuando Ratsey levantó el pestillo y me introdujo en el salón de la posada. Era una habitación baja, con el suelo cubierto de arena, sin más luz que un fuego de leña de mar en el hogar, que ardía claro y límpido con llamas azules de sal. Había mesas a cada extremo de la sala, y sillas de asiento de madera alrededor de las paredes, y en la mesa de caballetes junto a la chimenea estaba sentado Elzevir Block, fumando una larga pipa y mirando el fuego. Era un hombre de cincuenta años, con una mata de pelo entrecano, un rostro ancho pero no desagradable, de rasgos regulares, cejas pobladas y la frente más hermosa que he visto en mi vida. Su complexión era robusta, y todavía inmensamente fuerte; de hecho, la comarca estaba llena de historias sobre su extraña destreza o resistencia. Los Block habían sido posaderos en el Why Not —padre e hijo durante años—; pero la madre de Elzevir provenía de los Países Bajos, y de ahí le venía su nombre extranjero y su habilidad para hablar holandés. Pocos hombres sabían mucho de él, y la gente a menudo se preguntaba cómo mantenía el Why Not con tan poca clientela como por allí pasaba. Sin embargo, nunca parecía faltarle el dinero; y si a la gente le encantaba contar historias de su fuerza, también hablaban de viudas ayudadas y enfermos

consolados con regalos anónimos, e insinuaban que algunos de ellos provenían de Elzevir Block, por muy sombrío y silencioso que fuera.

Se dio la vuelta y se levantó cuando entramos, y mis temores me llevaron a pensar que su rostro se ensombreció al verme.

—¿Qué quiere este chico? —le dijo bruscamente a Ratsey.

—Quiere lo mismo que yo, y eso es un vaso de *leche del Ararat* para quitar el frío del otoño —respondió el sacristán, acercando otra silla a la mesa de caballetes.

—La leche de vaca es mejor para niños como él —fue la respuesta de Elzevir, mientras cogía dos brillantes candelabros de latón de la repisa de la chimenea, los ponía sobre la mesa y encendía las velas con una astilla ardiendo del hogar.

—John no es un niño; tiene la misma edad que David, y viene de ayudarme a terminar la lápida de David. Ya está terminada, salvo la pintura de los barcos, y si Dios quiere, para el lunes por la noche la tendremos bien puesta en el cementerio; y entonces el pobre muchacho podrá descansar en paz, sabiendo que tiene sobre él la mejor obra del maestro Ratsey, y los versos del párroco para exponer cuán vergonzosamente encontró su fin.

Me pareció que Elzevir se ablandaba un poco mientras Ratsey hablaba de su hijo, y dijo:

—Sí, David descansa en paz. Son los que lo llevaron a su fin quienes no descansarán en paz cuando les llegue la hora. Y puede que llegue antes de lo que piensan —añadió, hablando más para sí mismo que para nosotros.

Sabía que se refería al señor Maskew, y recordé que algunos habían advertido al magistrado que sería mejor que se mantuviera alejado de Elzevir, pues no se sabía lo que un hombre desesperado podría hacer. Y sin embargo, los dos se habían encontrado desde entonces en la calle de la aldea, y no había pasado nada peor que una mirada ceñuda de Block.

—¡Bah, hombre! —interrumpió el sacristán—. Fue el acto más infame que jamás se haya cometido; pero no dejes que tu mente se obsesione con ello, ni pienses en cómo podrías vengarte. Déjalo en manos de la Providencia; pues Aquel cuya sabiduría permite que tales cosas sucedan, seguramente se encargará de que reciban su merecido. «Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor». —Y se quitó el sombrero y lo colgó en una percha.

Block no respondió, pero puso tres vasos sobre la mesa y luego sacó de un armario una pequeña botella redonda de cuello largo, de la que sirvió un vaso para Ratsey y para él. Luego llenó el tercero hasta la mitad y me lo empujó por la mesa, diciendo:

—Toma, bébelo, muchacho, si quieres; no te hará ningún bien, pero puede que no te haga ningún mal.

Ratsey levantó su vaso casi antes de que estuviera lleno. Olfateó el licor y chasqueó los labios.

—¡Oh, rara leche del Ararat! —dijo—. Es dulce y fuerte como la que avergonzó a Noé. Y ahora, trae el tablero de backgammon, John, y ponlo para nosotros sobre la mesa.

Así que se pusieron a jugar, y yo di un sorbo furtivo al licor, pero casi me atraganto, al no estar acostumbrado a las bebidas fuertes y encontrarlo embriagador y ardiente en la garganta. Ninguno de los dos hombres hablaba, y no se oía más sonido que el constante traqueteo de los dados y el roce de las fichas al moverse por el tablero. De vez en cuando, uno de los jugadores se detenía para encender su pipa; y al final de una partida, anotaban sus totales en la mesa con un trozo de tiza. Así los observé durante una hora, conociendo yo mismo el juego y estando interesado en ver el tablero de backgammon de Elzevir, del que había oído hablar antes.

Había formado parte del mobiliario del Why Not durante generaciones de posaderos, y quizás sirvió para pasar el tiempo a los caballeros de las Guerras Civiles. Todo era de roble, negro y pulido, tablero, cubiletes y fichas; pero alrededor del borde corría una inscripción en latín con incrustaciones de madera clara, que leí

esa primera noche, pero que no comprendí hasta que el señor Glennie me la tradujo. Tuve motivos para recordarla después, así que la transcribiré aquí en latín para aquellos que conocen esa lengua: *Ita in vita ut in lusu aleæ pessima jactura arte corrigenda est*; y en castellano, como la tradujo el señor Glennie: *Como en la vida, así en un juego de azar, la habilidad puede sacar provecho de la peor de las tiradas*.

Finalmente, Elzevir levantó la vista y me habló, no sin amabilidad:

—Muchacho, es hora de que te vayas a casa. Dicen que Barbanegra se pasea en las primeras noches de invierno, y algunos se lo han encontrado cara a cara entre esta casa y la tuya.

Vi que quería deshacerse de mí, así que les di las buenas noches a ambos y me fui a casa, corriendo todo el camino, aunque no por miedo a Barbanegra, pues Ratsey me había dicho a menudo que no había posibilidad de encontrarlo a menos que se pasara por el cementerio de noche.

Barbanegra era uno de los Mohune que había muerto un siglo atrás, y estaba enterrado en la cripta bajo la iglesia, con otros de su familia, pero no podía descansar allí, ya fuera, como decían algunos, porque siempre estaba buscando un tesoro perdido, o como otros, por su extrema maldad en vida. Si esta última era la verdadera razón, debió de ser realmente malo, pues los Mohune han muerto antes y después de su día lo suficientemente malvados como para hacerle compañía a cualquiera en su cripta o en cualquier otro lugar. Los hombres sostenían que en las oscuras noches de invierno se podía ver a Barbanegra con una linterna anticuada cavando en busca de un tesoro en el cementerio; y los que pretendían saberlo decían que era el más alto de los hombres, con una barba negra y espesa, un rostro cobrizo y unos ojos tan malvados que cualquiera que se encontrara con su mirada una vez, moriría en el plazo de un año. Sea como fuere, pocos en Moonfleet no preferirían dar un rodeo de diez millas antes que acercarse al cementerio después del anochecer; y una vez que Cracky Jones, un pobre demente, fue

encontrado allí una mañana de verano, muerto sobre la hierba, se pensó que se había encontrado con Barbanegra durante la noche.

El señor Glennie, que sabía más de estas cosas que nadie, me dijo que Barbanegra no era otro que un tal coronel John Mohune, fallecido hacía unos cien años. Sostenía que el coronel Mohune, en las terribles guerras contra el rey Carlos I, había abandonado la lealtad de su casa y apoyado la causa de los rebeldes. Así, siendo nombrado gobernador del castillo de Carisbrooke por el Parlamento, se convirtió allí en el carcelero del rey, pero fue infiel a su cometido. Pues el rey, llevando constantemente escondido en su persona un gran diamante que una vez le había regalado su hermano el rey de Francia, Mohune se enteró de esta joya y prometió que si se la daban, haría la vista gorda a la huida de Su Majestad. Entonces este hombre malvado, habiendo aceptado el soborno, traiciona de nuevo, llega con un pelotón de soldados a la hora señalada para la huida del rey, encuentra a Su Majestad escapando por una ventana, lo lleva a una celda más estricta e informa al Parlamento que la huida del rey solo fue impedida por la vigilancia del coronel Mohune. Pero qué cierto, como decía el señor Glennie, que no debemos envidiar a los impíos, ni al hombre que sigue los malos consejos. La sospecha recayó sobre el coronel Mohune: fue destituido de su cargo de gobernador y regresó a su hogar en Moonfleet. Allí vivió recluido, despreciado por ambos partidos del Estado, hasta que murió, aproximadamente en la época de la feliz Restauración del rey Carlos II. Pero incluso después de su muerte no pudo descansar; pues se decía que había escondido en algún lugar aquel tesoro que le dieron para permitir la huida del rey, y que, no atreviéndose a reclamarlo, había dejado que el secreto muriera con él, y por eso tenía que salir de su tumba para intentar recuperarlo. El señor Glennie nunca quiso decir si creía o no en la historia, señalando que las apariciones de espíritus tanto buenos como malos se relatan en las Sagradas Escrituras, pero que el cementerio era un lugar improbable para que el coronel Mohune buscara su tesoro; pues si hubiera estado enterrado allí, habría tenido cien oportunidades de desenterrarlo en vida. Sea como fuere, aunque yo era valiente como un león de día, y

de hecho solía frecuentar el cementerio porque desde allí se tenía la vista más amplia del mar, ninguna recompensa me habría llevado allí de noche. Y yo mismo no carecía de algún testimonio de la historia, pues habiendo tenido que caminar hasta Ringstave a buscar al doctor Hawkins la noche en que mi tía se rompió la pierna, tomé el sendero a lo largo de la colina que domina el cementerio a una milla de distancia; y desde allí, con toda certeza, vi una luz moviéndose de un lado a otro cerca de la iglesia, donde ningún hombre honrado podría estar a las dos de la madrugada.

CAPÍTULO II

LAS INUNDACIONES

«Cayeron los diques con ruina y estruendo,
voló la espuma por doquier,
se desataron las potentes crecidas
y el mundo entero se sumió en el mar».

Jean Ingelow.

El tres de noviembre, pocos días después de aquella visita al Why Not, el viento, que había estado soplando del sudoeste, comenzó a levantarse sobre las cuatro de la tarde en súbitas y fuertes ráfagas. Los grajos habían estado cayendo en picado toda la mañana, así que sabíamos que se avecinaba mal tiempo; y cuando salimos de la escuela que el señor Glennie nos daba en el salón del viejo asilo, volaban briznas de paja, e incluso alguna teja suelta, de los tejados, y los niños cantaban:

«Sopla, viento, ruge, tormenta,
barco en la orilla antes de que amanezca».

Es una rima pagana que ha llegado de otros tiempos peores; pues aunque no digo que un naufragio en la playa de Moonfleet no fuera considerado a veces como una bendición del cielo, espero que ninguno de nosotros fuera tan malvado como para *desear* que un barco naufragara para poder participar en el botín. De hecho, he visto a los hombres de Moonfleet arriesgar sus propias vidas cien veces para salvar las de los marineros náufragos, como cuando el *Darius*, un buque de las Indias Orientales, encalló; es más, incluso los pobres cadáveres anónimos arrastrados por el mar tenían asegurada una sepultura cristiana, o quizás una de las lápidas del maestro Ratsey para indicar sexo y fecha, como puede verse en el cementerio hoy en día.

Nuestra aldea se encuentra cerca del centro de la bahía de Moonfleet, una gran ensenada de veinte millas de ancho, y una trampa mortal para los marineros que suben por el Canal con un vendaval del sudoeste. Porque con ese viento soplando fuerte del sur, si no puedes doblar el cabo *Snout*, con toda seguridad acabarás en la costa; y muchos buenos barcos que no lograron rodear ese punto han navegado de un lado a otro de la bahía todo el día, para terminar en la playa al atardecer. Y una vez en la playa, el mar tiene poca piedad; pues el agua es profunda hasta la misma orilla, y las olas rompen con toda su fuerza sobre los guijarros con un peso que ninguna cuaderna puede resistir. Entonces, si los pobres infelices intentan salvarse, hay una resaca mortal o un retroceso del agua que los arrastra, quitándoles el apoyo, y los devuelve bajo las estruendosas olas. Es ese rumor de los guijarros al retroceder lo que se puede oír a millas tierra adentro, incluso en Dorchester, en noches tranquilas mucho después de que los vientos que lo causaron se hayan calmado, y que hace que la gente se dé la vuelta en la cama y dé gracias a Dios por no estar luchando contra el mar en la playa de Moonfleet.

Pero aquel tres de noviembre no hubo naufragio, solo un viento como nunca antes había conocido, y solo una vez desde entonces. Durante toda la noche, la tempestad arreció, y creo que nadie en Moonfleet se acostó; pues había tal rotura de tejas y cristales, tal

estrépito de puertas y tal traqueteo de contraventanas, que no era posible dormir, y además temíamos que las chimeneas cayeran y nos aplastaran. El viento sopló con más fuerza sobre las cinco de la mañana, y entonces algunos corrieron por la calle gritando un nuevo peligro: que el mar estaba rompiendo sobre la playa y que todo el lugar corría el riesgo de inundarse. Algunas de las mujeres querían huir de inmediato y subir a la colina; pero el maestro Ratsey, que iba de un lado a otro con otros para consolar a la gente, pronto nos demostró que la parte alta de la aldea estaba tan elevada que si el agua llegaba hasta allí, quién sabe si no cubriría la propia Ridgedown. Pero entre que era una marea viva y que el mar rompía limpiamente sobre la gran playa exterior de guijarros —algo que no había ocurrido en cincuenta años—, se acumuló tanta agua en la laguna que esta se desbordó e inundó todas las praderas marinas, e incluso el extremo inferior de la calle. Así, cuando amaneció, el cementerio estaba inundado, aunque se encontraba en terreno elevado, y la propia iglesia se alzaba como una pequeña y escarpada isla, y el agua sobrepasaba el umbral de la puerta del Why Not; aunque Elzevir Block no se movió, diciendo que no le importaba si el mar se lo llevaba. Fue una maravilla que duró solo nueve horas, pues el viento amainó muy de repente; el agua comenzó a retroceder, el sol brilló con fuerza, y antes del mediodía la gente salió a las puertas para ver las inundaciones y hablar de la tormenta. La mayoría decía que nunca había habido un viento tan fiero, pero algunos de los más viejos hablaban de uno en el segundo año de la reina Ana, y aseguraban que había sido igual o peor. Pero fuera peor o no, esta tormenta fue un asunto de gran importancia para mí, y cambió el curso de mi vida, como oiréis.

He dicho que las aguas subieron tanto que la iglesia destacaba como una isla; pero retrocedieron rápidamente, y el señor Glennie pudo officiar el servicio el domingo siguiente por la mañana. Poca gente acudía a la iglesia de Moonfleet en cualquier época; pero menos aún vinieron aquella mañana, pues las praderas entre la aldea y el cementerio estaban mojadas y cenagosas por el agua. Había jirones de algas enredados en las mismas lápidas, y contra el

muro exterior del cementerio se amontonaba un gran banco de ellas, del que emanaba un olor salado y rancio, como el de un huevo de arao, que siempre queda en el aire después de que un vendaval del sudoeste haya sembrado la costa de restos del mar.

Esta iglesia es tan grande como cualquier otra que haya visto, y está dividida en dos partes por un coro de piedra en el medio. Quizás Moonfleet fue en otro tiempo un lugar grande, y entonces es probable que hubiera gente para llenar tal iglesia, pero desde que yo la conozco, nadie ha rezado nunca en la parte llamada la nave. Esta porción occidental estaba completamente vacía, más allá de unas pocas tumbas antiguas y un escudo real de la reina Ana; el pavimento también estaba húmedo y musgoso, y había manchas verdes en las paredes blancas por donde se había filtrado la lluvia. Así que el puñado de gente que venía a la iglesia se alegraba de pasar al otro lado del coro, al presbiterio, donde al menos los suelos de los bancos estaban entarimados y los paneles de roble protegían de las corrientes de aire.

Ahora bien, aquel domingo por la mañana solo había tres o cuatro, creo, además del señor Glennie, Ratsey y la media docena de muchachos que éramos, que cruzamos las praderas pantanosas sembradas de musarañas y topos ahogados. Ni siquiera mi tía estaba en la iglesia, impedida por una migraña; pero una sorpresa esperaba a los que sí fueron, pues allí, en un banco para él solo, estaba sentado Elzevir Block. La gente lo miraba fijamente al entrar, pues nadie le había visto nunca ir a la iglesia; algunos decían en la aldea que era católico, y otros, un infiel. Fuera como fuese, allí estaba aquel día, quizás deseando mostrar su favor al párroco que había escrito los versos para la lápida de David. No hizo caso a nadie, ni intercambió saludos con los que entraban, como era costumbre en la iglesia de Moonfleet, sino que mantuvo los ojos fijos en un libro de oraciones que sostenía en la mano; aunque no podía estar siguiendo al clérigo, pues nunca pasó la página.

La iglesia estaba tan húmeda por las inundaciones que el maestro Ratsey había encendido un fuego en el brasero que estaba al fondo,

pero que no solía encenderse hasta que el invierno había comenzado de verdad. Nosotros, los muchachos, nos sentamos lo más cerca posible del brasero, pues el frío húmedo subía de las losas, y además, estábamos tan lejos del clérigo y tan bien ocultos por los respaldos de roble, que podíamos hornear una manzana o asar una castaña sin mucho temor a ser descubiertos. Pero aquella mañana había algo más que distraía nuestros pensamientos, pues antes de que el servicio hubiera empezado bien, nos dimos cuenta de un extraño ruido bajo la iglesia. La primera vez que se oyó fue justo cuando el señor Glennie terminaba el «Amadísimos hermanos», y lo oímos de nuevo antes de la segunda lectura. No era un ruido fuerte, sino más bien como el que hace un bote al chocar con otro en el mar, solo que tenía algo más profundo y hueco. Los muchachos nos miramos, pues sabíamos lo que había debajo de la iglesia, y que el sonido solo podía proceder de la cripta de los Mohune. Nadie en Moonfleet había visto nunca el interior de esa cripta; pero a Ratsey le contó su padre, que fue sacristán antes que él, que se extendía bajo la mitad del presbiterio, y que había más de una veintena de Mohunes yaciendo allí. No se había abierto en más de cuarenta años, desde que Gerald Mohune, que reventó una vena bebiendo en las carreras de Weymouth, fue enterrado allí; pero había una historia de que un domingo por la tarde, muchos años atrás, había salido de la cripta un grito tan horrible y sobrenatural que el párroco y los feligreses se levantaron y huyeron de la iglesia, y no quisieron rezar allí durante semanas.

Pensamos en estas historias y nos acurrucamos más cerca del brasero, asustados por el ruido e indecisos sobre si debíamos dar media vuelta y huir de la iglesia. Pues era seguro que algo se movía en la cripta de los Mohune, a la que no había más entrada que una losa con una argolla en el suelo del presbiterio que no se había levantado en cuarenta años.

Sin embargo, lo pensamos mejor y no nos movimos, aunque pude ver, al ponerme de pie y mirar por encima de los respaldos de los bancos, que otros además de nosotros estaban inquietos; pues la abuela Tucker daba tales respingos al oír los sonidos que dos veces

se le cayeron las gafas de la nariz al regazo, y el maestro Ratsey parecía intentar enmascarar un ruido haciendo otro él mismo, ya fuera arrastrando los pies o golpeando su libro de oraciones. Pero lo que más me sorprendió fue que incluso Elzevir Block, a quien, según decían, no le importaba ni Dios ni el Diablo, parecía intranquilo, y lanzaba una rápida mirada a Ratsey cada vez que se oía el sonido. Así nos quedamos sentados hasta que el señor Glennie estaba bien avanzado en su sermón. Su discurso me interesó aunque solo era un muchacho, pues comparó la vida con la letra «Y», diciendo que «en la vida de todo hombre llega un punto en el que dos caminos se separan como los brazos de una "Y", y que cada uno debe entonces elegir por sí mismo si seguirá el camino ancho y descendente de la izquierda, o el camino empinado y estrecho de la derecha. Porque —dijo—, si miráis en vuestros libros, veréis que la letra "Y" no es como la de los Mohune, con ambos brazos iguales, sino que tiene el brazo de la izquierda más ancho y más inclinado que el brazo de la derecha; de ahí que los antiguos filósofos sostengan que este brazo de la izquierda representa el fácil camino descendente hacia la destrucción, y el brazo de la derecha el estrecho camino ascendente de la vida». Al oír eso, todos nos pusimos a buscar en nuestros libros de oraciones una «Y» mayúscula; y la abuela Tucker, que no distinguía una A de una B, hizo grandes aspavientos rebuscando en su libro, pues quería que la gente pensara que sabía leer. Entonces, justo en ese momento, llegó un ruido de abajo más fuerte que los anteriores, hueco y chirriante, como el lamento de un anciano doliente. Con eso, se levantó de un salto la abuela Tucker, gritando en voz alta en la iglesia al señor Glennie:

—¡Oh, señor, cómo puede quedarse ahí predicando cuando los Mohune se levantan de sus tumbas! —y salió corriendo de la iglesia.

Eso fue demasiado para los demás, y todos huyeron, la señora Vining gritando:

—¡Por el amor de Dios, nos ahogarán a todos como a Cracky Jones!

Así que en un minuto no quedó nadie en la iglesia, salvo el señor Glennie, yo, Ratsey y Elzevir Block. Yo no corrí: primero, por no mostrarme cobarde ante los hombres; segundo, porque pensé que si venía Barbanegra se abalanzaría sobre los hombres antes que sobre un muchacho; y tercero, que si se llegaba a las manos, Block era lo suficientemente fuerte como para dar cuenta incluso de un Mohune. El señor Glennie continuó con su sermón, haciendo como que no oía ningún ruido ni veía a la gente abandonar la iglesia; y cuando terminó, Elzevir salió, pero yo me quedé para ver qué le diría el clérigo a Ratsey sobre el ruido en la cripta. El sacristán ayudó al señor Glennie a quitarse la sotana, y entonces, viéndome allí de pie escuchando, dijo:

—El Señor ha enviado ángeles malignos entre nosotros; es terrible, señor Glennie, oír a los muertos moverse bajo nuestros pies.

—Bah, bah —respondió el clérigo—, son solo sus propios miedos los que hacen que tales ruidos parezcan terribles a la gente vulgar. En cuanto a Barbanegra, no estoy aquí para decir si los espíritus culpables a veces no pueden descansar y son vistos vagando por los hombres; pero en cuanto a estos ruidos, son con toda certeza obra de la Naturaleza, como lo es el ruido de las olas en la playa. Las inundaciones han llenado la cripta de agua, y así los ataúdes, al flotar, se mueven en unos remolinos que desconocemos y chocan entre sí. Entonces, al estar huecos, emiten esos sonidos que oyes, y esos son tus ángeles malignos. Es muy cierto que los muertos se mueven bajo nuestros pies, pero es porque no pueden evitarlo, siendo llevados de aquí para allá por el agua. ¡Vamos, Ratsey, deberías tener más juicio que asustar a un muchacho con tontas historias de espíritus cuando la verdad ya es bastante mala!

Las palabras del párroco me sonaron a verdad, y nunca dudé de que tuviera razón. Así se explicó este misterio, y sin embargo, era algo espantoso, y me hizo estremecer, pensar en los Mohune todos a la deriva en sus ataúdes, chocando unos con otros en la oscuridad. Me los imaginé, las muchas generaciones, viejos y niños, hombres y doncellas, todos huesos ahora, cada uno flotando en su pequeña

caja de madera podrida; y el propio Barbanegra en un gran ataúd, más grande que todos los demás, estrellándose contra los más débiles, como un barco en mar gruesa se estrella a veces en el seno de la ola contra un pequeño bote que intenta abordarlo. Y luego estaba la oscuridad exterior de la propia cripta en la que pensar, y el aire viciado, y el agua negra y pútrida casi hasta el techo sobre la que navegaban tan tristes barcos.

Ratsey pareció un poco alicaído por lo que dijo el señor Glennie, pero puso buena cara y respondió:

—Bueno, señor, no soy más que un hombre sencillo, y no sé nada de inundaciones ni de esos remolinos y obras ocultas de la Naturaleza de las que habla; pero, con su permiso, sostengo que es una necedad tomar a la ligera las advertencias que se nos dan. Siempre se dice: «Cuando los Mohune se mueven, Moonfleet se lamenta»; y he oído a mi padre contar que la última vez que se movieron fue en el segundo año de la reina Ana, cuando la gran tormenta derribó las casas de los hombres sobre sus cabezas. Y en cuanto a asustar a los niños, es bueno que los muchachos testarudos aprendan a tener respeto y a no curiosear en lo que no les concierne, o podrían salir mal parados. —Añadió las últimas palabras con lo que estoy seguro fue un gesto de advertencia hacia mí, aunque entonces no entendí a qué se refería.

Así que se marchó enfurruñado con Elzevir, que lo esperaba fuera, y yo fui con el señor Glennie y le llevé la sotana de vuelta a su alojamiento en la aldea.

El señor Glennie siempre fue muy amable, apreciándome mucho y hablándome como si fuera su igual; lo que se debía, creo, a que no había nadie de su nivel de conocimiento en los alrededores, y por eso le daba lo mismo hablar con un muchacho ignorante que con un hombre ignorante. Después de pasar el torniquete del cementerio y mientras cruzábamos las praderas fangosas, le pregunté de nuevo qué sabía de Barbanegra y su tesoro perdido.

—Hijo mío —respondió—, todo lo que he podido averiguar es que este coronel John Mohune (tontamente llamado Barbanegra) fue el primero en mermar la fortuna familiar con sus excesos, e incluso dejó que el asilo cayera en la ruina y despidió a los pobres. A menos que la fama le calumnie extrañamente, fue un hombre malvado, y además de innumerables crímenes menores, tenía sobre sus manos la sangre de un fiel sirviente, al que eliminó porque el azar había llevado a oídos del hombre algún secreto culpable del amo. Luego, al final de su vida, lleno de miedo y remordimiento (como siempre sucede con los que viven mal al final), mandó llamar al rector Kindersley de Dorchester para que lo confesara, aunque era protestante, y quiso enmendarse dejando ese tesoro tan mal habido del rey Carlos (que era todo lo que tenía que dejar) para la reparación y el sustento del asilo. Hizo un último testamento, que he visto, a tal efecto, pero sin describir el tesoro más allá de llamarlo un diamante, ni decir dónde se encontraba. Sin duda, tenía la intención de recuperarlo él mismo, venderlo y luego aplicar el beneficio a su buen propósito, pero antes de que pudiera hacerlo, la muerte lo llamó repentinamente a rendir cuentas. Por eso dicen los hombres que no puede descansar en su tumba, al no haber hecho ni siquiera una reparación tan tardía, y que nunca descansará a menos que se encuentre el tesoro y se gaste en los pobres.

Pensé mucho en lo que había dicho el señor Glennie, y me puse a preguntarme dónde podría haber escondido Barbanegra su diamante, y si no podría encontrarlo algún día y hacerme rico. Ahora, al considerar aquel ruido que habíamos oído bajo la iglesia, y la explicación del párroco Glennie, estaba cada vez más perplejo; pues el ruido tenía, como he dicho, algo profundo y retumbante, y ¿cómo iba a ser producido por ataúdes descompuestos? Más de una vez había visto a Ratsey, al cavar una tumba, sacar trozos de ataúdes, y a veces una placa con el nombre deslustrada mostraba que no llevaban tanto tiempo bajo tierra, y sin embargo la madera estaba completamente descompuesta y podrida. Y aun suponiendo que estuvieran en la tierra, y por tanto pudieran perecer más fácilmente, cuando se quitó la tapa de la tumba de ladrillo del viejo

Guy para poner a su viuda a su lado, el maestro Ratsey me dejó echar un vistazo, y el ataúd del viejo Guy tenía grietas y deformaciones, y parecía que un buen golpe lo haría pedazos. Y sin embargo, aquí estaban los ataúdes de los Mohune que habían sido guardados durante generaciones, y debían estar podridos como la yesca, golpeándose unos contra otros con un sonido como un tambor, como si todavía estuvieran intactos y herméticos. Aun así, el señor Glennie debía tener razón; pues si no eran los ataúdes, ¿qué sería lo que hacía el ruido?

Así que al día siguiente de oír los sonidos en la iglesia, que era lunes, tan pronto como terminó la escuela matutina, corrí calle abajo y a través de las praderas hasta el cementerio, con la intención de escuchar fuera de la iglesia si los Mohune seguían moviéndose. Digo fuera de la iglesia, porque sabía que Ratsey no me prestaría la llave para entrar después de lo que había dicho sobre los muchachos que curiosean en cosas que no les conciernen; y además de eso, no sé si me habría atrevido a aventurarme dentro solo, aunque tuviera la llave.

Cuando llegué a la iglesia, no poco sin aliento, escuché primero en el lado más cercano a la aldea —es decir, el lado norte—, pegando la oreja a la pared, y después tumbándome en el suelo, aunque la hierba estaba alta y húmeda, para poder captar mejor cualquier sonido que viniera. Pero no pude oír nada, y así concluí que los Mohune habían vuelto a reposar; sin embargo, pensé en dar la vuelta a la iglesia y escuchar también en el lado sur o del mar, por si sus señorías se habían desplazado a ese lado y estaban allí codeándose unos con otros. Así que di la vuelta, y me alegré de salir de la fría sombra para ponerme al sol en el lado sur. Pero aquí me esperaba una sorpresa; pues al rodear un gran contrafuerte que sobresale del muro, ¿qué iba a ver sino a dos hombres, y esos dos eran Ratsey y Elzevir Block? Me topé con ellos sin darme cuenta y, hete aquí que allí estaba el maestro Ratsey, también tumbado en el suelo con la oreja pegada a la pared; mientras Elzevir estaba sentado recostado contra el interior del contrafuerte con un catalejo en la mano, fumando y mirando hacia el mar.

Ahora bien, yo tenía tanto derecho a estar en el cementerio como Ratsey o Elzevir, y sin embargo sentí una vergüenza repentina como si me hubieran pillado en alguna mala acción, y supe que la sangre me subía a las mejillas. Al principio tuve la intención de dar media vuelta y marcharme, pero decidí mantenerme firme ya que me habían visto, y así les di los «Buenos días». El maestro Ratsey se puso de pie de un salto, tan ágil como un gato; y si no hubiera sido un hombre, habría pensado que también se estaba sonrojando, pues su cara estaba muy roja, aunque eso quizás se debía a estar tumbado en el suelo. Pude ver que estaba un poco turbado y desconcertado, aunque intentó decir «Buenos días, John», en un tono natural, como si fuera algo común para él estar tumbado en el cementerio, con la oreja pegada a la pared, en una mañana de invierno.

—Buenos días, John —dijo—, ¿y qué podrías estar haciendo en el cementerio en un día tan bueno?

Respondí que había venido a escuchar si los Mohune seguían moviéndose.

—Bueno, eso no te lo puedo decir —replicó Ratsey—, no quiero malgastar pensamientos en asuntos tan ociosos, y tengo que examinar este muro por si las inundaciones lo han dañado tanto que necesite ser recalzado; así que si tienes tiempo para holgazanear por la mañana, vuelve a mi taller y tráeme un martillo de yesero que he dejado olvidado, para que pueda probar este mortero.

Sabía que estaba poniendo excusas sobre el recalzado, pues el muro estaba sólido como una roca, pero me alegré de tomarle la palabra y batirme en retirada de donde no era bienvenido. De hecho, pronto vi cómo se burlaba de mí; pues los hombres ni siquiera esperaron a que volviera con el martillo, sino que me los encontré de regreso en la primera pradera. El maestro Ratsey puso otra excusa, que ya no necesitaba el martillo, pues había descubierto que todo lo que se necesitaba era un poco de rejuntado con mortero nuevo.

—Pero si tienes tanto tiempo que perder, John —añadió—, puedes venir mañana y ayudarme a poner bancadas nuevas en el *Petrel*, que buena falta le hacen.

Así que los tres volvimos juntos a la aldea; pero al mirar a Elzevir una vez mientras el maestro Ratsey inventaba estos pretextos, vi un brillo en sus ojos bajo sus pobladas cejas, como si le divirtiera el desconcierto del otro.

Al domingo siguiente, cuando fuimos a la iglesia, todo estaba tranquilo como de costumbre; no estaba Elzevir, y no hubo más ruidos, y nunca volví a oír moverse a los Mohune.

CAPÍTULO III

UN DESCUBRIMIENTO

«Audaces aventureros desdeñan
los lindes de su exiguo reino,
y a descubrir regiones ignotas se atreven;
mas, al avanzar, miran atrás,
oyen una voz en cada viento,
y arrebatan un gozo medroso». —Gray.

He dicho que a menudo, durante el día, cuando no estaba en la escuela, solía ir al cementerio porque, al estar en una pequeña elevación, desde allí se tenía la mejor vista del mar; y en un día despejado se podía observar a los corsarios franceses deslizarse sigilosamente por los acantilados bajo el cabo *Snout*, acechando a algún buque de las Indias o a un mercante que subiera por el Canal. En Moonfleet había pocos chicos de mi edad, y ninguno que me interesara como compañero; así que era dado a meditar a solas, y lo hacía mayormente al aire libre, tanto más cuanto que a mi tía no le

gustaba ver a un muchacho ocioso, con las botas llenas de barro, por su casa.

Durante unas semanas, ciertamente, después del día en que sorprendí a Elzevir y a Ratsey, me mantuve alejado de la iglesia, por temor a encontrármelos allí de nuevo; pero un poco más tarde reanudé mis visitas, y no volví a verlos. Ahora bien, mi asiento favorito en el cementerio era la parte superior plana de una tumba de piedra elevada, que se encuentra al sudeste de la iglesia. He oído al señor Glennie llamarla tumba de altar, y en su día había sido un monumento magnífico, tallado alrededor con festones de frutas y flores; pero había sufrido tanto por el clima que nunca pude leer las letras que tenía inscritas, ni averiguar quién había sido enterrado debajo. Allí prefería sentarme, no solo porque tenía una superficie plana y cómoda, sino porque estaba resguardada del viento por un espeso grupo de tejos. Estos tejos, creo, la habían rodeado por completo en otro tiempo, pero o bien se habían secado o habían sido talados en el lado sur, de modo que cualquiera que se sentara sobre la tumba estaba a resguardo del tiempo y, sin embargo, gozaba de una espléndida vista sobre el mar. En los otros tres lados, los tejos crecían juntos y espesos, protegiendo la tumba como el alto respaldo de un sillón de chimenea; y muchas veces en otoño he visto la losa de piedra carmesí por las bayas cerosas caídas, y he llevado algunas a casa para mi tía, a quien le gustaba probarlas con un vaso de ginebra de endrinas después de su cena dominical. Otros, además de mí, sin duda, encontraban esta tumba un asiento y un mirador cómodos; pues había un sendero bastante marcado que conducía a ella por el lado sur, aunque todas las veces que la había visitado nunca había visto a nadie allí.

Así sucedió que una cierta tarde, a principios de febrero del año 1758, estaba yo sentado en esta tumba mirando al mar. Aunque era tan temprano en el año, el aire era suave y cálido como un día de mayo, y tan quieto que podía oír el retumbar de los nabos que el viejo George lanzaba a un carro en la ladera, a casi media milla de distancia. Desde las inundaciones de las que he hablado, el tiempo había sido bueno, pero con vientos fuertes y poca o ninguna lluvia.

Así, a medida que la tierra se secaba tras las crecidas, comenzaron a abrirse grietas en el pesado suelo de arcilla sobre el que se asienta Moonfleet, como las que usualmente solo se ven aquí en pleno verano. Había grietas al borde del sendero en las praderas marinas entre la aldea y la iglesia, y grietas en el propio cementerio, y una que llegaba hasta esta misma tumba.

Debían de ser más de las cuatro de la tarde, e iba a regresar a tomar el té a casa de mi tía, cuando debajo de la piedra sobre la que me sentaba oí un retumbo y un desmoronamiento, y al saltar vi que la grieta en el suelo se había ensanchado aún más, justo donde llegaba a la tumba, y que la tierra seca se había encogido y asentado tanto que había un agujero en el suelo de un pie o más de ancho. Este agujero se extendía por debajo de la gran losa que formaba uno de los lados de la tumba, y poniéndome a cuatro patas y mirando hacia abajo, percibí que bajo el monumento había una cavidad más grande, a la que se abría el agujero. Creo que no ha habido jamás un muchacho que vea un agujero en el suelo, o una cueva en una colina, o mucho más un pasadizo subterráneo, y no anhele incontinenti meterse en él y descubrir adónde conduce. Así me ocurrió a mí; y viendo que la tierra había caído lo suficiente en el agujero como para abrir un camino bajo la piedra, me deslicé dentro, pies por delante, caí sobre un montón de tierra desprendida y descubrí que podía ponerme de pie bajo el monumento mismo.

Esto era lo que esperaba, pues pensé que bajo esta tumba había habido una cripta, cuyo techo se había derrumbado dejando caer la tierra. Pero tan pronto como mis ojos se acostumbraron a la luz más tenue, vi que no era tal cosa, sino que el agujero en el que me había metido no era más que la boca de un pasadizo, que descendía suavemente en dirección a la iglesia. El corazón me empezó a latir con fuerza por la emoción y la sorpresa, pues pensé que había hecho un descubrimiento maravilloso, y que este camino oculto ciertamente me llevaría a grandes cosas, quizás incluso al tesoro de Barbanegra; pues desde el relato del señor Glennie tenía constantemente ante mis ojos la visión del diamante y la riqueza que me iba a traer. El pasadizo tenía dos pasos de ancho, la altura de un

hombre alto, y estaba excavado en la tierra, sin ladrillos ni ningún otro revestimiento; y lo que más me sorprendió fue que no parecía abandonado ni mohoso y lleno de telarañas, como uno esperaría que estuviera un lugar así, sino más bien un pasaje muy transitado; pues pude ver que el suelo de arcilla blanda estaba pisoteado con las huellas de muchas botas, y marcado con un rastro como si algo pesado hubiera sido arrastrado por él.

Así que me adentré por el pasadizo, extendiendo la mano ante mí para no chocar con nada en la oscuridad, y deslizando los pies lentamente para evitar hoyos en el suelo. Pero antes de haber dado media docena de pasos, la oscuridad se volvió tan negra que me asusté, y lejos de seguir adelante, me alegré de darme la vuelta bruscamente y ver el destello de luz que entraba por el agujero bajo la tumba. Entonces me sobrecogió un horror a la oscuridad, y antes de darme cuenta de lo que hacía, me encontré sacando mi cuerpo por debajo de la lápida hacia la hierba del cementerio, y estaba de nuevo bajo la tenue luz del atardecer y el aire suave y dulce.

Corrí a casa de mi tía, pues ya había pasado la hora del té, y además, sabía que debía buscar una vela si quería explorar el pasadizo; y explorarlo estaba bien decidido a hacerlo, sin importar cuánto me asustara en ese momento. Mi tía me dio un triste recibimiento cuando entré en la cocina, pues llegaba tarde y acalorado. Nunca decía mucho cuando estaba disgustada, pero tenía una forma de no decir nada, que era mucho peor; y solo respondía sí o no, y eso después de un intervalo, a cualquier cosa que se le preguntara. Así que la comida fue bastante silenciosa, pues ella había terminado antes de que yo llegara, y yo mismo comí poco, demasiado ocupado con el pensamiento de mi extraño descubrimiento, y encontrando, además, el té tibio y las viandas poco apetitosas.

Podéis imaginar que no dije nada de lo que había visto, pero decidí que tan pronto como mi tía se diera la vuelta, cogería una vela y una caja de yesca, y volvería al cementerio. El sol se había puesto antes de que tía Jane diera gracias por lo que habíamos

recibido, y entonces, volviéndose hacia mí, dijo con voz fría y mesurada:

—John, he observado que a menudo andas fuera por las noches, a veces hasta las siete y media u ocho. Ahora bien, no es decoroso que los jóvenes anden por ahí después del anochecer, y no quiero que a mi sobrino lo llamen callejero. «Lo que se lleva en la sangre, se manifiesta en la carne», y con esa holgazanería empezó tu padre sus malos caminos, y después le dio a mi pobre hermana una vida como nunca hubo, hasta que la misericordia de la Providencia se lo llevó.

Tía Jane a menudo hablaba así de mi padre, a quien no recordaba, pero creo que fue un hombre honrado y un buen tipo además, aunque algo dado a vagar y al contrabando.

—Así que entiende —continuó— que no te permitiré salir de nuevo esta noche, no, ni ninguna otra noche, después del anochecer. La cama es el lugar para la juventud cuando cae la noche; pero si esto te parece demasiado temprano, puedes sentarte conmigo una hora en el salón, y te leeré un discurso del doctor Sherlock que desterrará los pensamientos vanos y te dejará en un estado adecuado para un sueño tranquilo.

Así me guio hasta el salón, cogió el libro del estante, lo puso sobre la mesa dentro del pequeño círculo de luz que proyectaba una vela con pantalla, y comenzó. Fue bastante aburrido, aunque ya había soportado tales tribulaciones antes, y el zumbido de la voz de mi tía me habría hecho dormir, como en otras ocasiones, incluso en una silla de respaldo recto, si no hubiera estado tan lleno de mi descubrimiento y tan irritado por este retraso. Así, todo el tiempo que mi tía leía sobre espiritualidades y la gracia salvadora, yo tenía la mente en diamantes y toda clase de riquezas, pues nunca dudé de que el tesoro de Barbanegra se encontraría al final de aquel pasadizo secreto. El sermón terminó por fin, y mi tía cerró el libro con un rígido «buenas noches» para mí. Me disponía a darle mi beso formal, pero ella hizo como que no me veía y se dio la vuelta; así

que subimos las escaleras cada uno a su habitación, y nunca volví a besar a tía Jane.

Ya había una luna en tres cuartos de creciente en el cielo, y en las noches de luna no se me permitía tener vela para alumbrarme hasta la cama. Pero aquella noche no necesité ninguna, pues no me quité la ropa, habiendo resuelto esperar hasta que mi tía estuviera dormida, y entonces, con fantasmas o sin ellos, volver al cementerio. No me atreví a posponer esa visita ni siquiera hasta la mañana, por temor a que algún transeúnte casual descubriera el agujero y se me adelantara con el tesoro de Barbanegra.

Así permanecí bien despierto en mi cama, observando la sombra del poste del dosel contra la pared encalada, y notando cómo se había movido, poco a poco, a medida que la luna giraba. Finalmente, justo cuando tocaba el cuadro del Buen Pastor que colgaba sobre la chimenea, oí a mi tía roncar en su habitación, y supe que era libre. Sin embargo, esperé unos minutos, para que se adentrara bien en su primer sueño, y luego me quité las botas y, en calcetines, pasé sigilosamente junto a su habitación y bajé las escaleras. ¡Cómo crujieron aquella noche la escalera, el pasamanos y el rellano, y cómo mis pies y mi cuerpo golpeaban ruidosamente contra cosas que veía bastante bien pero que calculaba mal en el esfuerzo por no calcularlas mal! Y sin embargo, la nota de seguridad seguía sonando, pues los ronquidos no cesaron, y la durmiente no despertó, aunque su despertar entonces podría haber cambiado toda mi vida. Así llegué sano y salvo a la cocina, y allí metí en mi bolsillo una de las mejores velas de invierno y la caja de yesca, y al salir sigilosamente de la habitación oí de repente cuán fuerte era el tictac del viejo reloj, y al mirar hacia arriba vi la brillante manecilla de latón marcando las diez y media en la esfera.

En la calle, me mantuve en la sombra de las casas tanto como pude, aunque todo estaba silencioso como una tumba; de hecho, creo que cuando la luna brilla, un gran silencio se cierne siempre sobre la Naturaleza, como si estuviera absorta en la contemplación de su propia belleza. Todo el mundo dormía profundamente en

Moonfleet, y no había luz en ninguna ventana; solo cuando llegué frente al Why Not vi, por el resplandor rojo tras las cortinas, que la habitación de abajo estaba iluminada; así que Elzevir aún no se había acostado. Era extraño, pues el Why Not había estado cerrando temprano durante muchas largas noches pasadas, y crucé con cautela para ver si podía averiguar qué estaba ocurriendo. Pero eso no fue posible, pues los cristales estaban densamente empañados; y esto me sorprendió más, ya que indicaba que había buena compañía dentro. Además, mientras estaba de pie y escuchaba, pude oír un murmullo de voces graves en el interior, no como de juerguistas, sino de hombres serios hablando en voz baja.

La impaciencia no me dejó esperar mucho, y partí a través de las praderas hacia la iglesia, aunque no sin graves recelos tan pronto como la última casa quedó bien atrás. En el muro del cementerio mi valor había menguado un poco: parecía una desvergüenza venir a saquear el tesoro de Barbanegra justo en el mismo lugar y a la misma hora que Barbanegra amaba; y al pasar el torniquete, casi esperaba que una figura alta, velluda y de ojos malvados, saltara de la sombra en el lado norte de la iglesia. Pero nada se movió, y la hierba escarchada sonaba crujiente bajo mis pies mientras cruzaba el cementerio, pasando por encima de las tumbas y manteniéndome siempre fuera de las sombras, hacia el negro grupo de tejos en el lado más alejado.

Cuando rodeé los tejos, allí estaba la tumba, destacando blanca contra ellos, y al pie de la tumba estaba el agujero, como un parche de terciopelo negro extendido sobre el suelo, de tan oscuro que era. Entonces, por un momento, pensé que Barbanegra podría estar acechando en el fondo del agujero, y me quedé indeciso entre seguir adelante o retroceder. Podía oír el susurro del agua en la playa —no de olas, pues la bahía estaba lisa como un espejo, sino solo un leve murmullo en la orilla—; y deseando posponer con cualquier excusa el descenso al pasadizo, aunque había resuelto hacerlo, decidí que contaría el batir del agua veinte veces, y a la vigésima me dejaría caer en el agujero.

Solo habían llegado siete pequeñas olas cuando me olvidé de contar, pues allí, justo en medio del camino de la luna sobre el agua, yacía un lugre amarrado de costado a la playa. Estaba a media milla de distancia, pero no había error posible, pues aunque sus velas estaban arriadas, sus mástiles y su casco se recortaban negros contra la luz de la luna. He aquí una nueva razón para la demora, pues ciertamente había que considerar qué podía ser esa embarcación y qué la había traído hasta aquí. Era demasiado pequeña para ser un corsario, demasiado grande para ser un barco de pesca, y no podía ser un barco de rentas por su bajo francobordo en el centro; y era extraño que un barco echara el ancla en medio de la bahía de Moonfleet, incluso en una noche tan hermosa como esta. Entonces, mientras observaba, vi una llamarada azul en la proa, solo por un momento, como si un hombre hubiera encendido un petardo y lo hubiera arrojado por la borda; pero por ello supe que era un contrabandista, y que hacía señales o a la costa o a un compañero en alta mar. Con eso, el valor regresó, y resolví tomar esta llamarada como señal para bajar al agujero, armándome de valor con el pensamiento de que si Barbanegra realmente me estaba esperando allí, de poco serviría dar media vuelta ahora, pues vendría tras de mí y ciertamente podría correr mucho más rápido que yo. Entonces eché un último vistazo alrededor, y bajé al agujero de inmediato, de la misma manera que había bajado más temprano ese día. Así, en aquella noche de febrero, John Trenchard se encontró de pie sobre el montón de tierra suelta y caída en el fondo del agujero, con una mezcla de valor y cobardía en su corazón, pero por encima de todo, un gran deseo de apoderarse del diamante de Barbanegra.

Salieron la caja de yesca y la vela, y me alegré mucho cuando la luz ardió lo suficientemente brillante como para mostrar que nadie, al menos, estaba a mi lado. Pero luego estaba el pasadizo, ¿y quién podía decir qué podría estar acechando allí? Sin embargo, no vacilé, sino que emprendí este aventurero viaje, caminando muy lentamente, ciertamente —pero eso era por temor a los hoyos— y armándome de valor con el pensamiento del gran diamante que seguramente se encontraría al final del pasadizo. ¿Qué no sería

capaz de hacer con tal riqueza? Compraría un jamelgo para el señor Glennie, un barco nuevo para Ratsey y un vestido de seda para tía Jane, a pesar de ser tan dura conmigo como en esta noche. Y así me convertiría en el hombre más importante de Moonfleet, más rico incluso que el señor Maskew, y construiría una casa de piedra en las praderas marinas con una buena vista al mar, y me casaría con Grace Maskew, y viviría feliz, y pescaría. Continué por el pasadizo, extendiendo la vela todo lo que podía delante de mí y silbando para hacerme compañía, pero no vi ni a Barbanegra ni a nadie más. Durante todo el camino había huellas en el suelo, y el techo estaba negro como por el humo de las antorchas, y esto me hizo temer que algunos de los que habían estado allí antes se hubieran llevado el diamante. Ahora bien, aunque he hablado de este viaje por el pasadizo como si tuviera una milla de largo, y aunque verdaderamente así me lo pareció aquella noche, más tarde descubrí que no tenía más de veinte yardas o así; y entonces me topé con un muro de piedra que una vez había bloqueado el camino, pero que ahora estaba roto de tal manera que formaba una entrada irregular a una cámara más allá. Allí me detuve en el tosco umbral de la puerta, conteniendo la respiración y extendiendo la vela con el brazo estirado hacia la oscuridad, para ver qué clase de lugar era este antes de poner un pie en él. Y antes de que la luz tuviera tiempo de iluminar las cosas, supe que estaba debajo de la iglesia, y que esta cámara no era otra que la cripta de los Mohune.

Era una habitación grande, mucho más grande, creo, que el aula donde nos enseñaba el señor Glennie, pero ni de lejos tan alta, teniendo solo unos nueve pies del suelo al techo. Digo suelo, aunque en realidad no había ninguno, sino solo un fondo de arena húmeda y blanda; y cuando pisé sobre él, mi corazón latió con mucha fuerza, pues recordé qué clase de lugar estaba pisando, y los espantosos sonidos que habían salido de él aquel domingo por la mañana hacía tan poco tiempo. Me aseguré de que no había nada maligno acechando en los rincones oscuros, o nada visible al menos, y luego comencé a mirar alrededor y a tomar nota de lo que se veía. Las paredes y el techo eran de piedra, y en un extremo había una

escalera cerrada por una gran losa plana en la parte superior, esa misma losa que a menudo había visto, con una argolla, en el suelo de la iglesia de arriba. Alrededor de los lados había estantes de piedra, con divisiones entre ellos como grandes librerías, pero en lugar de libros había los ataúdes de los Mohune. Sin embargo, estos solo estaban a los lados, y en el centro de la habitación había algo muy diferente, pues aquí se apilaban decenas de barriles, barriletes y toneles, desde una barrica de almacenamiento que podría contener treinta galones hasta un pequeño barril que contenía solo uno. Todos estaban marcados con pintura blanca en el extremo con cifras y letras, que sin duda indicaban la calidad a los que entendían. Aquí, ciertamente, había un descubrimiento, y en lugar de encontrar al final del pasadizo un pequeño cofre de latón o plata, que solo había que abrir para mostrar el diamante de Barbanegra reluciente en su interior, me había topado con la cripta de los Mohune, y descubierto que no era más que una bodega de caballeros del contrabando, pues seguramente un licor de buena calidad nunca se almacenaría en un lugar tan reservado si alguna vez hubiera pagado los impuestos.

Mientras rodeaba esta pila de barriles, mi pie golpeó bruscamente el borde de una barrica, que debía de estar casi vacía, e inmediatamente salió de ella el mismo sonido hueco y retumbante (solo que más débil) que tanto nos había asustado en la iglesia aquel domingo por la mañana. Así que eran los barriles, y no los ataúdes, los que habían estado golpeándose unos contra otros; y me sentí satisfecho conmigo mismo, recordando cómo había razonado que la madera de ataúd nunca podría producir ese sonido retumbante.

Era bastante evidente que todo el lugar había estado bajo el agua: el suelo todavía estaba fangoso, y las paredes verdes y sudorosas mostraban la marca de la inundación a menos de dos pies del techo; había una o dos briznas de alga fina que de alguna manera se habían colado, y un pequeño cangrejo todavía estaba vivo y se escabullía por la esquina, sin embargo, los ataúdes apenas estaban alterados. Yacían en los estantes en filas, uno encima del otro, y

sumaban veintitrés en total: la mayoría eran de plomo, y por tanto nunca podrían flotar, pero de los de madera algunos estaban girados de lado en sus nichos, y uno había flotado completamente y había quedado en el suelo boca abajo en un rincón cuando las aguas retrocedieron.

Primero me puse a preguntarme de quién sería esta bodega, y cómo se había podido traer tanto licor en secreto, y cómo era que nunca había visto nada de los contrabandistas, aunque estaba claro que habían hecho de esta tumba plana la entrada a su almacén, como yo la había hecho mi asiento. Y entonces recordé cómo Ratsey había intentado asustarme con historias de Barbanegra; y cómo Elzevir, a quien nunca se había visto en la iglesia antes, estuvo allí el domingo de los ruidos; y cómo había parecido inquieto cada vez que llegaba el ruido, aunque era valiente como un león; y cómo me había topado con él y Ratsey en el cementerio; y cómo el maestro Ratsey yacía con la oreja pegada a la pared: y juntando todas estas cosas, y sumándolas, pensé que Elzevir y Ratsey sabían tanto como cualquiera sobre este escondite. Estas reflexiones me dieron más valor, pues consideré que los cuentos de Barbanegra paseando o cavando entre las tumbas se habían difundido para mantener alejados a los que no eran bienvenidos, y supuse ahora que cuando vi la luz moviéndose en el cementerio aquella noche que fui a buscar al doctor Hawkins, no era una luz fatua, sino la linterna de contrabandistas descargando una mercancía.

Luego, habiendo resuelto estos importantes asuntos, comencé a darle vueltas a cómo conseguir el tesoro; y en esto me sentí muy abatido, pues en este lugar no había ni cofre ni diamante, sino solo ataúdes y ginebra holandesa. Así fue que, no teniendo mejor plan, me puse a ver si podía aprender algo de los propios ataúdes; pero con poco éxito, pues los ataúdes de plomo no tenían nombres, y en los de madera que sí llevaban placas, encontré que la escritura estaba en latín, y tan oxidada que no pude descifrar nada.

Pronto deseé no haber venido en absoluto, considerando que el diamante se había desvanecido en el aire, y era triste estar

encerrado con tantos muertos. Me conmovió, también, ver trozos de estandartes y escudos funerarios, e incluso jirones de coronas que corazones queridos habían puesto allí hacía un siglo, ahora todo arruinado y podrido; algunos todavía aferrados, empapados de agua, a los ataúdes, y otros pisoteados en la arena del suelo. Había pasado algún tiempo en esta búsqueda infructuosa, y estaba resuelto a abandonar la investigación y volver a casa, cuando el reloj de la torre dio las doce. Seguramente nunca una hora fantasmal sonó en un lugar más fantasmal. El tañido de Moonfleet era conocido en medio condado, y la parte más hermosa era la campana del reloj. Se decía que en tiempos pasados (cuando, quizás, las campanadas se tocaban más a menudo que ahora) la voz de esta campana había guiado a puerto seguro a barcos perdidos en la niebla; y esta noche su estruendo, melodioso y profundo, llegó incluso a la cripta. *Bim-bom*, hizo, *bim-bom*, doce golpes pesados que sacudieron las paredes, doce ecos resonantes que siguieron, y luego un zumbido y vibración del aire, de modo que el oído no podía decir cuándo terminaba.

Estaba alterado, quizás, por la extrañeza de la hora y el lugar, y por oír con más agudeza que en otras ocasiones, pero antes de que el temblor de la campana hubiera pasado por completo, supe que había otro sonido en el aire, y que la quietud pavorosa de la cripta se había roto. Al principio no podía decir qué era este nuevo sonido, ni de dónde venía; y ora parecía un pequeño ruido cercano, ora un gran ruido en la distancia. Y luego se hizo más cercano y más definido, y en un momento supe que era el sonido de voces hablando. Debían de estar muy lejos al principio, y durante un minuto, que pareció una eternidad, no se acercaron más. ¡Qué minuto fue aquel para mí! Incluso ahora, tantos años después, puedo recordar la angustia de aquello, y cómo permanecí con las orejas aguzadas, los ojos desorbitados y un sudor frío en el rostro, esperando que aquellos que hablaban llegaran. Era la angustia del conejo al final de su madriguera, con los ojos del hurón brillando en la oscuridad, y la escopeta y el lebrele esperando en la boca del agujero. Estaba atrapado en una trampa, y sabía además que los

contrabandistas tenían una forma de sellar los ojos curiosos y acallar las lenguas parlanchinas; y recordé al pobre Cracky Jones encontrado muerto en el cementerio, y cómo decían los hombres que se había encontrado con Barbanegra en la noche.

Estos no fueron más que los pensamientos de un segundo, pero las voces estaban más cerca, y oí un golpe sordo muy arriba en el pasadizo, y supe que un hombre había saltado desde el cementerio al agujero. Así que eché un último vistazo alrededor, angustiado, para ver si había alguna vía de escape; pero las paredes y el techo de piedra eran lo suficientemente sólidos como para aplastarme, y la pila de barriles estaba demasiado apretada para esconder más que una rata. Había un hombre hablando ahora desde el fondo del agujero a otros en el cementerio, y entonces mis ojos fueron atraídos como por un imán hacia un gran ataúd de madera que yacía solo en el estante superior, a unos seis pies del suelo. Cuando vi aquel ataúd supe que tenía una tregua, pues, a mi juicio, había espacio entre él y la pared de detrás suficiente para albergar mi pequeño cuerpo; y en un segundo apagué la vela, trepé por los estantes, casi perdí el sentido al golpearme la cabeza contra el techo, y apretujé mi cuerpo entre la pared y el ataúd. Allí yacía de lado con una delgada y podrida tabla entre el muerto y yo, aturdido por el golpe en la cabeza y respirando con dificultad; mientras el resplandor de las antorchas que bajaban por el pasadizo enrojecía y parpadeaba en el techo sobre mí.

CAPÍTULO IV

EN LA CRIPTA

«Brindemos y codeémonos con la Muerte». —Tennyson.

Aunque desde donde yo yacía no se veía nada de la cripta excepto el techo, y por tanto no podía ver a estos visitantes, oí cada palabra que se dijo, y pronto distinguí una voz como la del maestro Ratsey. Este descubrimiento no me causó sorpresa, pero sí mucho consuelo, pues pensé que si ocurría lo peor y me descubrían, encontraría un amigo a quien suplicarle por mi vida.

—Menos mal que la tierra cedió —decía el sacristán— en una noche en que estábamos aquí para encontrarlo. Yo mismo estuve en el cementerio después del mediodía, y todo estaba bien cerrado entonces. Habría sido bastante incómodo que el agujero quedara abierto durante el día, para que cualquier transeúnte lo descubriera.

Ya había cuatro o cinco hombres en la cripta, y oía a más bajar por el pasadizo, y supuse por sus pasos pesados que llevaban cargas. Se oía también el ruido de dejar caer barriles en el suelo,

con el chapoteo del licor en su interior, y luego el ruido de mover las barricas.

—Pensé que pronto tendríamos un derrumbe ahí —continuó Ratsey—, con esta sequía resecaando el suelo, y el pisoteo en el borde cuando movemos la losa lateral para entrar, pero no se ha hecho más daño del que se puede reparar fácilmente. Una o dos lápidas y unas cuantas paladas de tierra lo dejarán todo firme de nuevo. Dejadme eso a mí.

—Ten cuidado con lo que haces —replicó la voz de otro hombre que no conocía—, no sea que alguien te vea cavando y nos descubra.

—No te preocupes —dijo Ratsey—, he cavado demasiadas veces en este cementerio como para que nadie se extrañe si me ve con una pala.

Entonces la conversación se interrumpió, y hubo poco más que hablar, solo un ruido de hombres yendo y viniendo, y de dejar barriles, y el gorgoteo hueco de buen licor siendo vertido de los barriles pequeños a las barricas. Poco a poco, los vapores de brandy comenzaron a llenar el aire y a subir hasta donde yo yacía, superando el olor a moho de la madera podrida y la humedad de las paredes verdes. Puede que aquellos vapores se me subieran a la cabeza y me dieran un valor que no era mío, pero el caso es que perdí parte del miedo sofocante que me había atenazado, y pude escuchar con más tranquilidad lo que sucedía. Hubo una pausa en el ir y venir; hablaban de nuevo, y alguien dijo:

—Estuve en Dorchester hace tres días, y oí decir a los hombres que les irá mal a los pobres diablos que tuvieron el encontronazo con el *Elector* el verano pasado. El juez Barentyne llega al tribunal la semana que viene, y ese viejo zorro de Maskew ha ido hasta Taunton para abordarlo antes y aleccionarlo en el camino de vuelta, haciéndole ver que el brazo de la ley es débil en estas partes contra el contrabando, y que debe ser fortalecido con unas cuantas horcas saludables.

—Son un par de sanguinarios —intervino otro—, y tendremos nuevas horcas en Ridgedown a modo de faros. En cuanto le ajuste las cuentas a Maskew, el otro puede irse al diablo... sí, y que me cuelguen a mí también.

—Que el diablo se lo ponga delante una noche oscura en la colina, a solas —dijo alguien más—, y le daré la boca de una pistola para que la mire, y le estropearé la cara.

—No, no lo harás —dijo una voz grave, y entonces supe que Elzevir también estaba allí—. Nadie pondrá la mano sobre Maskew, salvo yo. Así que tenlo en cuenta, muchacho, que cuando llegue su día del juicio, seré *yo* quien ajuste cuentas con él.

Luego, durante unos minutos, no presté mucha atención a lo que se decía, pues estaba terriblemente apretado y acalambrado por el dolor de yacer tanto tiempo en la misma postura. El espeso humo de las antorchas de brea también llegaba enroscándose por el techo y caía sobre mí, provocándome náuseas y mareos con su mal olor y sabor; y aunque todo estaba muy oscuro, pude ver que mis manos estaban negras de manchas de hollín grasiento. Finalmente, pude darme la vuelta sin hacer demasiado ruido y sentí un gran alivio al cambiar de lado, pero di tal respingo que el ataúd volvió a crujir al oír mi propio nombre.

—Hay un muchacho de los Trenchard —dijo una voz que me pareció la de Parmiter, que vivía al final de la aldea—, hay un muchacho de los Trenchard del que desconfío; anda siempre vagando por el cementerio, y lo he visto una veintena de veces sentado en esta tumba mirando al mar. Esta misma noche, cuando el viento amainó al atardecer y nos quedamos parados con las velas colgando, a tres millas de la costa, y esperamos la oscuridad para sacar los remos, cogí mi catalejo para escudriñar la costa, y he aquí que, sobre la tumba, está sentado el señorito Trenchard. No pude verle la cara, pero lo reconocí por su porte, y temo que el muchacho se siente allí para hacer de espía, y luego se lo cuente a Maskew.

—Tienes razón —dijo Greening de Ringstave, pues conocía su lento hablar arrastrado—; y muchas veces, cuando me he sentado en el bosque y he vigilado la casa solariega para ver a Maskew a buen recaudo en casa antes de descargar una mercancía, he visto a este muchacho también rondar por el lugar con aspecto furtivo, escudriñando la casa como si su vida dependiera de ello.

Era muy cierto lo que decía Greening; pues en las tardes de verano solía tomar el sendero que subía por la colina de Weatherbee, detrás de la casa solariega, tanto porque era un paseo que tenía una buena vista en sí mismo, como porque tenía un dulce encanto para mí: a saber, la esperanza de ver a Grace Maskew. Y allí me sentaba a menudo en la talanquera que termina el sendero y se abre a la colina, y observaba la vieja casa medio en ruinas de abajo; y a veces veía a Gracie con su vestido blanco paseando por la terraza bajo el sol del atardecer, y a veces, al volver, pasaba lo suficientemente cerca de su ventana como para saludarla con la mano. Y una vez, cuando tuvo la fiebre y el doctor Hawkins venía dos veces al día a verla, no tuve ánimos para la escuela, sino que me senté en esa talanquera todo el santo día, mirando la casa con hastiales donde ella yacía enferma. Y el señor Glennie nunca me riñó por hacer novillos, ni se lo dijo a tía Jane, adivinando, como pensé después, la causa, y habiendo sido joven él mismo en otro tiempo. No era más que amor de muchacho, pero serio para mí; y el día que estuvo a punto de morir, me atreví a detener al doctor Hawkins en su caballo y preguntarle cómo estaba; y él, soportándome por la ansiedad que leyó en mi rostro, se inclinó sobre su silla, sonrió y dijo que mi compañera de juegos volvería a mí.

Así que era muy cierto que había vigilado la casa, pero no como espía, y no habría llevado cuentos al viejo Maskew por nada que se me pudiera ofrecer. Entonces Ratsey habló en mi favor y dijo:

—Es una pista falsa. El muchacho es buena gente, y simple, y me ha dicho muchas veces que busca el cementerio porque desde allí hay una buena vista del mar, y es el mar lo que ama. Hace un mes, cuando subió la marea y esta cripta estaba tan llena de agua que no

podíamos entrar, vine con Elzevir para averiguar si las aguas estaban bajando dentro, o qué remolino era el que hacía que los barriles golpearan unos contra otros. Así que mientras yacía en el suelo con la oreja pegada a la pared, ¿quién aparece rodeando la iglesia sino el señorito John Trenchard, no andando con delicadeza como el rey Agag, ni espiando, sino simplemente en un viaje de descubrimiento por su cuenta? Porque en la iglesia, el domingo, cuando oímos los golpes en la cripta de abajo, mi joven caballero se asustó bastante; pero después, al decirle el párroco Glennie —que debería saber más— que tales ruidos no los hacían los fantasmas, sino los Mohune navegando en sus ataúdes, se armó de valor y bajó el lunes a ver si todavía estaban a flote. Y así me pilló tumbado como un mentecato en el suelo. Podéis imaginar que me puse firme bien pronto, pero le dije que estaba mirando los cimientos para ver si necesitaban ser recalzados por las inundaciones. Y así le tranquilicé, pues es un niño simple, y lo despaché a buscar mi martillo de calafateo. Y creo que el muchacho no vendrá tan a menudo por aquí ahora a asustar al honrado Parmiter, pues le he tejido unas cuantas historias bonitas de Barbanegra, y le tiene un miedo saludable a encontrarse con el Coronel. Pero después del anochecer, doy mi vida a que ni él ni ningún otro en el pueblo pasaría el muro del cementerio, no, ni por mil libras.

Le oí reírse para sus adentros, y los demás también rieron a carcajadas cuando contaba cómo me había engañado; pero «ríe mejor quien ríe el último», pensé yo, y también me habría reído, de no ser por hacer crujir el ataúd.

Y entonces, para mi sorpresa, Elzevir habló:

—El muchacho es valiente; ojalá fuera mi hijo. Tiene la edad de David, y será un buen marinero más adelante.

Fueron palabras sencillas, pero me agradaron; pues Elzevir habló como si las sintiera, y yo le había tomado un poco de afecto a pesar de toda su severidad; y además, sentía pena por su dolor por su hijo. Me conmovió tanto lo que dijo, que por un momento estuve a

punto de saltar y gritarle que estaba allí y que le apreciaba, pero luego lo pensé mejor y me quedé quieto.

El transporte había terminado, y me imagino que todos estaban sentados en los extremos de los barriles o apoyados en la pila; pero no podía ver, y todavía estaba muy molesto por el humo de las antorchas, aunque de vez en cuando captaba a través de él una bocanada de tabaco, lo que indicaba que algunos estaban fumando.

Entonces Greening, que tenía voz de cantante a pesar de su hablar arrastrado, entonó:

«Dice el capitán a la tripulación,
le hemos dado esquinazo a la recaudación»,
pero Ratsey lo detuvo con un brusco:

—Basta de eso; las palabras no son de nuestro gusto esta noche, sino que suenan tan mal como si el párroco anunciara el *Salmo Cien* y yo entonara el *Veni*. —Sabía que se refería al último verso con su alusión a la horca; pero Greening quería seguir con la canción, hasta que otros también intervinieron, y vio que la compañía no quería saber nada de ella.

—No es que el obrero no sea digno de su salario —continuó el maestro Ratsey—; así que descorcha ese pequeño barril de ginebra de Schiedam, y que rule una copa para quitar el frío de la medianoche.

Le encantaba un buen vaso de licor, y con él siempre era el mismo razonamiento: a saber, para quitar el frío; aunque cambiaba las palabras para adaptarse a la estación, y ora era el frío del otoño, ora del invierno, ora de la primavera o del verano.

Debieron de encontrar vasos, aunque no recordaba haber visto ninguno en la cripta, pues un minuto después, el corifeo Ratsey volvió a hablar:

—Ahora, muchachos, vasos llenos y hasta arriba para un brindis. Y esto va por Barbanegra, por el Padre Barbanegra, que vigila nuestro

tesoro mejor de lo que vigiló el suyo; pues si no fuera por el miedo a él que mantiene alejados los pies ociosos y los ojos curiosos, habríamos tenido a los inspectores aquí, y nuestro almacén saqueado veinte veces.

Así habló, y pareció que hubo una pequeña vacilación al principio, como de hombres a los que no les gustaba tomar el nombre de Barbanegra en el lugar de Barbanegra, o invocar al Diablo burlándose de él. Pero entonces algunos de los más audaces gritaron «¡Barbanegra!», y así los más tímidos se unieron, y en un minuto había una veintena de voces gritando «¡Barbanegra, Barbanegra!», hasta que el lugar resonó.

Entonces Elzevir gritó enfadado:

—¡Silencio! ¿Estáis locos, o se os ha subido el licor a la cabeza? ¿Sois hombres de Rentas para atreveros a gritar y alborotar? ¿O contrabandistas con el lugre en alta mar y la vida en un hilo? Hacéis ruido suficiente para despertar a la gente de Moonfleet en sus camas.

—¡Bah, hombre! —replicó Ratsey con irritación—, y si despertaran no harían más que arrojarse bien con las mantas y decir que es Barbanegra llamando a su tripulación de Mohunes perdidos para que le ayuden a cavar en busca de un tesoro.

Sin embargo, a pesar de todo, estaba claro que Block era el que mandaba, pues hubo silencio durante un minuto, y luego uno dijo:

—Sí, el maestro Elzevir tiene razón. Vámonos; la noche está muy avanzada, y no tenemos más que los remos para sacar el lugre de la vista antes del amanecer.

Así se disolvió la reunión, y la luz de las antorchas se fue atenuando y se desvaneció como había llegado, en un parpadeo rojo en el techo, y los pasos sonaron más débiles mientras subían por el pasadizo, hasta que la cripta quedó para los muertos y para mí. Sin embargo, durante mucho, mucho tiempo —parecieron horas— después de que todos se hubieran ido, pude oír un murmullo de voces lejanas, y supe que algunos hablaban al final del pasadizo, y

quizás consideraban cómo se podría reparar mejor el derrumbe. Así que mientras los oía conversar, no me atreví a bajar de mi escondite, no fuera que alguien regresara a la cripta, aunque me alegré de poder sentarme y aliviar mi dolorida espalda y mis miembros. Sin embargo, en la terrible negrura del lugar, incluso el eco de estas voces humanas parecía algo amable y bendito, y una cierta soledad sobrecogedora se apoderó de mí cuando cesaron por fin y todo quedó en silencio. Entonces resolví marcharme de inmediato y volver a la cama iluminada por la luna que había dejado hacía horas, sin estómago para más búsquedas de tesoros, y alegrándome, en verdad, de conservar aún el tesoro de la vida.

Así, sentado donde estaba, encendí mi vela una vez más, y luego trepé por aquel gran ataúd que, durante dos horas o más, había sido un muro de partición entre el peligro y yo. Pero salir del nicho fue más difícil que entrar; pues ahora que tenía una vela para alumbrarme, vi que el ataúd, aunque parecía bastante sólido por fuera, estaba carcomido por dentro y por fuera, y era poco más que una cáscara podrida. Así fue que me costó bastante pasarlo, sin atreverme a arrodillarme sobre él ni a poner mucho peso con la mano, por miedo a que se rompiera. Y ya habiendo cruzado a salvo, me senté un instante en el estrecho saliente del estante de piedra que sobresalía más allá del ataúd en el lado de la cripta, y me preparé para saltar al suelo de abajo. Y no sé cómo ocurrió, pero allí perdí el equilibrio, y al resbalar, la vela se me escapó de la mano. Entonces me agarré al ataúd para salvarme; pero mi mano lo atravesó limpiamente, y así caí al suelo en una nube de polvo y astillas, habiendo agarrado solo un manojo de algas, o un puñado de aquellos andrajosos adornos funerarios que estaban esparcidos por este lugar. El suelo de la cripta era de arena, y así, aunque caí torpemente, sufrí poco daño más allá de una sacudida; y pronto, recuperándome, me puse a golpear mi pedernal y a soplar la mecha hasta hacerla llama para buscar la vela caída. Sin embargo, todo el tiempo mantuve en mis dedos este puñado de materia ligera; y cuando la llama ardió de nuevo, sostuve la cosa contra la luz y vi que no era un manojo de algas, sino algo negro y fibroso. Por un

momento no pude entender qué tenía en la mano, pero entonces di un respingo que casi apaga la vela, y quizás un grito, y lo dejé caer como si fuera hierro al rojo vivo, porque supe que era la barba de un hombre.

Cuando vi aquello sentí una especie de miedo sofocante, como si alguien me hubiera agarrado las fibras del corazón; y tantos y tan extraños pensamientos surgieron en mí, que la sangre me martilleaba en la cabeza, como me ocurrió una vez después, cuando luchaba contra el mar y estuve a punto de ahogarme. Ciertamente, tener en la mano la barba de cualquier muerto en cualquier lugar ya era bastante malo, pero mil veces peor en un lugar como este, y saber en qué rostro había crecido. Porque, casi antes de ver plenamente lo que era, supe que era aquella barba negra que le había dado al coronel John Mohune su apodo, y que este era su gran ataúd, detrás del cual me había escondido.

Había yacido, por tanto, todo ese tiempo, carrillo con carrillo con el mismísimo Barbanegra, con solo una delgada cáscara de madera podrida para separarme de él, y ahora había metido la mano en su ataúd y le había arrancado la barba. De modo que si alguna vez los hombres malvados tienen poder para mostrarse después de la muerte y seguir obrando el mal, uno supondría que él se mostraría ahora y se abalanzaría sobre mí. Así, un pavor enfermizo se apoderó de mí, y si hubiera sido una mujer o una niña, creo que me habría desmayado; pero siendo solo un muchacho, y no sabiendo cómo desmayarme, hice lo mejor que pude, que fue alejarme lo más posible de la barba y dirigirme hacia la salida. Sin embargo, apenas había puesto un pie en el pasadizo cuando me detuve, recordando cómo ya una vez esa misma tarde había actuado como un cobarde, y había corrido a casa asustado por mis propios miedos. Así que me detuve por pura vergüenza; y además de eso, pensé en cómo había venido a este lugar a buscar el tesoro de Barbanegra, y podría haberme ido sin saber siquiera dónde yacía, si el azar no me hubiera llevado primero a acostarme a su lado, y después a poner mi mano sobre su barba. Y seguramente esto no podía ser solo azar, sino más bien el dedo de la Providencia guiándome hacia lo que deseaba

encontrar. Esta consideración restauró en algo mi valor, y después de varias fintas para regresar, avances, detenciones y pánicos, estaba de nuevo en la cripta, caminando con cuidado alrededor de la pila de barriles y temiendo ver el resplandor de la vela caer sobre aquella barba. Allí estaba, sobre la arena, y acercándole la vela con cierta cautela, como si fuera a saltar y morderme, vi que era una gran barba negra y espesa, de más de un pie de largo, pero encaneciendo en las puntas; y tenía en la parte posterior, manteniéndola unida, un fino tejido de piel seca, como la raya postiza que tía Jane llevaba bajo su cofia los domingos. Esto pude verlo mientras yacía ante mí, pues no la manejé ni la levanté, sino que solo la examiné, con la vela, por todos lados, ocupándome mientras tanto con pensamientos sobre aquel hombre del que una vez había formado parte.

Al regresar a la cripta no tenía un propósito muy seguro en mente; solo una vaga suposición de que encontrar el ataúd de Barbanegra de alguna manera conduciría a encontrar su tesoro. Pero mientras miraba la barba y reflexionaba, comencé a ver que si algo había que hacer, debía ser buscando en el propio ataúd, y cuanto más claro se me hacía esto, mayor era mi aversión a emprender tal tarea. Así que pospuse la hora aciaga, fingiendo ante mí mismo que era necesario hacer un escrutinio cuidadoso de la barba, y así perdí al menos diez minutos. Pero al final, viendo que la vela se estaba consumiendo y que ciertamente duraría poco más de media hora, y considerando que ya debía de estar cerca del amanecer, me puse a la desagradable tarea de registrar el ataúd. Y no tuve necesidad de subir de nuevo al estante superior, sino que, de pie en el de abajo, mi cabeza y mis brazos quedaban bien a nivel para la búsqueda. Y además de eso, la tarea no fue tan difícil como había pensado; pues en mi caída había roto el extremo de la tapa de la cabecera y me había llevado todo el lado que daba a la cripta. Ahora bien, cualquier muchacho de mi edad, y quizás algunos hombres también, bien podrían haberse asustado al emprender una tarea como registrar un ataúd; y si alguien me hubiera dicho, unas horas antes, que alguna vez tendría el valor de hacer esto de noche en la cripta de los

Mohune, no le habría creído. Sin embargo, aquí estaba, y había avanzado por el camino del terror tan gradualmente, y por así decirlo, paso a paso en la noche pasada, que cuando llegué a este último escalón no estaba ni de lejos tan asustado como cuando entré a tientas por primera vez en la cripta. Tampoco era la primera vez que veía la muerte, sino que, de hecho, siempre tuve una inclinación por tales espectáculos y asuntos, y había visto cadáveres arrastrados por el mar desde el *Darius* y otros naufragios, y además de eso había ayudado a Ratsey a amortajar algunos pobres cuerpos que habían muerto en sus camas.

El ataúd era, como he dicho, de gran longitud, y al haber sido retirado el lateral, pude ver todo el contorno del esqueleto que yacía en él. Digo el contorno, pues la forma estaba envuelta en un sudario de lana o franela, de modo que los huesos mismos no eran visibles. El hombre que yacía en él era poco menos que un gigante, midiendo, según calculé, unos seis pies y medio; y como la franela se había hundido sobre el vientre, el extremo del esternón, las caderas, las rodillas y los dedos de los pies eran muy fáciles de distinguir. La cabeza estaba envuelta en vendas de lino que habían sido blancas, pero que ahora estaban manchadas y descoloridas por la humedad —pero de esto no hablaré más—, y por debajo del mentón, la barba se había escapado en otro tiempo. El manotazo que había dado para salvarme al caer había rasgado esta banda del mentón y dejado caer la mandíbula inferior sobre el pecho; pero poco más estaba alterado, y allí descansaba el coronel John Mohune tal como había sido dispuesto hacía un siglo. Levanté la porción de la tapa que había quedado y me estiré para ver si había algo escondido al otro lado del cuerpo; pero apenas dejé caer la luz en el ataúd cuando mi corazón dio un gran brinco, y todo el miedo me abandonó en el arrebató del éxito, pues allí vi lo que había venido a buscar.

Sobre el pecho de esta figura silenciosa y envuelta yacía un medallón, sujeto al cuello por una fina cadena que pasaba por dentro de las vendas de lino. Una porción más blanca de la franela mostraba hasta dónde se había extendido la barba; pero el medallón

y la cadena estaban completamente negros, aunque supuse que eran de plata. La forma de este medallón no era muy diferente a la de una moneda de una corona, solo que tres veces más gruesa, y tan pronto como puse los ojos en él, no dudé de que dentro se encontraría el diamante.

Fue entonces cuando una gran piedad se apoderó de mí por esta delgada sombra de hombre; pensando más en qué caballero tan apuesto y alto había sido una vez el coronel Mohune, y sin duda un buen soldado además, que en que había malgastado una noble herencia y traicionado al Rey. Y luego reflexioné que fue todo por el trozo de piedra brillante, que esperaba que yaciera dentro del medallón, por lo que había vendido su honor; y deseé que la joya me trajera mejor fortuna de la que le había tocado a él, o, al menos, que no me llevara por caminos tan fangosos. Sin embargo, tales pensamientos no retrasaron mi propósito, y me apoderé del medallón con bastante facilidad, encontrando un broche en la cadena y sacándolo así de entre los pliegues de lino. Esperaba, al mover el medallón, oír la joya sonar en el interior, pero no hubo sonido, y entonces pensé que el diamante podría estar pegado al lateral por la humedad, o quizás envuelto en lana. Apenas tuve el medallón en la mano, lo abrí, encontrando una muesca para el pulgar con la que, tras un poco de insistencia, la parte posterior, aunque oxidada, pudo abrirse sobre una bisagra. La respiración se me aceleró, y temblaba tanto que me costaba mantener la uña en la muesca; sin embargo, apenas se abrió, la expectativa exaltada dio paso a la más profunda decepción.

Pues allí yacía todo el secreto del medallón desvelado, y no había diamante —no, ni ninguna otra joya— y nada en absoluto excepto un pequeño trozo de papel doblado. Entonces me sentí como un hombre que ha perdido toda su fortuna en el juego y apuesta su última corona: con el corazón apesadumbrado, pero esperando contra toda esperanza que la suerte cambie, y que con esta pieza pueda recuperar todo su dinero. Así me sentí; pues esperaba que este papel pudiera tener escritas instrucciones para encontrar la joya, y que aún pudiera levantarme de la mesa como un ganador. No

era más que una frágil esperanza, y rápidamente se desvaneció; pues cuando hube alisado los pliegues y extendido el trozo de papel a la luz de la vela, no se veía nada excepto unos pocos versos de los Salmos de David. El papel era amarillo y mostraba un entramado de pliegues por donde había sido presionado en el medallón; pero la letra, aunque pequeña, era clara y nítida, y no había forma de confundir una sola palabra de lo que allí estaba escrito. Era tan corto que pude leerlo de inmediato.

Los días de nuestra edad son setenta años;
y si en los más robustos son ochenta años,
con todo, su fortaleza es molestia y trabajo,
porque pronto pasan, y volamos.¹

Salmo xc. 21.

En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies;
por poco resbalaron mis pasos.

Salmo lxxiii. 6.

No me anegue la corriente de las aguas,
ni me trague el abismo.

Salmo lxix. 11.

Atravesando el valle de lágrimas,
lo cambiaré en fuente, cuando la lluvia llene
los estanques.

Salmo lxxxiv. 14.

Tuyo es el norte y el sur;
Tabor y Hermón cantarán en tu nombre.

Salmo lxxxix. 6.

Así que aquí terminaban las grandes esperanzas, y después de todo, iba a dejar la cripta no más rico de lo que había entrado en

ella. Pues, por más que lo mirara, no podía ver que estos versos pudieran conducir a ningún diamante; y aunque de otro modo podría haber pensado en cifras o escritura secreta, sin embargo, recordando lo que el señor Glennie había dicho, que Barbanegra, después de su vida malvada, deseaba tener un buen final y mandó llamar a un párroco para confesarse, supuse que tales palabras piadosas habían sido colgadas alrededor de su cuello como un amuleto para mantener a los espíritus del mal alejados de su tumba. Estaba bastante decepcionado, pero antes de irme recogí la barba del suelo, aunque me dio un escalofrío tocarla, y la puse de nuevo en su lugar sobre el pecho del muerto. También restauré los trozos del ataúd que pude alcanzar, pero no pude hacer gran cosa; así que dejé las cosas como estaban, confiando en que los que vinieran después pensarían que la madera se había deshecho por descomposición natural. Pero el medallón me lo quedé, y lo colgué alrededor de mi cuello bajo la camisa, tanto por ser una cosa curiosa en sí misma, como porque pensé que si las buenas palabras de su interior eran lo suficientemente fuertes para alejar a los malos espíritus de Barbanegra, también serían lo suficientemente fuertes para alejar a Barbanegra de mí.

Cuando esto estuvo hecho, la vela se había consumido tanto que ya no podía sostenerla con los dedos, y me vi obligado a clavarla en un trozo de la madera rota, y así llevarla delante de mí. Pero, después de todo, no iba a escapar de las garras de Barbanegra tan fácilmente; pues cuando llegué al final del pasadizo y me disponía a subir al cementerio, descubrí que el agujero estaba tapado y que no había salida.

Comprendí ahora por qué había oído hablar durante tanto tiempo después de que la compañía se hubiera ido de la cripta; pues estaba claro que Ratsey había cumplido su palabra, y que el derrumbe del suelo había sido reparado antes de que los contrabandistas se fueran a casa esa noche. Al principio no le di importancia al asunto, pensando que pronto podría desalojar esta nueva obra y encontrar así una salida. Pero cuando examiné el asunto más de cerca no me sentí tan seguro; pues habían hecho un trabajo sólido, colocando

una losa sepulcral muy pesada a un lado para apilar tierra contra ella hasta que el agujero estuvo lleno, y luego cubriéndolo con otra. Ambas eran de pizarra, y sabía de dónde venían; pues había una docena o más de tales cubiertas en desuso y desgastadas por el tiempo apoyadas contra el lado norte de la iglesia, y cada una de ellas una buena carga para cuatro hombres. Sin embargo, esperaba que, escarbando la tierra por debajo, pudiera desalojar la piedra lateral; pero mientras consideraba la mejor manera de empezar, la vela parpadeó, la mecha se inclinó bruscamente hacia un lado y me quedé a oscuras.

Así, mi situación era ciertamente mala, pues ahora no tenía nada que quemar para darme luz, y sabía que no servía de nada ponerse a escarbar hasta que pudiera ver para hacerlo. Además, la oscuridad era de esa clase negra que nunca se encuentra bajo el cielo abierto—no, ni siquiera en la noche más oscura—, sino que acecha en lugares cerrados y cubiertos, y cansa los ojos al intentar ver en ella. Sin embargo, no me rendí, sino que decidí esperar al amanecer, que sabía que debía estar ya cerca; pues entonces pensé que entraría suficiente luz por las rendijas de la tumba de arriba para mostrarme cómo ponerme a trabajar. Ni siquiera estaba muy asustado, como quien, habiendo estado en peligro de muerte a manos de los contrabandistas por espía, y en peligro de fantasmas malvados por saquear la tumba de Barbanegra, consideraba cosa ligera quedarse a oscuras esperando una hora hasta la mañana. Así que me senté en el suelo del pasadizo, que, si bien húmedo, era al menos blando, y estando cansado por lo que había pasado, y no acostumbrado a perder una noche de descanso, me quedé dormido de inmediato.

No puedo decir cuánto tiempo dormí, pues no tenía nada que me guiara para saber la hora, pero me desperté al fin y me encontré todavía a oscuras. Me puse de pie y estiré mis miembros, pero no me sentí como quien se refresca con un sueño saludable, sino enfermo y cansado con dolores en la espalda, los brazos y las piernas, como si me hubieran golpeado o magullado. He dicho que todavía estaba a oscuras, pero no era la negrura de la noche anterior; y mirando hacia el interior de la tumba de arriba, pude ver

una finísima línea de luz en una esquina, que indicaba que el sol había salido. Pues esta línea de luz era la luz del sol, filtrándose lentamente a través de una grieta en la unión de las piedras; pero los lados de la tumba habían sido ajustados mucho más de lo que había calculado, y estaba claro que nunca habría luz suficiente en el lugar para guiarme en mi trabajo. Todo esto lo consideré mientras descansaba en el suelo, pues me había vuelto a sentar, sintiéndome demasiado cansado para estar de pie. Pero mientras mantenía la vista en la estrecha franja de luz, me sobresalté mucho, pues miraba la esquina sudoeste de la tumba y, sin embargo, miraba hacia el sol. Esto lo deduje por el tono de la luz; y aunque no había salida directa al aire, y solo entraba un destello, como he dicho, supe con certeza que el sol estaba bajo en el oeste y caía de lleno sobre esta piedra.

He aquí una sorpresa, y triste para mí, pues me di cuenta de que había dormido todo un día, y que el sol se estaba poniendo para otra noche. Y sin embargo, poco importaba, pues de noche o de día no había luz que me ayudara en este horrible lugar; y aunque mis ojos se habían acostumbrado a la penumbra, no podía distinguir nada que me mostrara por dónde trabajar. Así que saqué mi caja de yesca, con la intención de avivar la mecha hasta hacerla llama, y de tener al menos una mirada momentánea del lugar, y luego ponerme a cavar con las manos. Pero mientras dormía, la tapa de la caja se había salido y la yesca se había soltado en mi bolsillo; y aunque saqué la yesca con bastante facilidad y la volví a meter en la caja, sin embargo, las humedades salinas del lugar la habían empapado durante la noche, y chispa tras chispa caían inútilmente del pedernal.

Y fue entonces cuando percibí por primera vez el peligro en el que me encontraba; pues no había esperanza de encender una luz, y dudaba ahora si incluso con luz habría podido hacer mucho para desalojar la gran losa de pizarra. Empecé también a sentir mucha hambre, al no haber comido en veinticuatro horas; y peor que eso, tenía una sed abrasadora y sequedad en la garganta, y nada con qué calmarla. Sin embargo, no había tiempo que perder si quería salir vivo de allí, así que palpé con las manos el lateral de la tumba

hasta que distinguí el borde inferior de la losa, y luego me puse a escarbar debajo de ella con los dedos. Pero la tierra, que el día anterior parecía ligera y margosa a la vista, era bastante dura y compacta cuando uno se enfrentaba a ella con las manos desnudas, y en una hora de tiempo poco más había hecho que cansarme aún más y magullarme los dedos.

Entonces me vi obligado a descansar; y sentándome en el suelo, vi que la tenue franja de luz se había desvanecido, y que la terrible negrura de la noche anterior se acercaba de nuevo. Y ahora no tenía ánimos para enfrentarla, acobardado por el hambre, la sed y el cansancio; y así me arrojé boca abajo, para no ver cuán oscuro estaba, y gemí por pura desolación. Así permanecí durante mucho tiempo, pero después me levanté y grité en voz alta, y chillé por si alguien casualmente me oía, llamando al señor Glennie y a Ratsey, e incluso a Elzevir, por su nombre, para que me salvaran de este horrible lugar. Pero no hubo respuesta, excepto el eco de mi propia voz sonando hueco y lejano en la cripta. Así que, desesperado, volví a la pared de tierra bajo la losa, y escarbé en ella con los dedos hasta que se me rompieron las uñas y me salió sangre, teniendo todo el tiempo la certeza, como una cuerda apretada alrededor de mi cabeza, de que ningún esfuerzo mío podría desalojar jamás la gran piedra. Y así pasaron las horas. Y no diré más aquí, pues el recuerdo de aquel tiempo es todavía terrible; y además, ninguna palabra podría jamás expresar la angustia que entonces sufrí. Sin embargo, el sueño acudió a veces en mi ayuda; pues incluso mientras trabajaba en la tierra, el puro agotamiento me vencía, y caía al suelo y me quedaba dormido.

Y las horas seguían pasando, y al final supe por el destello de luz en la tumba de arriba que el sol había salido de nuevo, y una sed enloquecedora se había apoderado de mí. Y entonces pensé en todos los barriles apilados en la cripta y en el licor que contenían; y no dudé porque fuera aguardiente, pues apenas me habría detenido para saciar aquella sed ni siquiera con plomo fundido. Así que tanteé mi camino por el pasadizo de vuelta a la cripta, y no me importó la oscuridad, ni Barbanegra y su tripulación, si tan solo podía llevar mis

labios al licor. Así palpé los barriles hasta que, cerca de la parte superior de la pila, mi mano tropezó con el tapón de un barril, y sacándolo, llevé mi boca al agujero.

No sé qué licor era, pero no era tan fuerte como para no poder tragarlo a grandes sorbos, y lo encontré menos ardiente que mi garganta ardiente. Pero cuando me di la vuelta para volver al pasadizo, no pude encontrar la salida, y anduve a tientas dando vueltas y más vueltas hasta que mi cerebro se mareó, y caí sin sentido al suelo.

CAPÍTULO V

EL RESCATE

«Sombras de los muertos, ¿no he oído vuestras voces
alzarse en el aliento nocturno del vendaval?». —Byron.

Cuando volví en mí, no estaba yaciendo en la negrura exterior de la cripta de los Mohune, ni sobre un suelo de arena, sino en una cama de sábanas dulces y limpias, y en una pequeña habitación encalada, a través de cuya ventana entraba a raudales la luz del sol de primavera. ¡Oh, la bendita luz del sol, y cómo alabé a Dios por la luz! Al principio pensé que estaba en mi propia cama en casa de mi tía, y que había soñado con la cripta y los contrabandistas, y que mi encierro en la oscuridad no era más que el horror de una pesadilla. Intenté levantarme, pero caí de nuevo sobre la almohada en el esfuerzo por incorporarme, con una debilidad y una languidez enfermiza que nunca antes había conocido. Y al caer, sentí que algo se balanceaba sobre mi cuello y, al llevarme la mano, encontré que era el medallón negro del coronel John Mohune, y así supe que, al menos, parte de esta aventura no era un sueño.

Entonces se abrió la puerta, y a mi pensamiento errante le pareció que estaba de nuevo en la cripta, pues entró Elzevir Block. Entonces levanté las manos y grité:

—¡Oh, Elzevir, sálvame, sálvame; no he venido a espiar!

Pero él, con una mirada amable en el rostro, me puso la mano en el hombro y me empujó suavemente hacia atrás, diciendo:

—Quédate quieto, muchacho, aquí nadie te hará daño, y bebe esto.

Me tendió un cuenco de caldo humeante, que llenó la habitación con un aroma diez mil veces más dulce para mí que todas las rosas y lirios del mundo, pero no me dejó beberlo de un trago, sino que me hizo sorberlo con una cuchara como a un bebé. Así, mientras bebía, me dijo dónde estaba —a saber, en un desván del Why Not—, pero no quiso decir más entonces, pidiéndome que volviera a dormir y que ya lo sabría todo después. Y así pasaron diez días o más antes de que la juventud y la salud se impusieran y yo estuviera fuerte de nuevo; y todo ese tiempo Elzevir Block se sentó junto a mi cama y me cuidó con la ternura de una mujer. Así, poco a poco, conocí la historia de cómo me encontraron.

Fue el señor Glennie quien primero se movió para buscarme; pues cuando llegó el segundo día que no estaba en la escuela, pensó que estaba enfermo y fue a casa de mi tía a preguntar cómo me encontraba, como era su costumbre cuando alguien padecía algún mal. Pero tía Jane le respondió con rigidez que no podía decir cómo me encontraba.

—Porque —dijo ella—, ha huido no sé dónde, pero como se hace la cama, así se acuesta en ella; y si huye por su gusto, que se quede fuera por el mío. He sido importunada con esta calaña demasiado tiempo, y solo lo soportaba por el bien de mi pobre hermana Martha; pero es a su padre a quien se parece el muchacho sin gracia, y así me recompensa.

Con eso, le dio un portazo en las narices al párroco, y este se fue a ver a Ratsey, pero no pudo averiguar nada allí, y así concluyó que

me había fugado para hacerme a la mar y que estaría buscando barco en Poole o Weymouth.

Pero ese mismo día llegó Sam Tewkesbury al Why Not al anochecer, y pidió un vaso de ron, estando, según dijo, «hecho un flan», y contando una historia de cómo pasó junto al muro del cementerio al volver del trabajo y, en el crepúsculo, oyó gritos y voces lastimeras, y supo que era Barbanegra llamando a sus Mohunes perdidos para buscar un tesoro. Así que, aunque no vio nada, dio media vuelta y no paró de correr hasta que estuvo en la puerta de la posada. Entonces, de inmediato, Elzevir dejó a Sam bebiendo solo en el Why Not y él mismo salió corriendo calle arriba para llamar al maestro Ratsey; y los dos se dirigieron directamente a través de las praderas marinas en la oscuridad.

—Porque tan pronto como oí a Tewkesbury hablar de gritos y lamentos en el aire, y sin nadie a la vista —dijo Elzevir—, supuse que alguna pobre alma se había quedado encerrada en la cripta y estaba allí clamando por su vida. Y a esto no me guio el ingenio, sino una señal más segura y más triste. Habrás oído cómo hace trece años un demente al que llamábamos Cracky Jones fue encontrado muerto una mañana en el cementerio. Llevaba una semana desaparecido, y dos veces durante esa semana yo me había sentado toda la noche en la colina detrás de la iglesia, vigilando para advertir al lugre con una bengala de que no podía entrar por el oleaje en la playa. Y en esas noches, estando el aire quieto aunque había una fuerte marejada, oí tres o más veces un grito ahogado llegar temblando a través de las praderas desde el cementerio. Sin embargo, más allá de helarme la sangre por un momento, me preocupó poco, pues siempre han circulado malas historias sobre la iglesia; y aunque no daba mucho crédito a los viejos cuentos de Barbanegra llamando a su tripulación, pensé que bien podrían ocurrir cosas extrañas entre las tumbas por la noche. Y así nunca me moví, ni moví mano o pie para salvar a una criatura semejante en su agonía.

»Pero cuando el oleaje amainó lo suficiente como para que los botes llegaran a la orilla, y Greening sostuvo una linterna para que yo saltara al pasadizo, después de haber retirado el lateral de la tumba, lo primero que la luz iluminó en el fondo fue un rostro pálido vuelto hacia el cielo. No he olvidado eso, muchacho, pues era Cracky Jones quien yacía allí, con el rostro delgado y encogido, pero sin rastro de su mirada demente. Intentamos forzarle un poco de brandy en la boca, pero estaba rígido y muerto, con las rodillas encogidas hacia la cabeza, tan tieso que tuvimos que levantarlo doblado como estaba y dejarlo junto al muro del cementerio para que algunos de nosotros lo encontráramos al día siguiente. Nunca supimos cómo llegó allí, pero supusimos que había merodeado cerca de los descargadores alguna noche que traían una mercancía, y se había colado cuando el vigilante le dio la espalda. Así, cuando Sam Tewkesbury habló de gritos y lamentos, y sin nadie a la vista, supe lo que era, pero nunca adiviné quién podría estar encerrado allí, sin saber que tú estabas desaparecido. Así que corrí a buscar a Ratsey para que me ayudara a quitar la losa lateral, pues yo solo no puedo moverla ahora, aunque una vez lo hice cuando era más joven; y por él supe que te habías perdido, y supe a quién encontraríamos antes de llegar.

Me estremecí mientras Elzevir hablaba, pues pensé en cómo Cracky Jones quizás se había escondido detrás del mismo ataúd que me cobijó a mí, y por qué poco había escapado a su destino. Y aquella vieja historia volvió a mi mente, de cómo, años atrás, surgió una vez un grito tan terrible de la cripta durante el servicio que el párroco y los feligreses huyeron de la iglesia; y no dudé ahora que alguna otra pobre alma se había quedado encerrada en aquel lugar espantoso, y llamaba entonces pidiendo ayuda a aquellos cuyos miedos no les permitían escuchar.

—Allí te encontramos —continuó Elzevir—, tendido en la arena, sin sentido y muy mal; y había algo en tu rostro que me hizo pensar en David cuando yacía tendido en su último sueño. Y así te puse sobre mi hombro y te traje de vuelta, y aquí estás, en la habitación de

David, y tendrás comida y cama conmigo todo el tiempo que quieras.

Hablamos mucho durante los días en que me iba fortaleciendo, y llegué a apreciar mucho a Elzevir, descubriendo que su severidad era solo superficial, y que nunca hubo un hombre más amable. De hecho, creo que mi estar con él le hizo bien; pues sintió que había de nuevo alguien que lo amaba, y su corazón se volcó en mí como en su hijo David. Ni una sola vez me pidió que guardara silencio sobre la cripta y lo que había visto allí, sabiendo, quizás, que no era necesario, pues habría muerto antes que contarle el secreto a nadie. Solo un día, el maestro Ratsey, que venía a verme a menudo, dijo:

—John, solo Elzevir y yo sabemos que has visto el interior de nuestra bodega; y está bien, porque si algunos de los descargadores lo adivinaran, podrían tener feas maneras de evitar toda posibilidad de chismorreos. Así que guarda bien nuestro secreto, y nosotros guardaremos el tuyo, pues «el que refrena sus labios es prudente».

Me pregunté cómo el maestro Ratsey podía citar las Escrituras con tanta facilidad y, sin embargo, defraudar a la Hacienda —aunque, en verdad, en Moonfleet se consideraba poco pecado descargar una mercancía—, y quizás adivinó lo que estaba pensando, pues añadió:

—No es que un hombre cristiano tenga nada de qué avergonzarse por desembarcar un barril de buen licor, pues leemos que cuando Israel salió de Egipto, al pueblo elegido se le ordenó engañar a sus opresores para quitarles joyas de plata y joyas de oro; y entre aquellos crueles capataces, algunos de los peores debieron de ser, sin duda, los recaudadores de impuestos.

El primer paseo que di cuando me fortalecí y pude moverme fue hasta casa de tía Jane, a pesar de que ella ni siquiera había venido a preguntar por mí en todos esos días. Ella sabía, en efecto, dónde estaba, pues Ratsey le había dicho que yacía en el Why Not, explicando que Elzevir me había encontrado una noche en el suelo,

hambriento y medio muerto, pero sin decir dónde. Pero mi tía me recibió con duras palabras, que no necesito repetir aquí; pues quizás no las decía con mala intención, sino solo para devolverme al buen camino. No me dejó cruzar el umbral, manteniendo la puerta entreabierta en su mano y diciendo que no quería holgazanes de taberna en su casa, pero que si tanto me gustaba el Why Not, podía volver allí por lo que a ella respectaba. Yo había ido con la intención de pedirle perdón por hacer novillos; pero cuando oí palabras tan ruines, sentí que se me revolvía el demonio por dentro, y solo me reí, aunque tenía lágrimas amargas en los ojos. Así que le di la espalda al único hogar que había conocido, y me marché calle abajo por la aldea, sintiéndome muy solo, y no estoy seguro de no estar llorando antes de llegar de nuevo al Why Not.

Entonces Elzevir vio que mi rostro estaba abatido y me preguntó qué me pasaba; y así le conté cómo mi tía me había echado y que no tenía hogar al que ir. Pero él pareció más complacido que apenado, y dijo que ahora debía venir a vivir con él, pues tenía de sobra para los dos; y que, ya que el azar le había llevado a salvarme la vida, yo sería para él un hijo en el lugar de David. Así que fui a vivir con él al Why Not; y mi tía me envió mi bolsa de ropa, y habría entregado a Elzevir la miseria que mi padre dejó para mi manutención, pero él dijo que no era necesario y que no aceptaría nada de ello.

CAPÍTULO VI

UNA AGRESIÓN

«Ciertamente, después de todo,
la respuesta más noble a tales gentes
es una calma perfecta cuando arman pendencia». —Tennyson.

He mencionado más de una vez el nombre del señor Maskew; y como tendré otras cosas que contar de él más adelante, bien puedo relatar aquí qué clase de hombre era. Su estatura era apenas mediana, no excediendo los cinco pies y cuatro pulgadas, creo; y para sacarle el máximo partido, echaba la cabeza muy hacia atrás y se daba un aire de pavoneo al caminar. Tenía un rostro delgado con una nariz afilada que parecía que iba a picotearte, y ojos grises capaces de atravesar una rueda de molino si hubiera una guinea al otro lado. Su cabello, pues llevaba el suyo propio, había sido rojo, aunque ahora estaba entrecano; y su color se atribuía en Moonfleet a que era escocés, pues pensábamos que todos los escoceses eran pelirrojos. Era abogado de profesión y, habiendo hecho dinero en Edimburgo, se había ido tan al sur como Moonfleet para librarse,

según se decía, de los recuerdos de actos canallescos. Hacía unos cuatro años que había comprado una parcela de la finca de los Mohune, que se había estado desmembrando y vendiendo por partes durante una generación; y en sus tierras se encontraba la Casa Solariega, o lo que quedaba de ella. De la mansión ya he hablado antes. Era una casa muy larga de dos pisos, con un hastial saliente y un portal en el medio, y en cada extremo, alas con hastiales que se extendían transversalmente. Los Maskew vivían en una de estas alas, y esa era la única porción habitable del lugar; pues en cuanto al resto, los cristales de las ventanas estaban rotos, y en algunos lugares los tejados se habían derrumbado. El señor Maskew no hizo ningún intento de reparar la casa o los terrenos, y la rama del gran cedro que las nieves habían derribado en el 49 todavía bloqueaba el camino de entrada. El acceso a la casa era a través del porche del medio, pero había que atravesar más de un corredor ruinoso antes de llegar al ala habitada; mientras que gallinas, cerdos y ardillas se habían apoderado de los céspedes de la terraza delantera. No era por falta de dinero que Maskew dejaba las cosas así, pues los hombres decían que era bastante rico, solo que su talante era avaro; y quizás, también, era la falta de compañía femenina lo que le hacía pensar tan poco en el aseo y el orden. Pues su esposa había muerto; y aunque tenía una hija, era joven y todavía no tenía suficiente peso como para hacer que su padre hiciera cosas que no le apetecían.

Hasta que llegó Maskew, nadie había vivido en la Casa Solariega durante una generación, por lo que los niños de la aldea usaban la terraza como patio de recreo y recogían primulas en los bosques; y los hombres pensaban que tenían derecho a cazar un conejo con lazo o a disparar a un faisán en el coto. Pero el nuevo propietario cambió todo esto, escondiendo cepos y escopetas de resorte en los sotos, y clavando tablones en los árboles para decir que aplicaría la ley a cualquiera que traspasara sus tierras. Así que pronto se ganó enemigos, y en poco tiempo tuvo a todo el mundo en su contra. Sin embargo, prefería la enemistad de sus vecinos a su buena voluntad, y se empeñó en hacerla más amarga consiguiendo que lo nombraran

magistrado y pregonando que acabaría con el contrabando en los alrededores. Porque nadie en los alrededores de Moonfleet estaba a favor de los impuestos; a los granjeros les encantaba un vaso de aguardiente que nunca había sido aforado, y a sus esposas, un trozo de encaje fino de Francia. Y entonces vino el asunto entre el *Elector* y el queche, con la muerte de David Block; y después de eso decían que no era seguro para Maskew andar suelto, y que algún día lo encontrarían muerto en la colina; pero él no hizo caso, y siguió como si hubiera sido un recaudador de impuestos a sueldo en lugar de un magistrado.

Cuando yo era un niño pequeño, los bosques de la Casa Solariega eran mi deleite, y muchas tardes soleadas me he sentado en el borde de la terraza mirando hacia la aldea y comiendo manzanas rojas de los huertos en ruinas. Y aunque esto ahora estaba prohibido, la Casa Solariega todavía tenía para mí una atracción más dulce que las manzanas o la caza de pájaros, y esa era Grace Maskew. Era hija única, y de mi misma edad, o poco más, en la época de la que hablo. La conocía porque iba todos los días al viejo asilo para recibir clases del reverendo señor Glennie, de quien yo también recibía mi instrucción. Era alta para su edad, y delgada, con un rostro fino y una maraña de pelo leonado, que le volaba alrededor con el viento o cuando corría. Sus vestidos estaban lavados, remendados y descoloridos, y mostraban más de sus brazos y piernas de lo que la costurera había previsto, pues era una muchacha en crecimiento y no tenía a nadie que cuidara de su ropa. Era una compañera de juegos favorita de todos, y una de las primeras en ser elegida para los juegos de «el rescate», y podía vencer a la mayoría de nosotros, los chicos, en velocidad. Así, aunque todos odiábamos a su padre y le teníamos muchos apodosos burlones entre nosotros, nunca usábamos un mote malvado ni una palabra injuriosa contra él cuando ella estaba presente, porque la apreciábamos mucho.

Éramos media docena de muchachos, y otras tantas niñas, a quienes el señor Glennie solía enseñar; y para que veáis qué clase de hombre era Maskew, os contaré lo que ocurrió un día en la

escuela entre él y el párroco. El señor Glennie nos enseñaba en el asilo; pues aunque ya no había asilados y las casas mismas habían caído en la ruina, el pequeño salón en el que los internos habían comido en otro tiempo todavía se mantenía y servía de aula. Era una sala larga y alta, con un alto friso de madera a su alrededor, un coro de roble tallado en un extremo y un amplio ventanal en el otro. Una mesa muy pesada, pulida por el uso y tristemente manchada de tinta, recorría el centro de la sala, con bancos a ambos lados para nuestro uso; y un pupitre alto para el señor Glennie se alzaba bajo el ventanal al final de la sala. Así estábamos sentados una mañana, con nuestras pizarras de sumar y nuestras gramáticas delante, cuando se abre la puerta del coro y entra el señor Maskew.

Ya os he hablado de los versos que el señor Glennie escribió para la tumba de David Block; y cuando las inundaciones bajaron, Ratsey colocó la lápida con la poesía grabada en ella. Pero Maskew, al no ir a la iglesia, no vio la lápida durante semanas, hasta que una mañana, paseando por el cementerio, se topó con ella y reconoció los versos como del señor Glennie. Así que era para ajustar cuentas con el párroco por lo que había venido a la escuela ese día; y aunque entonces no sabíamos tanto, supusimos por su presencia que algo se tramaba, y pudimos leer en su rostro que estaba muy enfadado. Ahora bien, a pesar de que odiábamos a Maskew, nos alegramos bastante de verlo allí, esperando que algo extraño variara la monotonía de la escuela y presintiendo un disturbio en el aire. Solo Grace estaba inquieta, por temor a que su padre dijera algo indecoroso, y mantenía la cabeza gacha, con mechones de pelo cayendo sobre su libro, aunque pude verla sonrojarse entre ellos. Así que entra Maskew hecho una furia y, con una mirada airada a su alrededor, se dirige directamente al pupitre donde nuestro maestro se sienta en la cabecera de la sala.

Por un momento, el señor Glennie, siendo corto de vista, no vio quién era; pero a medida que su visitante se acercaba, se levantó cortésmente para saludarlo.

—Buenos días tenga usted, señor Maskew —dijo, tendiéndole la mano.

Pero Maskew puso los brazos a la espalda y espetó:

—No me tienda la mano, no sea que escupa en ella. Es propio de vuestra hipócrita mojigatería escribir dulces salmos para granujas contrabandistas e intentar asustar a los hombres honrados con vuestros juicios.

Al principio, el señor Glennie no sabía a qué venía el otro, y después, al comprenderlo, se puso muy pálido; pero dijo que como clérigo nunca dudaría en reprender a quienes considerara equivocados, ya fuera desde el púlpito o desde la lápida.

Entonces Maskew montó en cólera y profirió muchas palabras viles e insolentes, diciendo que el señor Glennie estaba en connivencia con los contrabandistas y se enriquecía con sus crímenes; que la poesía era una difamación; y que él, Maskew, lo llevaría ante la justicia por calumnia.

Después de eso, tomó a Grace por el brazo y le ordenó que cogiera su sombrero y su capa y se fuera con él.

—Porque —dijo—, no permitiré que te enseñe más un hipócrita salmodiante que llama a tu padre asesino. —Y todo el tiempo se acercaba más y más al señor Glennie, hasta que los dos estuvieron muy cerca el uno del otro.

Había una gran diferencia entre ellos: uno bajo y fanfarrón, con el rostro rojo vuelto hacia arriba; el otro alto e inclinado hacia abajo, mal vestido, mal alimentado y pálido. Maskew llevaba en la mano izquierda una cesta, con la que iba de compras por las mañanas, pues hacía sus propias adquisiciones y le gustaba el pescado, por ser más barato que la carne. Había estado regateando con las pescaderas ese mismo día, y traía consigo sus provisiones cuando visitó nuestra escuela.

Entonces le dijo al señor Glennie:

—Ahora, señor párroco, la ley ha puesto en sus necias manos un poder sobre este cementerio, y es su oficio impedir que se coloquen epitafios indecorosos dentro de sus muros, o, una vez colocados, retirarlos de inmediato. Así que le doy una semana de plazo, y si de mañana en ocho esa piedra no ha desaparecido, la arrancaré y la arrojaré en pedazos fuera del muro.

El señor Glennie le respondió en voz baja, pero bastante clara, de modo que pudimos oírlo desde donde estábamos sentados:

—No puedo retirar la piedra yo mismo, ni impedir que la retire usted si así lo desea; pero si hace tal cosa y deshonra el camposanto, hay Alguien más fuerte que usted o que yo con quien habrá que ajustar cuentas.

Supe después que se refería al Todopoderoso, pero entonces pensé que hablaba de Elzevir; y así, quizás, lo entendió también el señor Maskew, pues se enfureció aún más, metió la mano en la cesta, sacó un enorme lenguado que tenía allí y, en un abrir y cerrar de ojos, se lo estampó en la cara al señor Glennie, con un:

—Entonces, tome eso por párroco maleducado, que no quiero ensuciarme el puño con sus mejillas harinosas.

Pero ver aquello me encendió la cólera, pues el señor Glennie era débil como la cera y nunca habría levantado la mano para detener un golpe, aunque fuera fuerte como Goliat. Así que estuve a punto de abalanzarme sobre Maskew, y siendo un muchacho robusto para mi edad, podría haberlo tumbado en el suelo tan fácil como a un bebé; pero al levantarme de mi asiento, vi que sujetaba a Grace de la mano, así que me contuve un momento, y antes de que pudiera ordenar mis pensamientos, se había ido, y vi la cola de la capa de Grace desaparecer tras la puerta del coro.

Un lenguado es, en el mejor de los casos, algo feo de recibir en la cara, y este lenguado era más grande que la mayoría, pues Maskew se aseguraba de obtener lo máximo por su dinero; así que impactó con un fuerte chasquido en la mejilla del señor Glennie, y luego cayó con otro chasquido al suelo. Ante esto, todos nos reímos, como

hacen los niños; y el señor Glennie no nos reprendió, sino que volvió a sentarse muy tranquilo en su pupitre. Y pronto lamenté haberme reído, pues se le veía triste, con la cara cubierta de arena y una gran mancha roja en un lado; y además de eso, la aleta lo había arañado y le había hecho brotar una gota de sangre que le corría por la mejilla. Unos minutos más tarde, la delgada voz del reloj del asilo dio las doce, y el señor Glennie se marchó sin su habitual «Buenos días, niños», y allí quedó el lenguado, tirado en el polvoriento suelo delante de su pupitre.

Parecía una lástima que un pescado tan bueno se desperdiciara, así que lo recogí y lo metí en mi pupitre, enviando a Fred Burt a buscar la parrilla de su madre para que pudiéramos asarlo en el fuego del aula. Mientras él se iba, salí al patio a jugar, y no llevaba allí ni cinco minutos cuando regresó Maskew por nuestro patio de recreo sin Grace, y entró en el aula. Pero en el coro al final de la sala había una rendija, contra la cual solíamos poner los dedos en los días soleados para que el sol brillara a través y mostrara la sangre de color rosa; así que me deslicé hasta allí y pegué el ojo al agujero, queriendo saber qué tramaba. Llevaba su cesta consigo, y pronto vi que había vuelto por el lenguado, no teniendo el corazón para dejar un trozo de pescado tan bueno. Pero por más que buscó, no pudo encontrarlo, pues nunca registró mi pupitre, y tuvo que marcharse con cara de pocos amigos; pero Fred Burt y yo cocinamos el lenguado, y lo encontramos sabroso, a pesar de haberle causado tanto dolor al señor Glennie.

Después de eso, Grace no volvió más a la escuela, tanto porque su padre había dicho que no lo haría, como porque ella misma se avergonzaba de volver después de lo que Maskew le había hecho al señor Glennie. Y fue entonces cuando empecé a vagar mucho por los bosques de la Casa Solariega, sin temor a las trampas, pues conocía su ubicación tan pronto como las ponían, pero viendo a menudo a Grace y, a veces, encontrando ocasión para hablar con ella. Así pasó el tiempo, y yo vivía con Elzevir en el Why Not, yendo todavía a la escuela por las mañanas, pero pasando las tardes pescando o ayudándole en el huerto o con los barcos. Tan pronto

como lo conocí bien, le rogué que me dejara ayudar a descargar las mercancías; pero se negó, diciendo que aún era demasiado joven y que no debía meterme en líos. Sin embargo, más tarde, cediendo a mi insistencia, consintió; y más de una noche oscura estuve en los botes de desembarco que descargaban el lugre, aunque nunca pude decidirme a entrar de nuevo en la cripta de los Mohune, sino que me quedaba como centinela en la boca del pasadizo. Y todo el tiempo llevaba alrededor del cuello el medallón del coronel John Mohune, y al principio lo llevaba pegado a la piel, pero al ver que la ennegrecía, lo puse entre la camisa y el jubón. Y allí, a fuerza de usarlo, se volvió menos negro y mostró un poco del metal de debajo, y finalmente empecé a pulirlo en ratos libres, hasta que quedó completamente blanco y brillante, como la plata pura que era. Elzevir había visto este medallón cuando me acostó la primera vez que vine al Why Not, y después le conté de dónde lo había sacado; pero aunque lo examinamos más de una vez por la noche, nunca pudimos descubrir ningún significado oculto. De hecho, apenas lo intentamos, juzgando que sin duda era un amuleto sagrado para mantener a los malos espíritus alejados del cuerpo de Barbanegra.

CAPÍTULO VII

UNA SUBASTA

«¿Qué importa si mi casa está infestada de una rata,
y a mí me place dar diez mil ducados
para que la exterminen?». —Shakespeare.

Una tarde de marzo, cuando los días se alargaban rápidamente, llegó un mensajero de Dorchester y trajo avisos impresos para fijarlos en las contraventanas del Why Not y en la puerta de la iglesia, que decían que en una semana el alguacil del ducado de Cornualles visitaría Moonfleet. Este alguacil era una persona importante, y sus visitas figuraban como acontecimientos en la historia de la aldea. Una vez cada cinco años hacía un recorrido o viaje por todo el ducado, inspeccionando todas las propiedades reales y organizando nuevos arrendamientos. Sus visitas a Moonfleet eran generalmente bastante breves; pues, debido a que los Mohune poseían todas las tierras, la única propiedad del ducado allí era el Why Not, y el único deber del alguacil era renovar ese contrato de arrendamiento de cinco años bajo el cual los Block habían regentado

la posada, de padres a hijos, durante generaciones. Pero a pesar de todo, el asunto no se llevaba a cabo sin ceremonia, pues había una solemne apariencia de sacar a subasta el arrendamiento de la posada al mejor postor, aunque se daba por sentado que nadie, excepto Elzevir, haría una oferta.

Así que una mañana, una semana después, subí al extremo superior de la aldea para esperar la silla de postas del alguacil, y sobre las once de la mañana la vi bajar por la colina con cuatro caballos y dos postillones. Al poco pasó, y vi que iban dos hombres en ella: un escribano sentado de espaldas a los caballos, y en el asiento de enfrente un hombrecillo con peluca, a quien tomé por el alguacil. Entonces corrí a casa de mi tía, pues Elzevir me había pedido que le suplicara una de sus mejores velas de invierno para un propósito que explicaré en breve. No había visto a tía Jane, excepto en la iglesia, desde el día en que me despidió; pero no se mostró más rígida de lo habitual y me dio la vela con bastante facilidad.

—Tómala —dijo—, y ojalá traiga luz a tu oscuro corazón y te muestre cuán perverso es dejar a los tuyos para ir a vivir en una taberna.

Estuve a punto de decir que fueron los míos quienes me dejaron a mí, y no yo a ellos; y en cuanto a vivir en una taberna, era mejor vivir allí que en ninguna parte, como ella desearía que hiciera al echarme de su casa; pero no lo hice, y solo le di las gracias por la vela y me marché.

Cuando llegué a la posada, la silla de postas estaba delante de la puerta, los caballos estaban siendo llevados a comer, y un pequeño grupo de aldeanos se arremolinaba alrededor; pues aunque la subasta del Why Not era en sí misma un asunto trivial con un resultado previsible, la visita del alguacil siempre despertaba cierto interés. Había unos cuantos niños con las narices aplastadas contra los cristales del salón, y dentro estaban el señor alguacil y el señor escribano enfrascados en su almuerzo. El señor alguacil, que era, como supuse, el hombrecillo de la peluca, se sentaba a la cabecera de la mesa, y el señor escribano se sentaba a los pies, y en las sillas

estaban colocados sus sombreros, sus capas de viaje y fajos de papeles atados con cinta verde. Podéis estar seguros de que Elzevir les tenía preparado un buen almuerzo, con pastel de conejo caliente y una rueda de fiambre de cabeza de jabalí, y un trozo de queso azul veteado que el señor alguacil comió con ganas, pero que su escribano no quiso probar, diciendo que prefería masticar jabón. Había también una botella de leche del Ararat y una jarra de cerveza; pues temíamos ponerles vinos franceses delante, no fuera que se pusieran a preguntarse cómo habían llegado hasta allí.

Elzevir cogió la vela, regañándome un poco por llegar tarde, y la colocó en un candelabro de latón en el centro de la mesa. Entonces el señor escribano sacó una pequeña regla de su bolsillo, midió una pulgada en la vela, clavó en la cera en ese punto un alfiler de corbata con una cabeza de ónix que Elzevir le prestó, y encendió la mecha. La razón de esto era que la costumbre en Moonfleet, cuando se subastaba una tierra o un arrendamiento, era clavar un alfiler en una vela; y mientras el alfiler se mantuviera firme, cualquiera podía hacer una oferta mejor, pero cuando la llama bajaba y el alfiler caía, entonces la tierra o el arrendamiento iban a parar al último postor. Así que, una vez terminada la comida y recogida la mesa, el señor escribano sacó un rollo de papeles y leyó una descripción legal del Why Not, llamándolo Mohune Arms, una excelente finca o tenencia utilizada actualmente como taberna, y hablando de los convenientes prados o parcelas de pasto en su parte trasera, llamados *Moons'-lease*, que ascendían a dieciséis acres más o menos. Luego invitó a los presentes a hacer una oferta de alquiler por tan deseable propiedad bajo un contrato de cinco años, y como Elzevir y yo éramos los únicos presentes, la puja se hizo rápidamente; pues Elzevir ofreció un alquiler de 12 libras al año, que siempre había sido el valor del Why Not. El escribano tomó nota de esto; pero el asunto aún no había terminado, pues debíamos esperar a que el alfiler cayera de la vela antes de que el contrato se formalizara definitivamente. Así que los hombres se pusieron a fumar para pasar el tiempo, hasta que no debían quedar más de diez minutos de vela por arder, y el señor alguacil, con un vaso de leche del Ararat en la

mano, estaba diciendo: «Es una curiosa y excelente clase de ginebra la que guardáis aquí, maestro Block», cuando entró el señor Maskew.

Un rayo no me habría asombrado tanto como su aparición, y el rostro de Elzevir se puso negro como la noche; pero el alguacil y el escribano no mostraron sorpresa, sin conocer los términos en que se trataban las personas en nuestra aldea, y pensando que era natural que alguien entrara a ver caer el alfiler y el final de una antigua costumbre. De hecho, Maskew parecía conocer al alguacil, pues intercambió con él un saludo, y luego se dispuso a sentarse a la mesa sin hacer caso a Elzevir ni a mí. Pero justo cuando empezaba a sentarse, Block gritó:

—No sois un visitante bienvenido en mi casa, y preferiría ver vuestra espalda que vuestra cara, pero en esta mesa no os sentaréis.

Supe lo que quería decir, pues en aquella mesa habían tendido el cuerpo de David; y con eso, golpeó el tablero con el puño con tal fuerza que hizo saltar al alguacil y casi sacar el alfiler de la vela.

—¡Hola, señores! —dijo el señor alguacil, asombrado—. No tengamos altercados aquí, tanto más cuanto que este honorable caballero es un magistrado y, en cierto modo, amigo mío.

Sin embargo, Maskew se abstuvo de sentarse, pero se quedó junto a la silla del alguacil, poniéndose blanco, y no rojo, como hizo con el señor Glennie; y murmuró algo, que le daba lo mismo estar de pie que sentado, y que pronto sería el turno de Block de pedirle a él un sitio para sentarse.

Me preguntaba qué podría haber traído a Maskew allí, cuando el alguacil, que estaba incómodo, dijo:

—Vamos, señor escribano, al alfiler solo le queda un minuto; repita lo que se ha hecho, pues debo entregar este contrato y partir hacia Bridport, donde me esperan muchos asuntos.

Así que el escribano leyó con voz cantarina que la propiedad del ducado de Cornualles llamada Mohune Arms, una posada o taberna, con todas sus tierras, tenencias y dependencias, situada en la parroquia de San Sebastián, Moonfleet, habiendo sido ofrecida en arrendamiento por cinco años, sería arrendada a Elzevir Block por una renta de 12 libras anuales, a menos que alguien ofreciera una renta mayor antes de que el alfiler cayera de la vela.

No había nadie para hacer otra oferta, y el alguacil le dijo a Elzevir:

—Diles que traigan los caballos; el alfiler caerá en un minuto, y así ahorraremos tiempo.

Así que Elzevir dio la orden, y entonces todos nos quedamos de pie en silencio, esperando que cayera el alfiler. La cera se había consumido hasta la marca, o casi por debajo, según parecía; pero justo donde el alfiler estaba clavado había un pequeño bulto de sebo más duro que resistía valientemente, negándose a derretirse. El alguacil dio una patada de impaciencia con el pie bajo la mesa, como si esperara así hacer caer el alfiler, y entonces una vocecilla seca salió de Maskew, diciendo:

—Ofrezco 13 libras al año por la posada.

Esto nos cayó con tanta sorpresa que todos miramos a nuestro alrededor, buscando, por así decirlo, a otro orador, y sin pensar nunca que pudiera ser Maskew. Elzevir fue el primero, creo, en comprender plenamente que era él; y sin volverse a mirar al alguacil ni a Maskew, sino con los codos sobre la mesa, el rostro entre las manos y mirando directamente al mar, dijo con voz firme:

—Ofrezco 20 libras.

Apenas habían salido las palabras de su boca cuando Maskew las superó con 21 libras, y así, en menos de un minuto, el alquiler del Why Not casi se duplicó. Entonces el alguacil miró de uno a otro, sin saber qué pensar de todo aquello, ni si era comedia o iba en serio, y dijo:

—Amables señores, les advierto que no bromeen; no tengo tiempo que perder en inocentadas, y quien haga ofertas en broma tendrá que atenerse a ellas en serio.

Pero no faltaba seriedad en al menos uno de los hombres que tenía ante él, y la voz con la que Elzevir dijo 30 libras seguía siendo firme. Maskew cantó 31 libras y 41 libras, y Elzevir 40 y 50, y entonces miré la vela y vi que la cabeza del alfiler ya no estaba nivelada, se había hundido un poco, muy poco. El escribano despertó de su indiferencia y tomaba notas de las pujas con una pluma que chirriaba; el alguacil fruncía el ceño, perplejo y pensando que nadie tenía derecho a dejarlo perplejo. En cuanto a mí, no podía quedarme quieto, sino que me puse de pie, por si así podía soportar mejor la tensión; pues comprendí entonces que Maskew se había propuesto echar a Elzevir, y que Elzevir luchaba por su hogar. ¡Su hogar! ¿Y no lo había hecho también mi hogar? ¿Íbamos a ser ambos desterrados para satisfacer el rencor de este hombrecillo mezquino?

Hubo algunas pujas más, y entonces supe que Maskew decía 91 libras, y vi que la cabeza del alfiler estaba más baja; el duro bulto de sebo de la vela de tía Jane se estaba derritiendo. El alguacil intervino:

—¿Estáis locos, señores? Y usted, maestro Block, ahórrese el aliento y el dinero; y si este honorable caballero ha de convertirse en posadero a cualquier precio, que se quede con el lugar en nombre del Diablo, y yo os daré la Sirena, en Bridport, con un salón acogedor y diez veces más clientela que este.

Elzevir pareció no oír lo que decía, sino que solo cantó 100 libras, con el rostro todavía mirando al mar y la misma firmeza en la voz. Entonces Maskew intentó un salto, y subió a 120 libras, y Elzevir lo superó con 130, y 140, 150, 160, 170 siguieron rápidamente. La respiración se me aceleró tanto que casi me mareé, y tuve que apretar los puños para recordarme dónde estaba y qué estaba pasando. Los postores también respiraban con dificultad; Elzevir había apartado la cabeza de las manos, y los ojos de todos estaban

fijos en el alfiler. El bulto de sebo ya se había consumido; era difícil decir por qué no caía el alfiler. Maskew soltó entrecortadamente 180 libras, y Elzevir dijo 190, y entonces el alfiler se tambaleó, y pensé que el Why Not estaba salvado, aunque al precio de la ruina. No; el alfiler no había caído, había una película que lo sostenía por la punta, un segundo, solo un segundo. El aliento de Elzevir, que estaba listo para superar cualquier cosa que dijera Maskew, se le quedó atascado en la garganta con el alfiler que se resistía, y Maskew suspiró 200 libras, antes de que el alfiler tintineara en el fondo del candelabro de latón.

El escribano se olvidó de la presencia de su amo y cerró su cuaderno de un golpe.

—Le felicito, señor —dijo, con bastante descaro, a Maskew—. Es usted el arrendatario de la peor taberna del ducado por 200 libras al año.

El alguacil no prestó atención a lo que hacía su hombre, sino que se quitó la peluca y se secó la cabeza.

—¡Pues que me aspen! —dijo; y así se perdió el Why Not.

Justo cuando se dio la última puja, Elzevir se incorporó a medias de su silla, y por un momento esperé verlo saltar como una fiera sobre Maskew; pero no dijo nada y volvió a sentarse con la misma mirada impassible en el rostro. Y, en verdad, quizás fue bueno que lo pensara mejor, pues Maskew se llevó la mano al pecho cuando el otro se levantó; y aunque la retiró de nuevo cuando Elzevir volvió a su silla, la parte delantera de su chaleco estaba un poco abultada y, mirando de reojo, vi la culata con adornos de plata de una pistola anidada muy abajo contra su camisa blanca. El alguacil estaba molesto, creo, por haberse dejado llevar a palabras tan fuertes; pues intentó de inmediato poner un aire tan indiferente como pudo, diciendo en tono seco:

—Bueno, señores, parece que aquí hay algún asunto personal en el que no intentaré inmiscuirme. Doscientas libras más o menos es una menudencia para el ducado; y si usted, señor —dirigiéndose a

Maskew—, desea más adelante cambiar de opinión y librarse del trato, no seré yo quien se interponga en su camino. En cualquier caso, imagino que habrá tiempo de sobra para sellar el contrato si lo envío desde Londres.

Supe que decía esto e insinuaba una demora, deseando hacerle un favor a Elzevir; pues su escribano ya tenía el contrato listo, y solo faltaba rellenar el nombre y el alquiler para sellarlo y firmarlo.

—No —dijo Maskew—, los negocios son los negocios, señor alguacil, y el correo es incierto para lugares tan distantes de la capital como estos; así que le agradeceré que me extienda el contrato ahora, y que el primero de mayo me ponga en posesión.

—Así sea, pues —dijo el alguacil, un poco irritado—, pero no me culpe por hacer tratos duros; pues el ducado, de quien soy servidor —y se quitó el sombrero—, no es hijo de la sanguijuela. Rellene las cifras, señor Scrutton, y vámonos.

Así que el señor Scrutton, pues ese era el nombre del señor escribano, garabateó un poco con su pluma en la hoja de pergamino para rellenar el dinero, y luego Maskew garabateó su nombre, y el señor alguacil garabateó su nombre, y el señor escribano garabateó de nuevo para dar fe del nombre del señor alguacil, y entonces el señor alguacil sacó de sus maletas un pequeño estuche de zapa, y del estuche salió lacre y el sello de viaje del ducado.

Allí estaba la mejor vela de invierno de mi tía, todavía ardiendo a la luz del día, pues nadie se había acordado de apagarla; y el señor alguacil derretió el lacre en ella, hasta que una gota de lacre cayó en la grasa y formó un surco por un lado, y luego hubo un chisporroteo del pergamino bajo la cera caliente, y finalmente se estampó el sello.

—Firmado, sellado y entregado —dijo el señor escribano, enrollando la hoja y entregándosela a Maskew; y Maskew la tomó y se la metió en el pecho, debajo de la parte delantera del chaleco, todo ello junto a aquella pistola con empuñadura de plata, cuya culata había visto antes.

La silla de postas estaba ante la puerta, los caballos pateaban los adoquines y los arneses tintineaban. El señor escribano había sacado sus maletas, pero el señor alguacil se detuvo un momento mientras se echaba la capa de viaje sobre los hombros para decirle a Elzevir:

—¡Bah, hombre, no te tomes las cosas tan a pecho! Tendrás la Sirena por 20 libras al año, que te valdrá diez veces más que este lugar lúgubre; y podrás enviar a tu hijo a la escuela de Bryson, donde harán de él un erudito, pues es un muchacho valiente. —Y me tocó el hombro y me dirigió una mirada amable al pasar.

—Agradezco a vuestra merced —dijo Elzevir— toda su bondad; pero, cuando deje este lugar, no volveré a plantar mi báculo en la puerta de ninguna posada.

El señor alguacil pareció molesto al ver que su oferta era tan poco apreciada, y salió de la habitación con un seco:

—Entonces, le deseo buenos días.

Maskew se había escabullido antes que él, y las narices de los niños abandonaron el cristal de la ventana cuando el gran hombre bajó los escalones. Había un pequeño grupo para ver la partida, pero se disolvió rápidamente; y antes de que el ruido de los cascos se apagara, la noticia se extendió por la aldea de que Maskew había echado a Elzevir del Why Not.

Durante mucho tiempo después de que todos se hubieran ido, Elzevir permaneció sentado a la mesa con la cabeza entre las manos, y yo también guardé silencio, tanto porque lamentaba que nos echaran, como porque deseaba mostrarle a Elzevir que sentía sus problemas. Pero los jóvenes no pueden comprender plenamente las penas de sus mayores, por mucho que lo deseen, y al cabo de un tiempo el silencio se me hizo pesado. Estaba anocheciendo, y la vela que se había mantenido tan valientemente durante la subasta y la firma del contrato se consumía en el candelero. Un minuto después, la luz dio unos parpadeos, vacilaciones y chisporroteos, y entonces la mecha se tambaleó y la llama se apagó, dejándonos con el frío gris de una tarde de marzo que se adueñaba de los rincones de la

habitación. No pude soportar más la penumbra, sino que avivé el fuego hasta que la luz danzó rojiza sobre el peltre y la porcelana de la alacena.

—Vamos, maestro Block —dije—, hay tiempo de sobra antes del primero de mayo para pensar qué haremos, así que tomemos una taza de té, y después le jugaré una partida de backgammon.

Pero él seguía abatido y no decía nada; y quiso la casualidad que, aunque yo deseaba dejarle ganar al backgammon para que, quizás, se animara, por más que hiciera esa noche no pude perder. Así que, a medida que su suerte empeoraba, su mal humor aumentaba, y finalmente cerró el tablero de golpe, diciendo, en referencia a aquel lema que corría por su borde:

—La vida es como un juego de azar, y seguramente nadie ha sacado peores tiradas, ni les ha sacado tan poco provecho, como yo.

CAPÍTULO VIII

EL DESEMBARCO

«Que mi lámpara a la medianoche
se vea en alguna alta y solitaria torre». —Milton.

Maskew recibió miradas de odio de los hombres y agrias palabras de las mujeres mientras subía por la aldea aquella tarde, pues todos sabían lo que había hecho; y durante muchos días después de la subasta no se atrevió a mostrarse en público. Sin embargo, Damen de Ringstave y algunos otros de los descargadores, que se habían propuesto vigilarlo, dijeron que había estado dos veces en Weymouth por las tardes y había conversado allí con el señor Luckham de la Recaudación, y con el capitán Henning, que mandaba las tropas acuarteladas entonces en el Nothe. Y poco a poco se corrió la voz, aunque no sé cómo, de que había persuadido a los de Rentas para que golpearan con fuerza a los contrabandistas, y que un fuerte destacamento estaría preparado para pillar a los descargadores in fraganti la próxima vez que intentaran desembarcar una mercancía. Por qué Maskew se tomaba tantas molestias para ayudar a los de Rentas, no puedo decirlo, ni nadie lo

descubrió nunca con certeza; pero algunos decían que era por pura perversidad y un deseo de hacer daño a sus vecinos; y otros, que veía qué lugar tan apropiado era este para desembarcar mercancías, y deseaba primero hacer una valiente demostración de celo por la Recaudación, y después hacerse con todo el negocio del contrabando. Sea como fuere, creo que ciertamente estaba en connivencia con los hombres de Rentas, y más de una vez lo vi en la terraza de la Casa Solariega con un catalejo en la mano, y supuse que estaba buscando el lugre en alta mar. Normalmente, se avisaba al descargador, por manos seguras, de la noche en que se debía desembarcar una mercancía, y entonces, por la mañana o por la tarde, el lugre se acercaba lo suficiente a la costa como para ser avistado con catalejos, y después se alejaba de nuevo mar adentro hasta el anochecer. Las noches elegidas para tal trabajo eran sin luna, pero lo más tranquilas posible, siempre que hubiera suficiente viento para llenar las velas; y a menudo el lugre podía ser avistado desde la playa, pero a veces era necesario hacer señales con bengalas, aunque se usaban lo menos posible. Sin embargo, después de un largo período de mal tiempo, y cuando una mercancía tenía que ser desembarcada a toda costa, he sabido que los botes han entrado incluso con la brillante luz de la luna y han corrido el riesgo; pues se decía que los de la Recaudación dormían más profundamente por nuestros lares que en cualquier otro lugar del Canal.

Estas historias sobre las andanzas de Maskew no tardaron en llegar a oídos de Elzevir, y durante algunos días consideró mejor no moverse, aunque había una mercancía al otro lado que necesitaba ser desembarcada con urgencia. Pero una tarde, cuando había ganado al backgammon y estaba de humor abierto, me tomó por confidente, dejó el cubilete sobre la mesa y dijo:

—Ha llegado un recado de los expedidores de que debemos recoger una mercancía, pues no pueden guardar el género por más tiempo en St. Malo. Ahora, con este demonio de la Casa Solariega merodeando, no me atrevo a arriesgarme en la playa de Moonfleet, ni a guardar el licor en la cripta; así que le he dicho al *Bonaventure*

que asome el hocico por esta bahía mañana por la tarde, para que Maskew lo vea bien, y que luego se aleje de nuevo mar adentro, como ha hecho cien veces antes. Pero en lugar de esperar en alta mar, se dirigirá directamente Canal arriba hasta una pequeña franja de guijarros debajo de Hoar Head. —Asentí para mostrar que conocía el lugar, y continuó—: Los hombres solían elegir ese lugar en los buenos viejos tiempos para desembarcar una mercancía antes de que se cavara el pasadizo a la cripta; y hay una cantera abandonada que llamaban el Hoyo de Pyegrove, no muy lejos en la colina y cubierta de zarzas, donde podemos encontrar refugio para un centenar de barriles. Así que estaremos bajo Hoar Head a las cinco de la mañana con las acémilas. Ojalá pudiéramos estar antes, pues el sol sale por allí, pero la marea no será favorable antes.

Fue en ese momento cuando sentí un toque frío en los hombros, como del aire fresco de fuera, y además me pareció oler una bocanada de algas saladas de la playa. Así que me di la vuelta para ver si la puerta o la ventana estaban entreabiertas. La ventana estaba bien cerrada, y con la contraventana echada además, pero la puerta no se veía claramente por un biombo de madera que la separaba del salón y que estaba destinado a cortar las corrientes de aire. Sin embargo, pude ver apenas una esquina superior de la puerta por encima del biombo, y me pareció que no estaba bien cerrada. Así que me levanté para cerrarla, pues las noches eran frías; pero al doblar la esquina del biombo descubrí que estaba cerrada, y sin embargo habría jurado que vi caer el pestillo en su sitio mientras caminaba hacia ella. Entonces me lancé hacia adelante, y en un santiamén abrí la puerta y salí a la calle. Pero la noche no tenía luna y era negra, y no vi ni oí nada que se moviera, salvo el suave batir del mar en la playa de Moonfleet, más allá de las marismas saladas.

Elzevir me miró con inquietud cuando regresé.

—¿Qué te pasa, muchacho? —dijo.

—Creí oír a alguien en la puerta —respondí—, ¿no sentiste un viento frío como si estuviera abierta?

—No es más que la noche, que está fresca; la primavera empieza muy fría; echa el cerrojo y siéntate de nuevo. —Y arrojó un leño nuevo al fuego, que envió una nube de chispas crepitando chimenea arriba y hacia la habitación.

—Elzevir —dije—, creo que había alguien escuchando en la puerta, y puede que haya otros en la casa, así que antes de sentarnos de nuevo, cojamos una vela y recorramos las habitaciones para asegurarnos de que nadie nos espía.

Se rio y dijo:

—No fue más que el viento que abrió la puerta de golpe —pero que podía hacer lo que quisiera. Así que encendí otra vela y me dispuse a empezar mi búsqueda; pero él gritó—: No, no irás solo. —Y así recorrimos juntos toda la casa, y no encontramos ni un ratón que se moviera.

Se rio aún más cuando volvimos al salón.

—Es el frío que te ha helado el corazón y te ha hecho temer a ese granuja furtivo de la Casa Solariega; sírveme un vaso de leche del Ararat, y uno para ti, y vámonos a la cama.

Ya había aprendido a no temer al buen licor, y mientras lo sorbíamos, Elzevir continuó:

—Nos quedan quince días, y entonces tú y yo soltaremos amarras. Es cruel ver las puertas de esta casa cerrarse ante mí, donde yo y los míos hemos vivido un siglo o más, pero debo verlo. Sin embargo, no nos desanimemos demasiado, e intentemos sacar algo incluso de esta, la peor de las tiradas.

Me alegré de oírle hablar en este tono más firme, pues había visto qué pensamiento tan doloroso había sido para él en los últimos días el tener que dejar el Why Not, y cómo a menudo lo volvía melancólico y abatido.

—No volveremos a ser posaderos —dijo—; hace muchos días que estoy harto y cansado de ello, y ya no me importa ver a los hombres abusar del buen licor y atontar sus necias cabezas para llenar mi

bolsillo. Y tengo algo, muchacho, guardado a buen recaudo en la ciudad de Dorchester que nos dará pan para comer y cerveza para beber, incluso si las tiradas siguen siendo malas. Pero debemos buscar un techo que nos cobije cuando el Why Not se cierre, y es mejor que dejemos este nuestro Moonfleet por un tiempo, hasta que Maskew encuentre una soga lo suficientemente larga para ahorcarse. Así que, cuando terminemos nuestro trabajo mañana por la noche, caminaremos por el acantilado hasta Worth, y echaremos un vistazo a una casita de la que habló Damen, con un huerto amurallado detrás y un seto de fucsias delante; está cerca de la posada Lobster y tiene una buena vista del mar; y si vivimos allí, dejaremos la cripta en paz por un tiempo y usaremos este Hoyo de Pyegrove como almacén, hasta que la vigilancia se relaje.

No respondí, pues tenía la mente en otras cosas, y él apuró su licor, diciendo:

—Estás cansado; así que a la cama, pues dormiremos poco mañana por la noche.

Era cierto que estaba cansado, y sin embargo no podía conciliar el sueño, sino que daba vueltas y más vueltas en la cama pensando en muchas cosas, y molesto porque nos íbamos de Moonfleet. Sin embargo, mi pena era egoísta; pues poco pensaba en Elzevir y en el dolor que debía suponer para él abandonar el Why Not. Tampoco era la pena de dejar Moonfleet lo que tanto me preocupaba, aunque ese era el único lugar que había conocido, y me parecía entonces — como ahora— el único lugar en la tierra digno de ser vivido; sino que la verdadera preocupación y el cáncer era que me alejaba de Grace Maskew. Porque desde que había dejado la escuela me había encariñado más con ella; y ahora que era difícil verla, me esforzaba más por conseguirlo, y la encontraba a veces en los bosques de la Casa Solariega, y más de una vez, cuando Maskew estaba fuera, había paseado con ella por la colina de Weatherbee. Así que criamos un afecto de niño y niña, y tuvimos que prometernos ser fieles el uno al otro, sin saber lo que tales tontas palabras podían significar. Y le conté a Grace todos mis secretos, sin excluir siquiera

los asuntos del contrabando, y la cripta de los Mohune y el medallón de Barbanegra, pues sabía que todo estaba tan a salvo con ella como conmigo, y que su padre nunca podría arrancarle nada. Es más, su dormitorio estaba en lo alto del ala con hastial de la Casa Solariega, y miraba directamente al mar; y una noche clara, cuando nuestro barco volvía tarde de pescar, vi su vela encendida allí, y al día siguiente se lo conté. Y entonces ella dijo que pondría una vela a arder ante los cristales en las noches de invierno, y sería un faro para los barcos en el mar. Y así lo hizo, y otros además de mí lo vieron y lo usaron, llamándolo la «Cerilla de Maskew», y diciendo que era el abogado que se quedaba despierto toda la noche para estudiar libros de contabilidad y sumar su fortuna.

Así que esta noche, mientras yacía despierto, me atormentaba y me atormentaba pensando en ella, y al final resolví subir a la mañana siguiente a los bosques de la Casa Solariega y acechar a Grace, para contarle lo que pasaba y que nos íbamos a Worth.

Al día siguiente, 16 de abril —un día que he tenido motivos para recordar toda mi vida—, hice novillos con el señor Glennie, y a las diez de la mañana me encontraba en los bosques.

Había una pequeña hondonada en la ladera sobre la casa, verde de bardanas en verano y llena de hojas secas en invierno; lo suficientemente grande como para albergar a uno tumbado, y no tan profunda como para no poder mirar por encima del borde y ver la casa sin ser visto. Allí fui ese día, y me tumbé en las hojas secas a esperar y vigilar a Grace.

La mañana era bastante luminosa. El frío de la noche anterior había dado paso a una luz solar que parecía tan cálida como en verano, y sin embargo tenía consigo la suave frescura de la primavera. Apenas se movía una brizna de aire en el bosque, aunque podía ver las nubes de polvo blanco que subían por el camino que trepa por Ridgedown, y los árboles estaban verdes de brotes, pero sin follaje que impidiera a los rayos del sol iluminar el suelo de abajo, que resplandecía con ranúnculos amarillos. Así permanecí allí durante mucho, mucho tiempo; y para hacer pasar el

tiempo más rápido, saqué de mi pecho el medallón de plata y, abriéndolo, leí de nuevo el pergamino, que había leído innumerables veces antes y que, de hecho, sabía de memoria.

«Los días de nuestra edad son setenta años», y el resto.

Ahora bien, cada vez que manejaba el medallón, mis pensamientos se volvían hacia el tesoro de Mohune; y era natural que así fuera, pues el medallón me recordaba mi primer viaje a la cripta; y me reía de mí mismo, recordando cuán simple había sido, y cómo había esperado encontrar el lugar sembrado de diamantes, y ver el oro apilado en montones. Y así, por centésima vez, me puse a devanarme los sesos para saber dónde podría estar escondido el diamante, y pensé al final que debía de estar enterrado en el cementerio, por los rumores de que se veía a Barbanegra en noches de tormenta cavando allí en busca de su tesoro. Pero entonces razoné que muy probablemente eran los contrabandistas a quienes los hombres habían visto con palas cuando cavaban el pasadizo desde la tumba hasta la cripta, y los tomaron por fantasmas porque trabajaban de noche. Y mientras estaba ocupado con tales pensamientos, se abrió la puerta de la casa de abajo, y salió Grace con una capucha en la cabeza y una cesta para flores silvestres en la mano.

Observé para ver qué camino tomaría; y tan pronto como tomó el sendero que sube por Weatherbee, me escabullí entre la maleza seca para encontrarme con ella, pues habíamos acordado que nunca tomaría ese camino excepto cuando Maskew estuviera fuera. Así que allí nos encontramos y pasamos una hora juntos en la colina, aunque no escribiré aquí lo que dijimos, porque eran mayormente tonterías. Habló mucho de la subasta y de que Elzevir dejaba el Why Not, y aunque nunca dijo una palabra en contra de su padre, me hizo saber el dolor que le causaban sus acciones. Pero lo que más lamentaba era que nos fuéramos de Moonfleet, y mostró su pena de maneras tan encantadoras que casi me alegré de verla triste. Y por ella supe que Maskew, en efecto, estaba ausente de casa, habiendo sido llamado de repente la noche anterior. La tarde era tan hermosa,

dijo él (y esto me sorprendió, recordando cuán oscura y fría estaba con nosotros), que necesitaba dar una vuelta por los terrenos; pero sobre las nueve de la noche regresó y le dijo que le había surgido un asunto urgente que lo llevaría a Weymouth en ese mismo momento. Así que montó en su yegua y se fue, pidiéndole a Grace que no lo esperara hasta dentro de dos noches.

No sé por qué, pero lo que dijo de Maskew me dejó pensativo y silencioso, y ella también debía volver a casa, no fuera que la vieja sirvienta que les llevaba la casa dijera que había estado fuera demasiado tiempo, y así nos separamos. Entonces me fui a través de los bosques y bajé por la calle de la aldea, pero al pasar por mi antigua casa vi a tía Jane de pie en el umbral. Le di los «buenos días» y me disponía a correr hacia el Why Not, pues ya iba bastante tarde, pero ella me llamó, pareciendo de humor más apacible, y dijo que tenía algo para mí en la casa. Así que me dejó esperando mientras iba a buscarlo, y volvió y me puso en la mano un pequeño libro de oraciones que yo había visto a menudo por el salón en días pasados, diciendo:

—Aquí tienes un Libro de Oración Común que tenía intención de enviarte con tu ropa. Era de tu pobre madre, y ruego que algún día sea para ti un bálsamo tan precioso como lo fue una vez para aquella mujer piadosa. —Con eso me dio los «buenos días», y yo me guardé en el bolsillo el pequeño libro de cuero rojo, que, en efecto, me resultó precioso después, aunque no de la manera que ella pretendía, y corrí calle abajo hacia el Why Not.

Esa misma tarde, Elzevir y yo salimos del Why Not, subimos por la aldea, ascendimos la colina y llegamos a la cima al atardecer. Habíamos partido más temprano de lo que fijamos la noche anterior, porque a Elzevir le había llegado un recado esa mañana de que la marea llamada *Gulder* sería favorable para el desembarco del *Bonaventure* a las tres en lugar de a las cinco. Es una cosa extraña la *Gulder*, y ni siquiera los marineros pueden contar con ella con

exactitud; pues en la costa de Dorset la marea sube cuatro veces al día, dos con el flujo común y dos con la *Gulder*, y esta última, siendo cambiante e incierta en cuanto a la hora, desbarata muchos cálculos de navegación.

Serían sobre las siete cuando estuvimos en la cima de la colina, y había quince buenas millas que cubrir para llegar a Hoar Head. El crepúsculo nos alcanzó antes de haber caminado media hora; pero cuando cayó la noche, no fue negra como la tarde anterior, sino de un azul profundo, y el calor del día no murió con el sol, sino que dejó el aire aún cálido y balsámico. Caminamos en silencio, y nos alegramos bastante cuando vimos por una piedra blanca aquí y allá al lado del sendero que nos acercábamos al acantilado; pues los guardacostas marcan todos los senderos del acantilado con piedras encaladas, para que uno pueda encontrar el camino sin riesgo en una noche oscura. Unos minutos más, y llegamos a una amplia extensión de césped abierto, que reconocí como la cima de Hoar Head.

Hoar Head es el más alto de esa línea de acantilados que se extiende veinte millas desde Weymouth hasta St. Alban's Head, y se eleva ochenta brazas o más sobre el agua. El lado que da al mar es una gran pared de creta, pero no cae directamente al mar, pues a tres cuartas partes de su altura hay un saliente o terraza inferior, llamado el bajo acantilado.

Era a este saliente adonde nos dirigíamos; y aunque ahora estábamos directamente encima, sabía que teníamos una milla o más que recorrer antes de poder bajar a él. Así que seguimos adelante y encontramos el camino de herradura que desciende por una profunda hondonada en la línea del acantilado; y cuando llegamos a este bajo saliente, miré al cielo, estando la noche clara, y supuse por las estrellas que era pasada la medianoche. Conocía el lugar, por haber estado allí una vez en busca de moras; pues las zarzas del bajo acantilado, al estar protegidas por todas partes menos por el sur y abiertas al sol, dan las mejores de toda la comarca.

No estábamos solos, pues pude distinguir una veintena de hombres, algunos de pie en grupos, otros descansando en el suelo, y las oscuras siluetas de las acémilas que parecían más grandes en la penumbra. Se murmuraron unas pocas palabras de saludo en voces graves, y luego todo quedó en silencio, de modo que se oía a los caballos pacer, tratando de arrancar algo del césped. No era la primera mercancía que ayudaba a desembarcar, y conocía a la mayoría de los hombres, pero no hablé con ellos, pues estaba cansado y deseaba descansar hasta que me necesitaran. Así que me eché en el césped, pero no llevaba mucho tiempo tumbado cuando vi a alguien acercarse a mí a través de las zarzas, y el maestro Ratsey dijo:

—Bueno, Jack, así que tú y Elzevir os vais de Moonfleet, y yo de buena gana me mudaría también, pero entonces, ¿quién quedaría para guiar a los viejos a su último hogar? Porque los muertos no entierran a sus muertos en estos días.

Estaba medio dormido y presté poca atención a lo que decía, despachándolo con:

—Eso no tiene por qué reteneros, maestro; encontrarán a otros para ocupar vuestro lugar.

Sin embargo, no me dejó en paz, sino que siguió hablando por el placer de oír su propia voz.

—No, niño, no sabes lo que dices. Podrán encontrar hombres que caven una tumba, y quizás que la llenen, pero ¿quién arrojará la tierra cuando el párroco Glennie diga «de la tierra a la tierra»? Hace falta un montón de maña para que retumbe con amabilidad sobre la tapa del ataúd.

Sentía el sueño pesado sobre mis párpados, y estaba a punto de rogarle que me dejara descansar, cuando se oyó un silbido desde abajo, y en un momento todos estaban de pie. Los arrieros se pusieron a la cabeza de las acémilas, y así bajamos a la playa, un grupo silencioso y en movimiento de hombres y caballos mezclados; y antes de llegar abajo, oímos la proa del primer bote raspar la

playa, y los pies de los marineros crujir en los guijarros. Entonces todos se pusieron a la tarea del desembarco, y era una escena bastante extraña, con la mezcla de hombres, las linternas balanceándose y una espumosa marejadilla que subía hasta que a veces nos cubría las botas; y todo el tiempo había un parloteo de francés y holandés, pues la mayoría de los hombres del *Bonaventure* eran extranjeros. Pero no hablaré más de esto; pues, después de todo, un desembarco es muy parecido a otro, y los barriles llegan a la orilla de la misma manera, ya sea que paguen impuestos o no.

Debían de ser las tres antes de que los botes del lugre se hicieran de nuevo a la mar, y para entonces los caballos estaban bien cargados, y la mayoría de los hombres llevaban además uno o dos barriles. Entonces Elzevir, que estaba al mando, dio la orden, y comenzamos a alejarnos de la playa hacia el bajo acantilado. Ahora bien, como la carga era pesada, tardamos más de lo habitual en partir; y aunque no había señales del amanecer, la noche era más gris y no tan azul como había sido.

Llegamos al bajo acantilado y nos movíamos a través de él para encarar el camino de herradura, y así subir serpenteando por la empinada cuesta, cuando vi algo moverse detrás de una de las matas de zarzas de las que el lugar está plagado. Fue solo un atisbo de movimiento lo que percibí, y no podría decir si era hombre o animal, o incluso un pájaro asustado detrás de los arbustos. Pero otros también lo habían visto; hubo algunos gritos, media docena arrojaron sus barriles y comenzaron la persecución.

Todos los ojos se volvieron hacia el camino de herradura, y en un abrir y cerrar de ojos, cazadores y presa estuvieron a la vista. Los galgos eran Damen y Garrett, con algunos otros, y la liebre era un hombre mayor, que saltaba y brincaba hacia adelante, más rápido de lo que habría pensado que cualquier joven pudiera correr; pero claro, él sabía qué hombres lo perseguían, y que era una carrera por la vida. Porque aunque solo fue un momento antes de que todos se perdieran en la noche, fue tiempo suficiente para mostrarme que el

hombre no era otro que Maskew, y supe que su vida no valía ni diez minutos.

Odiaba a este hombre, y yo mismo había sufrido algo a sus manos, además de verle infligir mucho y grave sufrimiento a otros; pero deseé entonces con todo mi corazón que escapara, y sentí un horrible pavor por lo que iba a suceder. Sin embargo, supe todo el tiempo que la huida era imposible; pues aunque Maskew corría desesperadamente, el camino era empinado y pedregoso, y tenía detrás de él a algunos de los pies más veloces de toda aquella costa. Todos nos habíamos detenido de común acuerdo, como no queriendo dar un paso más hasta haber visto el resultado de la caza; y yo estaba lo suficientemente cerca como para mirar el rostro de Elzevir, pero no vi en él ni pasión ni sed de sangre, sino solo una calma resolución, como si tuviera que tratar con algo bien esperado.

No tuvimos que esperar mucho, pues muy pronto oímos un rodar de piedras y un tropel de pies que bajaban por el sendero, y de la oscuridad surgió un grupo de hombres, con Maskew en medio de ellos. Lo traían a empujones, dos sujetándolo por los brazos y un tercero por el cuello de la camisa por detrás. La visión me produjo una náusea, como una sobredosis de tabaco, pues era la primera vez que veía a un hombre ser maltratado y a una criatura semejante ser abusada. Había perdido el gorro y su escaso pelo estaba enredado sobre la frente, la chaqueta estaba arrancada, de modo que iba solo en chaleco; estaba pálido y jadeaba terriblemente, ya fuera por la carrera, por la violencia, por el miedo, o por todo junto.

Se formó un barullo de voces cuando llegaron, de hombres desesperados que tenían a su más acérrimo enemigo en sus garras; y algunos gritaban: «¡Apaléenlo!», «¡Dispárenle!», «¡Cuélguenlo!», mientras que otros querían arrojarlo por el acantilado. Entonces alguien vio bajo la solapa de su chaleco aquella misma pistola con empuñadura de plata que tan recientemente había estado junto al contrato del Why Not, y arrancándosela, la arrojó sobre la hierba a los pies de Block.

Pero la voz profunda de Elzevir se impuso a sus disputas.

—Muchachos, recordáis cómo dije que cuando llegara el día del ajuste de cuentas de este hombre, sería yo quien ajustara cuentas con él, y me lo prometisteis. Y no es justo que nadie ponga la mano sobre él sino yo, pues, ¿no está sellado a mí con la sangre de mi hijo? Así que no lo toquéis, sino atadlo de pies y manos y dejádmelo aquí, y seguid vuestro camino; no hay tiempo que perder, pues la luz despunta.

Hubo un pequeño murmullo, pero la voluntad de Elzevir los doblegó aquí como lo había hecho en la cripta; y cedieron más fácilmente porque cada hombre sabía en su corazón que nunca volvería a ver a Maskew con vida. Así que en diez minutos todos subían serpenteando por el camino de herradura, caballos y hombres, todos excepto tres; pues quedaron sobre el césped cubierto de zarzas del bajo acantilado Maskew, Elzevir y yo, y la pistola yacía a los pies de Elzevir.

CAPÍTULO IX

UN JUICIO

«Deja que lo resuelvan entre ellos, amigo. Las cosas han ido demasiado lejos;

Dios debe juzgar a la pareja: déjalos como están».

Browning.

Hice ademán de seguir a los otros, no deseando ver lo que tendría que ver si me quedaba, y sabiendo que era impotente para desviar a Elzevir de su propósito. Pero él me llamó y me pidió que esperara con él, pues podría serle útil más adelante. Así que esperé, pero solo pude hacer una terrible conjetura sobre cómo podría serle de utilidad, y temí lo peor.

Maskew estaba sentado en el césped con las manos fuertemente atadas a la espalda y los pies atados por delante. Lo habían colocado con los hombros apoyados contra un gran bloque de piedra erosionada que estaba medio enterrado y medio sobresalía del césped. Allí estaba sentado, con los ojos fijos en el suelo, y respiraba con menos dificultad que cuando lo trajeron por primera vez, pero

todavía muy pálido. Elzevir estaba de pie con la linterna en la mano, mirando a Maskew con una mirada fija, y podíamos oír los cascos de los caballos pesadamente cargados subir por el sendero, hasta que doblaron una esquina y todo quedó en silencio.

El silencio fue roto por Maskew:

—Suéltame, villano, y déjame ir. Soy un magistrado del condado, y si no lo haces, te haré colgar de una horca en la cima de este acantilado.

Eran palabras bastante valientes, pero a mí me parecieron una mala actuación; y me trajeron a la memoria cómo, cuando era un niño pequeño, el señor Glennie me hizo una vez recitar una pieza de batalla del señor Dryden ante mis mayores; y cómo apenas podía pronunciar las sangrientas amenazas por la timidez y las lágrimas que me asomaban. Así fue con las palabras de Maskew; pues le costó mucho tomar aliento para decirlas, y salieron con una voz delgada que no tenía el aguijón de la ira o la pasión.

Entonces Elzevir le habló, no con dureza, sino con resolución; y sin embargo, con melancolía, como un juez sentenciando a un prisionero:

—No me hables de horcas, pues no colgarás ni verás colgar a más hombres. Hace un mes te sentaste bajo mi techo, observando la llama consumirse hasta que el alfiler cayó y te dio derecho a echarme de mi antiguo hogar. Y ahora, esta mañana, observarás esa llama de nuevo, pues te daré una pulgada más de vela, y cuando el alfiler caiga, pondré esta tu propia pistola en tu cabeza, y te mataré con tan poca consideración como mataría a una comadreja u otra alimaña.

Entonces abrió la portezuela de la linterna, sacó de su pañuelo de cuello aquel mismo alfiler con cabeza de ónix que había usado en el Why Not, y lo clavó en el sebo a una corta pulgada de la parte superior, dejando la linterna en el césped delante de Maskew.

En cuanto a mí, quedé consternado más allá de toda descripción ante estas palabras, y mareado por el vuelco de mis sentimientos;

pues, mientras que hacía apenas unos minutos nada me habría parecido demasiado malo para Maskew, ahora me había vuelto del revés hasta desear que saliera con vida, y mirar con terror a Elzevir.

Se había hecho mucho más claro, pero todavía no con el rubor rosado del amanecer; solo las estrellas se habían desvanecido, y el azul profundo de la noche había dado paso a un gris neblinoso. La luz era lo suficientemente fuerte como para permitir que se vieran todas las cosas, pero no para devolverles sus debidos matices. Así podía ver acantilados y suelo, arbustos y piedras y mar, y todo era de un color gris perla, o más bien incoloro; pero la cosa más incolora y gris de todas era el rostro de Maskew. Su cabello se había desordenado, y su cabeza parecía mucho más calva que cuando estaba bien peinada; su rostro, también, estaba surcado por profundas arrugas, y había ojeras bajo sus ojos. Además de todo eso, se había dado una fea caída al intentar escapar, y una mejilla estaba embarrada, y por ella goteaba una gota de sangre donde una piedra lo había cortado. Era un espectáculo bastante lamentable, y al mirarlo, recordé aquel día en el aula cuando este mismo hombre había golpeado al párroco, y cómo nuestro maestro se había sentado paciente ante ello, con una gota de sangre goteando también por su mejilla. Maskew mantuvo los ojos fijos durante mucho tiempo en el suelo, pero al final los levantó y me miró con una mirada vacía pero que buscaba piedad. Hasta ese momento, nunca había visto un rastro de Grace en sus rasgos, ni de él en los de ella; y sin embargo, mientras me miraba entonces, había algo de ella presente en su rostro, incluso maltrecho como estaba, de modo que parecía como si ella me mirara a través de sus ojos. Y eso me hizo sentir más pena por él, y al final sentí que no podía quedarme de brazos cruzados y verlo morir.

Cuando Elzevir clavó el alfiler en la vela, no volvió a cerrar la portezuela; y aunque no soplaba viento, había una ligera brisa matutina que se movía desde el mar, que entraba en la linterna y torcía la llama. Y así la vela goteó por un lado hasta que quedó poco sebo por encima del alfiler; pues aunque la llama se volvía cada vez más pálida a la vista con la creciente luz de la mañana, ardía sin

embargo libremente todo el tiempo. Así que al final quedaba, según calculé, solo un cuarto de hora antes de que el alfiler cayera, y vi que Maskew lo sabía tan bien como yo, pues sus ojos estaban fijos en la linterna.

Al final volvió a hablar, pero las palabras valientes se habían ido, y la voz delgada era más delgada aún. Había abandonado las amenazas y suplicaba lastimosamente por su vida.

—Perdóneme —dijo—; perdóneme, señor Block: tengo una única hija, una jovencita sin nadie más que yo para protegerla. ¿Le robaría a una jovencita su único apoyo y la arrojaría al mundo? ¿Querría que me encontraran muerto en el acantilado y me llevaran ante ella como un cadáver ensangrentado?

Entonces Elzevir respondió:

—¿Y no tenía yo un único hijo, y no me lo trajeron como un cadáver ensangrentado? ¿De quién fue la pistola que destelló en su rostro y le quitó la vida? ¿No lo sabe? Fue esta misma la que destellará en el suyo. Así que haga las paces que pueda con Dios, porque tiene poco tiempo para hacerlas.

Con eso, recogió la pistola del suelo donde había yacido y, dando la espalda a Maskew, caminó lentamente de un lado a otro entre las matas de zarzas.

Aunque las palabras de Maskew sobre su hija parecieron solo alimentar la ira de Elzevir, al llevarlo a pensar en David, calaron hondo en mi corazón; y si antes me había parecido algo espantoso quedarme de brazos cruzados y ver a una criatura semejante ser masacrada, ahora me parecía diez mil veces más espantoso. Y cuando pensé en Grace, y en lo que tal acto significaría para ella, mi pulso latió tan ferozmente que tuve que saltar sobre mis pies y correr a razonar con Elzevir, y decirle que esto no debía ser.

Él todavía caminaba entre los arbustos cuando lo encontré, y me dejó decir todo lo que tenía que decir hasta quedarme sin aliento, y me soportó aunque hablé rápido y mi lengua se adelantó a mi juicio.

—Tienes un corazón cálido, muchacho —dijo—, y por eso te aprecio. Y si tienes un lugar principal en tu corazón para mí, no puedo quejarme si encuentras un pequeño hueco allí incluso para nuestros enemigos. Ojalá pudiera tranquilizar tu alma y hacer todo lo que pides. En el primer arrebato de ira, cuando fue capturado conspirando contra nuestras vidas, me pareció poca cosa quitarle su malvada vida. Pero ahora estos aires matutinos me han enfriado, y va en contra de mi voluntad disparar a un perro acobardado atado de pies y manos, aunque hubiera asesinado a veinte hijos míos. He pensado si hay alguna manera de perdonarle la vida y dejar que la agonía de esta hora le sirva de lección que no olvide hasta la tumba. Porque tales cobardes temen a la muerte, y en una hora mueren cien veces. Pero no hay salida: su vida está en la balanza contra la vida de todos nuestros hombres, sí, y tu vida también. Lo dejaron en mis manos, sabiendo bien que yo me encargaría de él; ¿y voy ahora a traicionarlos y a soltarlo de nuevo para que los cuelgue a todos? No puede ser.

Aun así, supliqué encarecidamente por la vida de Maskew, colgándome del brazo de Elzevir y usando todos los argumentos que se me ocurrieron para ablandar su propósito, pero él me apartó; y aunque vi que era reacio a hacerlo, tuve la terrible convicción de que no era hombre que se echara atrás en su resolución, y que la llevaría hasta el final.

Volvimos juntos de entre las zarzas al trozo de césped, y allí estaba sentado Maskew, donde lo habíamos dejado con la espalda contra la piedra. Solo que, mientras estábamos fuera, se las había arreglado de alguna manera para sacar su reloj de la faltriquera, y yacía a su lado en el césped, atado a él con una cinta de seda negra. La esfera estaba vuelta hacia arriba, y al pasar vi que la manecilla señalaba las cinco.

El amanecer estaba muy cerca; pues aunque el acantilado nos ocultaba el este, el oeste sobre Portland resplandecía de rojo cobrizo y oro, y la vela ardía baja. La cabeza del alfiler se inclinaba, aunque

muy ligeramente, tal como la vi inclinarse un mes antes, y supe que el acto final no estaba lejos.

Maskew también lo sabía, pues hizo su última apelación, usando palabras tan apasionadas que no puedo relatar ahora, y retorciéndose con su cuerpo como para sacar las manos de detrás de la espalda y levantarlas en súplica. Ofreció dinero; mil, cinco mil, diez mil libras por ser liberado; devolvería el Why Not, se iría de Moonfleet; y todo el tiempo el sudor le corría por el rostro surcado de arrugas, y al final su voz se ahogó en sollozos, pues lloraba por su vida con un miedo cobarde.

Podría haberle hablado a un sordo por todo lo que conmovió a su juez; y la respuesta de Elzevir fue amartillar la pistola y cebar la pólvora en la cazoleta.

Entonces me tapé los oídos con los dedos y cerré los ojos, para no ver ni oír lo que seguía, pero en un segundo cambié de opinión y los abrí de nuevo, pues había tomado la gran resolución de detener este asunto, pasara lo que pasara.

Maskew emitía un sonido espantoso entre un gemido y un grito ahogado; casi parecía como si pensara que había otros junto a él además de Elzevir y yo, y les gritaba pidiendo ayuda. El sol había salido, y sus primeros rayos resplandecían en una ventana lejana en el oeste, en la cima de la isla de Portland, y entonces hubo un tintineo en el interior de la linterna, y el alfiler cayó.

Elzevir miró fijamente a Maskew y levantó la pistola; pero antes de que tuviera tiempo de apuntar, me abalancé sobre él como un gato montés, saltando sobre su brazo derecho y gritándole que se detuviera. Fue una lucha desigual, un muchacho, aunque bien desarrollado y robusto, contra uno de los hombres más poderosos; pero la indignación me dio fuerza en los brazos, y los suyos estaban débiles porque dudaba de su derecho. Así que le costó cierto esfuerzo quitármelo de encima, y en la lucha, la pistola se disparó al aire.

Entonces lo solté y tropecé un momento, cansado de aquel forcejeo, pero satisfecho a la vez, porque vi la paz que incluso tan breve respiro había traído a Maskew. Pues con el disparo de la pistola fue como si una máscara de horror hubiera caído de su rostro, dejándole su antiguo semblante de nuevo; y entonces vi que volvía los ojos hacia la cima del acantilado, y pensé que miraba hacia arriba en agradecimiento al cielo.

Pero ahora ocurrió algo nuevo; pues antes de que los ecos de aquel disparo de pistola se apagaran en el aire agudo de la mañana, creí oír un ruido de gritos lejanos, y miré a mi alrededor para ver de dónde podían venir. Elzevir también miró a su alrededor, olvidándose de reprenderme por haberle hecho fallar el tiro, pero Maskew seguía con el rostro vuelto hacia el acantilado. Entonces las voces se acercaron, y hubo un sonido mezclado como de hombres gritándose unos a otros y reuniéndose desde diferentes lugares. Era de la cima del acantilado de donde venían las voces, y hacia allí Elzevir y yo miramos, y allí también Maskew mantenía los ojos fijos. Y en un momento había una veintena de hombres de pie en el borde del acantilado, muy por encima de nuestras cabezas. El cielo detrás de ellos estaba sonrosado con la luz más intensa del joven día, y ellos se recortaban contra él, nítidos y negros como la silueta de mi madre que solía colgar junto a la chimenea del salón. Eran soldados, y reconocí los altos gorros de mitra del 13.º, y vi los haces de luz del amanecer destellar alrededor de sus cuerpos y rebotar en los cañones de sus mosquetes.

Lo comprendí todo entonces; era el destacamento que había tendido una emboscada. Elzevir también lo vio, y entonces todos gritaron a la vez.

—¡Rendíos en nombre del Rey; sois nuestros prisioneros! —gritó la voz de una de aquellas siluetas negras, muy arriba en la cima del acantilado.

—¡Estamos perdidos! —gritó Elzevir—. ¡Es el destacamento; pero si morimos, este traidor irá por delante! —y se dirigió hacia Maskew para aplastarle el cráneo con la pistola.

—¡Disparad, disparad, por todos los diablos! —chilló Maskew—, o soy hombre muerto.

Entonces hubo un destello de fuego a lo largo de la línea negra de siluetas, con un crepitar como un trueno cercano, y un *fut, fut, fut* de balas en el césped. Y antes de que Elzevir pudiera alcanzarlo, Maskew había caído sobre el césped con un gemido y con un pequeño agujero rojo en medio de la frente.

—¡Corre hacia la ladera del acantilado! —me gritó Elzevir—. ¡Pégate bien y no podrán tocarte! —y corrió hacia la pared de creta. Pero yo había caído de rodillas como un novillo derribado por un hachazo, y sentía un dolor abrasador en el pie izquierdo. Elzevir miró hacia atrás.

—¿Qué, a ti también te han dado? —dijo, y corrió y me levantó como a un niño. Y entonces hubo otro destello y un *fut, fut* en el césped; pero los disparos no encontraron blanco esta vez, y estábamos tumbados pegados al acantilado, jadeando pero a salvo.

CAPÍTULO X

LA HUIDA

«... ¡Qué espantoso
y vertiginoso es lanzar la vista tan abajo!
... No miraré más
no sea que mi cerebro dé vueltas». —Shakespeare.

La creta blanca era una muralla entre nosotros y el enemigo; y aunque uno o dos de ellos dispararon sus mosquetes, tratando de alcanzarnos de lado, ni siquiera podían ver a su presa, y no era más que disparar a la ventura. Estábamos a salvo. ¡Pero por cuánto tiempo! A salvo solo mientras a los soldados les placiera no bajar a por nosotros, a salvo con una pistola descargada en la mano y un hombre muerto a tiros a nuestros pies.

Elzevir fue el primero en hablar:

—¿Puedes ponerte en pie, John? ¿Está roto el hueso?

—No puedo ponerme en pie —dije—; algo se ha roto en mi pierna y siento la sangre correr dentro de mi bota.

Se arrodilló y me bajó la media; pero aunque movió mi pie muy poco, me causó un dolor agudo, pues la sensibilidad volvía tras el primer entumecimiento del disparo.

—Han roto la pierna, aunque sangra poco —dijo Elzevir—. No tenemos tiempo para entablillarla aquí, pero te pondré un pañuelo alrededor, y mientras lo ato, escucha cómo estamos y luego elige qué haremos.

Asentí, mordiéndome los labios con fuerza para ocultar el dolor que me causaba, y continuó:

—Tenemos un cuarto de hora antes de que el destacamento pueda bajar hasta nosotros. Pero bajarán, y tú puedes juzgar qué oportunidad tenemos de salvar la libertad o la vida con ese carroña yaciendo a nuestro lado —y señaló a Maskew con el pulgar—, aunque me alegro de que no fuera mi mano la que lo envió a rendir cuentas, y por tanto no te culpo si me hiciste malgastar una carga al aire. Así que una cosa que podemos hacer es esperar aquí hasta que vengan, y yo puedo dar cuenta de unos cuantos antes de que me abatan a tiros; pero tú no puedes luchar con una pierna rota, y te cogerán vivo, y luego un baile en la horca en la cárcel de Dorchester.

Me sentí mareado por el dolor y amargamente abatido al pensar que estaba a punto de llegar tan pronto a un final tan vil; así que solo di un suspiro, deseando de todo corazón que Maskew no estuviera muerto y que mi pierna no estuviera rota, sino que estuviera de vuelta en el Why Not, o incluso escuchando uno de los sermones del doctor Sherlock en el salón de mi tía.

Elzevir me miró cuando suspiré y, viendo, supongo, que estaba apenado, trató de poner mejor cara a un mal asunto.

—Perdóname, muchacho —dijo—, si he hablado con demasiada rudeza. Todavía hay otra vía que podemos intentar; y si tuvieras las dos piernas sanas, la habría intentado, pero ahora es poco menos que una locura. Y sin embargo, si no temes, la intentaré de todos modos. Justo al final de este saliente plano, lo más lejos de donde baja el camino de herradura, pero a no más de cien yardas de donde

estamos, hay un sendero de ovejas que sube por el acantilado. Comienza donde el bajo acantilado se funde de nuevo con la pared de creta, y trepa en diagonales y recodos hasta la cima. Los pastores lo llaman el Zigzag, e incluso las ovejas pierden el equilibrio en él; y de hombres, nunca oí que más de uno lo hubiera subido, y ese fue el descargador Jordan, cuando los de la Recaudación le pisaban los talones, hace medio siglo. Pero el que lo intenta se lo juega todo a la cabeza y los pies, y un pájaro herido como tú puede que no se atreva a ese vuelo. Sin embargo, si te contentas con colgar tu vida de un hilo, te llevaré un trecho; y donde no haya sitio para llevarte, tendrás que ponerte a cuatro patas y arrastrar el pie.

Era una oportunidad bastante desesperada, pero fue tan bienvenida como un trozo de cielo azul entre nubes amenazadoras.

—Sí —dije—, querido maestro Elzevir, vayamos a ello rápidamente; y si caemos, es mucho mejor morir en las rocas de abajo que esperar aquí a que nos arrastren a la cárcel. —Y con eso intenté ponerme de pie, pensando que podría ir a la pata coja incluso con una pierna rota. Pero fue inútil, y me derrumbé con un gemido.

Entonces Elzevir me levantó, sosteniéndome en sus brazos, con mi cabeza mirando por encima de su espalda, y se dirigió hacia el Zigzag. Y mientras nos escabullíamos, pegados a la ladera del acantilado, vi, entre las zarzas, a Maskew yaciendo con el rostro vuelto hacia el cielo matutino. Y allí estaba el pequeño agujero rojo en medio de su frente, y un hilo de sangre que brotaba de él y goteaba sobre el césped.

Era un espectáculo que haría tambalearse a cualquier hombre, y quizás me habría hecho desmayar, pero no hubo tiempo, pues estábamos al final del bajo acantilado, y Elzevir me dejó en el suelo un minuto, antes de abocarse a su tarea. Y era una tarea que podría acobardar al más valiente, y cuando miré el Zigzag me pareció mejor quedarnos donde estábamos y caer en manos del destacamento que poner un pie en aquel camino espantoso y caer sobre las rocas de abajo. Porque el Zigzag comenzaba como un sendero de creta

bastante bueno, pero en pocos pasos se estrechaba hasta no ser más que un hilo más blanco contra la pared gris-blanca del acantilado, y después giraba bruscamente, cruzando cien pies directamente sobre nuestras cabezas. Y entonces olí un hedor nauseabundo y, mirando a mi alrededor, vi el cadáver hinchado y podrido de una oveja muy cerca.

—Puaf —dijo Elzevir—, es una pobre bestia que ha perdido el equilibrio.

Era un presagio bastante malo, y así se lo dije, suplicándole que subiera él solo por el Zigzag y me dejara donde estaba, pues podrían tener piedad de un muchacho.

—¡Bah! —gritó—. Es tu corazón el que flaquea, y ya es demasiado tarde para cambiar de parecer. Nos quedan quince minutos para ganar o perder, y si alcanzamos la cima del acantilado en ese tiempo, tendremos una hora de ventaja o más, pues tardarán todo eso en registrar el bajo acantilado. Y Maskew también los detendrá un poco, mientras intentan devolverle la vida a un hombre tan bueno. Pero si caemos, pues bien, caeremos juntos y burlaremos su astucia. Así que cierra los ojos y mantenlos bien cerrados hasta que te diga que los abras. —Con eso me levantó de nuevo, y yo cerré los ojos con firmeza, reprendiéndome por mi cobardía y sin decirle cuánto me dolía el pie.

En un minuto supe por los pasos de Elzevir que había dejado el césped y estaba sobre la creta. No creo que hubiera media docena de hombres en toda Inglaterra que se hubieran aventurado por ese sendero, ni siquiera libres y sin trabas, y ni un solo hombre en todo el mundo que lo hiciera con un muchacho bien desarrollado en brazos. Sin embargo, Elzevir no le dio importancia, ni dijo una sola palabra; solo que iba muy despacio, y sentí cómo arrastraba el pie al adelantar, para asegurarse de que lo apoyaba con firmeza.

No dije nada, no queriendo distraerlo de su terrible tarea, y contuve la respiración, cuando pude, para yacer más quieto en sus brazos. Así continuó durante un tiempo que pareció interminable, y

que en realidad no fue más que un minuto o dos; y poco a poco sentí que el viento, que apenas podíamos percibir en el bajo acantilado, soplaba más fresco y frío en la ladera del acantilado. Y entonces el sendero se hizo cada vez más empinado, y Elzevir fue cada vez más despacio, hasta que al final habló.

—John, voy a detenerme; pero no abras los ojos hasta que te haya bajado y te lo diga.

Hice lo que me ordenó, y me bajó suavemente, poniéndome a cuatro patas sobre el sendero, y volvió a hablar.

—El sendero es demasiado estrecho aquí para que te lleve, y debes rodear esta esquina a cuatro patas. Pero ten cuidado de mantener la mano exterior cerca de la interior, y el equilibrio de tu cuerpo hacia el acantilado, porque aquí no hay sitio para bailar jotas. Y mantén los ojos fijos en la pared de creta, sin mirar ni hacia abajo ni hacia el mar.

Hizo bien en decirme qué hacer, y yo hice bien en hacerlo; pues cuando abrí los ojos, incluso sin moverlos de la ladera del acantilado, vi que el saliente tenía poco más de un pie de ancho, y que la más mínima inclinación del cuerpo me habría precipitado sobre las rocas de abajo. Así que avancé a gatas, pero tardé mucho tiempo, tan precioso, en recorrer aquellas diez yardas para doblar el primer codo del sendero; pues el pie me pesaba y me causaba un dolor feroz al arrastrarlo, aunque intenté ocultárselo a Elzevir. Y él, olvidando lo que yo sufría, gritó:

—¡Acelera el paso, muchacho, si puedes, que el tiempo es corto!

Tan frágil es el temperamento del hombre que, aunque él estaba haciendo más de lo que nadie jamás hizo para salvar la vida de otro, y era todo en lo que podía confiar en el mundo, sin embargo, porque olvidó mi dolor y me pidió que acelerara, se me encendió la cólera y estuve a punto de devolverle una palabra airada, pero lo pensé mejor y me la guardé.

Entonces me dijo que me detuviera, pues el camino se ensanchaba y me levantaría de nuevo. Pero aquí surgió otra

dificultad, pues el sendero era todavía tan estrecho y la pared del acantilado tan cercana que no podía tomarme en brazos. Así que me tumbé boca abajo, y él pasó por encima de mí, apoyando el pie entre mis hombros para hacerlo; y entonces, mientras él se arrodillaba en el sendero, yo trepé por detrás sobre él, rodeando su cuello con mis brazos; y así me llevó «a cuestras». Cerré los ojos con firmeza de nuevo, y así avanzamos otro trecho, subiendo todavía y sintiendo el viento arreciar aún más.

Al cabo de un rato dijo que habíamos llegado a la última curva del sendero, y que debía bajarme una vez más. Así que se puso a cuatro patas, y yo me deslicé por detrás, sobre el saliente. Ambos estábamos a cuatro patas ahora; Elzevir primero y yo siguiéndolo. Pero mientras avanzaba a gatas, descuidé la precaución por un momento, y mis ojos se desviaron de la ladera del acantilado y miraron hacia abajo. Y muy abajo vi el mar azul centellear como un espejo deslumbrante, y las gaviotas girar alrededor de la pared de creta vertical, y entonces pensé en aquel cadáver hinchado de oveja que tal vez había caído de este mismo lugar, y en un instante sentí una náusea y un mareo en el cerebro, y supe que estaba mareado y que iba a caer.

Entonces llamé a Elzevir, y él, adivinando lo que me había pasado, me gritó que me pusiera de lado y apretara el vientre contra el acantilado. Y no sé cómo lo hizo en un paso tan estrecho; pero se dio la vuelta y, tumbándose él mismo, me metió la mano con firmeza en la espalda, apretándose más contra el acantilado. Sin embargo, no fue demasiado pronto, pues si no me hubiera sujetado con fuerza, me habría arrojado abajo por pura desesperación para librarme de aquella terrible náusea.

—Mantén los ojos cerrados, John —dijo—, y cuenta en voz alta para mí, para que sepa que no te estás desmayando.

Así que empecé a contar: «Uno, dos, tres», y mientras seguía contando, lo oí repetir para sí mismo, aunque sus palabras parecían delgadas y lejanas: «Debemos haber tardado diez minutos en llegar aquí, y en cinco más estarán en el bajo acantilado; y si alguna vez

llegamos a la cima, ¡quién sabe si han dejado un guardia! No, no, no dejarán un guardia, pues nadie conoce el Zigzag; y, si lo conocieran, no adivinarían que lo intentaríamos. Solo nos quedan cincuenta yardas para ganar, y ahora este maldito mareo se ha apoderado del niño, y se caerá y me arrastrará con él; o nos verán desde abajo, y nos abatirán como a araos sentados contra la pared del acantilado».

Así hablaba para sí mismo, y durante todo ese tiempo yo habría dado un mundo por armarme de valor y seguir avanzando; pero no podía, por el miedo mortal y sudoroso que se había apoderado de mí. Así yacía con el rostro contra el acantilado, y Elzevir empujando firmemente en mi espalda; y lo que más me asustaba era que no había absolutamente nada a lo que agarrarse con la mano, pues si hubiera habido un trozo de cuerda, o incluso un hilo de algodón, extendido para dar una apariencia de apoyo, creo que podría haberlo hecho; pero solo estaba la pared del acantilado, vertical y blanca, contra aquel camino estrechísimo, sin una grieta donde meter un dedo. El viento soplaba en ráfagas frescas, y aunque no abrí los ojos, supe que movía las pequeñas matas de hierba, y los gritos reprensivos de las gaviotas parecían invitarme a terminar con el miedo, el dolor y la pierna rota, y arrojarme sobre las rocas de abajo.

Entonces habló Elzevir.

—John —dijo—, no hay tiempo para hacer de mujerzuela; un minuto más de esto y estaremos perdidos. Ármate de valor, mantén los ojos en el acantilado y adelante.

Sin embargo, no pude, sino que respondí:

—No puedo, no puedo; si abro los ojos o muevo una mano o un pie, caeré sobre las rocas de abajo.

Esperó un segundo y luego dijo:

—No, debes moverte, y es mejor arriesgarse a caer ahora que caer con certeza con otra bala dentro más tarde. —Y con eso apartó la mano de mi espalda y la fijó en el cuello de mi chaqueta, retrocediendo él mismo y poniéndose a arrastrarme tras él.

Estaba tan atontado por el miedo que no me moví ni una pulgada, temiendo caer si abría los ojos. Y Elzevir, a pesar de ser tan fuerte, no podía arrastrar hacia atrás un bulto inerte por aquel sendero. Así que se rindió, soltándome con un gemido; y en ese momento se elevó desde el bajo acantilado un sonido de voces y gritos.

—¡Por Dios, ya han bajado! —gritó Elzevir—, y han encontrado el cuerpo de Maskew. Se acabó todo; un minuto más y nos verán.

Pero tan extraña es la fuerza de la mente sobre el cuerpo, y el poder de un miedo mayor para dominar uno menor, que cuando oí aquellas voces desde abajo, todo el miedo a caer me abandonó en un instante, y pude abrir los ojos sin rastro de mareo. Así que comencé a avanzar de nuevo a cuatro patas. Y Elzevir, al verme, pensó por un momento que me había vuelto loco y me estaba arrastrando por el acantilado; pero luego vio cómo era, y retrocedió él mismo delante de mí, diciendo en voz baja:

—¡Valiente muchacho! Una vez que doubles esta curva, te levantaré de nuevo. ¡Solo quedan cincuenta yardas, y burlaremos a estos demonios todavía!

Entonces oímos las voces de nuevo, pero más lejos y no tan fuertes; y supimos que nuestros perseguidores habían dejado el bajo acantilado y habían bajado a la playa, pensando que nos escondíamos junto al mar.

Cinco minutos después, Elzevir pisó la cima del acantilado, conmigo a la espalda.

—Hemos sacado algo de esta tirada —dijo—, y estamos a salvo por otra hora, aunque pensé que tu cabeza mareada nos había arruinado.

Luego me dejó suavemente sobre el césped elástico y se tumbó él mismo de espaldas, extendiendo los brazos a ambos lados y respirando con dificultad para recuperarse de la tarea que había realizado.

El día aún era joven, y muy por debajo de nosotros se extendía el suelo móvil del Canal, con una película de bruma nocturna de color gris plateado que aún no se había levantado en la lejanía. Una línea ondulante de acantilados, todo salientes, hendiduras, bahías y hondonadas, se extendía hacia el sur hasta terminar en el gran promontorio de St. Alban's Head, a diez millas de distancia. La pared del acantilado relucía blanca, el mar era de color leonado cerca de la costa, pero de un azul purísimo más adentro, con el camino recto del sol a través de él, salpicado y brillante como el lomo de una caballa.

El alivio de estar una vez más en tierra firme, y la euforia de haber escapado de un peligro inmediato, aliviaron mi dolor y me hicieron olvidar que tenía la pierna rota. Así que permanecí un momento tumbado al sol; y el viento, que unos minutos antes amenazaba con arrojarme de aquel estrecho saliente, parecía ahora solo la más suave de las brisas, fresca con el aliento del mar bondadoso. Pero esto fue solo por un momento, pues la angustia volvió y creció rápidamente, y me puse a pensar con tristeza en la situación en la que nos encontrábamos. ¡Cómo se habían puesto las cosas en nuestra contra en estos últimos días! Primero, la pérdida del Why Not, que ya era bastante mala; segundo, el ser conocidos por la Recaudación como contrabandistas, y quizás como asesinos; tercero y último, la rotura de mi pierna, que hacía tan difícil la huida. Pero, sobre todo, me venía ante los ojos aquel rostro gris vuelto hacia el sol de la mañana, y pensé en todo lo que significaba para Grace, y habría dado mi propia vida por devolver la de nuestro peor enemigo.

Entonces Elzevir se sentó, estirándose como quien despierta de un sueño, y dijo:

—Debemos irnos. No volverán hasta dentro de un tiempo, y, cuando vengan, no pensarán en buscarnos minuciosamente por aquí; pero no podemos arriesgarnos, y debemos marcharnos de aquí. Esta pierna tuya nos mantendrá atados durante semanas, y debemos encontrar algún lugar donde podamos escondernos y cuidarla. Conozco un escondrijo así en Purbeck, que llaman el «Pozo

de Joseph», y allí debemos ir; pero nos llevará todo el día llegar, pues está a siete millas de distancia, y yo soy más viejo de lo que era, y tú un bebé demasiado pesado para llevarlo a la ligera.

No conocía el pozo del que hablaba, pero me alegré de oír hablar de algún lugar, por muy lejano que fuera, donde pudiera estar quieto y aliviar el dolor. Y así me tomó de nuevo en sus brazos y partió a través de los campos.

No necesito contar aquel penoso viaje, y de hecho no podría, aunque quisiera; pues el dolor se me subió a la cabeza y me llenó de una angustia somnolienta tal que no supe nada, excepto cuando algún movimiento inesperado me daba una punzada más aguda y me hacía gritar. Al principio, Elzevir caminaba a paso ligero, pero a medida que avanzaba el día, iba más despacio, y se vio obligado más de una vez a bajarme y descansar, hasta que al final solo podía llevarme cien yardas seguidas. Era pasado el mediodía, pues el sol había pasado el meridiano y hacía mucho calor para la época del año, cuando el aspecto del campo comenzó a cambiar; y en lugar del césped corto de la colina abierta, salpicado de diminutas conchas de caracol blancas, el terreno era pedregoso con piedras planas y estaba dividido en campos de cultivo. Era un lugar desolado y azotado por el viento, que parecía que nunca valdría la pena labrar, y en lugar de setos había muros sombríos contruidos de piedra seca sin mortero. Detrás de uno de estos muros, derruido en algunos sitios, pero sostenido por hiedra trepadora y apuntalado aquí y allá por un zarzal, Elzevir me dejó al fin y dijo:

—Estoy agotado y no puedo llevarte más lejos por ahora, aunque ya no queda mucho por andar. Hemos pasado las Puertas de Purbeck, y estos muros nos protegerán de ojos curiosos si algún transeúnte casual pasa por la colina. Y en cuanto a los soldados, no es probable que vengan por aquí tan pronto, y si vienen no puedo evitarlo; pues el cansancio y el calor del sol han hecho que mis pies sean de plomo. Hace veinte años me habría reído de tal tarea, pero ahora es diferente, y debo dormir un poco y descansar hasta que el aire esté más fresco. Así que siéntate aquí y apoya el hombro contra

el muro, y así podrás mirar a través de este hueco y vigilar en ambas direcciones. Entonces, si ves algo que se mueva, despiértame. Ojalá tuviera un dedal de pólvora para hacer sonar este silbato —y sacó de nuevo de su pecho la pistola con culata de plata de Maskew y la manejó con cariño—. Es mi mala suerte llevar armas de fuego treinta años y dejarlas en casa en un apuro como este. —Con eso se arrojó donde había una estrecha sombra pegada al pie del muro, y en un minuto supe por su respiración profunda que estaba dormido.

El viento había arreciado mucho y soplabá fuerte del oeste; y ahora que estaba al abrigo del muro, empecé a sentir esa somnolencia que se apodera de un hombre que ha sido zarandeado durante una o dos horas por el viento y que al fin encuentra refugio. Además, aunque no estaba cansado por un trabajo agotador como Elzevir, había pasado una noche sin dormir, y sentía además el cansancio del dolor que me adormecía. Así fue que, antes de que pasara un cuarto de hora, me costaba mucho mantenerme despierto, a pesar de saber que me habían dejado de guardia. Entonces busqué algo en qué fijar mis pensamientos y, mirando al lado del muro donde estaba el césped, me puse a contar los montículos de topos que se levantaban en gran número por allí. Y cuando los hube agotado, y contado treinta pequeños montones de tierra seca y polvorienta de color marrón, que yacían al azar sobre el césped verde, volví los ojos al campo de cultivo al otro lado del muro y vi las briznas de trigo de una pulgada de alto que salían entre las piedras. Entonces me puse a contar las briznas, alegrándome de haber descubierto un cálculo que no se agotaría en treinta, sino que continuaría por millones y millones y millones; y antes de haber llegado a diez en tan heroica numeración, estaba profundamente dormido.

Un ruido agudo me despertó con un sobresalto que hizo que el dolor me hormigueara en la pierna, y aunque no pude ver nada, supe que se había disparado un tiro muy cerca de nosotros. Me dispuse a despertar a Elzevir, pero él ya estaba completamente despierto y se llevó un dedo a los labios para indicarme que no hablara. Luego se arrastró unos pasos por el muro hasta donde un

arbusto de hiedra lo sobrepasaba lo suficiente como para poder mirar a través de las hojas sin ser visto. Se dejó caer de nuevo con una expresión de alivio y dijo:

—No es más que un muchacho espantando grajos con un trabuco; no nos moveremos a menos que venga hacia aquí.

Un minuto después dijo:

—El muchacho viene directo hacia el muro; tendremos que mostrarnos. —Y mientras hablaba, se oyó un estrépito de piedras que caían, donde el muchacho estaba en parte trepando y en parte derribando el muro de piedra seca, y entonces Elzevir se puso de pie. El muchacho pareció asustado e hizo ademán de huir, pero Elzevir le dio los buenos días con voz cortés, y él se detuvo y se los devolvió.

—¿Qué haces aquí, hijo? —preguntó Block.

—Espantando grajos para el granjero Topp —fue la respuesta.

—¿Tienes una carga de pólvora de sobra? —dijo Elzevir, mostrando su pistola—. Quiero cazar un conejo en los tojos para la cena y he perdido mi frasco. ¿Quizás has visto un frasco al caminar por los surcos?

Me susurró que me quedara quieto, para que no se diera cuenta de que tenía la pierna rota; y el muchacho respondió:

—No, no he visto ningún frasco; pero muy probablemente no he venido por el mismo camino que usted, pues me enviaron desde Lowermoigne; y en cuanto a la pólvora, me queda poca y debo guardarla para los grajos, o me ganaré una paliza.

—Vamos —dijo Elzevir—, dame una o dos cargas y te daré media corona. —Y sacó la moneda del bolsillo y se la mostró.

Los ojos del muchacho brillaron, y los míos también lo habrían hecho ante una pieza tan valiosa, y sacó de su bolsillo un frasco de piel de vaca abollado.

—Dame el frasco y todo —dijo Elzevir—, y tendrás una corona. —Y le mostró una moneda más grande.

No se perdió tiempo en palabras; Elzevir tenía el frasco en el bolsillo, y el muchacho estaba mordiendo la corona.

—¿Qué perdigones tienes? —dijo Elzevir.

—¡Cómo! ¿También ha perdido su frasco de perdigones? —preguntó el muchacho. Y su voz tenía un deje de sorpresa.

—No, pero mis perdigones son demasiado pequeños; si tuvieras una o dos postas, las aceptaría.

—Tengo una docena de postas para gansos del número 2 —dijo el muchacho—; pero tienes que pagar un chelín por ellas. Mi amo dice que nunca debo usarlas, excepto si veo pasar un cisne o un busardo, o algo que sirva para cocinar. Me ganaré una buena paliza, y que te peguen vale un chelín.

—Si te pegan, que te peguen por algo más —dijo Elzevir el tentador—. Dame ese arcabuz que llevas y toma una guinea.

—No, no lo sé —dijo el muchacho—; corren rumores extraños en Lowermoigne, de que un destacamento se encontró con los contrabandistas esta mañana, y se dispararon tiros, y un recaudador recibió una sobredosis de plomo, quizás de postas para gansos del número 2. Los contrabandistas escaparon limpios, pero dicen que ya se ha dado la voz de alarma y que se fijará una recompensa de veinte libras por sus cabezas. Así que si te vendo un arcabuz, quizás haga mal y me eche encima al Gobierno, además de a mi amo. —La sorpresa en su voz se había convertido en sospecha, pues mientras hablaba vi que sus ojos habían caído en mi pie, aunque intenté mantenerlo en la sombra; y que vio la bota manchada de sangre y el pañuelo atado alrededor de mi pierna.

—Es por esa misma razón —dijo Elzevir— por la que quiero el arcabuz. Esos contrabandistas andan sueltos, y una pistola es poca cosa para detener a tales granujas malvados en una ladera solitaria.

Vamos, vamos, *tú* no necesitas un arma para protegerte; no le harán daño a un muchacho.

Tenía la guinea entre el índice y el pulgar, y el brillo del oro fue demasiado fuerte para resistirlo. Así que conseguimos un mísero mosquete, postas y pólvora, y el muchacho se alejó por el surco, silbando, con la mano en el bolsillo y una guinea y una corona en la mano.

Su silbido sonaba bastante inocente, pero desconfié de él, habiendo captado su mirada cuando observaba mi bota ensangrentada; y así se lo dije a Elzevir, quien solo se rio, diciendo que el muchacho era simple e inofensivo. Pero desde donde yo estaba sentado podía atisbar a través de las zarzas en el claro y ver sin ser visto, y allí estaba mi joven caballero caminando con bastante despreocupación y silbando como un pájaro mientras la cabeza de Elzevir estaba por encima del muro; pero cuando Elzevir se sentó, el muchacho echó una cuidadosa mirada a su alrededor y, al no ver a nadie que lo observara, dejó de silbar y se fue tan rápido como sus talones se lo permitieron. Entonces supe que había adivinado quiénes éramos y que se iba a dar la voz de alarma; pero antes de que Elzevir se pusiera de pie de nuevo, el muchacho se había perdido de vista tras la cima de la colina.

—Sigamos adelante —dijo Block—; ya falta poco para llegar, y el calor ya ha pasado. Debemos haber dormido tres horas o más, pues eres un centinela bastante malo, John. Es cuando el centinela duerme que el enemigo ríe, y por ti el destacamento podría habernos atrapado a ambos como a lechuzas a plena luz del día.

Con eso, me tomó a la espalda y partió con paso vigoroso, manteniéndose tanto como fuera posible bajo la cresta de la colina y al abrigo de los muros. Habíamos dormido más de lo que pensábamos, pues el sol se inclinaba rápidamente hacia el oeste, y aunque el descanso me había refrescado, la pierna se me había puesto rígida y me dolía más al colgar cuando reanudamos la marcha. Elzevir todavía caminaba con fuerza, a pesar de la pesada carga que llevaba, y en menos de media hora supe, aunque nunca

había estado allí antes, que estábamos en la tierra de las antiguas canteras de mármol, detrás de Anvil Point.

Aunque sabía poco de estas canteras, y ciertamente estaba en mala situación para fijarme en algo en ese momento, después aprendí mucho sobre ellas. De tales excavaciones procede ese mármol negro de Purbeck que se ve en las iglesias antiguas de nuestro país, y me dicen que también en otras partes de Inglaterra. Y la forma de hacer una cantera de mármol es cavar un túnel, inclinado muy abruptamente hacia abajo en la tierra, como un pozo torcido, hasta alcanzar cincuenta, setenta o quizás cien pies de profundidad. Luego, desde el fondo de este pozo se extienden pasadizos o túneles estrechos, en su mayoría de seis pies de alto, pero a veces solo de tres o cuatro, y en estos se extrae el mármol. Estas canteras fueron hechas por hombres hace siglos, algunos dicen que por los propios romanos; y aunque algunas todavía se explotan en otras partes de Purbeck, las que están detrás de Anvil Point han estado en desuso desde tiempos inmemoriales.

Habíamos dejado los campos de cultivo pedregosos, y la faz del país estaba cubierta una vez más por el césped más denso, que apenas comenzaba a adquirir el verde más brillante de la primavera. Este césped no era liso, sino lleno de montículos, pues debajo yacían montones de piedra y mármol sin valor extraídos de las canteras hace siglos, que el manto verde había cubierto en su mayor parte, aunque a veces dejaba un pequeño parche de escombros rotos asomando en la cima de un montículo. Quedaban muchos muros derruidos y hastiales bajos de las cabañas de los antiguos canteros; crestas cubiertas de hierba marcaban los pequeños recintos de los jardines, y aquí y allá todavía se erguía un desolado grosellero, o un ciruelo o manzano achaparrado con sus ramas barridas hacia el este por los vendavales del Canal. En cuanto a los pozos de las canteras, también estaban cubiertos alrededor de los bordes por el césped verde, y por ellos descendía una estrecha hilera de escalones abruptamente tallados, con un tobogán de esteatita a un lado, por el que antaño se subían los bloques de mármol con tornos de madera. Por estos escalones ya no caminaban pies, pues no solo se decía que

gases sofocantes infestaban el fondo de los pozos, sino que los hombres sostenían que en los estrechos pasadizos de abajo acechaban espíritus malignos y demonios. Alguien que debía saber de tales cosas me dijo que cuando San Aldhelm llegó por primera vez a Purbeck, ató a los antiguos dioses paganos bajo una maldición en lo profundo de estos pasadizos, pero que el peor de toda la banda era un cierto demonio llamado el *Mandrive*, que vigilaba el mejor mármol negro. Y por eso tal mármol solo podía usarse en iglesias o para tumbas, pues si no era para este propósito sagrado, el *Mandrive* tendría poder para estrangular al hombre que lo tallara.

Fue al lado de uno de estos antiguos pozos donde Elzevir me dejó al fin. La luz era muy tenue, mostrando todas las pequeñas irregularidades del césped; y el césped se arrastraba sobre los bordes del agujero, y cada grieta y hendidura en los escalones y el tobogán estaba verde de helechos. Los helechos verdes cubrían las paredes del agujero, y zarzas de color marrón rojizo crecían sobre los escalones, hasta que todo se perdía en la penumbra que pendía en el fondo del pozo.

Elzevir tomó una o dos respiraciones profundas del aire fresco del atardecer, como un hombre que ha superado una prueba difícil.

—Ahí está —dijo—, este es el «Pozo de Joseph», y aquí debemos permanecer escondidos hasta que tu pie esté sano de nuevo. Una vez que lleguemos al fondo a salvo, podremos reírnos del destacamento, de la voz de alarma y de la propia Corona del Rey. No pueden registrar todas las canteras, y no es probable que registren ninguna, pues son cobardes en el mejor de los casos, y dan mucho crédito a los cuentos del *Mandrive*. Sí, y tales cuentos son bastante ciertos, pues en el fondo de la mayoría de los pozos acechan gases, como demonios para estrangular a cualquiera que baje. Y si bajan a este «Pozo de Joseph», todavía tenemos diecinueve oportunidades de veinte de que no puedan recorrer las galerías. Pero por último, si bajan y recorren el camino, ahí está esta pistola y un mosquete oxidado; y antes de que lleguen a donde yacemos, podemos

mantener a raya a la tropa y vender nuestras vidas tan caras que no les interesaría comprarlas.

Esperamos unos minutos, y luego me tomó en sus brazos y comenzó a descender los escalones, de espaldas, como se baja por una escotilla. El sol se estaba poniendo en un pesado banco de nubes justo cuando comenzamos a bajar, y no pude evitar recordar cómo lo había visto ponerse sobre el pacífico Moonfleet hacía solo veinticuatro horas; y cuán lejos estábamos ahora, y cuánto tiempo era probable que pasara antes de que volviera a ver aquel querido pueblo y a Grace.

Los escalones todavía estaban bien tallados y poco desgastados, pero Elzevir prestó gran atención a sus pies, no fuera a resbalar en los helechos y musgos con los que estaban cubiertos. Cuando llegó a las zarzas, las enfrentó con la espalda, y aunque oí las espigas rasgar su chaqueta, las apartó con sus anchos hombros y protegió mi pierna colgante de quedar atrapada. Así llegó sano y salvo sin tropezar al fondo del pozo.

Cuando llegamos allí, todo estaba oscuro, pero se adentró en una estrecha abertura a la derecha y caminó como si conociera el camino. No podía ver nada, pero percibí que pasábamos por interminables galerías excavadas en la roca sólida, lo suficientemente altas, en su mayor parte, como para permitir caminar erguido, pero a veces tan bajas que lo obligaban a agacharse y llevarme en una postura muy forzada. Solo dos veces me dejó en un recodo, mientras sacaba su caja de yesca y encendía una cerilla; pero al final la oscuridad se hizo menos oscura, y vi que estábamos en una gran cueva o sala, a la que entraba la luz por alguna abertura en el extremo más alejado. Al mismo tiempo sentí un aliento más frío y un olor a sal fresca en el aire que me dijo que estábamos muy cerca del mar.

CAPÍTULO XI

LA CUEVA MARINA

«La sorda soledad, la negra sombra,
que estas bóvedas colgantes han creado;
la extraña música de las olas
que golpean estas huecas cuevas». —Wither.

Me dejó en una esquina, donde había algo de arena plateada, suelta y seca, en el suelo, que otros quizás habían usado antes como lugar de descanso.

—Tendrás que yacer aquí un mes o dos, muchacho —dijo—; es una cama mísera, pero he conocido muchas peores, y mañana conseguiré algo de paja, si puedo, para mejorarla.

No había comido nada en todo el día, ni Elzevir tampoco, pero no sentía hambre, solo un mareo y una sed ardiente como la que me sobrevino cuando estuve encerrado en la cripta de los Mohune. Así que fue música para mis oídos oír un goteo y un chapoteo de agua que caía del techo a un pequeño charco en el suelo, y Elzevir hizo

una copa con mi sombrero y me dio un trago abundante que estaba helado y era más delicioso que cualquier vino de contrabando de Francia.

Y después de eso, poco supe de lo que ocurrió durante diez días o más, pues la fiebre se había apoderado de mí, y según supe después, desvariaba y apenas se me podía contener para que no saltara y soltara las ataduras que Elzevir había puesto en mi pierna. Y todo ese tiempo me cuidó con la ternura con que cualquier madre podría cuidar a su hijo, y nunca abandonó la cueva excepto cuando se veía obligado a buscar comida. Pero cuando pasó la fiebre, me dejó muy delgado, como pude ver en mis manos y brazos, y más débil que un bebé; y solía yacer todo el día, sin pensar mucho, ni preocuparme por nada, sino comiendo lo que me daban y sintiendo un placer tranquilo al saber que la fuerza regresaba gradualmente. Elzevir había encontrado un cofre de marino maltrecho arrastrado por las olas en Peveril Point, y con su costado hizo tablillas para entablillar mi pierna, usando su propia camisa como vendas. El lecho de arena también se hizo más suave y cómodo con unas brazadas de paja, y en una esquina de la cueva había un pequeño montón de madera de deriva y una olla de hierro para cocinar. Y todas estas cosas las había conseguido Elzevir buscando provisiones por las noches, con gran cuidado de que nadie lo viera, y tomando solo lo que no se echaría mucho en falta o en lo que no se pensaría; pero pronto se las ingenió para avisar a Ratsey de dónde estábamos, y después de eso el sacristán nos proveyó. Nadie, ni siquiera los descargadores, sabía qué había sido de nosotros, salvo Ratsey; y él nunca bajaba a la cantera, sino que dejaba lo que traía en una de las cabañas en ruinas a media milla del pozo. Y todo el tiempo se nos buscaba con ahínco, y recaudadores montados recorrían el país; pues aunque al principio el destacamento se llevó el cadáver de Maskew y dijo que debíamos de habernos caído por el acantilado, pues no se encontraba rastro de nosotros, más tarde un mozo de granja trajo la historia de cómo se había topado de repente con unos hombres acechando bajo un muro, y cómo uno tenía el pie y la pierna ensangrentados, y cómo el otro se abalanzó sobre él y, tras

una fiera lucha, le arrancó de las manos el trabuco de su amo para espantar grajos, le vació el bolsillo de un cuerno de pólvora y huyó con ellos como una liebre hacia Corfe. Y en cuanto a Maskew, algunos de los soldados decían que Elzevir le había disparado, y otros que murió por accidente, alcanzado por una bala perdida de uno de sus propios hombres en la cima de la colina; pero a pesar de todo, pusieron un precio a la cabeza de Elzevir de 50 libras, y de 20 por la mía, así que teníamos motivos para mantenernos bien escondidos. Debió de ser Maskew quien escuchó aquella noche en la puerta cuando Elzevir me dijo la hora en que se iba a desembarcar la mercancía; pues se le había ordenado al destacamento que estuviera en Hoar Head a las cuatro de la mañana. Así que toda la banda habría sido capturada de no ser porque la *Gulder* se adelantó, y porque los soldados se retrasaron bebiendo en el Lobster.

Todo esto lo supo Elzevir por Ratsey y me lo contó para pasar el tiempo, aunque en verdad hubiera preferido no oírlo, pues no es agradable ver la propia cabeza tasada en tan solo 20 libras. Y lo que más quería saber —a saber, cómo estaba Grace y cómo había tomado la mala noticia de la muerte de su padre— no pude saberlo, pues Elzevir no dijo nada, y yo era demasiado tímido para preguntarle.

Cuando me recuperé por completo y pude hacer balance de la situación, descubrí que el lugar en el que yacía era una cueva de unas ocho yardas de lado y tres de alto, cuyas paredes de corte recto demostraban que en otro tiempo los hombres habían extraído piedra de allí. A un lado estaba aquel pasadizo por el que habíamos entrado, y al otro se abría una especie de puerta que daba a un saliente de piedra a ocho brazas sobre la marca de la marea alta. Pues la cueva estaba excavada justo en el interior de aquella pared de acantilado de hierro que se encuentra entre St. Alban's Head y Swanage. Pero los acantilados aquí son diferentes de los del otro lado del cabo, no siendo ni tan altos como Hoar Head ni de creta, sino que se elevan en su mayor parte solo a cien o ciento cincuenta pies sobre el mar, y muestran hacia él una cara severa de roca sólida. Pero aunque no se elevan tanto sobre el agua, se hunden

mucho bajo ella; de modo que hay cincuenta brazas de profundidad hasta el mismo acantilado, y muchas buenas embarcaciones que han perdido el rumbo en la niebla, o en una noche cerrada, se han estrellado de lleno contra aquella pared amenazante y han perecido, barco y tripulación, sin que un alma oyera sus gritos. Sin embargo, aunque la roca parece dura como el diamante, el eterno batir de las olas la ha desgastado por debajo, e incluso con la más leve marejada se oye un sordo y lejano estruendo del oleaje en aquellas profundidades cavernosas; y cuando el viento sopla fresco, cada ola golpea el acantilado como un trueno, hasta que la propia roca viva tiembla de nuevo.

Era en un saliente de esa pared rocosa donde se abría nuestra cueva, y a veces, en un día bueno, Elzevir me sacaba allí para que tomara el sol y viera todo el Canal en movimiento sin ser visto. Pues este saliente estaba tallado a modo de balcón, de modo que cuando la cantera estaba en funcionamiento podían bajar la piedra con poleas a los botes que esperaban debajo, y quizás subir uno o dos barriles a modo de lastre, como podía adivinarse por los puntales que aún se oxidaban en la roca.

Tal era esta galería; y en cuanto al interior de la cueva, era una gran sala vacía, con un suelo blanco hecho de polvo de piedra rota, pisado y endurecido antiguamente hasta que uno diría que era yeso; y seca, sin esas humedades sudorosas que a menudo se ven en tales lugares, salvo en una esquina, donde un manantial goteaba del techo, deslizándose sobre carámbanos de roca puntiagudos y cayendo en una pequeña hondonada en el suelo. Esta pila había sido excavada a propósito, con un desagüe hacia el mar para el rebosadero, y a su alrededor y en la mancha húmeda del techo de arriba crecía un jardín de helechos y otras plantas trepadoras.

Las semanas pasaron hasta que estuvimos a mediados de mayo, cuando incluso las noches ya no eran frías, a medida que el sol ganaba fuerza. Y con los días más cálidos, mi fuerza también aumentó, y aunque todavía no me atrevía a ponerme de pie, la pierna había dejado de dolerme, excepto por algunas punzadas

agudas de vez en cuando, que Elzevir decía que eran causadas por el hueso al soldarse. Y entonces me ponía una cataplasma de hierba en el lugar, y una vez caminó casi hasta Chaldron para recoger acedera para una pasta calmante.

Aunque había entrado y salido tantas veces a salvo, yo siempre estaba intranquilo cuando él estaba fuera, por temor a que cayera en alguna emboscada y no volviera jamás. Y no era el pensamiento de lo que sería de mí si lo atrapaban lo que me apenaba, sino solo la preocupación por él; pues había llegado a depender en todo de este gigante adusto y canoso, y a quererlo como a un padre. Así que, cuando estaba ausente, me ponía a leer para distraer mis pensamientos; pero encontraba poca variedad de lectura, teniendo solo el libro de oraciones rojo de mi tía que me metí en el pecho la tarde que dejé Moonfleet, y el medallón de Barbanegra. Porque aquel medallón colgaba siempre de mi cuello; y a menudo sacaba el pergamino y lo leía; no porque no lo supiera ya de memoria, sino porque leerlo parecía traer a Grace a mis pensamientos, pues la última vez que lo había leído fue cuando la vi en los bosques de la Casa Solariega.

Elzevir y yo habíamos hablado a menudo sobre qué hacer cuando mi pierna estuviera sana de nuevo, y resolvimos tomar pasaje a St. Malo en el *Bonaventure*, y escondernos allí hasta que la persecución contra nosotros hubiera cesado. Porque aunque era tiempo de guerra, franceses e ingleses eran como hermanos en el contrabando, y los expedidores nos darían comida y bebida, y con gusto, mientras lo necesitáramos. Pero de esto no necesito decir más, porque no fue más que un proyecto, que otros acontecimientos vinieron a trastocar.

Sin embargo, fue en este mismo menester —a saber, acordar con los hombres del *Bonaventure* el momento de llevarnos al otro lado— en el que Elzevir había salido el día del que ahora hablaré. Debía ir a Poole, y dejó nuestra cueva por la tarde, pensando que era seguro caminar por el borde del acantilado incluso a la luz del día, y atravesar el campo cuando cayera el crepúsculo. El viento había soplado fresco toda la mañana del sudoeste, y después de que

Elzevir se fuera, se fortaleció hasta convertirse en un vendaval. Mi pierna estaba ahora tan fuerte que podía cruzar la cueva con la ayuda de un robusto bastón de endrino que Elzevir me había cortado; y así salí esa tarde al saliente para observar el mar embravecido. Allí me senté, con la espalda contra una roca saliente, en un lugar tal que podía ver Canal arriba y, sin embargo, resguardarme del viento impetuoso. El cielo estaba cubierto, y la larga pared de roca se mostraba gris con manchas de color marrón anaranjado y una línea más oscura de algas en la base, como la traca inferior del vientre de un bote, pues la marea apenas comenzaba a subir. Había una neblina, mitad niebla, mitad espuma, que corría ante el viento, y a través de ella podía ver las olas de lomo blanco alzarse sobre Peveril Point; mientras que a lo largo de la pared del acantilado, las aves marinas abarrotaban los salientes y se sentaban acurrucadas en líneas níveas, sabedoras del mal que se estaba gestando en los elementos.

Era una escena melancólica, y engendró melancolía en mi corazón; y hacia el atardecer el viento roló un par de cuartas hacia el sur, lanzando el mar más contra el acantilado, de modo que la espuma comenzó a volar incluso sobre mi saliente y me obligó a volver a la cueva. La noche llegó mucho antes de lo habitual, y en poco tiempo estaba acostado en mi lecho de paja en la más absoluta oscuridad. El viento había rolado aún más al sur y aullaba a través de la abertura de la cueva; las cavernas de abajo bramaban y retumbaban; de vez en cuando una ola gigante golpeaba la roca con tal fuerza que hacía temblar la cueva, y un segundo después caía, salpicando el saliente exterior, la pesada espuma que había levantado el impacto.

He dicho que estaba melancólico; pero lo peor vino después, pues me volví medroso y temeroso de la noche salvaje, de la soledad y de la oscuridad. Y toda clase de cuentos malignos acudieron a mi mente, y pensé mucho en funestos dioses paganos que San Aldhelm había desterrado a estos sótanos subterráneos, y en el *Mandrive* que saltaba sobre la gente en la oscuridad y los estrangulaba. Y entonces la fantasía me jugó otra mala pasada, y me pareció ver a

un hombre yaciendo en el suelo de la cueva con un rostro pálido y contraído vuelto hacia arriba, y un agujero rojo en la frente; y al final no pude soportar más la oscuridad, sino que me levanté con mi pierna coja y tanteé hasta encontrar una vela, pues teníamos dos o tres de reserva. Me costó mucho encenderla y colocarla en la esquina de la cueva, y entonces me senté cerca tratando de protegerla con mi chaqueta. Pero por más que hacía, el viento entraba a ráfagas por la esquina, torciendo la llama hacia un lado y haciendo que la vela goteara como goteó otra vela en aquel día aciago en el Why Not. Y así el pensamiento dio un vuelco hasta que vi el rostro de Maskew con una expresión de triunfo malvado, cuando el alfiler cayó en la subasta, y de nuevo su rostro se volvió mortalmente pálido, y allí estaba la marca de la bala en su frente.

Seguramente había espíritus malignos en este lugar para desviar tanto mis pensamientos, y entonces me vino a la mente aquel medallón en mi cuello, que los hombres colgaron una vez alrededor del de Barbanegra para ahuyentar a los malos espíritus de su tumba. Si pudo asustarlos a ellos, ¿no podría derrotarlos ahora y hacerlos huir de mí? Y con ese pensamiento saqué el pergamino y, abriéndolo ante la luz parpadeante, aunque lo sabía todo, palabra por palabra, lo repasé de nuevo y lo leí en voz alta. Fue un alivio oír una voz humana, aunque no fuera más que la mía, y me puse a gritar las palabras, costándome mucho incluso así hacerme oír por encima del furor de la tormenta.

—Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo; porque pronto pasan, y volamos.¹

»En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies...

Al llegar a «casi» me detuve, interrumpido bruscamente por un fiero latido de sangre en mis venas, y un salto capaz de reventarlas, pues había oído un ruido de arrastre en el pasadizo que conducía a la cueva, como si alguien hubiera tropezado con una piedra suelta en la oscuridad. No lo sabía entonces, pero lo he aprendido desde entonces, que donde hay un ruido fuerte, como el rugido de una

cascada, el batir de un molino o, como aquí, la furia y el estruendo de una tormenta, si surge algún sonido diferente, aunque sea tan leve como el silbido de un pájaro, golpeará el oído con claridad por encima del estruendo general. Y así fue esta noche, pues capté aquel paso vacilante incluso cuando el vendaval soplabá con más fuerza, y me senté inmóvil y sin aliento, en mi avidez por escuchar, y entonces el vendaval amainó un instante, y oí el lento compás de unos pasos como de alguien que tanteaba su camino por el pasadizo en la oscuridad. Sabía que no era Elzevir, pues, primero, no podía haber vuelto de Poole hasta dentro de muchas horas; y, segundo, siempre silbaba de cierta manera para indicar que era él quien venía, y además daba una contraseña; sin embargo, si no era Elzevir, ¿quién podía ser? Apagué la luz, pues no quería guiar la puntería de algún tirador desconocido que me disparara desde la oscuridad; y entonces pensé en aquel estrangulador demacrado que se abalanzaba sobre los canteros en la penumbra; sin embargo, no podía ser el *Mandrive*, pues seguramente conocería sus propios pasadizos mejor que para tropezar en ellos en la oscuridad. Era más probable que fuera uno de los perseguidores que nos había olfateado y esperaba quizás poder reconocer el terreno sin ser percibido en una noche tan espantosa. Cada vez que Elzevir salía a buscar provisiones, llevaba consigo aquella pistola con culata de plata que había sido de Maskew, pero dejaba atrás el viejo trabuco. Teníamos abundante pólvora y postas ahora, habiendo obtenido una provisión de ambas de Ratsey, y Elzevir me había ordenado que mantuviera el mosquete cargado y lo usara o no según mi propio juicio, si alguien venía a la cueva; pero me aconsejó que era mejor morir luchando que balancearse en la horca en Dorchester, pues eso nos ocurriría con toda certeza si nos capturaban. Habíamos acordado, además, una contraseña, que era *Prosperidad para el Bonaventure*, para que pudiera dar el alto a tiempo a cualquiera que oyera venir, y si no respondían con esta contraseña, sabría que no era Elzevir.

Así que ahora alargué la mano hacia el arma, que yacía a mi lado en el suelo, y me puse de pie a trompicones, levantando el rastrillo

en la oscuridad y palpando con los dedos en la cazoleta para ver si estaba llena de pólvora.

La calma en la tormenta aún duraba, y oí los pasos avanzar, aunque con una lentitud incierta, y una vez, tras un fuerte tropiezo, creí oír un juramento ahogado, como si alguien se hubiera golpeado el pie contra una piedra.

Entonces grité claramente en la oscuridad un «¿Quién anda ahí?» que resonó de nuevo por los techos de piedra. Los pasos se detuvieron, pero no hubo respuesta.

—¿Quién anda ahí? —repetí—. ¡Responded o disparo!

—Prosperidad para el *Bonaventure* —llegó desde la oscuridad, y supe que estaba a salvo.

—¡Que el diablo te lleve por ser un gallito de sangre caliente, capaz de dispararle a tu mejor amigo con pólvora y bala, que él fue tan tonto como para darte! —y para entonces ya había adivinado que era el maestro Ratsey y había reconocido su voz—. Te habría hecho saber bien pronto que era yo, si hubiera sabido que estaba tan cerca de tu guarida; pero es que se juega uno la vida al arrastrarse por agujeros de topo en la oscuridad, y en una noche como esta. Y la razón por la que no pude soltar antes el galimatías sobre el *Bonaventure* fue porque me di un golpe en la espinilla contra una piedra y perdí la apuesta y el aliento a la vez. Y cuando recuperé el aliento, es muy probable que se me escapara un juramento, lo cual es bastante triste para mí, que soy sacristán, y por así decirlo, estoy en las órdenes menores de la Iglesia de Inglaterra, tal como está establecida por ley.

Para cuando hube bajado el arma y engatusado a la vela para que volviera a encenderse, Ratsey entró en la cueva. Llevaba un sombrero de hule y estaba empapado, pero parecía contento de verme y me estrechó la mano. También fue bienvenido para mí, pues desterró la espantosa soledad, y su llegada fue como un trozo de mi antigua y agradable vida que yacía tan lejos, y pareció ponerme de nuevo al alcance de algunos de los que más quería.

CAPÍTULO XII

UN FUNERAL

«¡Cómo yace en sus derechos de hombre!

La Muerte ha hecho todo lo que la Muerte puede hacer». —
Browning.

Nos quedamos un momento cogidos de la mano; luego Ratsey habló.

—John, estos dos meses te han convertido de niño en hombre. Eras un niño cuando me di la vuelta aquella mañana, mientras subíamos por Hoar Head con las acémilas, y os miré a ti y a Elzevir abajo, y a Maskew yaciendo en el suelo. Fue un asunto lamentable, y ha deshecho la mejor banda que jamás haya desembarcado una mercancía, además de obligaros a ti y a Elzevir a esconderos en cuevas y antros de la tierra. Deberías haber venido con nosotros aquella mañana; no haberte quedado. El trabajo era demasiado rudo para muchachos: el capitán debería haber llamado a los hombres de los rizos.

Era bastante cierto, o a mí me lo pareció entonces, pues me sentí muy abatido; pero solo dije:

—No, maestro Ratsey, donde se queda el maestro Block, allí debo quedarme yo también, y adonde él va, yo lo sigo.

Entonces, me senté en el lecho de la esquina, sintiendo que la pierna me empezaba a doler; y la tormenta, que había amainado por unos minutos, volvió con más fuerza, con ráfagas más salvajes y chubascos de espuma y lluvia que entraban en la cueva desde el mar. Apenas me había sentado cuando entró una ráfaga rugiente, llenando incluso nuestro rincón de aire frío y húmedo, que apagó la débil llama de la vela.

—¡Dios nos salve, qué noche! —gritó Ratsey.

—Dios salve a las pobres almas en el mar —dije yo.

—Amén a eso —dijo él—, y ojalá cada Amén que he dicho hubiera salido tan verdaderamente de mi corazón. Habrá suficiente mar en la playa de Moonfleet esta noche como para levantar una goleta hasta la cima y lanzarla a los campos de detrás. Preferiría estar en la cripta de los Mohune que en este lugar espantoso, y más aún, si la mitad de los cuentos que los hombres cuentan son ciertos sobre los rostros que uno puede encontrarse aquí. Por el amor de Dios, encendamos un fuego, pues vi una provisión de madera de deriva antes de que esa vela enfermiza se apagara.

Tardamos un tiempo en encender el fuego, e incluso después de que la llama hubiera prendido bien, el ímpetu del viento nos echaba el humo a los ojos de vez en cuando, o enviaba una lluvia de chispas danzando por la cueva. Pero poco a poco los leños comenzaron a brillar con un blanco claro, y de ellos emanaba un calor tan reconfortante que era en sí mismo un solaz y un remedio para las aflicciones del hombre.

—¡Ah! —dijo Ratsey—. Estaba calado hasta los huesos por la humedad y el frío, y medio muerto por este viento desconcertante. Es una bendición el fuego —y se desabrochó su chaquetón de piloto—, y necesario ahora, si es que alguna vez lo ha sido. Mi alma está

muy abatida, muchacho, pues este lugar me trae extraños recuerdos; y recuerdo, hace cuarenta años (cuando yo era solo un niño como tú), la banda del viejo descargador Jordan, y yo entre ellos, estábamos en esta misma cueva en otra noche como esta. Yo era nuevo en el oficio entonces, como podrías serlo tú, y no podía dormir por el ruido del viento y el mar. Y en las primeras horas de una mañana de otoño, mientras yacía aquí, justo donde yacemos ahora, oí tales lamentos por encima de la tormenta —sí, y tales gritos de mujeres— que me helaron la sangre, y aún no los he olvidado. Y así desperté a la banda, que dormía profundamente, como deben hacerlo los contrabandistas experimentados; pero aunque sabíamos que había criaturas semejantes luchando por sus vidas en la inundación hirviente bajo nosotros, no pudimos mover ni mano ni pie para salvarlas, pues nada se veía por la lluvia y la espuma, y no fue hasta la mañana siguiente que supimos que el *Florida* se había hundido justo debajo con toda su tripulación a bordo. Sí, es una vida extraña, y tú y Block estáis en un aprieto extraño ahora, y eso es lo que he venido a deciros. Mira aquí. —Y sacó de su bolsillo una tira oblonga de papel impreso:

«G. R.

»Whitehall, 15 de mayo de 1758.

»Por cuanto se ha hecho saber humildemente al Rey que el viernes, la noche del 16 de abril último, Thomas Maskew, Juez de Paz, fue asesinado de la manera más inhumana en Hoar Head, un lugar solitario en la Parroquia de Chaldron, en el Condado de Dorset, por un tal Elzevir Block y un tal John Trenchard, ambos de la Parroquia de Moonfleet, en el mencionado Condado: Su Majestad, para el mejor descubrimiento y enjuiciamiento de estas Personas, se complace en prometer Su Muy Gracioso Perdón a cualquiera de las Personas implicadas en ello, excepto a las Personas que realmente cometieron dicho Asesinato; y, como estímulo adicional, una Recompensa de Cincuenta Libras a cualquier Persona que proporcione tal Información que conduzca a la Captura de dicho Elzevir Block, y una Recompensa de Veinte Libras a cualquier

Persona que proporcione tal Información que conduzca a la Captura de dicho John Trenchard. Dicha Información debe ser entregada a Mí, o al Gobernador de la Cárcel de Su Majestad en Dorchester.

»Holderness».

—Ahí está, ese es el cartel —dijo—; y es una pieza magnífica, y sin embargo desearía que se representara con otros actores. Ahora, en Moonfleet no hay nadie que conozca vuestro escondite, y ni un hombre, ni mujer tampoco, que lo dijera si lo supiera diez veces. Pero cincuenta libras por Elzevir, y veinte libras por un cabeza de chorlito como la tuya, es una buena suma redonda, y hay vagabundos por esta comarca lo suficientemente ruines como para intentar ganársela. Y algunos de estos han puesto a los recaudadores sobre *mi* pista, con cuentos de que soy yo quien sabe dónde os escondéis y os llevo comida y bebida. Así que no puedo moverme ahora, no, ni siquiera a la iglesia los domingos, sin tener algún granuja acechando a mis talones para vigilar mis movimientos. Y por eso elegí una noche como esta para venir aquí, sabiendo que a estos bribones les gusta la piel seca, pero sin pensar nunca que el viento soplaría así. He venido a decirle a Block que no es seguro para mí estar tanto en Purbeck, y que ya no me atrevo a traer comida ni nada, o estos sabuesos os olfatearán. Tu pierna está sana de nuevo, y es mejor que os vayáis mientras podáis, y ahí está el *Éperon d'Or* y Chauvelais para daros la bienvenida al otro lado.

Le dije que Elzevir se había ido esa misma noche a Poole para acordar con los del *Bonaventure* cuándo debían venir a recogernos; y ante eso, Ratsey pareció complacido. Había muchas cosas que deseaba saber de él, y especialmente cómo estaba Grace, pero sentí timidez y no me atreví a preguntarle. Y él no dijo más por un minuto, pareciendo abatido y agachado sobre el fuego. Así nos sentamos acurrucados en la esquina junto a los leños incandescentes, la luz roja parpadeando en el techo de la cueva y mostrando las arrugas en el rostro de Ratsey; mientras el vapor se elevaba de sus ropas secándose. El vendaval soplaba tan ferozmente

como siempre, pero la marea había bajado, y no entraba tanta espuma en la cueva. Entonces Ratsey volvió a hablar.

—Mi corazón está muy apesadumbrado esta noche, John, al pensar en cómo todos los buenos viejos tiempos se han ido, y en cómo el maestro Block nunca podrá volver a Moonfleet. Era la mejor tripulación de descargadores que jamás haya existido, sin exceptuar siquiera la del capitán Jordan, y ahora debe disolverse; pues este lío de Maskew ha hecho que el lugar sea demasiado peligroso para nosotros, y pasará mucho, mucho tiempo antes de que se descargue otra mercancía en la playa de Moonfleet. Pero cómo sacar el licor de la cripta de Mohune, no lo sé; y eso me recuerda que tengo algo en mis bolsillos para Elzevir y para ti. —Y con eso sacó de cada solapa una gran petaca forrada de mimbre. Se llevó una a los labios, inclinándola y bebiendo larga y profundamente, y luego me la pasó, con un suspiro de satisfacción—. Ah, esto sí que tiene el sabor correcto. Toma, niño, y calienta tu corazón; es la verdadera leche del Ararat, y la última que probarás a este lado del Canal.

Entonces bebí yo también, no a la ligera, pues el buen licor no me era ajeno, aunque solo hacía unos pocos meses que lo había probado por primera vez en el Why Not; y en un minuto me hormigueó en las yemas de los dedos. Pronto una grata sensación de calor y comodidad se apoderó de mí, y nuestra situación no pareció tan desesperada, ni siquiera la noche tan salvaje. Ratsey también mostraba un aire más alegre, y las arrugas de su rostro no estaban tan marcadas; la influencia dorada y chispeante de la petaca le había soltado la lengua, y ahora hablaba de lo que más quería oír.

—Sí, sí, es una triste disolución, y qué pasará con el viejo Why Not, no puedo decirlo. Nadie ha cruzado el umbral desde que os fuisteis, solo los hombres del Ducado vinieron y sellaron las puertas, convirtiendo en delito forzarlas. E incluso estos leguleyos no saben dónde reside el derecho, pues Maskew nunca pagó un alquiler y murió antes de tomar posesión; y el contrato del maestro Block hace tiempo que expiró, y ahora está escondido y es un proscrito.

»Pero por quien más lo siento es por la hija de Maskew, que se vuelve delgada y pálida como un lirio. Porque cuando los soldados trajeron el cuerpo de vuelta, los hombres se pararon en sus puertas y maldijeron la arcilla, y algunas de las pescaderas le escupieron; y la vieja madre Veitch, que le llevaba la casa, juró que nunca le había pagado un penique de salario y que tenía miedo de quedarse bajo el mismo techo con un cadáver tan malvado. Así que se fue de la Casa Solariega, dejando a esa pobre niña sola en ella con su padre muerto; y no faltaron quienes dijeron que todo era un juicio divino; y recordaron cómo Elzevir se había quedado una vez solo con su hijo muerto en el Why Not. Pero en la aldea no había un hombre que dudara de que había sido Block quien había enviado a Maskew a rendir cuentas, ni yo tampoco lo dudé, hasta que se corrió el rumor de que había muerto por un disparo perdido de los del destacamento desde el acantilado. Y cuando llevaron los papeles de la orden de busca y captura a la Casa Solariega para que su hija, como pariente más cercana, firmara la requisitoria, ella no quiso poner su nombre, diciendo que Block nunca había levantado la mano contra su padre cuando se encontraban en Moonfleet o en el camino, y que nunca creería que fuera él hombre capaz de dejar dormir tanto tiempo su ira y luego atacar a un enemigo a sangre fría. Y en cuanto a ti, te conocía por ser un muchacho de fiar, que no haría tales cosas él mismo, ni se quedaría de brazos cruzados mientras otros las hacían.

Lo que Ratsey dijo fue más dulce que cualquier música para mis oídos, y me sentí un hombre mejor, como debe sentirse cualquiera de quien una mujer de verdad habla bien, y que debía vivir rectamente para merecer tal elogio. Entonces resolví que, pasara lo que pasara, me abriría camino una vez más hasta Moonfleet, antes de que huyéramos de Inglaterra, y vería a Grace, para poder contarle todo lo que ocurrió sobre la muerte de su padre, salvo que Elzevir había tenido la intención de acabar él mismo con Maskew; pues de nada servía decírselo cuando ella había dicho que él nunca podría pensar en hacer tal cosa, y además, por lo que yo sabía, nunca tuvo la intención de disparar, sino solo de asustarlo. Aunque

así lo resolví, no le dije nada al maestro Ratsey, sino que solo asentí, y él continuó:

—Bueno, viendo que no había nadie salvo esta pobre muchacha para encargarse de enterrar a Maskew, tuve que ocuparme yo mismo, montando a toda prisa un ataúd sólido y cavando una tumba tan decente como se podría hacer para cualquier señor, excepto que los señores siempre tienen criptas donde dormir. Luego conseguí el carro de pescado de la madre Nutting para llevar el cuerpo, pues no había un hombre en Moonfleet que pusiera la mano en el ataúd para llevarlo; y partimos calle abajo, yo guiando al poni tuerto, y el ataúd siguiéndonos en el carro. No había ningún doliente para acompañarlo a casa excepto su hija, y ella sin una pizca de negro encima, pues no había tenido tiempo de conseguir su luto; y sin embargo no lo necesitaba, teniendo la pena escrita con bastante claridad en su rostro.

»Cuando llegamos al cementerio, se había reunido una multitud, hombres, mujeres y niños, no solo de Moonfleet, sino también de Ringstave y Monkbury. No habían venido a llorar, sino a hacer burlas para mostrar cuánto lo odiaban, y muchos de los niños llevaban ollas y sartenes viejas para hacer música discordante. El párroco Glennie esperaba en la iglesia, y allí esperó, pues el carro no podía pasar la puerta, y no teníamos portadores para levantar el ataúd. Entonces miré a mi alrededor para ver si había alguien que ayudara a levantarlo, pero cuando intenté cruzar la mirada con un hombre, él miró hacia otro lado, y todo lo que pude ver fueron los rostros amargos y ceñudos de las mujeres. Y todo el tiempo la muchacha permaneció junto al carro mirando al suelo. Llevaba un pequeño pañuelo sobre la cabeza que dejaba caer el pelo sobre sus hombros, y su rostro estaba muy blanco, con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Pero cuando se dio cuenta de que toda aquella multitud estaba allí para burlarse de su padre, y que no había un hombre que levantara la mano para ayudarlo, apoyó la cabeza sobre el ataúd, ocultando el rostro entre las manos, y sollozó amargamente.

Ratsey se detuvo un momento y bebió de nuevo profundamente de la petaca; y en cuanto a mí, seguí sin decir nada, sintiendo un gran nudo en la garganta y reflexionando sobre cómo el odio y la pasión tienen el poder de convertir a los hombres en brutos.

—Soy un hombre rudo —reanudó Ratsey—, pero tierno a la vez, y cuando la vi llorar, corrí a la iglesia a contarle al párroco lo que pasaba, y a rogarle que saliera a ver si entre los dos podíamos levantar el ataúd. Así que salió tal como estaba, con la sobrepelliz puesta y el libro en la mano. Pero cuando los hombres supieron a qué venía, y miraron a aquella muchacha alta y hermosa inclinada sobre el ataúd de su padre, sus corazones se conmovieron, y primero Tom Tewkesbury se adelantó con aire avergonzado, y luego Garrett, y luego otros cuatro. Así que ahora teníamos seis buenos portadores, y solo las mujeres podían seguir mirando con dureza y ceño fruncido, e incluso ellas no dijeron ni una palabra, y ningún niño golpeó su sartén.

»Entonces el señor Glennie, viendo que no se le necesitaba como portador, cambió a párroco, y entonó: "Yo soy la resurrección y la vida". Es un gran texto, John, y aunque lo he oído decenas y decenas de veces, nunca sonó más dulce que aquel día. Porque era una tarde hermosa, y como no había viento, sino que el sol brillaba y el mar estaba tranquilo y azul, había una calma en todo que parecía decir: "Descansa en Paz, Descansa en Paz". ¿Y no estaba la primavera con nosotros, y toda la tierra predicando la resurrección, los pájaros cantando, los árboles y las flores despertando de su sueño invernal, y las primulas amarillas incluso sobre las tumbas? Entonces, seguramente es una necedad llevar nuestras enemistades más allá de la tumba, y quizás ni siquiera *él* era tan malo como lo considerábamos, sino que podría haberse engañado a sí mismo pensando que hacía lo correcto al perseguir el contrabando. No sé cómo fue, pero algo así me vino a la mente, y quizás también a otros, pues lo enterramos sin una señal o palabra de ninguno de los presentes. No se oyó ni un solo sonido dentro o fuera de la iglesia, excepto la lectura del señor Glennie y mis amenes, y de vez en cuando un sollozo de la pobre niña. Pero cuando todo terminó, y el

ataúd fue bajado sin problemas, ella se acercó a Tom Tewkesbury diciendo, entre lágrimas: "Le agradezco, señor, su amabilidad", y le tendió la mano. Así que él la tomó, mirando de reojo, y después los otros cinco portadores; y luego ella se alejó sola, y nadie se movió hasta que hubo salido por la puerta del cementerio, dejándola pasar como a una reina.

—Y es que es una reina —dije, sin poder evitar hablar, por el orgullo de oír cómo se había comportado, y porque siempre me había mostrado amabilidad—. Lo es, y más hermosa que cualquier reina, además.

Ratsey me dirigió una mirada interrogante, y pude ver una pequeña sonrisa en su rostro a la luz del fuego.

—Sí, es bastante hermosa —dijo, como reflexionando para sí mismo—, pero blanca y delgada. Quizás haría buena pareja contigo... si fuerais hombre y mujer, y no niño y niña; si ella no fuera rica, y tú no fueras pobre y un proscrito; y... si ella te quisiera.

Me molestó oír su broma y pensar en cómo había revelado mi secreto, así que no respondí, y nos sentamos junto a las ascuas un rato sin hablar, mientras el viento seguía soplando a través de la cueva como un embudo.

Ratsey habló primero.

—John, pásame la petaca; oigo las voces de esas pobres almas del *Florida* subir por el acantilado.

Con eso, dio otro trago fuerte y arrojó un leño al fuego, hasta que las chispas volaron como en una herrería, y la llama que había dormitado despertó de nuevo y saltó blanca, azul y verde de la madera salada. Ahora, mientras la luz danzaba y parpadeaba, vi un trozo de pergamino yaciendo a los pies de Ratsey: y no era otro que el escrito del medallón de Barbanegra, que había estado leyendo cuando oí por primera vez pasos en el pasadizo, y que se me había caído en mi alarma por los visitantes hostiles. Ratsey también lo vio y extendió la mano para recogerlo. Lo habría ocultado si hubiera podido, porque nunca le había contado cómo había saqueado el

ataúd de Barbanegra, y no quería que me interrogaran sobre cómo había conseguido el escrito. Pero intentar impedir que lo cogiera solo habría avivado su curiosidad, y así no dije nada cuando lo tomó en sus manos.

—¿Qué es esto, hijo? —preguntó.

—Son solo versículos de las Escrituras —respondí—, que conseguí hace algún tiempo. Se dice que son un conjuro contra los Espíritus del Mal, y los estaba leyendo para ahuyentar la soledad de este lugar cuando entraste y me los hiciste caer.

Temía que me preguntara de dónde los había sacado, pero no lo hizo, pensando quizás que mi tía me los había dado. El calor de las llamas había curvado un poco el pergamino, y él lo extendió sobre su rodilla, estudiándolo a la luz del fuego.

—Está bien escrito —dijo—, y son versículos bastante buenos, pero quien los juntó para un conjuro sabía poco de cómo ahuyentar a los malos espíritus, pues esto no mantendría a una pulga alejada de un gato negro. Yo podría hacerlo diez veces mejor, no estando exento de cierto entendimiento en tales cosas —y asintió seriamente—; y aunque nunca me he encontrado con nadie del otro mundo, no me pillarían desprevenido si vinieran. Porque he pasado la mitad de mi vida en el cementerio o en la iglesia, y sería tan tonto moverse por tales lugares sin tener palabras para enfrentarse a un visitante maligno, como llevar dinero por un camino solitario sin una pistola. Así que un día, después de que el párroco Glennie predicara sobre Habacuc, cómo "la visión es para un tiempo señalado, mas al fin hablará, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará", hablé con él de estos asuntos, y obtuve de él tres o cuatro textos contundentes que los espectros temen más que un niño quemado al fuego. Te los enseñaré todos algún día, pero por el momento aprende este latín que me sé de memoria: «*Abite a me in ignem eternum qui paratus est diabolo et angelis ejus*». Traducido significa: "Apartaos de mí al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles", pero tiene al menos el doble de poder en latín. Así que apréndetelo de memoria y úsalo libremente si llegas a pensar que

hay presencias malignas cerca, y en lugares tan solitarios como esta cueva.

Le seguí la corriente haciendo lo que deseaba, y más aún porque esperaba que sus pensamientos se desviaran así del escrito; pero tan pronto como me supe el conjuro de memoria, volvió al pergamino, diciendo:

—Fue un pobre teólogo quien escribió esto, pues además de elegir versículos poco apropiados, ni siquiera sabe darles los números correctos. Porque mira aquí: "Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos",¹ y escribe Salmo XC. 21. He rezado ese salmo con el párroco, verso a verso, por cada durmiente que hemos dejado en la tierra del cementerio durante treinta años; y sé que no tiene veinte versículos en total, y este mismo verso es el del sacristán y es el décimo, y sin embargo él lo llama vigésimo primero. Ojalá tuviera aquí un Libro de Oración Común, y probaría mis palabras.

Se detuvo y me devolvió el pergamino con desdén; pero yo lo doblé y me lo metí en el bolsillo, meditando todo el tiempo sobre un extraño pensamiento que sus últimas palabras me habían traído. Y no le dije que tenía conmigo el libro de oraciones de mi tía, deseando examinar por mí mismo más de cerca si tenía razón, después de que se hubiera ido.

—Debo marcharme —dijo al fin—, aunque me resisto a dejar este buen fuego y este licor. De buena gana esperaría hasta que Elzevir volviera, y más aún hasta que amainara este vendaval, pero no puede ser: las noches son cortas y debo estar fuera de Purbeck antes del amanecer. Así que dile a Block lo que te digo, que él y tú debéis marcharos; y pásame la petaca, pues tengo quince millas que caminar contra el viento, y debo quitarme estos fríos de medianoche.

Bebió de nuevo y luego se puso de pie, sacudiéndose como un perro, y caminando enérgicamente por la cueva dos o tres veces

para asegurarse, según pensé, de que la leche del Ararat no le había confundido los pasos. Luego me estrechó la mano calurosamente y desapareció en la profunda sombra de la boca del pasadizo.

El viento soplaba más a rachas que antes, y había alguna señal de calma entre las ráfagas. Me quedé en la entrada del pasadizo y escuché hasta que el eco de los pasos de Ratsey se desvaneció, y luego, volviendo a la esquina, eché más leña al fuego y encendí la vela. Después de eso, saqué de nuevo el pergamino, y también el libro de oraciones rojo de mi tía, y me senté a estudiarlos. Primero busqué en el libro aquel texto sobre "los días de nuestra vida", y encontré que, en efecto, estaba en el Salmo 90, pero en el décimo versículo, tal como dijo Ratsey, y no en el vigésimo primero como estaba escrito en el pergamino. Y luego tomé el segundo texto, y aquí de nuevo el Salmo estaba correcto, pero el versículo era el dos, y no el seis, como lo tenía mi escriba. Sucedió lo mismo con los otros tres: el número del Salmo era correcto, pero el versículo estaba equivocado. Así que he aquí un descubrimiento, pues todo estaba dolorosamente escrito, liso y limpio, sin un borrón, y sin embargo, en cada versículo un error. Pero si el segundo número no representaba el versículo, ¿qué otra cosa podría significar? Apenas me había formulado la pregunta cuando tuve la respuesta, y supe que debía ser el número de la palabra elegida en cada texto para formar un significado secreto. Estaba ahora en tal fiebre y excitación como cuando encontré el medallón en la cripta de los Mohune, y apenas podía contar con dedos temblorosos hasta veintiuno en el primer verso, por la prisa y el asombro. Fue «ochenta» la palabra en la que cayó el número en el primer texto, «pies» en el segundo, «profundo» en el tercero, «pozo» en el cuarto, «norte» en el quinto.

Ochenta—pies—profundo—pozo—norte.

Ahí estaba el cifrado leído, ¡y qué truco tan fácil! Y sin embargo, no lo había descubierto en todo este tiempo, ni lo habría hecho nunca, de no ser por el sacristán Ratsey y su verso fúnebre. Era un plan astuto de Barbanegra; pero otra gente era tan astuta como él,

y aquí estaba todo su tesoro a nuestros pies. Me reí para mis adentros por eso, frotándome las manos, y lo leí de nuevo:

Ochenta—pies—profundo—pozo—norte.

Todo era tan simple, y la palabra en el cuarto verso era «pozo» y no «valle» o «charca», en lo que me había atascado tantas veces al intentar descifrarlo. ¿Cómo no lo había adivinado antes? Y aquí había algo que contarle a Elzevir cuando volviera, que se había encontrado la clave del cifrado y el secreto estaba desvelado. No se lo revelaría todo de golpe, sino que lo tantearía haciéndole adivinar, y al final se lo contaría todo, y nos pondríamos a trabajar de inmediato para hacernos ricos. Y entonces pensé una vez más en Grace, y en cómo ahora me tocaría reír a mí, a pesar de las bromas del maestro Ratsey sobre que ella era rica y yo pobre.

Ochenta—pies—profundo—pozo—norte.

Lo leí de nuevo, y de alguna manera esta vez fue un poco menos claro, y me puse a pensar qué era exactamente lo que le diría a Elzevir, y cómo nos pondríamos a trabajar para encontrar el tesoro. Estaba escondido en un *pozo*, eso estaba bastante claro, pero ¿en qué pozo? ¿Y qué significaba «norte»? ¿Era el *pozo norte*, o *al norte del pozo*, o eran ochenta pies *al norte del pozo profundo*? Miré fijamente los versos como si la tinta fuera a cambiar de color y mostrar algún otro sentido, y entonces un velo pareció cubrir la escritura, y el significado pareció desvanecerse y alejarse tanto como siempre de mi alcance. *Ocheenta—pies—profundo—pozo—norte*; y poco a poco la alegría exultante dio paso al desconcierto y la inquietud de espíritu, y en las ráfagas de viento oí al propio Barbanegra reír y burlarse de mí por pensar que había encontrado su tesoro. Aún así, lo leí y lo releí, haciendo malabares con las palabras y dándoles la vuelta para exprimirles un nuevo significado.

«Ochenta pies de profundidad *en el pozo norte*» — «ochenta pies de profundidad en el pozo *al norte*» — «ochenta pies *al norte del pozo profundo*» — así las palabras daban vueltas y más vueltas en mi

cabeza, hasta que me cansé y me mareé, y sin darme cuenta me quedé dormido.

Era de día cuando desperté, y el viento había amainado, aunque todavía podía oír el trueno de la marejada contra la pared de la roca allá abajo. El fuego aún ardía, y junto a él estaba sentado Elzevir, cocinando algo en la olla. Parecía fresco y animado, como un hombre que se levanta de un largo sueño nocturno, en lugar de uno que ha pasado las horas de oscuridad luchando contra un vendaval, y que después debe permanecer vigilando porque, ¡válgame Dios!, el centinela duerme.

Habló tan pronto como vio que estaba despierto, riendo y diciendo:

—¿Cómo va la noche, centinela? Esta es la segunda vez que te pillo durmiendo, y dormías tan profundamente que habría hecho falta los fríos labios de una pistola contra tu frente para despertarte.

Estaba demasiado lleno de mi historia como para siquiera pedirle perdón, pero comencé de inmediato a contarle lo que había sucedido y cómo, siguiendo la pista que Ratsey me había dado, había descifrado, según creía, un significado secreto en estos versos. Elzevir me escuchó pacientemente, y con más muestras de interés hacia el final, y luego tomó el pergamino en sus manos, leyéndolo con atención y comprobando los errores de numeración con la ayuda del libro de oraciones rojo.

—Creo que tienes razón —dijo al fin—; pues, ¿por qué estarían todas las cifras mal si no hay un truco oculto en ello? Si uno o dos estuvieran mal, habría dicho que algún sacerdote los copió por error; pues los sacerdotes son gente descuidada, y lo mismo les da poner algo mal que bien; pero estando todos mal, no hay lugar para el azar. Así que, si tiene un significado, veamos cuál es. Primero dice que está en un pozo. Pero, ¿qué pozo? Y la profundidad que da de ochenta pies es excesiva para cualquier pozo cerca de Moonfleet.

Estuve a punto de decir que debía de ser el pozo de la Casa Solariega, pero antes de que las palabras salieran de mi boca,

recordé que no había ningún pozo en la casa solariega, pues la casa se abastecía de un arroyo que brotaba de los bosques de arriba, y que, saltando de piedra en piedra, corría por los jardines de la casa y desembocaba en el Fleet más abajo.

—Y ahora que lo pienso —continuó Elzevir—, es más probable que el pozo del que habla no estuviera en estas tierras en absoluto. Porque mira, este Barbanegra era un manirroto, que despilfarraba todo lo que tenía, y con toda seguridad habría despilfarrado también la joya, si hubiera podido ponerle las manos encima. Y sin embargo se dice que no lo hizo, por lo tanto creo que debió de guardarla a buen recaudo en algún lugar donde después no pudo acceder a ella. Porque si hubiera estado cerca de Moonfleet, la habría desenterrado cien veces. Pero tú has hablado a menudo de Barbanegra y su final con el párroco Glennie; así que habla, muchacho, y cuéntanos todo lo que sepas de esas historias. Quizás nos ayude a llegar a alguna conclusión.

Así que le conté todo lo que el señor Glennie me había contado: cómo el coronel John Mohune, a quien los hombres llamaban Barbanegra, fue un derrochador desde su juventud, y malgastó toda su fortuna en una vida disoluta. Así, estando en las últimas, pasó de realista a rebelde, y fue puesto a custodiar al rey en el castillo de Carisbrooke. Pero allí se rebajó a un soborno, y tomó de su real prisionero un espléndido diamante de la corona para dejarlo ir; luego, con la joya en el bolsillo, volvió a traicionar y mostró un pelotón de soldados en la habitación donde el rey estaba atascado entre los barrotes de la ventana, escapando. Pero nadie confió en Barbanegra después de eso, y así perdió su puesto, y regresó en su vejez, un hombre arruinado, a Moonfleet. Allí consumió su vida, pero cuando se acercaba su fin se llenó de miedo y mandó llamar a un clérigo para que le diera consuelo. Y fue a instancias del párroco que hizo testamento y legó el diamante, que era lo único que le quedaba, al asilo de los Mohune en Moonfleet. Estas eran las mismas casas que él había robado y dejado en la ruina, y nunca se beneficiaron de su testamento, pues cuando se abrió, allí estaba el legado bastante claro, pero ni una palabra que dijera dónde estaba

la joya. Algunos decían que todo era una burla, y que Barbanegra nunca tuvo la joya; otros que la joya estaba en su mano cuando murió, pero que se la llevaron algunos de los presentes. Pero la mayoría pensaba, y transmitió la historia, que al ser sorprendido por la muerte, murió antes de poder revelar el lugar seguro de la joya; y que en sus últimos estertores luchó por hablar, como si tuviera algún secreto que desvelar.

Todo esto le conté a Elzevir, y él escuchó atentamente como si algo de ello fuera nuevo para él. Cuando hablaba de que Barbanegra estaba en Carisbrooke, hizo un pequeño y rápido movimiento como para hablar, pero no lo hizo, esperando hasta que hube terminado la historia. Entonces exclamó:

—John, el diamante todavía está en Carisbrooke. Me extraña no haber pensado en Carisbrooke antes de que hablaras; y allí puede conseguir ochenta pies, y dos y tres veces ochenta, si le place, y nadie que lo detenga. Es Carisbrooke. He oído hablar de ese pozo desde la infancia, y una vez lo vi cuando era niño. Está excavado en la torre del homenaje del castillo, y desciende cincuenta brazas o más en las entrañas de la creta de abajo. Es tan profundo que ningún hombre puede sacar los cubos con un torno, sino que deben tener un asno dentro de una rueda de andar para subirlos. Ahora bien, por qué este coronel John Mohune, a quien llamamos Barbanegra, eligió un pozo para esconder su joya, no puedo decirlo; pero dado que eligió un pozo, era probable que eligiera el de Carisbrooke. Es un lugar conocido, y he oído que la gente viene desde Londres para ver el castillo y este pozo.

Habló rápido y con más fuego del que le había conocido antes, y sentí que tenía razón. Parecía, en efecto, bastante natural que si Barbanegra iba a esconder el diamante en un pozo, sería en el pozo de aquel mismo castillo donde lo había ganado tan malamente.

—Cuando dice «el pozo norte» —continuó Elzevir—, está claro que se refiere a tomar una brújula y marcar el norte con la aguja, y a ochenta pies en la pared del pozo por debajo de ese punto yacerá el tesoro. Ayer acordé con los hombres del *Bonaventure* que se

situarían bajo este saliente de mañana en ocho, si el mar está en calma, y nos recogerían con la marea de primavera. A medianoche es su hora, y dije ocho días para darle a tu pierna una semana para fortalecerse. Pensaba dirigirme a St. Malo y dejarte en el Éperon d'Or con el viejo Chauvelais, donde podrías aprender a chapurrear francés hasta que estos malos tiempos hayan pasado. Pero ahora, si estás decidido a buscar este tesoro y tienes ganas de meter la cabeza en la soga, pues bien, no soy tan viejo como para no poder hacer también el tonto, y dejaremos St. Malo y nos dirigiremos a Carisbrooke. Conozco el castillo: no está a dos millas de Newport, y en Newport podemos alojarnos en el Bugle, que es una posada aficionada al contrabando. La autoridad del rey apenas llega a las Islas del Canal y a Wight, y si nos vestimos con otro atuendo que este, quizás encontremos Newport tan seguro como St. Malo.

Esto era justo lo que yo quería, y así acordamos allí mismo que haríamos que el *Bonaventure* nos desembarcara en la Isla de Wight en lugar de en St. Malo. Desde que el hombre caminó por primera vez sobre esta tierra, una historia de tesoro enterrado debe haber tenido un poder maestro para agitar su sangre, y la mía estaba muy agitada. Incluso Elzevir, aunque no lo demostraba, estaba conmovido, pensé, en el fondo, y nos impacientamos en nuestra prisión de la cueva, y aquellos ocho días pasaron con bastante hastío. Sin embargo, no fue tiempo perdido, pues cada día mi pierna se fortalecía más y, como un lobo que vi una vez en una jaula en la feria de Dorchester, pasaba horas marchando alrededor de la cueva para matar el tiempo y poner más vigor en mis pasos. Ratsey no nos visitó de nuevo, pero a pesar de lo que dijo, se encontró con Elzevir más de una vez y le consiguió dinero de Dorchester y muchas otras cosas que necesitaba. Fue después de encontrarse con Ratsey que Elzevir regresó una noche, trayendo un largo látigo en una mano y en la otra un bulto que contenía ropa para disfrazarnos en la siguiente escena. Había un blusón de carretero para él, blanco y acolchado con bordados, como los que llevan los carreteros en las granjas de la colina, y para mí uno más pequeño, y sombreros y polainas de cuero a juego. Nos los probamos, y éramos en todo un

carretero y su mozo; y me reí mucho al ver a Elzevir de pie allí practicando cómo chasquear su látigo y gritar «¡Arre!» como hacen los carreteros a los caballos. Y a pesar de ser tan serio, también había una sonrisa en su rostro, y me mostró cómo torcer un manojo de paja de la cama para atarlo por encima de mis tobillos en la parte inferior de las polainas. Se había afeitado la barba y, sin embargo, no había perdido nada de su aspecto; pues su mandíbula y su profundo mentón se mostraban firmes y poderosos. Y en cuanto a mí, hicimos un caldo de hojas y ramitas de nogal joven y me teñimos las manos y la cara con él de un color marrón rojizo, de modo que parecía un muchacho diferente.

CAPÍTULO XIII

UNA ENTREVISTA

«Ninguna criatura humana se movía para ir o venir, ningún rostro se asomaba por postigo cerrado o abierto, ninguna chimenea humeaba—no había señal de hogar desde el parapeto hasta el sótano». —Hood.

Y así pasaron los días, hasta que solo quedaron dos noches más antes de que tuviéramos que dejar nuestra cueva. Ya he dicho que la demora nos irritaba, porque estábamos impacientes por hacernos con el tesoro; pero había algo más que me inquietaba y me ponía más intranquilo con cada día que pasaba. Y era que había resuelto ver a Grace antes de dejar estas tierras, y sin embargo no sabía cómo decírselo a Elzevir. Pero esta tarde, viendo que el tiempo se había acortado tanto, supe que debía hablar o abandonar mi propósito, y así hablé.

Estábamos sentados como las aves marinas en el saliente fuera de nuestra cueva, mirando hacia St. Alban's Head y observando el

último resplandor del atardecer. Los vapores vespertinos comenzaron a descender por el Canal, y Elzevir se encogió de hombros.

—La noche se vuelve fría —dijo, y se levantó para volver a la cueva.

Así que entonces pensé que había llegado mi momento, y siguiéndolo adentro, dije:

—Querido maestro Elzevir, habéis velado por mí todo este tiempo y me habéis cuidado con más amabilidad de la que cualquier padre podría cuidar a su hijo; y a vos os debo la vida, y que mi pierna esté fuerte de nuevo. Sin embargo, esta noche estoy inquieto y os ruego que me deis permiso para subir por el pozo y pasear. Hace dos meses y más que estoy en la cueva y no he visto más que muros de piedra, y con gusto pisaría una vez más la colina.

—No digas que te he salvado la vida —interrumpió Elzevir—; fui yo quien puso tu vida en peligro; y de no ser por mí, podrías estar ahora mismo cómodamente acostado en Moonfleet, en lugar de esconderte en las cámaras de estas rocas. Así que no hables de eso, pero si tienes ganas de airearte una hora, no veo mucho mal en ello. Esas fantasías caprichosas les sobrevienen a los hombres cuando se recuperan de una enfermedad; y debo ir esta noche a esa casa en ruinas de la que te hablé, a buscar una brújula de bolsillo que el maestro Ratsey debía dejar allí. Así que puedes venir conmigo y oler el aire nocturno en la colina.

Había accedido más fácilmente de lo que esperaba, así que insistí en el asunto, diciendo:

—No, maestro, concededme permiso para ir un poco más lejos. Sabéis que nací en Moonfleet, y me he criado allí toda mi vida, y amo sus árboles, su arroyo y hasta sus mismas piedras. Y me he propuesto verlo una vez más antes de que dejemos estas tierras para siempre. Así que dadme permiso para caminar por la colina y contemplar Moonfleet solo esta vez, y con este atuendo de labrador estaré bastante seguro, y volveré con vos mañana por la noche.

Me miró un momento sin hablar; y todo el tiempo sentí que me veía de parte a parte, y sin embargo no estaba enojado. Pero me sonrojé y bajé la vista al suelo, y entonces él habló:

—Muchacho, he sabido de hombres que arriesgan su vida por muchas cosas: por oro, amor y odio; pero nunca uno que jugara con la muerte para poder ver un árbol o un arroyo o unas piedras. Y cuando los hombres dicen que aman un lugar o un pueblo, puedes estar seguro de que no es el lugar lo que aman, sino a algunos que viven allí; o que amaron a algunos en el pasado, y por eso querían ver el lugar de nuevo para reavivar el recuerdo. Así, cuando hablas de Moonfleet, puedo suponer que tienes a alguien allí a quien ver, o esperas ver. No puede ser tu tía, pues no hay amor perdido entre vosotros; y además, ningún hombre ha arriesgado jamás su vida para despedirse de una tía. Así que no tengas secretos conmigo, John, sino dímelo directamente, y juzgaré si este segundo tesoro que buscas es oro lo suficientemente verdadero como para poner tu vida en la balanza contra él.

Entonces se lo conté todo, sin ocultar nada, pero tratando de hacerle ver que había poco peligro en mi visita a Moonfleet, pues nadie me reconocería con un vestido de carretero, y que mi conocimiento del lugar me permitiría usar un seto, un muro o un bosque como cobertura; y finalmente, si me veían, mi pierna estaba ahora sana, y pocos podían vencerme en una carrera en la colina. Así que seguí hablando, no tanto con la esperanza de convencerlo como para seguir diciendo algo; pues no me atrevía a levantar la vista y temía oír una palabra de enojo de él cuando me detuviera. Pero al final había dicho todo lo que podía, y cesé porque no tenía más. Sin embargo, no estalló como había pensado, sino que hubo silencio; y después de un momento levanté la vista, y vi por su rostro que sus pensamientos divagaban. Cuando habló, no había ira en su voz, sino solo algo triste.

—Eres un muchacho necio —dijo—. Sin embargo, yo también fui joven una vez, y mis caminos han sido demasiado oscuros para desear oscurecer los de otros, o intentar enfriar la sangre joven. Tu

propia vida ya tiene una sombra que yo he ayudado a proyectar, así que toma el brillo de ella mientras puedas, y márchate. Pero en cuanto a esta muchacha, sé que es una moza agraciada y de buen corazón, y a menudo me he preguntado cómo llegó a tenerlo a él por padre. Me alegro ahora de no tener su sangre en mis manos; y nunca habría ido a tomarla entonces, a pesar de todo el mal que me había causado, de no ser porque la vida de todos y cada uno dependía de la suya. Así que quédate tranquilo, márchate y ve esos arroyos y árboles y piedras de los que hablas. Sin embargo, si te disparan en la colina, o te llevan a la cárcel, culpa a tu propia necesidad y no a mí. Y caminaré contigo hasta las Puertas de Purbeck esta noche, y luego volveré y esperaré. Pero si no estás aquí de nuevo para la medianoche de mañana, creeré que has caído en alguna trampa y saldré a buscarte.

Le tomé la mano y le di las gracias con las palabras que pude por haberme dejado ir, y luego me puse el blusón, metiendo algo de pan y carne en los bolsillos, pues era probable que encontrara poco que comer en mi viaje. Estaba oscuro antes de que dejáramos la cueva, pues hay poco crepúsculo por nuestros lares, y la división entre el día y la noche es más marcada que en partes más al norte. Elzevir me tomó de la mano y me guio a través de la oscuridad de las galerías, diciéndome dónde debía agacharme y cuándo el camino era irregular. Así llegamos al fondo del pozo, y mirando hacia arriba a través de helechos y zarzas, pude ver el azul profundo del cielo sobre nosotros, y una gran estrella que nos contemplaba fijamente. Subimos los escalones con el tobogán de esteatita a un lado, y luego caminamos a paso ligero sobre el césped elástico a través de los montículos de los escombros de las canteras cubiertas y las ruinas de las cabañas abandonadas.

Había un rocío espeso que me caló las botas antes de haber recorrido media milla, y aunque no había luna, el cielo estaba muy despejado, y podía ver el velo de telarañas extendido, blanco plateado, sobre la hierba. Ninguno de los dos habló, en parte porque era más seguro no hablar, pues la voz llega lejos en una noche tranquila en las colinas; y en parte, creo, porque la belleza del cielo

estrellado se había apoderado de nosotros, llenando nuestros corazones de pensamientos demasiado grandes para las palabras. Pronto llegamos a aquella cabaña en ruinas de la que Elzevir había hablado, y en lo que una vez fue un horno, encontramos la brújula a buen recaudo, como Ratsey había prometido. Luego, de nuevo por las colinas solitarias, sin hablar nosotros, y sin ver luz en ninguna ventana ni oír ladrar a ningún perro, hasta que llegamos a aquel extraño desfiladero que los hombres llaman las Puertas de Purbeck. Aquí hay un camino natural que corta la cima más alta de la colina, con paredes tan afiladas como si la mano del hombre las hubiera cortado, por el que han caminado durante siglos los pocos viajeros de este lugar solitario: pastores y marineros, soldados y recaudadores. Y aunque, supongo, ningún carro ha pasado por él durante siglos, hay roderas en el suelo de creta tan anchas y profundas como si los carros de gigantes lo usaran en tiempos pasados.

Así que aquí se detuvo Elzevir, y sacando de su pecho aquella pistola con culata de plata de la que he hablado, me la puso en la mano.

—Toma, niño —dijo—, pero no la uses hasta que te veas muy apurado, y entonces, si *tienes* que disparar, dispara bajo... se desvía.

La tomé y le apreté la mano, y así nos separamos, él volviendo a Purbeck, y yo dirigiéndome por la cima de la creta, por detrás de Hoar Head. Debían de ser cerca de las tres cuando llegué a un gran túmulo cubierto de hierba llamado Culliford Tree, que marca el lugar de descanso de algún antiguo guerrero del pasado. La cima está plantada con un grupo de árboles que recortan la línea del cielo, y allí me senté un rato a descansar. Pero no por mucho tiempo, pues mirando hacia Purbeck, pude ver el débil indicio del amanecer bajo en la línea del mar, detrás de St. Alban's Head, y así seguí adelante, sabiendo que aún me quedaban diez buenas millas por cubrir.

Así viajé, y pronto llegué a la primera señal de hombre: a saber, un rebaño de corderos siendo alimentados con nabos en un barbecho de verano. El sol ya estaba bien alto y lo teñía todo de un

brillo rosado, mostrando las ovejas y las raíces que comían, blancas contra la tierra marrón. Aún no vi pastor, ni siquiera perro, y sobre las siete en punto estaba a salvo en la colina de Weatherbeach, que domina Moonfleet.

Allí, a mis pies, yacían los bosques de la Casa Solariega y la vieja casa, y más abajo el camino blanco y las cabañas dispersas, y más allá aún el Why Not y el Fleet cristalino, y más allá de eso, el mar abierto. No puedo decir cuán triste, y sin embargo dulce, era la vista: parecía el espejismo del desierto del que me habían hablado, tan hermoso, pero inalcanzable de nuevo para mí. El aire estaba en calma, y el humo azul de los fuegos de leña matutinos se elevaba recto, pero ninguno del Why Not ni de la Casa Solariega. El sol ya estaba muy caliente, y me dejé caer de inmediato desde la cima de la colina, clavando los talones en el césped quemado por el sol y manteniéndome tanto como pude entre los campos de tojos. Así que pronto estuve en el bosque, y me dirigí directamente a la pequeña hondonada y me tumbé allí, enterrándome en el ruibarbo silvestre y las bardanas, pero de tal manera que pudiera ver el portal de la Casa Solariega por encima del borde de la colina.

Entonces reflexioné sobre qué debía hacer, o cómo podría hablar con Grace; y pensé que primero esperaría una o dos horas, a ver si salía, y después, si no lo hacía, bajaría audazmente y llamaría a la puerta. Esto no parecía muy peligroso, pues era probable, por lo que Ratsey había dicho, que no hubiera nadie con ella en la casa, y si lo había no sería más que una anciana, ante la que podría pasar por un extraño con mi disfraz y preguntar por el camino a alguna casa de la aldea. Así que me quedé quieto y comí un trozo de pan, y oí al reloj de la torre de la iglesia dar las ocho y después las nueve, pero no vi a nadie moverse en la casa. El bosque estaba todo vivo con el canto de los pájaros, y con el reclamo del cuco y la paloma torcaz. Había profundas manchas de sombra verde y manchas más claras de luz solar amarilla, en las que las hojas de los lirios brillaban con un blanco lustroso, y un mar azul y trémulo de hiedra terrestre se extendía por todo el bosque. Dieron las diez, y a medida que aumentaba el calor, los pájaros cantaban menos y el zumbido de las

abejas se hacía más nítido, y al final me levanté, me sacudí, me alisé el blusón y, dando un rodeo, salí al camino que conducía a la casa.

Aunque mi disfraz era bueno, me temo que como labrador de a pie resultaba bastante mediocre, y me costaba saber qué hacer con las manos, no sabiendo cómo suelen llevarlas los labradores. Así que di la vuelta por delante de la casa y di un golpe en la puerta, mientras el pulso me latía tan fuerte por dentro como el llamador por fuera. El sonido recorrió el edificio y retrocedió por los paseos, y todo quedó en silencio como antes. Esperé un minuto y me disponía a llamar de nuevo, pensando que podría no haber nadie en la casa, y entonces oí un ligero paso que venía por el corredor, pero no me atreví a mirar por la ventana para ver quién era al pasar, como podría haber hecho, sino que me mantuve pegado a la puerta.

Estaban descorriendo los cerrojos, y una voz de muchacha preguntó:

—¿Quién es?

Di un salto al oír aquella voz, conociéndola bien por ser la de Grace, y tuve ganas de gritar mi nombre. Pero entonces recordé que podría haber alguien más en la casa con ella, y que debía permanecer disfrazado. Además, estando la risa tan mezclada con el llanto en nuestro mundo, y las cosas triviales con las serias, que incluso en este trance creo que me agradó en secreto tener que gastarle una broma y poner a prueba si me descubriría o no con este nuevo atuendo. Así que hablé con nuestro rotundo acento de Dorset, como lo hablan en el valle, diciendo:

—Un probe zagal que se ha perdido.

Entonces abrió una hoja de la puerta y me preguntó adónde quería ir, mirándome como se mira a un extraño y sin saber quién era.

Respondí que era un mozo de granja que había caminado desde Purbeck y buscaba una posada llamada el Why Not, regentada por un tal maestro Block. Al oír eso, dio un pequeño respingo y volvió a examinarme, pero no pudo sacar nada en claro, y dijo:

—Buen muchacho, si subís a esta terraza os puedo mostrar la posada Why Not, pero lleva cerrada dos meses o más, y el maestro Block está ausente.

Con eso se volvió hacia la terraza, y yo la seguí, pero cuando estuvimos fuera del alcance del oído de la puerta, hablé con mi propia voz, rápido pero bajo:

—Grace, soy yo, John Trenchard, que he venido a despedirme antes de dejar estas tierras, y tengo mucho que contarte que querrás oír. ¿Hay alguien más en la casa contigo?

Muchas muchachas que hubieran sufrido como ella y se vieran así sorprendidas, habrían gritado, o quizás desmayado, pero ella no hizo ni lo uno ni lo otro, solo se sonrojó un poco y dijo, también rápido y bajo:

—Volvamos a la casa; estoy sola.

Así que volvimos, y después de echar el cerrojo a la puerta, nos tomamos de ambas manos y nos quedamos de pie, cara a cara en el pasillo, mirándonos a los ojos. Yo estaba cansado por una larga caminata y una noche sin dormir, y tan lleno de alegría de verla de nuevo que la cabeza me daba vueltas y todo parecía un dulce sueño. Entonces ella me apretó las manos, y supe que era real, y estuve a punto de besarla por puro amor; pero ella adivinó mis intenciones, quizás, y soltó mis manos, retrocediendo un poco, como para verme mejor, y diciendo:

—John, te has hecho un hombre en estos dos meses. —Así que no la besé.

Pero si era cierto que yo me había hecho un hombre, más cierto aún era que ella se había hecho una mujer, y era tan alta como yo. Y estos sufrimientos recientes le habían quitado algo de la ligereza y la alegría de la niñez, y la habían dejado con un aire más sereno y sobrio. Iba vestida de negro, con faldas más largas y el pelo recogido detrás; y quizás era el vestido de luto lo que la hacía parecer pálida y delgada, como dijo Ratsey. Así, mientras yo la miraba, ella me miraba a mí, y no pudo evitar sonreír al ver mi

blusón de carretero; y en cuanto a mi cara y manos morenas, pensó que había estado escondido en algún país bajo el sol, hasta que le hablé del jugo de nuez.

Luego, antes de ponernos a hablar, dijo que era mejor que nos sentáramos en el jardín, porque podría venir una mujer a ayudarla con la casa, y de todos modos era más seguro, para que yo pudiera salir por la parte de atrás en caso de necesidad. Así que me guio por el corredor y a través de la parte habitada de la casa, y pasamos por varias habitaciones y un pequeño salón forrado de estanterías y libros mohosos. Las persianas estaban bajadas, pero dejaban entrar suficiente luz como para mostrar una silla de crin de respaldo alto que estaba junto a la mesa. Delante de ella había un volumen abierto y un par de gafas con montura de cuerno, que a menudo había visto en la nariz de Maskew; así supe que era su estudio, y que nada se había movido desde la última vez que se sentó allí. Aún ahora temblaba al pensar en qué casa me encontraba, y casi esperaba que el viejo abogado entrara y me llevara a la cárcel; hasta que recordé cómo habían surgido todos mis problemas, y cómo lo había visto por última vez con el rostro vuelto hacia el sol de la mañana.

Así llegamos al jardín, donde nunca había estado antes. Era un gran cuadrado, cerrado con un muro de ladrillo de doce o quince pies, lo suficientemente grande como para un palacio, pero entonces mal cuidado y terriblemente descuidado. Podría pasar mucho tiempo hablando de aquel terreno; de cómo las flores y los árboles frutales, las hierbas de cocina, las especias y las plantas medicinales crecían salvajes y entremezclados. Los muros de ladrillo rosa captaban cada rayo de sol que caía, y aquella mañana había en él un calor silencioso y sofocante, y un aliento cálido se elevaba de los fresales, pues estaban entonces en plena producción. Me alegré de salir del sol cuando Grace me guio a un paseo de nísperos y membrillos, donde las ramas se entrelazaban y formaban un pasillo hasta un cenador de ladrillo. Este cenador se encuentra en el ángulo del muro sur, y junto a él hay dos viejas higueras, cuyas copas se pueden ver desde el exterior. Son bien conocidas por ser las más grandes y las

que antes dan fruto de toda la comarca, y Grace me mostró cómo, si el peligro amenazaba, podía trepar por sus ramas y escalar el muro.

Nos sentamos en el cenador, y le conté todo lo que había sucedido en la muerte de su padre, ocultando solo que Elzevir había tenido la intención de cometer el acto él mismo; porque no servía de nada decírselo, y además, por lo que yo sabía, nunca tuvo la intención de disparar, sino solo de asustar.

Ella lloró de nuevo mientras yo hablaba, pero después se secó las lágrimas, y tuvo que mirar mi pierna para ver la herida de bala, y si estaba completamente curada.

Luego le hablé del sentido secreto que las palabras del maestro Ratsey daban a los textos escritos en el pergamino. Ya le había mostrado el medallón antes, pero lo sacamos de nuevo ahora; y ella leyó y releyó el escrito, mientras yo le señalaba cómo caían las palabras, y le dije que me iba para conseguir el diamante y volver como el hombre más rico de toda la comarca.

Entonces ella dijo:

—¡Ah, John! No pongas demasiado tu corazón en este diamante. Si lo que dicen es cierto, fue mal habido, y mal traerá consigo. Ni siquiera este hombre malvado se atrevió a gastarlo para sí mismo, sino que pretendía darlo a los pobres; así que, si de verdad lo encuentras, no te lo quedes, sino dale descanso a su alma haciendo con él lo que él pretendía hacer, o traerá una maldición sobre ti.

Solo sonreí ante lo que dijo, tomándolo por una fantasía de muchacha, y no le dije por qué deseaba tanto ser rico: a saber, para casarme con ella algún día. Luego, habiendo hablado largo y tendido de mis propios asuntos con el egoísmo de un hombre, pensé en preguntarle por ella y por lo que iba a hacer. Me dijo que hacía un mes habían venido abogados a Moonfleet y la habían presionado para que dejara el lugar, y que la entregarían al cuidado de una dama en Londres, porque, decían, su padre había muerto sin testamento, y por tanto debía ser puesta bajo la tutela del Tribunal de la Cancillería. Pero ella les había rogado que la dejaran en paz,

pues nunca podría vivir en otro lugar que no fuera Moonfleet, y que el aire y la comodidad del lugar le sentaban bien. Así que se marcharon, diciendo que debían consultar al Tribunal para saber si podía quedarse aquí o no, y aquí estaba todavía. Esto me entristeció, pues todo lo que sabía de la Cancillería era que cualquier cosa que tocaba caía en la ruina, como atestiguaban los Molinos de la Cancillería en Cerne, o el Muelle de la Cancillería en Wareham; y ciertamente poco haría falta para arruinar la Casa Solariega, pues ya estaba en tres cuartas partes en decadencia.

Así hablamos, y después de eso se puso un sombrero de calicó y me recogió un plato de fresas, deteniéndose para coger las más hermosas, aunque el sol caía a plomo desde el mediodía, y me trajo pan y carne de la casa. Luego enrolló un chal para hacerme una almohada y me pidió que me tumbara en el asiento que rodeaba el cenador y que durmiera, pues le había dicho que había caminado toda la noche y que debía estar de vuelta en la cueva para la medianoche. Ella volvió a la casa, y aquel fue el sueño más dulce y pacífico que jamás he conocido, pues estaba muy cansado y tenía este pensamiento para calmarme mientras me dormía: que había visto a Grace y que había sido tan amable conmigo.

Estaba sentada a mi lado cuando desperté, tejiendo una labor. El calor del día había disminuido un poco, y me dijo que eran más de las cinco según el reloj de sol; así que supe que debía irme. Me hizo coger un paquete de víveres y una botella de leche, y al metérmelo en el bolsillo, la botella golpeó la culata de la pistola de Maskew, que llevaba en el pecho.

—¿Qué tienes ahí? —dijo; pero no se lo dije, por temor a evocar amargos recuerdos.

Nos quedamos de la mano de nuevo, como habíamos hecho por la mañana, y ella dijo:

—John, vagarás por el mar, y quizás recales en Moonfleet. Aunque no has estado aquí últimamente, he mantenido una vela encendida en la ventana cada noche, como en el pasado. Así que, si llegas a la

playa cualquier noche, verás esa luz y sabrás que Grace se acuerda de ti. Y si no la ves, entonces sabe que he muerto o me he ido, pues pensaré en ti cada noche hasta que vuelvas.

No tuve nada que decir, pues mi corazón estaba demasiado lleno con sus dulces palabras y con la pena de la despedida, sino que solo la atraje más hacia mí y la besé; y esta vez ella no retrocedió, sino que me besó de nuevo.

Luego trepé por la higuera, pensando que era más seguro salir así por encima del muro que volver a la parte delantera de la casa, y mientras estaba sentado en el muro, listo para dejarme caer al otro lado, me volví hacia ella y le dije adiós.

—Adiós —gritó ella—; y ten cuidado al tocar el tesoro; fue mal habido y traerá una maldición consigo.

—Adiós, adiós —dije, y me dejé caer sobre el suave fondo de hojas del bosque.

CAPÍTULO XIV

LA CASA DEL POZO

«Pues aquellos a quienes no puedes mirar

se reúnen veloces en torno a la piedra bostezante». —Scott.

Aún faltaba media hora para la medianoche cuando me encontré en el pozo de la cantera de mármol, y antes de haber puesto el pie en los escalones para descender, oí la voz de Elzevir dando el alto desde la oscuridad de abajo. Respondí «Prosperidad para el *Bonaventure*», y así llegué de nuevo a casa para dormir por última vez en nuestra cueva.

La noche siguiente fue muy adecuada para la huida. Había una marea de primavera con luna llena y una ligera brisa que soplaba de tierra, lo que dejaba el agua en calma bajo el acantilado. Vimos al *Bonaventure* navegando por el Canal antes del atardecer, y después de que cayera la oscuridad, se acercó y nos recogió en su bote. Había a bordo varios hombres que conocía, y nos saludaron amablemente y nos hicieron muchos agasajos. Me alegré, en verdad, de estar de nuevo entre ellos y, sin embargo, sentí una

punzada al dejar nuestra querida costa de Dorset y la vieja cueva que había sido hospital y hogar para mí durante dos meses.

El viento nos llevó Canal arriba, y al amanecer nos desembarcaron en Cowes, así que caminamos hasta Newport y llegamos antes de que muchos estuvieran en pie. Los que vimos en la calle no nos prestaron atención, sino que sin duda nos tomaron por un carretero y su mozo que habían traído grano del campo para el paquebote de Southampton y madrugaban para llevar de vuelta el tiro a casa. Es un lugar bastante pequeño este Newport, y pronto encontramos el Bugle; pero Elzevir hacía tan buen papel de carretero que el posadero no lo reconoció, aunque ya lo conocía de antes. Así que se tantearon un poco el uno al otro.

—¿Tenéis cama y víveres para un sencillo hombre de campo y su mozo? —dijo Elzevir.

—No, no tengo —dijo el posadero, mirándolo de arriba abajo y sin querer acoger a extraños que pudieran usar sus ojos dentro y quizás ponerse sobre la pista del contrabando—. Estamos cerca de la feria de verano y el lugar ya está abarrotado. No puedo mover a mis señores, y os diría que probéis en el Wheatsheaf, que es una buena casa y no está tan llena como esta.

—Sí, es una época ajetreada, y son estas ferias las que hacen que las cosas prosperen —y Elzevir marcó un poco la última palabra al decirla.

El hombre lo miró con más atención y preguntó:

—¿Prosperar qué? —como si fuera duro de oído.

—Prosperidad para el *Bonaventure* —fue la respuesta, y entonces el posadero agarró a Elzevir por la mano, estrechándola con fuerza y diciendo—: ¡Vaya, si sois el maestro Block! Os esperaba esta mañana y no os había reconocido. —Se rio mientras nos miraba de nuevo, y Elzevir también sonrió. Entonces el posadero nos hizo entrar—. ¿Y este es? —dijo, mirándome.

—Este es un cachorro bien curtido —replicó Elzevir—, que recibió una bala en la pierna hace dos meses en aquel lance bajo Hoar Head; y vale más de lo que parece, pues han puesto veinte guineas de oro por su cabeza, así que tened cuidado con tan preciada cabellera.

Mientras estuvimos en el Bugle tuvimos el mejor de los alojamientos y la más selecta comida y bebida, y todo el tiempo el posadero trató a Elzevir como si fuera un príncipe. Y en verdad era un príncipe entre los contrabandistas, y era tenido, como descubrí mucho después, por capitán de todos los descargadores entre Start y el Solent. Al principio, el posadero no quiso aceptarnos dinero, diciendo que estaba en deuda con nosotros y que había recibido muchos buenos favores del maestro Block en el pasado, pero Elzevir había conseguido oro de Dorchester antes de que dejáramos la cueva, y lo obligó a aceptar el pago. Me alegré de yacer entre sábanas limpias y frescas por la noche en lugar de sobre un montón de arena, y de sentarme una vez más con cuchillo y tenedor ante un plato bien lleno. Se consideró mejor que me mostrara lo menos posible, así que me contenté con pasar el tiempo en una habitación en la parte trasera de la casa mientras Elzevir salía a averiguar cómo podríamos entrar en el castillo de Carisbrooke. Y no se me hizo largo el tiempo, pues encontré algunos libros viejos en el Bugle, y entre ellos varios de mi gusto, especialmente una «Historia del Castillo de Corfe», que exponía cómo había un pasadizo secreto desde las ruinas hasta algunas de las antiguas canteras de mármol, y quizás hasta aquella misma que nos cobijó.

Elzevir estaba fuera la mayor parte del día, de modo que solo lo veía en el desayuno y la cena. Había estado varias veces en Carisbrooke y me dijo que el castillo se usaba como cárcel para personas capturadas en las guerras, y que ahora estaba lleno de prisioneros franceses. Se había encontrado con varios de los llaveros o carceleros, bebiendo con ellos en las posadas de allí y haciéndose pasar por un carretero que esperaba en Newport a que un barco retenido por el viento trajera piedras de afilar de Lyme Regis. Así pudo finalmente entrar en el castillo y ver la casa del pozo y el pozo,

y pasó algunos días tratando de idear un plan por el cual pudiéramos acceder al pozo sin que el hombre que lo custodiaba estuviera al tanto de todo nuestro designio; pero en esto no tuvo éxito.

Hay un trozo de jardín en la parte trasera del Bugle, que baja hasta un pequeño arroyo, y una tarde, mientras tomaba el aire allí después del anochecer, Elzevir regresó y dijo que había llegado el momento de poner a prueba el cifrado de Barbanegra.

—He intentado por todos los medios —dijo— ver si podíamos hacer esto en secreto; pero no se puede hacer sin el conocimiento del hombre que guarda el pozo, e incluso con su ayuda no es fácil. Es un hombre en quien no confío, pero me he visto obligado a decirle que hay un tesoro escondido en el pozo, aunque sin decir dónde yace ni cómo conseguirlo. Promete dejarnos registrar el pozo, llevándose un tercio del valor de todo lo que encontremos por su parte; pues no dije que tú y yo éramos uno en corazón, sino solo que había un muchacho que tenía la clave y reclamaba un tercio igual para cada uno de los tres. Mañana debemos levantarnos temprano y estar en las puertas del castillo a las seis para que nos deje entrar. Y ya no serás carretero, sino mozo de albañil, y yo un albañil, pues he conseguido chaquetas en la casa, brochas, paletas y un cubo de cal, y vamos a Carisbrooke a enlucir un trozo débil en la misma pared de este pozo.

Elzevir había meditado cuidadosamente este plan, y cuando dejamos el Bugle a la mañana siguiente, éramos mejores albañiles con nuestras ropas salpicadas que lo que jamás habíamos sido sirvientes de granja. Yo llevaba un cubo y una brocha, y Elzevir un martillo de yesero y un rollo de cuerda resistente sobre el brazo. Era una mañana húmeda y había estado lloviendo toda la noche. El cielo estaba estancado y de un solo color, sin viento, y las pesadas gotas caían rectas desde un velo gris que lo cubría todo. El aire golpeó frío cuando salimos por primera vez, pero el caminar por el pesado camino pronto nos hizo recordar que era julio, y estábamos muy acalorados y empapados cuando llegamos a la puerta del castillo de

Carisbrooke. Aquí hay dos torres flanqueantes y una robusta casa-puerta a la que se llega por un puente de piedra que cruza el foso; y cuando la vi, recordé que fue aquí donde el coronel Mohune ganó el salario de su iniquidad, y pensé cuántas veces debió de haber pasado por estas puertas. Elzevir llamó como quien tiene derecho, y evidentemente se nos esperaba, pues un postigo en la pesada puerta se abrió de inmediato. El hombre que nos dejó entrar era alto y corpulento, pero tenía un rostro hinchado y demasiada carne para ser muy fuerte, aunque no creo que tuviera más de treinta años. Le sonrió a Elzevir y le dio los buenos días con bastante cortesía, asintiendo también hacia mí; pero no me gustó su pelo negro y grasiento, ni un ojo huidizo que se apartaba con inquietud cuando uno se encontraba con él.

—Buenos días, maestro pocero —le dijo a Elzevir—. Ha traído usted mal tiempo, y estáis empapados; ¿queréis tomar un trago de cerveza antes de poneros a trabajar?

Elzevir le dio las gracias amablemente, pero no quiso beber, así que el hombre nos guio y lo seguimos. Cruzamos un patio exterior donde la lluvia había dejado la grava muy embarrada, y llegamos al otro lado a una puerta que conducía por unos escalones a una gran sala. Este edificio había sido en otro tiempo un salón de banquetes, creo, pues había una inscripción sobre él muy clara en plomo: «Me introdujo en su salón de banquetes, y su estandarte sobre mí fue amor».

Tuve tiempo de leer esto mientras el llavero abría la puerta con una de un pesado manojo de llaves que llevaba en el cinto. Pero cuando entramos, ¡qué decepción! Pues ya no había banquetes, ni estandartes, ni amor, sino que todo el lugar estaba destripado y convertido en un cuartel para prisioneros franceses. El aire estaba muy viciado, como donde los hombres han dormido toda la noche, y un espeso vaho en las ventanas. La mayoría de los prisioneros aún dormían, y yacían extendidos sobre jergones de paja alrededor de las paredes, pero algunos estaban sentados y hacían modelos de barcos con espinas de pescado, o construían crucifijos dentro de

botellas, como les gusta hacer a los marineros en su tiempo libre. Nos prestaron poca atención al pasar, aunque los guardias somnolientos, que holgazaneaban apoyados en sus mosquetes, asintieron a nuestro conductor, y así atravesamos aquella habitación encalada y maloliente. Salimos por el otro extremo, bajamos tres escalones al aire libre de nuevo, cruzamos otro pequeño patio y así llegamos a un edificio cuadrado de piedra con un techo alto como los grandes palomares que se pueden ver en los patios de las granjas antiguas.

Aquí nuestro guía sacó otra llave, y, mientras se abría la puerta, Elzevir me susurró: «Es la casa del pozo», y el pulso se me aceleró al pensar que estábamos tan cerca de nuestro objetivo.

El edificio estaba abierto hasta el techo, y lo primero que se veía en él era aquella rueda de andar de la que Elzevir había hablado. Era una gran rueda de madera abierta, de diez o doce pies de diámetro, y muy parecida a una rueda de molino, solo que el espacio entre las llantas estaba cubierto de tablas planas, pero con listones clavados para que un asno pudiera pisar. El paciente animal yacía suelto, estabulado sobre algo de paja en un rincón de la sala, y, tan pronto como entramos, se levantó y se estiró, sabiendo que el trabajo del día iba a comenzar.

—Estaba aquí mucho antes de mi tiempo —dijo el llavero—, y conoce el lugar tan bien que entra en la rueda y se pone a trabajar solo.

Al lado de la rueda estaba la boca del pozo, una abertura oscura y redonda con un bajo parapeto a su alrededor, que se elevaba dos pies del suelo.

Estábamos tan cerca de nuestro objetivo. Y sin embargo, ¿estábamos cerca en absoluto? ¿Cómo sabíamos que Mohune había querido indicar el escondite del diamante con aquellas palabras? Podrían haber significado una docena de otras cosas. Y si hablaban del diamante, ¿cómo sabíamos que el pozo era este? Había cien pozos además de este. Estos pensamientos me asaltaron, haciendo

menos segura la esperanza; y quizás fue la mañana húmeda y nublada y la lluvia, o un desayuno escaso, lo que me abatió el ánimo —pues he sabido que el humor de los hombres cambia mucho con el tiempo y con la comida—; pero lo cierto es que ahora que estábamos tan cerca de ponerlo a prueba, cada vez me gustaba menos nuestro asunto.

Tan pronto como entramos, el llavero cerró la puerta con llave desde dentro, y cuando dejó caer la llave en su sitio y tintineó con las otras en su cinto, me pareció que nos tenía como prisioneros en una trampa. Intenté encontrar su mirada para ver si parecía mala o buena, pero no pude, pues mantenía su rostro huidizo siempre vuelto hacia otro lado; y entonces me vino a la mente que si el tesoro estaba realmente cargado de maldad, este hombre tosco y de pelo oscuro, que no podía mirar a uno de frente, se convertiría en un ministro de la ruina para traernos la maldición.

Pero si yo estaba débil y tímido, Elzevir no tenía recelos. Se había quitado el rollo de cuerda del brazo y lo estaba deshaciendo.

—Dejaremos caer un extremo de esto por el pozo —dijo—, y he hecho un nudo en él a ochenta pies. Este muchacho piensa que el tesoro está en la pared del pozo, ochenta pies por debajo de nosotros, así que cuando el nudo esté en el brocal del pozo sabremos que tenemos la profundidad correcta.

Intenté de nuevo ver qué expresión ponía el llavero cuando oyó dónde estaba el tesoro, pero no pude, así que me puse a examinar el pozo.

Un eje corría desde el centro de la rueda a través del pozo, y en el eje había un tambor para la cuerda. Había algún tipo de embrague o sujeción que se podía fijar o soltar a voluntad para hacer que el tambor girara con la rueda de andar, o dejarlo correr libre, y un freno de pie para bajar el cubo rápido o lento, o detenerlo por completo.

—Me meteré en el cubo —dijo Elzevir, volviéndose hacia mí—, y este buen hombre me bajará suavemente con el freno hasta que

alcance el extremo de la cuerda abajo. Entonces gritaré, y así fijaréis la rueda y me daréis tiempo para buscar.

Esto no era lo que yo esperaba, habiendo pensado que sería yo quien iría; y aunque me gustaba poco bajar al pozo, de alguna manera ahora sentía que prefería hacer eso a que el maestro Elzevir estuviera en el agujero y yo me quedara encerrado solo con este tipo villano arriba.

Así que dije:

—No, maestro, eso no puede ser; es mi lugar ir, siendo más pequeño y de menos peso que vos; y vos os quedaréis aquí y ayudaréis a este caballero a bajarme.

Elzevir dijo unas pocas palabras para intentar cambiar mi propósito, pero pronto cedió, sabiendo que ciertamente era el mejor plan, y habiendo pensado solo en ir él mismo porque dudaba si yo tendría el coraje de hacerlo. Pero el llavero mostró mucho mal humor ante el cambio, y se esforzó por mantener el plan como estaba, y que fuera Elzevir quien bajara al pozo. Las cosas que se decidían, dijo, debían permanecer decididas; él no era hombre de cambios; esta era una tarea de hombres y no un juego de niños; un muchacho no estaría en sus cabales y podría pasar por alto el lugar. Fijé mis ojos en Elzevir para hacerle saber lo que pensaba, y las palabras del maestro llavero le resbalaron como agua sobre las plumas de un pato. Entonces este hombre de mala mirada intentó jugar con mis miedos; diciendo que el pozo es profundo y el cubo pequeño, que me marearía y perdería el equilibrio. No digo que estos presagios no tuvieran efecto en mí, pero había decidido que, por malo que fuera bajar, era aún peor tener al maestro Elzevir prisionero en el pozo y yo quedarme arriba. Así, el llavero percibió al fin que hablaba a oídos sordos y se volvió al asunto.

Sin embargo, un temor aún me retenía, pues pensando en lo que había oído de los pozos de las canteras de Purbeck, cómo los hombres habían bajado a explorar y allí les había sobrevenido un

mareo repentino y nunca habían vivido para contar lo que habían visto; y así le dije al maestro Elzevir:

—¿Estáis seguro de que el pozo está limpio, y de que no acechan gases mortales abajo?

—Puedes estar seguro de que sabía que el pozo era bueno antes de dejarte hablar de bajar —respondió—. Porque ayer bajamos una vela hasta el agua, y la llama ardió brillante y estable, y donde la vela vive, el hombre también vive. Pero tienes razón: estos gases cambian de un día para otro, y probaremos de nuevo. Así que traed la vela, maestro carcelero.

El carcelero trajo una vela fijada en un triángulo de madera, que solía mostrar a los extraños que venían a ver el pozo, y la bajó con una cuerda. No fue hasta entonces que supe la tarea que tenía ante mí, pues, asomándome por el parapeto y teniendo cuidado de no perder el equilibrio, porque el parapeto era bajo y el suelo a su alrededor verde y resbaladizo por las salpicaduras de agua, observé la vela hundirse en aquella profundidad cavernosa, y de una llama brillante convertirse en una pequeña estrella centelleante, y luego en un mero punto de luz. Al final se posó en el agua, y hubo un reflejo donde el marco de madera había provocado ondulaciones. La observamos centellear un rato, y el carcelero levantó la vela del agua y dejó caer una piedra de algunas que guardaba allí para tal fin. Esta piedra golpeó la pared a medio camino y fue de lado a lado, estrellándose y zumbando hasta que encontró el agua con una zambullida retumbante; y se elevó un gemido y un lamento de los remolinos, como aquellos sonidos espantosos del oleaje que oí en noches solitarias en las cavernas marinas bajo nuestro escondite en Purbeck. El carcelero me miró entonces por primera vez, y sus ojos tenían un significado feo, como si dijera: «Ahí está, así sonarás tú cuando caigas de tu percha». Pero de nada servía asustar, pues yo ya había tomado una decisión.

Subieron la vela de inmediato y me la pusieron en la mano, y yo arrojé el martillo de yesero al cubo, que colgaba sobre el pozo, y

luego me metí yo mismo. El llavero estaba en la rueda del freno, y Elzevir se inclinó sobre el parapeto para estabilizar la cuerda.

—¿Estás seguro de que puedes hacerlo, muchacho? —dijo, hablando en voz baja, y me puso la mano amablemente en el hombro—. ¿Están seguras la cabeza y el corazón? Tú eres mi diamante, y preferiría perder todos los demás diamantes del mundo antes de que te ocurriera algo. Así que, si dudas, déjame ir a mí, o no dejemos que vaya nadie.

—No dudéis, maestro —dije, conmovido por su ternura, y le apreté la mano—. Mi cabeza está segura; no tengo una pierna rota que la haga flaquear ahora. —Pues supuse que estaba pensando en Hoar Head, y en cómo me había mareado en el Zigzag.

CAPÍTULO XV

EL POZO

«La tumba bosteza y la Muerte embelesada está cerca».

Shakespeare.

El cubo era grande, a pesar de que el llavero había intentado asustarme para que pensara que era pequeño, y podía agacharme en él lo suficiente como para sentirme seguro de no caerme. Además, tal aventura no era del todo nueva para mí, pues una vez había descendido por el acantilado de Gad en una cesta para coger dos huevos de halcón peregrino; sin embargo, no por ello dejé de sentirme inquieto y temeroso cuando el cubo comenzó a hundirse en aquella espantosa profundidad y el aire a enfriarse a medida que bajaba. Me bajaron con bastante suavidad, de modo que pude examinar la forma en que estaba construida la pared, y descubrí que en su mayor parte estaba excavada en creta maciza; pero aquí y allá, donde la creta fallaba o se había desprendido, habían revestido las paredes con ladrillo, remendándolas ora por este lado, ora por aquel, y ora por todo el contorno. Poco a poco, la luz, que era tenue incluso en la superficie aquel día lluvioso, se desvaneció en el pozo,

hasta que todo quedó negro como la noche, salvo por mi vela, y muy por encima podía ver la boca del pozo, blanca y redonda como una luna llena sin brillo.

Mantuve la vista todo el tiempo en la cuerda de Elzevir que colgaba por la pared del pozo, y cuando vi que llegaba a su fin, les grité que se detuvieran, y subieron el cubo hasta casi nivelarlo con el extremo de la cuerda, así supe que estaba a unos ochenta pies de profundidad. Entonces me incorporé, poniéndome de pie en el cubo y sujetándome a la soga, y comencé a mirar a mi alrededor, sin saber en todo momento qué buscaba, pero pensando en ver un agujero en la pared, o quizás el propio diamante brillando desde una grieta. Pero no pude percibir nada; y lo que lo hacía más difícil era que las paredes aquí estaban completamente revestidas con pequeños ladrillos planos, y parecían muy iguales por todos lados. Examiné estos ladrillos tan de cerca como pude, y fui hilada por hilada, mirando primero el lado norte donde colgaba la plomada, y después girando en el cubo hasta que temí marearme; pero con poco resultado. Podían ver mi vela moverse en círculos desde la boca del pozo, y sin duda sabían lo que estaba haciendo, pero el maestro llavero se impacientó y gritó hacia abajo:

—¿Qué estás haciendo? ¿No has encontrado nada? ¿No ves ningún tesoro?

—No —grité de vuelta—, no veo nada —y luego—: ¿Estáis seguro, maestro Block, de que habéis medido la plomada exactamente a ochenta pies?

Los oí hablar entre ellos, pero no pude entender lo que decían, por el retumbo y el eco en el pozo, hasta que Elzevir volvió a gritar:

—Dicen que este suelo ha sido levantado; debes probar más abajo.

Entonces el cubo comenzó a moverse hacia abajo, lentamente, y me agaché de nuevo en él, no queriendo mirar demasiado en el insondable y oscuro abismo de abajo. Y todo el tiempo se elevaban gemidos y lamentos de los remolinos en el fondo del pozo, como si

los espíritus que vigilaban la joya estuvieran parloteando juntos porque alguien estuviera tan cerca de ella; y claro por encima de todos ellos oí la voz de Grace, dulce y grave: «Ten cuidado, ten cuidado al tocar el tesoro; fue mal habido y traerá una maldición consigo».

Pero ya había puesto el pie en este camino y debía seguir hasta el final, así que cuando el cubo se detuvo unos seis pies más abajo, volví a examinar diligentemente las paredes. Todavía estaban construidas con los ladrillos delgados, y escrutándolas hilada por hilada como antes, al principio no pude ver nada, pero al bajar la vista, mis ojos se detuvieron en una marca arañada en un ladrillo, cerca de la línea colgante de la plomada.

Ahora bien, por muy a la ligera que un hombre ojee un libro, si su propio nombre, o incluso uno solo parecido, estuviera impreso en la página, sus ojos se detendrían instantáneamente en él; así también, si su nombre es mencionado por otros en su conversación, aunque se susurre muy bajo, sus oídos lo captarán. Así fue con esta marca, pues aunque era muy leve, tanto que creo que ni uno entre mil la habría notado en absoluto, detuvo mis ojos y mis pensamientos de repente, porque supe por instinto que tenía algo que ver conmigo y con lo que buscaba.

Las paredes de este pozo no son húmedas, verdes o pegajosas, como las de algunos otros donde abundan la humedad y las exhalaciones nocivas, sino secas y limpias; pues se dice que abajo hay entradas y salidas ocultas para el agua, que la mantienen siempre en movimiento. Así que estos ladrillos también estaban secos y limpios, y esta marca tan nítida como si se hubiera hecho ayer, aunque el resultado demostró que se puso allí hace mucho, mucho tiempo. La marca no estaba grabada de forma profunda o regular, sino toscamente arañada, como he visto a los muchachos marcar sus nombres, o letras del alfabeto, o una fecha, en las figuras de alabastro que yacen en la iglesia de Moonfleet. Y aquí también estaba marcada una letra del alfabeto, una simple «Y», y habría pasado por nada más quizás para cualquiera que no hubiera

nacido en Moonfleet; pero para mí era el *pall*, o la «Y» negra de los Mohune, bajo cuya sombra todos nos criamos. Así que tan pronto como vi aquello, supe que estaba cerca de lo que buscaba, y que el coronel John Mohune había puesto esta señal allí hacía un siglo, ya fuera por sus propias manos o por las de un sirviente; y entonces pensé en la historia del señor Glennie, que la conciencia del Coronel siempre estuvo inquieta por un sirviente del que se había deshecho, y ahora me pareció entender algo más de ello.

El corazón me latía ferozmente, como ha latido el corazón de muchos otros cuando se han acercado al cumplimiento de un gran deseo, ya sea lícito o culpable, e intenté alcanzar el ladrillo. Pero aunque sujetándome a la soga con la mano izquierda podía estirarme lo suficiente como para tocar el ladrillo con la derecha, era todo lo que podía hacer, y así grité hacia arriba que debían acercarme más a la pared. Comprendieron lo que quería y pasaron un lazo por la soga del pozo, la acercaron a la pared y la sujetaron hasta que yo diera la orden de soltarla de nuevo. Así me acercaron a la pared del pozo, y el ladrillo marcado quedó más o menos al nivel de mi cara cuando me puse de pie en el cubo. No había nada que indicara que este ladrillo hubiera sido manipulado, ni sonaba hueco al golpearlo, aunque cuando me acerqué a mirar las juntas, me pareció que había más cemento de lo habitual en los bordes. Pero nunca dudé de que lo que buscábamos se encontraría detrás de él, y así me puse a trabajar de inmediato, fijando el marco de madera de la vela en el enganche de la cadena y picando el mortero con el martillo de yesero.

Cuando vieron arriba que primero había que acercarme a la pared y que después me ponía a trabajar en la pared del pozo, supusieron, sin duda, cómo estaban las cosas, y apenas había empezado a picar cuando oí de nuevo la voz del llavero, aguda y codiciosa:

—¿Qué estás haciendo? ¿No has encontrado nada?

Me irritó que este tipo avaricioso me estuviera gritando siempre mientras Elzevir se contentaba con permanecer tranquilo, así que le

grité de vuelta que no había encontrado nada, y que ya sabía lo que estaba haciendo a su debido tiempo.

Pronto saqué el mortero de las juntas y el ladrillo quedó lo suficientemente suelto como para sacarlo hacia adelante, metiendo el borde del martillo en la grieta. Lo saqué limpio y lo puse en el cubo, para ver más tarde, en caso de necesidad, si tenía un hueco para esconder algo; pero nunca tuve ocasión de volver a mirarlo, pues allí, detrás del ladrillo, había un pequeño agujero en la pared, y en el agujero, lo que buscaba. Metí los dedos en la pared más rápido que las palabras y saqué una pequeña bolsa de pergamino, en todo parecida a esas huevas de pescado secas que arroja el mar a la playa y que los niños llaman bolsitas de pastor. Las bolsitas de pastor son crujientes y crepitan al tacto, y a veces he sabido de un guijarro que se mete dentro y suena como un guisante en un tambor; y esta pequeña bolsa que saqué también estaba seca y crepitante, y tenía algo del tamaño de un pequeño guijarro que sonaba en su interior. Solo que yo sabía bien que aquello no era un guijarro, y me puse a sacarlo. Pero aunque la pequeña bolsa estaba reseca y seca, no era tan fácil de rasgar, y al final le arranqué la esquina con el borde afilado de mi martillo contra el cubo. Entonces la sacudí con cuidado, y a mi mano cayó un cristal puro del tamaño de una nuez. Nunca en mi vida había visto un diamante, ni grande ni pequeño; sin embargo, incluso si no hubiera sabido que Barbanegra había enterrado un diamante, y si no hubiéramos venido aquí a propósito para encontrarlo, no habría dudado de que lo que tenía en la mano era un diamante, y este de un tamaño y brillo inigualables. Estaba tallado en muchas facetas, y aunque había poca o ninguna luz en el pozo salvo mi vela, parecía haber en esta piedra la luz de mil fuegos que destellaban, chispeando en rojo, azul y verde, mientras la giraba entre mis dedos. Al principio no pude pensar en otra cosa, ni en cómo llegó allí, ni en cómo había llegado a encontrarlo, sino solo en él, el diamante, y en que con tal premio Elzevir y yo podríamos vivir felices para siempre, y que yo sería un hombre rico y podría volver a Moonfleet. Así que me acurruqué en el fondo del cubo, completamente absorto en tales pensamientos, y lo

giré una y otra vez, maravillándome cada vez más de ver la luz ígnea que de él brotaba. Estaba, por así decirlo, deslumbrado por su brillo y por las posibilidades de riqueza que contenía, y sentí, quizás, el deseo de guardármelo para mí tanto tiempo como fuera posible; de modo que no pensé en los dos que me esperaban en la boca del pozo, hasta que fui llamado bruscamente a la realidad por la voz áspera del llavero, gritando como antes:

—¿Qué estás haciendo? ¿No has encontrado nada?

—¡Sí! —grité de vuelta—. ¡He encontrado el tesoro; podéis subirme!

Apenas habían salido las palabras de mi boca cuando el cubo comenzó a moverse, y subí mucho más rápido de lo que había bajado. Sin embargo, en aquel corto viaje otros pensamientos acudieron a mi mente, y oí de nuevo la voz de Grace, dulce y grave: «Ten cuidado, ten cuidado al tocar el tesoro; fue mal habido y traerá una maldición consigo». Al mismo tiempo, recordé cómo había sido guiado al descubrimiento de esta joya: primero, por las historias del señor Glennie; segundo, por mi hallazgo del medallón; y tercero, por Ratsey dándome la pista de que el escrito era un cifrado, y así había llegado al escondite sin un desvío ni un tropiezo; y me pareció que no podría haberlo alcanzado tan directamente sin una mano que me guiara, pero si buena o mala, ¿quién podría decirlo?

A medida que me acercaba a la cima, oí al llavero instar al asno a trotar más rápido en la rueda, para que el cubo subiera más deprisa, pero justo antes de que mi cabeza estuviera a nivel del suelo, aplicó el freno y me detuvo donde estaba. Me alegré de ver de nuevo la luz y el rostro amable de Elzevir mirándome, pero me molestó que me detuvieran tan bruscamente justo cuando esperaba poner pie en *tierra firma*.

El llavero me había detenido por su codiciosa impaciencia, para poder apoderarse antes de la joya, y ahora se inclinaba sobre el bajo parapeto y extendía su mano hacia mí, gritando:

—¿Dónde está el tesoro? ¿Dónde está el tesoro? ¡Dame el tesoro!

Sostenía el diamante entre el pulgar y el índice de mi mano derecha, y lo agité para que Elzevir lo viera. Estirando el brazo podría haberlo colocado en la mano del llavero, y estaba a punto de hacerlo, cuando encontré sus ojos por segunda vez aquel día, y algo en ellos me hizo detenerme. Había una mirada en su rostro que me trajo el recuerdo de una tarde de otoño, cuando estaba sentado en el salón de mi tía leyendo el libro llamado *Las mil y una noches*; y cómo, en la historia de la Lámpara Maravillosa, el malvado tío de Aladino está en lo alto de las escaleras cuando el muchacho sube de la caverna subterránea, y no le deja salir a menos que primero le entregue el tesoro. Pero Aladino se negó a entregar su lámpara hasta estar a salvo en el suelo de nuevo, porque adivinó que si lo hacía, su tío lo encerraría en la caverna y lo dejaría morir allí; y la mirada en los ojos del llavero me hizo negarme a entregarle la joya hasta que estuviera a salvo fuera del pozo, pues un horrible temor se apoderó de mí de que, tan pronto como me la quitara, intentaría dejarme caer para que me ahogara abajo.

Así que cuando extendió la mano y dijo: «Dame el tesoro», respondí:

—Súbeme entonces; no puedo mostrártelo en el cubo.

—No, muchacho —dijo, engatusándome—, es más seguro que me lo des ahora, y tengas ambas manos libres para ayudarte a salir; estas piedras están mojadas y resbaladizas, y podrías resbalar y, al no tener mano para salvarte, caer de nuevo al pozo.

Pero no me iba a dejar engañar, y volví a decir con firmeza:

—No, primero tienes que subirme.

Entonces se puso a fruncir el ceño y gritó en tono airado:

—¡Dame el tesoro, digo, o será peor para ti!

Pero Elzevir no le permitió hablarme de esa manera e interrumpió bruscamente:

—Sube al muchacho, tiene buen pie y no resbalará. Es su tesoro, y hará con él lo que quiera; solo que tú tendrás un tercio de él

cuando lo hayamos vendido.

Entonces él:

—No es su tesoro, no, ni tuyo tampoco, sino mío, porque está en mi pozo y yo os he dejado conseguirlo. Sin embargo, os daré la mitad de él; pero en cuanto a este muchacho, ¿qué tiene que ver él con esto? Le daremos una guinea de oro, y estará ricamente pagado por sus molestias.

—¡Bah! —gritó Elzevir—. Dejémonos de tonterías; este muchacho tendrá su parte, o sabré por qué.

—Sí, sabrás la razón, y bien clara —responde el llavero—, y es porque tu nombre es Block, y hay un precio de 50 libras por tu cabeza, y 20 por la de este muchacho. Pensabais burlaros de mí, y sois vosotros los burlados; y aquí os tengo en una trampa, y ninguno sale de esta habitación, excepto con las manos atadas y camino de la horca, a menos que primero tenga la joya a buen recaudo en mi bolsillo.

Ante eso, volví a meter rápidamente el diamante en la pequeña bolsa de pergamino y me lo metí ambos bien abajo en el bolsillo de los calzones, dispuesto a luchar por él, de todos modos, antes de dejarlo ir. Y al levantar la vista de nuevo, vi la mano del llavero en la culata de su pistola y grité:

—¡Cuidado, cuidado! ¡Va a sacar el arma!

Pero antes de que las palabras salieran de mi boca, el llavero ya tenía su arma levantada y apuntando directamente a Elzevir.

—¡Ríndete! —gritó—, o te mato de un tiro, y las 50 libras son mías —y sin dar tiempo a responder, disparó.

Elzevir estaba al otro lado de la boca del pozo, y parecía que el otro no podía fallarle a tal distancia; pero al parpadear ante el destello, sentí que la bala golpeaba la cadena de hierro a la que me sujetaba, y vi que Elzevir estaba a salvo.

El llavero también lo vio, y arrojando su pistola, saltó alrededor del pozo y se abalanzó sobre la garganta de Elzevir antes de que este supiera si había sido alcanzado o no. He dicho que el llavero era un hombre alto y fuerte, y veinte años más joven que los dos; así que sin duda, cuando se lanzó sobre Elzevir, pensó que lo derribaría y esposaría fácilmente, para luego volverse hacia mí. Pero calculó mal, pues aunque Elzevir era el hombre más bajo y mayor, era maravillosamente fuerte y curtido como una correa salada. Entonces se abrazaron y comenzaron una lucha terrible, pues Elzevir sabía que luchaba por su vida, y me atrevo a decir que el llavero adivinó que la apuesta era muy parecida para él también.

Tan pronto como vi en lo que estaban, y que el cubo estaba bien sujeto, me agarré a la cadena del pozo y, trepando por ella, me balanceé hasta la parte superior del parapeto, ansioso por ayudar a Elzevir y amordazar y atar al llavero mientras escapábamos. Pero antes de que estuviera bien en tierra firme de nuevo, vi que poca ayuda mía se necesitaba, pues el llavero flaqueaba, y había una mirada de angustia y desesperada sorpresa en su rostro, al descubrir que el hombre que había pensado dominar tan a la ligera era fuerte como un gigante. Se balanceaban de un lado a otro, y el agarre del carcelero se aflojaba, pues sus músculos estaban sobrecargados y cansados; pero Elzevir lo sujetaba firme como un tornillo, y vi por sus ojos y la postura de su cuerpo que se estaba preparando para derribar a su enemigo.

Adiviné que la llave que usaría sería la *Zancadilla de Compton*, pues aunque nunca lo había visto usarla, era bien conocido como luchador en su juventud, y la *Zancadilla de Compton* por ser su llave más certera. No explicaré su método, pero quienes la han visto usar sabrán que es una caída mortal, y quien se deja derribar de esa manera, incluso sobre la hierba, rara vez está en condiciones de luchar otro asalto el mismo día. Aún así, es una llave difícil de usar, y quizás Elzevir nunca habría podido aplicarla si el otro en ese momento no hubiera quitado una mano de la cintura e intentado agarrarlo por el cuello. Pero la única forma de evitar esa caída, y de hecho la mayoría de las otras, es mantener ambas manos firmes

entre la cadera y el omóplato, y en el momento en que Elzevir sintió una mano fuera de su espalda, levantó al carcelero y le aplicó la *Zancadilla de Compton*. No sé si Elzevir estaba tan agotado por la fiera lucha que no pudo poner toda su fuerza en la llave, o si el otro, siendo un hombre muy fuerte y pesado, necesitaba más para ser derribado; pero el caso es que, en lugar de que el llavero cayera de espaldas como debería, con la nuca en el suelo (pues ese es el verdadero daño de la llave), tuvo que tambalearse hacia atrás uno o dos pasos, tratando de recuperar el equilibrio antes de caer.

Fueron esos pocos pasos tambaleantes los que lo arruinaron, pues con el último llegó a las piedras cercanas a la boca del pozo, que se habían vuelto húmedas y resbaladizas por el continuo derramamiento de agua allí. Entonces sus talones volaron hacia arriba y cayó hacia atrás con todo su peso.

Tan pronto como vi lo cerca que estaba de la boca del pozo, grité y corrí a salvarlo; pero Elzevir lo vio más rápido que yo y, saltando hacia adelante, lo agarró por el cinturón justo cuando se daba la vuelta. La pared del parapeto era muy baja y golpeó al llavero detrás de la rodilla mientras se tambaleaba, haciéndolo tropezar hacia la boca del pozo. Dio un grito amargo, y hubo una mueca en su rostro cuando supo dónde había llegado, y fue entonces cuando Elzevir lo agarró por el cinturón. Por un momento pensé que estaba salvado, al ver a Elzevir echar el cuerpo hacia atrás con los talones firmemente apoyados contra la pared del parapeto para resistir la tensión. Entonces el cinturón cedió en la hebilla, y Elzevir cayó de bruces al suelo. Pero el otro se fue de espaldas por el pozo.

Llegué al parapeto justo cuando caía de cabeza en aquel abismo negro. Hubo un segundo de silencio, luego un ruido espantoso como el de un coco rompiéndose en el pavimento —pues una vez tuvimos cocos en abundancia en Moonfleet, cuando el *Bataviaman* encalló en la playa—, luego un golpe profundo y resonante, donde rebotó y golpeó de nuevo la pared, y por último, el golpe sordo y el estruendo atronador, cuando llegó al agua en el fondo. Contuve la respiración por puro horror y escuché para ver si gritaba, aunque

sabía en el fondo de mi corazón que nunca volvería a gritar, después de aquel primer golpe nauseabundo; pero no hubo sonido ni voz, excepto las voces quejumbrosas de los remolinos de agua que había oído antes.

Elzevir se metió de un salto en el cubo.

—Tú puedes manejar el freno —me dijo—; bájame rápido al pozo.

Tomé la palanca del freno, bajándolo tan rápido como me atreví, hasta que oí que el cubo tocaba el agua en el fondo, y luego me quedé de pie y escuché. Todo estaba en silencio, y sin embargo me sobresalté una vez, y no pude evitar mirar por encima del hombro, pues me pareció que no estaba solo en la casa del pozo; y aunque no podía ver a nadie, tuve la fantasía de un hombre alto, de barba negra y rostro cobrizo, persiguiendo a otro alrededor de la boca del pozo. Ambos se desvanecieron de mi fantasía justo cuando el perseguidor ponía su mano sobre el perseguido; pero la historia del señor Glennie volvió a mi mente, de cómo la conciencia del coronel Mohune siempre estuvo inquieta por un sirviente del que se había deshecho, y ahora adiviné que el llavero no era el primer hombre que estas paredes habían visto caer de cabeza por el pozo.

Elzevir había estado tanto tiempo en el pozo que empecé a temer que le hubiera pasado algo, cuando me gritó que lo subiera. Así que fijé el embrague y puse al asno en marcha en la rueda de andar; y el paciente animal comenzó su ronda, sin importarle si era un cubo de agua lo que subía, o un hombre vivo, o un hombre muerto, mientras yo miraba por encima del parapeto y esperaba con una tensión agobiante para ver si Elzevir estaría solo, o traería algo consigo. Pero cuando el cubo apareció a la vista, solo estaba Elzevir en él, así que supe que el llavero no había vuelto a la superficie del agua, y, de hecho, había pocas posibilidades de que lo hiciera después de aquel primer golpe. Elzevir no me dijo nada, hasta que yo hablé:

—Arrojemos la joya al pozo tras él, maestro Block; fue mal habida y traerá una maldición consigo.

Dudó un momento, mientras yo medio esperaba y medio temía que fuera a hacer lo que le pedía, pero entonces dijo:

—No, no; no estás en condiciones de guardar una cosa tan preciosa. Dámela. Es tu tesoro, y nunca tocaré un penique de él; pero arrojarlo al poel no lo harás; pues este hombre ha perdido la vida por él, y nosotros hemos arriesgado la nuestra por él, sí, y quizás la perdamos también por él.

Así que le di la joya.

CAPÍTULO XVI

LA JOYA

«No es oro todo lo que reluce». —Shakespeare.

Allí estaba el cinturón del llavero, tirado en el suelo, con las llaves y las esposas sujetas a él, tal como le había fallado y se le había desprendido en el momento fatal. Elzevir lo recogió, probó las llaves hasta que encontró la correcta y abrió la puerta de la casa del pozo.

—Hay otras cerraduras que abrir antes de que salgamos —dije.

—Sí —respondió él—, pero nos va la vida en que nos vean con estas llaves, así que arrójalas al pozo, tras su dueño.

Las tomé de nuevo y las arrojé, cinturón, llaves y esposas, que resonaron al chocar contra las paredes, hacia la negrura y el agua oculta del fondo. Luego cogimos el cubo, el martillo, la brocha y las cuerdas, y le dimos la espalda a aquel lugar odioso. Había que cruzar el pequeño patio antes de llegar a las puertas del salón de banquetes. Estaban cerradas, pero llamamos hasta que un guardia las abrió. Nos reconoció como los yeseros que habían pasado una hora antes y solo preguntó:

—¿Dónde está Ephraim? —refiriéndose al llavero.

—Se ha quedado atrás en la casa del pozo —dijo Elzevir, y así atravesamos el salón, donde los prisioneros preparaban el desayuno que podían con restos, con un sabroso olor a cocina y un gran parloteo en francés.

En la puerta exterior había otro guardia que pasar, pero nos abrieron sin hacer preguntas, maldiciendo a Ephraim en voz baja por no tomarse la molestia de dejar salir a sus propios hombres. Luego, el postigo de las grandes puertas se cerró tras nosotros y salimos de nuevo al aire libre. Tan pronto como estuvimos fuera de la vista, aceleramos el paso, y como el tiempo había mejorado mucho y se había levantado una brisa fresca, regresamos al Bugle sobre las diez de la mañana.

Creo que ninguno de los dos pronunció una palabra durante aquel paseo, y aunque Elzevir aún no había visto el diamante, ni siquiera se tomó la molestia de sacarlo de la pequeña bolsa de pergamino en la que todavía yacía escondido en su bolsillo. Sin embargo, si no hablaba, pensaba, y mis pensamientos eran bastante tristes. Porque aquí estábamos, por segunda vez, huyendo para salvar nuestras vidas, y si no teníamos la plena culpa de sangre en nuestras manos, ciertamente había sangre. Así que esta huida fue muy amarga para mí, porque la escena de muerte de la que había sido testigo esta mañana parecía alejarme aún más de toda mi antigua vida feliz, y erigirse como otro obstáculo espantoso entre Grace y yo. En la Biblia familiar que yacía sobre la mesa del mejor salón de mi tía había una imagen de Caín, que a menudo había mirado con temor en las tardes lluviosas de los domingos. Mostraba a Caín caminando a grandes zancadas en medio de un desierto sin límites, con sus hijos y sus esposas caminando tras él, y sus pequeños niños llevados colgados de pértigas. Había un movimiento rápido y oscilante en los cuerpos de todos, como si necesitaran caminar siempre lo más rápido posible y nunca descansar, y sus rostros estaban endurecidos y delgados por el eterno vagar y la inquietud. Pero el rostro más delgado, inquieto y duro era el de Caín, y en medio de su frente

había una mancha oscura, que Dios había puesto para mostrar que nadie podía tocarlo, porque era el primer asesino y estaba condenado para siempre. Esta siempre había sido para mí una imagen espantosa, aunque no podía evitar mirarla, y sentía en verdad lástima por Caín, a pesar de ser tan malvado, porque parecía tan duro tener que vagar por el mundo toda su vida y nunca poder echar amarras. Y sin embargo, esto mismo me había sucedido ahora, pues aquí estábamos, con la sangre de dos hombres en nuestras manos, vagabundos sobre la faz de la tierra, que nunca nos atreveríamos a volver a casa; y si la marca de Caín no estaba ya en mi frente, sentía que podría aparecer allí en cualquier momento.

Cuando llegamos al Bugle, subí las escaleras y me arrojé sobre la cama para intentar descansar un poco y pensar, pero Elzevir se encerró con el posadero, y podía oírlos hablar seriamente en la habitación de debajo. Al cabo de un rato, subió y dijo que había considerado con el posadero la mejor manera de escapar, diciéndole que debíamos partir de inmediato, pero dejándole suponer que estábamos ansiosos por dejar el lugar porque algunos de los de la Recaudación se habían enterado de nuestro paradero. No le había dicho nada a nuestro anfitrión sobre el llavero, deseando que el menor número posible de personas supiera de ese asunto, pero no dudaba de que debíamos acelerar por todos los medios nuestra partida de la isla, pues tan pronto como se echara en falta al llavero, ciertamente se preguntaría por los yeseros con los que fue visto por última vez.

Sin embargo, en esto al menos la Fortuna nos favoreció, pues en ese momento había en Cowes, y listo para zarpar esa misma noche, un cúper holandés que había desembarcado una carga de ginebra al otro lado de la isla y regresaba a Scheveningen fletado con lana. Nuestro posadero conocía bien al capitán holandés, habiendo hecho a menudo negocios para él, y así pudo darnos cartas de recomendación que nos asegurarían un pasaje a los Países Bajos. Así, por la tarde, estábamos en camino, dirigiéndonos de Newport a Cowes con un nuevo disfraz, pues nos habíamos cambiado de ropa

de nuevo y ahora vestíamos el traje común de marinero, de color azul.

Las nubes habían regresado después de la lluvia, y la tarde era húmeda y peor que la mañana, así que no diré nada de otra caminata fatigosa y silenciosa. Llegamos al muelle de Cowes a las ocho de la tarde y encontramos al cúper listo para zarpar, esperando solo a que subiera la marea. Su nombre era el *Gouden Droom*, y era un poco más grande que el *Bonaventure*, pero tenía una tripulación más pequeña y no estaba ni de lejos tan bien equipado. Elzevir intercambió unas palabras con el capitán y le dio la carta del posadero, y después de eso nos dejaron subir a bordo, pero no nos dijeron nada. Juzgamos que era mejor no estorbar, así que bajamos a la bodega; y encontrándola profundamente cargada, e incluso el camarote lleno de fardos de lana, nos arrojamos sobre ellos para descansar. Estaba tan cansado y pesado de sueño que mis ojos se cerraron casi antes de haberme tumbado, y no se abrieron hasta que la mañana siguiente estuvo bien avanzada.

No diré nada sobre nuestro viaje, ni sobre cómo llegamos a salvo a Scheveningen, porque poco tiene que ver con esta historia. Elzevir había decidido que fuéramos a Holanda, no solo porque el cúper esperaba para zarpar hacia allí —pues sin duda podríamos haber encontrado otros barcos en poco tiempo para llevarnos a otra parte—, sino también porque se había enterado en Newport de que La Haya era el primer mercado del mundo para los diamantes. Esto me lo dijo después de que estuviéramos alojados a salvo en una pequeña taberna de la ciudad, que era frecuentada por marineros, pero de la mejor clase, como contramaestres y patrones de pequeñas embarcaciones. Allí permanecimos varios días mientras Elzevir hacía las averiguaciones que podía sin despertar sospechas sobre quiénes eran los mejores comerciantes de piedras preciosas y los más capaces de pagar un buen precio por una joya valiosa. Fue una suerte también para nosotros que Elzevir pudiera hablar el idioma holandés; no bien, ciertamente, pero lo suficiente como para hacerse entender y para entender a los demás. Cuando le pregunté dónde lo había aprendido, me dijo que descendía de sangre

holandesa por parte de su madre, y de ahí le venía su nombre de Elzevir; y que una vez pudo hablar en holandés tan fluidamente como en inglés, solo que al morir su madre cuando aún era un niño, perdió algo de la facilidad.

A medida que pasaban los días, el recuerdo de aquella espantosa mañana en Carisbrooke se fue desvaneciendo para mí, y mi mente se volvió más alegre o serena. Recuperé el diamante de Elzevir y lo saqué muchas veces, tanto de día como de noche, y cada vez parecía más brillante y maravilloso que la anterior. A menudo, por las noches, después de que toda la casa se hubiera ido a descansar, cerraba con llave la puerta de la habitación y me sentaba con una vela encendida sobre la mesa, y giraba el diamante en mis manos. Era, como he dicho, tan grande como un huevo de pichón o una nuez, delicadamente tallado y facetado por todas partes, perfecto e impecable, sin mancha ni tacha, y sin embargo, a pesar de ser tan claro e incoloro, de su profundidad brotaban tales destellos y chispas de rojo, azul y verde, que uno se preguntaba de dónde podían venir esos tintes. Así, mientras estaba sentado y lo observaba, le contaba a Elzevir historias de *Las mil y una noches* sobre joyas maravillosas, aunque creo que nunca hubo una piedra que las águilas sacaran del Valle de los Diamantes, no, ni ninguna en la propia corona del Califa, que pudiera superar a esta gema nuestra.

Podéis estar seguros de que en tales momentos hablábamos mucho del valor que se le debía poner a la piedra y de lo que probablemente se obtendría por ella, pero nunca pudimos ponernos de acuerdo, al no tener experiencia en tales cosas. Solo que yo estaba seguro de que debía valer miles de libras, y así me sentaba y me frotaba las manos, diciendo que aunque la vida era como un juego de azar y nuestras tiradas hasta ahora habían sido bastante malas, sin embargo, habíamos sacado algo de esta última. Pero todo el tiempo un extraño cambio se apoderaba de nosotros, y nuestros papeles parecían haberse invertido. Pues mientras que unos días antes era yo quien deseaba arrojar el diamante, sintiéndome abrumado y apesadumbrado en aquella espantosa casa del pozo, y Elzevir quien me lo impedía, ahora era él quien parecía darle poco

valor, y yo a quien le era todo. Rara vez se preocupaba por mirar mucho la joya, y una noche, mientras se la elogiaba, dijo:

—No pongas demasiado tu corazón en esta piedra. Es tuya, y a ti te corresponde disponer de ella. Nunca tocaré un penique de lo que podamos obtener por ella. Sin embargo, si yo fuera tú y alcanzara una gran riqueza con ella, y así regresara un día a Moonfleet, no lo gastaría todo en mis propios fines, sino que apartaría una parte para reconstruir el asilo de los pobres, como dicen que Barbanegra pretendía hacer con ella.

No supe qué le hizo hablar así, y no estaba dispuesto, ni siquiera en mi imaginación, a aceptar lo que aconsejaba; pues con aquella gema ante mí, lustrosa y aún más brillante por yacer sobre una tosca mesa de pino, solo podía pensar en la riqueza que nos iba a traer y en cómo, con toda certeza, volvería un día a Moonfleet y me casaría con Grace. Así que nunca respondí a Elzevir, sino que tomé el diamante y lo deslicé de nuevo en el medallón de plata, que todavía colgaba de mi cuello, pues ese era el lugar más seguro para él que se nos ocurrió.

Pasamos algunos días deambulando por la ciudad haciendo averiguaciones, y supimos que la mayoría de los compradores de diamantes vivían cerca unos de otros en una cierta callejuela cuyo nombre he olvidado, pero que el más rico y conocido de ellos era un tal Krispijn Aldobrand. Era judío de nacimiento, pero había vivido toda su vida en La Haya, y además de haber comprado y vendido algunas de las piedras más finas, se decía que hacía pocas preguntas y que poco le importaba de dónde venían las piedras, siempre que fueran buenas. Así, después de mucho pensar y muchos cambios de propósito, elegimos a este Aldobrand y decidimos poner el asunto a prueba con él.

Elegimos una tarde de finales de verano para nuestra empresa, y llegamos a la casa de Aldobrand aproximadamente una hora antes del atardecer. Recuerdo bien el lugar, aunque hace mucho que no lo veo y ciertamente nunca es probable que lo vuelva a ver. Era una casa baja de dos pisos, un poco retirada de la calle, con una

empalizada de madera y un trozo de césped delante, y un camino de losas de piedra que conducía a la puerta. Su fachada estaba encalada, con contraventanas verdes, y tenía una magnolia de hojas brillantes trepando alrededor de las ventanas. Estos joyeros no tenían tiendas, aunque a veces exhibían un solo collar o pulsera en una ventana inferior, pero ponían avisos proclamando su oficio. Así, sobre la puerta de Aldobrand había un letrero que decía que compraba y vendía joyas, y que prestaba dinero sobre diamantes u otros objetos de valor.

Un sirviente robusto abrió la puerta, y cuando oyó que nuestro asunto era vender una joya, nos dejó en un vestíbulo o zaguán con suelo de piedra, mientras subía a preguntar si su amo nos recibiría. Unos minutos más tarde, las escaleras crujieron y el propio Aldobrand bajó. Era un hombrecillo consumido, de piel amarilla y profundas arrugas, de no menos de setenta años; y vi que llevaba zapatos de cuero pulido, con hebillas de plata y tacones alzados para aumentar su estatura. Comenzó a hablarnos desde el rellano, sin bajar al vestíbulo, sino inclinándose sobre el pasamanos:

—Bueno, hijos míos, ¿qué queréis de mí? Oigo que tenéis una joya para vender, pero debéis saber que no compro baratijas de marineros. Así que si es una piedra de luna o un ojo de gato, o algunos diamantes como cabezas de alfiler, guardáoslos para hacer broches para vuestras amadas, porque Aldobrand no compra juguetes como esos.

Tenía una voz delgada y chillona, y nos habló en nuestra propia lengua, adivinando sin duda que éramos ingleses por nuestros rostros. Es cierto que manejaba el idioma bastante mal, pero me alegré de que lo usara, pues así pude seguir todo lo que se dijo.

—Juguetes como esos no —dijo de nuevo, repitiendo sus últimas palabras, y Elzevir respondió:

—Con su permiso, señoría, somos marineros de ultramar, y este muchacho tiene un diamante que querría vender.

Tenía la gema en la mano, lista, y cuando el anciano chilló con petulancia: «¡Sácala entonces, veamos, veamos!», se la tendí. Se estiró por encima de la barandilla y la tomó; extendiendo la palma ahuecada, como si fuera una piedrecilla insignificante que de otro modo podría caerse y perderse. Me molestó que subestimara así nuestro tesoro, aun sin haberlo visto, y así se lo dejé caer en la mano como si fuera tan grande como una calabaza. El vestíbulo era un lugar oscuro, iluminado solo por un semicírculo de vidrio sobre la puerta, y por eso no podía ver muy bien; sin embargo, al estirarse hacia abajo acercó su cabeza a la mía, y juraría que su rostro cambió cuando sintió el tamaño de la piedra en su mano, y pasó de la impaciencia y el desprecio al asombro y el deleite. Rápidamente tomó la joya de su palma y la sostuvo entre el índice y el pulgar, y cuando volvió a hablar, su voz había cambiado tanto como su rostro, y había perdido la mayor parte de la impaciencia aguda.

—No hay suficiente luz para ver en este lugar oscuro... seguidme —y se dio la vuelta y subió rápidamente las escaleras, sosteniendo la piedra en la mano; y nosotros pisándole los talones, ansiosos por no perderlo de vista ahora que tenía nuestro diamante, por muy rico y conocido que fuera.

Así llegamos a otro rellano, y allí abrió de par en par la puerta de una habitación que daba al oeste y recibía la luz del sol poniente a raudales por la ventana. El cambio de la penumbra de las escaleras a este resplandor rojo y nivelado fue tan rápido que por un minuto no pude distinguir nada, pero al dar la espalda a la ventana vi enseguida que la habitación estaba revestida de madera pintada, con una cama empotrada en la pared de un lado, y estanterías alrededor de los otros, sobre las que había muchos cofres pequeños y cajas fuertes de hierro. El joyero estaba sentado a una mesa con el rostro vuelto hacia el sol, sosteniendo el diamante contra la luz y mirándolo de cerca, de modo que pude ver cada movimiento de su rostro. La expresión dura y astuta había vuelto a él, y se volvió de repente hacia mí y me preguntó con bastante brusquedad:

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? ¿De dónde vienes?

No estaba acostumbrado a usar nombres falsos, y me tomó por sorpresa, así que no tuve más remedio que soltar:

—Mi nombre es John Trenchard, señor, y vengo de Moonfleet, en Dorset.

Un segundo después podría haberme mordido la lengua por haber dicho tanto, y vi a Elzevir fruncirme el ceño para que me callara. Pero ya era demasiado tarde, pues el mercader estaba anotando mi respuesta en un libro mayor de pergamino. Y aunque a la mayoría le parecería poca cosa que anotara así mi nombre y lugar de nacimiento, y solo nos molestó en ese momento porque no queríamos que se supiera en absoluto de dónde veníamos; sin embargo, en los designios de la Providencia se ordenó que esta nota en el libro del señor Aldobrand cambiara en el futuro el curso de mi vida.

—De Moonfleet, en Dorset —repitió para sí mismo, mientras terminaba de escribir mi respuesta—. ¿Y cómo llegó John Trenchard a poseer esto? —y golpeó el diamante que yacía sobre la mesa ante él.

Entonces Elzevir interrumpió rápidamente, temiendo sin duda que me viera traicionado a decir más:

—No, señor, no hemos venido a jugar a las preguntas y respuestas, sino a saber si su señoría comprará este diamante y a qué precio. No tenemos tiempo para contar largas historias, y por eso solo debemos decir que somos marineros ingleses y que la piedra ha sido habida honradamente. —Y jugueteó con los dedos con el diamante sobre la mesa, como si temiera que se le escapara.

—Despacio, despacio —dijo el anciano—; todas las piedras son habidas honradamente; pero si me hubierais dicho de dónde la sacasteis, podría haberme ahorrado algunas pruebas tediosas, que ahora debo pedirlos perdón por hacer.

Abrió un armario en el revestimiento de madera y sacó de él una pequeña balanza, algunos cristales, una piedra negra y una botella llena de un líquido verde. Luego se sentó de nuevo, retiró

suavemente el diamante de los dedos de Elzevir, que se resistían a separarse de él, y comenzó a usar su balanza; equilibrando el diamante con cuidado, ora contra un cristal, ora contra algunas pequeñas pesas de latón. Yo estaba de espaldas al atardecer, observando la luz roja caer sobre este anciano mientras pesaba el diamante, lo frotaba en la piedra negra o dejaba caer sobre él una gota del licor, y así pude ver el asombro y la emoción desvanecerse de su rostro, y solo la dura astucia quedar en él.

Lo observé manipular hasta que no pude soportarlo más, sintiendo una feroz y febril expectación por lo que pudiera decir, y el pulso me latía tan rápido que apenas podía quedarme quieto. Porque, ¿no estaba muy cerca el momento decisivo en que sabríamos, de estos labios resecaos, el valor de la joya, y si valía la pena arriesgar la vida por ella, si el tejido de nuestras esperanzas estaba construido sobre cimientos seguros o sobre arena resbaladiza? Así que le di la espalda al mercader de diamantes y miré por la ventana, esperando todo el tiempo captar la más mínima palabra que pudiera salir de sus labios.

He descubierto entonces y en otras ocasiones que en tales momentos, aunque la mente esté ocupada enteramente por un pensamiento abrumador, los ojos sin embargo captan, como sin querer, todo lo que tienen delante, de modo que después podemos recordar un rostro o un paisaje del que en ese momento no tomamos nota. Así me ocurrió aquella noche, pues aunque no pensaba en otra cosa que en la joya, sin embargo, observé todo lo que se podía ver a través de la ventana, y el recuerdo me fue útil más tarde. La ventana era de estilo francés, llegaba hasta el suelo y se abría como una puerta de dos hojas. Daba a un pequeño balcón, y ahora estaba abierta (pues el día seguía siendo muy caluroso), y en la pared de abajo trepaba un peral, que medio envolvía el balcón con sus hojas verdes. La ventana podía protegerse bien en caso de necesidad, teniendo persianas de listones de madera por dentro y pesadas contraventanas de hierro por fuera, y había además fuertes cerrojos y goznes de los que salían ciertos alambres cuyo uso desconocía. Debajo del balcón había un jardín cuadrado, cerrado con un muro de ladrillo y mantenido muy aseado y cuidado. Había

malvarrosas alrededor de los muros y amapolas multicolores, con muchos otros arbustos y flores. Mis ojos se posaron especialmente en una, una especie de flor alta y juncal de flores rojas, que nunca había visto antes; y que parecía, en efecto, ser algo fuera de lo común, pues estaba en medio de un pequeño arriate y tenía casi todo el macizo para ella sola.

Estaba mirando esta flor, no pensando en ella, sino preguntándome todo el tiempo si el señor Aldobrand diría que el diamante valía diez mil libras, o cincuenta, o cien mil, cuando lo oí hablar y me di la vuelta rápidamente.

—Hijos míos, y tú especialmente, hijo John —dijo, y se volvió hacia mí—; esta piedra que me habéis traído no es una piedra en absoluto, sino vidrio, o más bien pasta, pues así la llamamos. No es que no sea buena pasta, y quizás la mejor que he visto, y por eso tuve que probarla para asegurarme. Pero contra altas pruebas químicas ninguna imitación puede resistir; y primero, es demasiado ligera de peso, y segundo, al frotarla en este *Basanus* o *Piedra Negra*, no traza una línea blanca como debe hacer cualquier diamante. Pero tercero y último, la he probado con la prueba hermenéutica y la he sumergido en este costosísimo alambique; y el licor permanece de un verde puro y claro, no de un naranja turbio, como lo deja un diamante.

Mientras hablaba, la habitación dio vueltas a mi alrededor, y sentí el mareo y el hundimiento del corazón que acompañan a la destrucción repentina de una esperanza largamente acariciada. Así que todo era una farsa, un trozo de vidrio por el que habíamos arriesgado nuestras vidas. Barbanegra solo se había burlado de nosotros incluso en su muerte, y de hombres ricos nos habíamos convertido en los más pobres proscritos. Y todas las demás fantasías brillantes que se habían construido sobre esta cosa sin valor se derrumbaron de inmediato, como un castillo de naipes. Ya no había dinero para volver rico a Moonfleet, ni dinero para encubrir ofensas pasadas, ni dinero para casarme con Grace; y con eso di un suspiro,

y mis rodillas flaquearon, y habría caído si Elzevir no me hubiera sujetado.

—No, hijo John —chilló el anciano, al ver que estaba tan afectado—, no te lo tomes tan a pecho, pues aunque esto no es más que pasta, no digo que no tenga valor. Es un trabajo tan fino como jamás he visto, y te ofreceré diez coronas de plata por él; que es una buena suma para que un muchacho marinero tenga en la mano, y más de lo que todos los demás compradores de esta ciudad te ofrecerían por él.

—¡Bah, bah! —gritó Elzevir, y pude oír la amargura y la decepción en su voz, por mucho que intentara ocultarla—; no hemos venido a mendigar coronas de plata, así que guárdalas en tu bolsillo. ¡Y que el diablo se lleve esta farsa brillante; bien nos libramos de ella; hay una maldición sobre esa cosa! —Y con eso cogió la piedra y la arrojó por la ventana con ira.

Esto hizo que el comprador de diamantes se pusiera de pie en un instante.

—¡Insensato, maldito insensato! —chilló—. ¿Has venido aquí a desafiarme? ¿Y cuando digo que la cosa vale diez coronas de plata, la arrojas al viento?

Me había lanzado hacia adelante con la media intención de agarrar el brazo de Elzevir, pero era demasiado tarde; la piedra voló por el aire, captó los últimos rayos del sol poniente por un momento y luego cayó entre las flores. No pude verla al caer, pero seguí con los ojos la línea en la que debería haber caído y creí ver un destello donde tocó la tierra. Fue solo un destello o un brillo por un instante, justo en el tallo de aquella misma planta juncal de flores rojas, y luego nada más que ver; pero al darme la vuelta vi los ojos del hombrecillo vueltos también en esa dirección, y quizás él vio el destello tan bien como yo.

—¡Ahí tienes tus diez coronas! —dijo Elzevir—. Vámonos, muchacho. —Y me tomó del brazo y me sacó de la habitación y bajamos las escaleras.

—¡Idos al diablo! —dijo el señor Aldobrand, su voz no tan alta como cuando gritó la última vez, sino en su chillido habitual; y luego repitió «idos al diablo», solo como un tiro de despedida mientras salíamos por la puerta.

Pasamos junto a otros dos sirvientes en las escaleras, pero no nos dijeron nada, y así llegamos a la calle.

Caminamos juntos un rato sin decir una palabra, y entonces Elzevir dijo:

—Anímate, muchacho, anímate. Tú mismo dijiste que temías que hubiera una maldición sobre la cosa, así que ahora que se ha ido, quizás estemos mejor sin ella.

Sin embargo, no pude decir nada, demasiado decepcionado al descubrir que el diamante era una farsa y amargamente abatido por la pérdida de todas nuestras esperanzas. Estaba muy bien pensar que había una maldición sobre la piedra mientras la teníamos, y fingir que estábamos dispuestos a desprendernos de ella, pero ahora que se había ido, supe que en el fondo de mi corazón nunca había deseado desprenderme de ella en absoluto, y habría arriesgado cualquier maldición por tenerla de vuelta. Había cena esperándonos cuando volvimos, pero no tenía estómago para las viandas, y me senté malhumorado mientras Elzevir comía, y él no mucho. Pero mientras estaba sentado y cavilaba sobre lo que había sucedido, un nuevo pensamiento acudió a mi mente, y salté y grité:

—¡Elzevir, somos unos necios! La piedra no es una farsa; ¡es un diamante de verdad!

Dejó el cuchillo y el tenedor y me miró, sin decir nada, pero esperando a que dijera más, y sin embargo no mostró tanta sorpresa como esperaba. Entonces le recordé cómo el rostro del viejo mercader estaba lleno de asombro y deleite cuando vio por primera vez la piedra, lo que demostraba que entonces pensaba que era real, y cómo después, aunque moduló su voz para pronunciar largas palabras para engañarnos, estuvo bastante dispuesto a ponerse de pie de un salto y chillar en voz alta cuando Elzevir arrojó

la piedra al jardín. Hablé rápido, y al hablarle me convencí a mí mismo, así que cuando me detuve por falta de aliento estaba completamente seguro de que la piedra era, en efecto, un diamante, y que Aldobrand nos había engañado.

Aun así, Elzevir mostró poco entusiasmo y solo dijo:

—Es muy probable que lo que dices sea cierto, pero ¿qué quieres que hagamos? La piedra está arrojada.

—Sí —respondí—; pero vi dónde cayó y conozco el lugar exacto. Volvamos ahora mismo y recuperémosla.

—¿No crees que Aldobrand también vio el lugar? —preguntó Elzevir; y entonces recordé cómo, al volverme hacia la habitación después de ver caer la piedra, encontré los ojos del viejo mercader mirando en la misma dirección; y cómo habló más tranquilamente después de eso, y no con el grito amargo que usó cuando Elzevir arrojó la joya por la ventana.

—No lo sé —dije con duda—; volvamos y veamos. Cayó justo al lado del tallo de una flor roja que distinguí bien. ¡Cómo! —añadí, al verlo todavía dudar y retroceder—. ¿Dudas? ¿No vamos a ir a buscarla?

Aún no respondió por un minuto, y luego habló lentamente, como sopesando sus palabras.

—No puedo decirlo. Creo que todo lo que dices es cierto, y que esta piedra es real. No, casi estaba de esa opinión cuando la arrojé, y sin embargo no diría que no estamos mejor sin ella. Fuiste tú quien primero habló de una maldición sobre la joya, y yo me reí de eso como de un cuento de niños. Pero ahora no puedo decirlo; porque desde que oímos por primera vez este tesoro, la suerte ha corrido en nuestra contra, John, sí, ha corrido muy en nuestra contra; y aquí estamos, huyendo de casa, llamados proscritos y con sangre en nuestras manos. No es que la sangre me asuste, pues me he enfrentado a hombres en buena lid y nunca he sentido que un golpe mortal pesara tanto en mi alma; pero estos dos hombres tuvieron un final un tanto tramposo, y sin embargo no pude evitarlo.

Es cierto que toda mi vida he servido al contrabando, pero nadie me ha visto jamás cometer una acción infame; y ahora no me gusta que los hombres me llamen delincuente, y menos me gusta que te llamen delincuente a ti también. Quizás haya, después de todo, alguna maldición que pende sobre esta piedra y lleva a la ruina a quienes la manejan. No puedo decirlo, pues no soy un párroco Glennie en estas cosas; pero Barbanegra, en un mal momento, pudo haber atado el tesoro para que fuera una maldición para cualquiera que lo use para sí mismo. ¿Para qué queremos esta cosa en absoluto? Tengo dinero que puedo tocar si es necesario; podemos permanecer tranquilos a este lado del Canal, donde aprenderás un oficio honrado, y cuando la tormenta haya pasado, volveremos a Moonfleet. Así que deja la joya en paz, John. ¿No dejaremos la joya en paz?

Habló con seriedad, y con mucha seriedad al final, tomándome de la mano y mirándome directamente a la cara. Pero no pude devolverle la mirada y aparté los ojos, pues era obstinado y no me decidía a dejar ir el diamante. Sin embargo, todo el tiempo pensé que lo que decía era cierto, y recordé aquel sermón que predicó el señor Glennie, diciendo que la vida era como una «Y», y que a cada uno le llega un momento en que dos caminos se separan, y donde debe elegir si tomará el camino ancho y descendente o el sendero empinado y estrecho. Así que ahora adiviné que hacía mucho tiempo yo había elegido el camino ancho, y ahora no hacía más que caminar más abajo por él en busca de este tesoro maligno; y aun así no podía soportar renunciar a todo, y me persuadí de que era una locura de niño arrojar alocadamente una piedra tan fina. Así que, en lugar de escuchar el buen consejo de alguien mucho mayor que yo, me puse a convencerlo y a persuadirlo de que si recuperábamos el diamante y alguna vez podíamos venderlo, daríamos el dinero para reconstruir el asilo de los Mohune, sabiendo bien en mi corazón que nunca tuve la intención de hacer tal cosa. Así, al final, Elzevir, que era el más terco de los hombres y nunca cedía, fue vencido por su gran amor hacia mí, y cedió aquí.

Eran las diez antes de que saliéramos juntos para ir de nuevo a casa de Aldobrand, con la intención de escalar el muro del jardín y conseguir la piedra. Yo caminaba con bastante rapidez y hablaba todo el tiempo para acallar mis propias dudas, pero Elzevir se rezagaba un poco y no decía nada, pues era muy en contra de su juicio que viniera. Pero a medida que nos acercábamos al lugar, cesé mi parloteo, y así continuamos en silencio, cada uno ocupado con sus propios pensamientos. No llegamos por delante de la casa de Aldobrand, sino que nos desviamos de la calle principal por un callejón lateral que supusimos que bordearía el muro del jardín. Había poca gente moviéndose incluso en las calles, y en este pequeño callejón no había un alma con quien encontrarse mientras nos deslizábamos en la sombra de los altos muros. No nos equivocamos, pues pronto llegamos a lo que juzgamos era el exterior del jardín de Aldobrand.

Aquí nos detuvimos un minuto, y creo que Elzevir iba a hacer una última objeción, pero no le di oportunidad, pues había encontrado un lugar donde algunos ladrillos estaban sueltos en la cara del muro, y me dispuse a trepar. Fue bastante fácil de escalar para nosotros, y en un minuto ambos nos dejamos caer en un lecho de tierra blanda al otro lado. Nos abrimos paso a través de unos groselleros que nos engancharon la ropa y, distinguiendo el contorno de la casa, nos dirigimos hacia allí, hasta que en pocos pasos estuvimos en el césped que había visto desde el balcón tres horas antes. Reconocí el giro de los paseos y el patrón de los arriates, la fila de malvarrosas que se alzaba a lo largo del muro y las amapolas que exhalaban un olor débil y enfermizo en la noche. Un silencio absoluto reinaba en todo el jardín, y siendo la noche muy clara, todavía había suficiente luz para mostrar los colores de las flores cuando uno las miraba de cerca, aunque el verde de las hojas se había vuelto gris.

Nos mantuvimos en la sombra del muro y miramos expectantes la casa. Pero ningún murmullo provenía de ella —podría haber sido una casa de muertos por el ruido que hacían los vivos allí—, ni había luz en ninguna ventana, excepto en una detrás del balcón, hacia la que nuestros ojos se volvieron primero. En esa habitación había alguien

que aún no se había acostado, pues podíamos ver una celosía de luz donde una lámpara brillaba a través de la tracería de las persianas de madera.

—Todavía está levantado —susurré—, y las contraventanas exteriores no están cerradas.

Elzevir asintió, y entonces me dirigí directamente al arriate donde crecía la flor roja. No necesité ninguna luz para ver las campanas de aquella gran cosa juncal, pues era diferente de todas las demás y, además, estaba plantada sola.

Se la señalé a Elzevir.

—La piedra yace junto al tallo de esa flor —dije—, en el lado más cercano a la casa. —Y entonces lo detuve con mi mano en su brazo, para que se quedara donde estaba, en el borde del arriate, mientras yo me adelantaba y cogía la piedra.

Mis pies se hundieron en la tierra blanda mientras pasaba por el borde de amapolas que rodeaban el exterior del arriate, y así me paré junto a la alta flor juncal. El escarlata de sus campanas era casi negro, pero no había lugar a dudas, y me agaché para recoger el diamante. ¿Era posible? ¿No había nada que mi mano extendida pudiera palpar excepto el limo blando y rico, y en la oscuridad del suelo ninguna chispa que me guiara? Me arrodillé para asegurarme, y miré por toda la planta, y aun así no encontré nada, aunque había suficiente luz para ver un guijarro, mucho más para captar el brillo y el destello del gran diamante que tan bien conocía.

No estaba allí, y sin embargo sabía que lo había visto caer más allá de toda duda.

—¡Se ha ido, Elzevir; se ha ido! —grité en mi angustia, pero solo oí un «¡Chist!» de él para que no hablara tan alto.

Entonces me arrodillé de nuevo y cribé el mantillo entre mis dedos, para asegurarme de que la piedra no se hubiera hundido y pasado por alto.

Pero todo fue en vano, y al final retrocedí hasta donde estaba Elzevir y le rogué que encendiera un trozo de cerilla al abrigo de las malvarrosas, y yo la protegería con mis manos, para que la luz cayera sobre el suelo y no se viera desde la casa, y así buscar alrededor de la flor. Hizo lo que le pedí, no porque pensara que encontraría algo, sino más bien para complacerme; y mientras me ponía la cerilla encendida en las manos, dijo, hablando en voz baja:

—Deja la piedra en paz, muchacho, déjala en paz; porque o no marcaste bien el lugar, o otros han estado aquí antes que tú. Está decidido que no debemos tocar la piedra de nuevo, y así es mejor. Déjalo estar, déjalo estar. Vámonos a casa.

Puso su mano sobre mi hombro suavemente, y habló con tal seriedad y súplica en su voz que uno habría pensado que era una mujer en lugar de un gran gigante rudo; y sin embargo no quise oír, y me separé, protegiendo la cerilla en mis manos ahuecadas y volviendo a la flor roja. Pero esta vez, justo cuando pisé el mantillo, llegando al arriate desde el lado de la casa, la luz cayó sobre el suelo, y allí vi algo que me detuvo en seco.

No era más que una muesca o huella en el limo marrón y blando, y sin embargo, antes de que mis ojos se posaran bien en ella, supe que era la huella de un tacón afilado, un tacón afilado y profundo, que tenía justo delante el contorno de un pie pequeño. Hay una historia que a todo muchacho se le daba a leer cuando yo era joven, de Crusoe naufragado en una isla desierta, que, caminando un día por la orilla, se quedó atónito ante una sola huella en la arena, porque así supo que había salvajes en aquel triste lugar, donde pensaba que estaba solo. Sin embargo, creo que ni siquiera aquella huella en la arena fue un golpe mayor para él de lo que fue esta huella en el mantillo del jardín para mí, pues recordaba bien los pequeños zapatos de cuero pulido, con sus hebillas de plata y sus tacones altos y alzados.

Él había estado aquí antes que nosotros. Encontré otra huella, y otra que conducía hacia el centro del arriate; y entonces arrojé la cerilla, pisando el fuego en la tierra. Ya no servía de nada seguir

buscando, pues sabía bien que no había diamante aquí para nosotros.

Retrocedí hasta el césped y agarré a Elzevir por el brazo.

—Aldobrand ha estado aquí antes que nosotros y se ha llevado la joya —susurré bruscamente; y mirando frenéticamente a mi alrededor en la noche silenciosa, vi la celosía de luz de la lámpara brillando a través de las persianas de madera de la ventana del balcón.

—Bueno, se acabó —dijo él—, y nos ahorramos más preguntas. Se ha ido, así que despidámonos de ella y vámonos. —Así que se dio la vuelta para regresar, y hubo una oportunidad más para que yo eligiera el mejor camino y me fuera con él; pero todavía no podía renunciar a la joya, y debía seguir adelante por el otro camino que nos llevaba a la ruina a ambos. Porque tenía los ojos fijos en la luz que entraba por las persianas de aquella ventana, y vi cuán gruesas y fuertes eran las ramas del peral que trepaban por la pared alrededor del balcón.

—Elzevir —dije, tragando la amarga decepción que me subía por la garganta—, no puedo irme hasta que haya visto qué se hace en esa habitación de arriba. Subiré al balcón y miraré por las rendijas. Quizás no esté allí. Quizás haya dejado nuestro diamante allí, y podamos recuperarlo. —Así que me dirigí directamente a la casa, sin darle tiempo a decir una palabra para detenerme, pues había algo en mí que me impulsaba, y nadie iba a detenerme en ese propósito.

No había necesidad de temer que nos vieran, pues todas las ventanas, excepto aquella, estaban bien cerradas con contraventanas, y aunque nuestros pasos en el suave césped no producían ningún sonido, supe que Elzevir me seguía. No fue tarea fácil trepar al peral, por muy fuertes que parecieran las ramas, pues yacían pegadas a la pared y ofrecían poco agarre para manos o pies. Dos o más veces se rompió una pera verde y cayó susurrando entre las hojas a la tierra, y me detuve y esperé a oír si alguien se había molestado en la habitación de arriba; pero todo estaba mortalmente

silencioso, y al final puse la mano en el parapeto y así llegué a salvo al balcón.

Jadeaba por la dura subida, pero no esperé a recuperar el aliento, sino que me dirigí directamente a la ventana para ver qué pasaba dentro. Las contraventanas exteriores seguían abiertas, como lo habían estado por la tarde, y no fue difícil mirar dentro, pues encontré una abertura en la persiana de listones justo al nivel de mis ojos, y pude ver toda la habitación por dentro. Estaba bien iluminada, como para un banquete de bodas, y creo que había una veintena de velas o más ardiendo en candelabros sobre la mesa, o en apliques en la pared. En la mesa, al otro lado de mí y de cara a la ventana, estaba sentado Aldobrand, tal como estaba sentado cuando nos dijo que la piedra era una farsa. Tenía el rostro vuelto hacia la ventana, y al mirarlo de frente me pareció imposible que no supiera que yo estaba allí.

Delante de él, sobre la mesa, yacía el diamante, nuestro diamante, mi diamante; pues ahora sabía que era un diamante, y no falso. No estaba solo, sino que tenía una docena más de gemas talladas a su lado sobre la mesa, cada una un poco separada de la otra; sin embargo, no había lugar a dudas sobre la mía, que era tres veces más grande que cualquiera de las demás. Y si las superaba en tamaño, ¡cuánto más las excedía en fuego y brillo! Todas las velas de la habitación se reflejaban en él, y mientras el esplendor brotaba de cada línea y faceta que tan bien conocía, parecía llamarme: «¿No soy yo la reina de todos los diamantes del mundo? ¿No soy tu diamante? ¿No me tomarás de nuevo para ti? ¿No me salvarás de este lamentable embustero?».

Tenía los ojos fijos, pero aun así sabía que Elzevir estaba a mi lado. No me dejaría arriesgarme solo en ningún peligro sin estar él mismo a mi lado para ayudar en caso de necesidad; y sin embargo, su fidelidad solo me irritaba ahora, y me pregunté con desdén: «¿Nunca voy a mover ni mano ni pie sin que este hombre me siga como un perro?». El mercader permaneció quieto un minuto como si pensara, y luego tomó uno de los diamantes que yacían sobre la

mesa, y luego otro, y los puso junto a la gran piedra, enfrentándolos, por así decirlo, con ella. Sin embargo, ¿cómo podía competir alguno con aquella? Pues los eclipsaba a todos como el sol eclipsa a las estrellas en el cielo.

Entonces el anciano tomó la piedra y la pesó en la balanza que estaba sobre la mesa ante él, equilibrándola con cuidado, y una docena de veces, contra unas pequeñas pesas de latón; y luego escribió con pluma y tinta en un libro de piel de oveja, y después en una hoja de papel como si hiciera cálculos. ¿Qué no habría dado por ver las cifras que escribía? Porque, ¿no estaba calculando el valor de la joya y sumando los beneficios que obtendría? Después de eso, tomó la piedra entre el índice y el pulgar, sosteniéndola ante sus ojos y colocándola ora de esta manera, ora de aquella, para que la luz incidiera mejor sobre ella. Podría haberlo maldecido por el amor asombrado por aquella hermosa joya que se extendía por su rostro, y maldecirlo diez veces más por la sonrisa en sus labios, porque adiviné que se reía al pensar en cómo había engañado a dos simples marineros aquella misma tarde.

Allí estaba el diamante en sus manos —nuestro diamante, mi diamante— en sus manos, y yo a solo dos yardas de lo que era mío; solo un endeble velo de madera y cristal me separaba del tesoro que nos había robado vilmente. Entonces sentí la mano de Elzevir en mi hombro.

—Vámonos —dijo—; un minuto más y puede que venga a cerrar estas contraventanas y nos encuentre aquí. Vámonos. Los diamantes no son para gente sencilla como nosotros. Esta es una piedra maligna y trae una maldición consigo. Vámonos, John.

Pero me sacudí bruscamente la mano amable, olvidando cómo me había salvado la vida, y me había cuidado durante muchas semanas agotadoras, y había estado a mi lado en las buenas y en las peores; pues justo en ese momento el hombre de la mesa se levantó y sacó una pequeña caja de hierro de un armario en la parte trasera de la habitación. Supe que iba a encerrar mi tesoro en ella y que no lo vería más. Pero la gran joya, solitaria sobre la mesa, destellaba y

centelleaba a la luz de veinte velas, y me llamaba: «¿No soy yo la reina de todos los diamantes del mundo? ¿No soy tu diamante? Sálvame de las manos de este ruin ladrón».

Entonces me arrojé hacia adelante con todo mi peso sobre la unión de los marcos de la ventana, y en un segundo atravesé el cristal y la persiana de madera, entrando en la habitación.

El ruido de la madera y el cristal astillados no se había apagado cuando se oyó un sonido como de campanas sonando por toda la casa, y los alambres que había visto por la tarde colgaban sueltos delante de mi cara. Pero no me importaron ni las campanas ni los alambres, pues allí yacía la gran joya destellando ante mí. El mercader se había vuelto bruscamente al estruendo y se había lanzado hacia el diamante, gritando: «¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!». Estaba más cerca de él que yo, y mientras me lanzaba hacia adelante, nuestras manos se encontraron sobre la mesa, con la suya debajo, sobre la piedra. Pero lo agarré por la muñeca, y aunque luchó, no era más que un anciano débil, y en pocos segundos se la arranqué de las manos. En pocos segundos; pero antes de que pasaran o el diamante estuviera bien en mi mano, la puerta se abrió de golpe y entraron corriendo seis robustos sirvientes con varas y garrotes.

Elzevir había soltado un pequeño gemido cuando me vio forzar la ventana, pero me siguió a la habitación y ahora estaba a mi lado.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones! —chilló el mercader, cayendo agotado en su silla y señalándonos, y entonces los bribones se abalanzaron, demasiado rápido para que pudiéramos dirigirnos a la ventana. Dos se lanzaron sobre mí y cuatro sobre Elzevir; y un hombre, incluso un gigante, no puede luchar con cuatro, sobre todo cuando llevan varas.

Nunca había visto al maestro Block ser dominado o vencido por ninguna adversidad; y la Fortuna fue amable conmigo, al menos en esto, que no me dejó ver el resultado entonces, pues una vara me

dio un golpe tan rotundo en la cabeza que hizo que el diamante se me cayera de la mano y me dejó desmayado en el suelo.

CAPÍTULO XVII

EN YMEGUEN

«Como si un ladrón robara una prenda infecta,
botín de algún muerto, y enfermara de su peste».

Hood.

Más amargo que el ajeno es para mí el recuerdo de lo que siguió, y contaré la historia con las menos palabras que pueda. Fuimos arrojados a prisión, y allí yacimos durante meses en una celda de piedra con poca luz y solo paja inmundada sobre la que acostarnos. Al principio estábamos llenos de cortes y magulladuras de aquella refriega y paliza en la casa de Aldobrand, y tardamos mucho en recuperarnos de nuestras heridas, pues no teníamos más que pan y agua para vivir, y tan malos que apenas mantenían unidos el cuerpo y el alma. Después, los pesados grilletes que nos pusieron en los tobillos nos produjeron llagas y nos lastimaron tanto que apenas podíamos movernos por el dolor. Y si el hierro lastimaba mi carne, mi espíritu se consumía diez veces más entre aquellos muros húmedos y lúgubres; sin embargo, en todo ese tiempo Elzevir nunca

pronunció una palabra de reproche, aunque fue mi obstinación la que nos había llevado a tan terrible aprieto.

Finalmente, una mañana, vino nuestro carcelero y dijo que ese día debíamos ser llevados ante el *Geregt*, que es su Tribunal de Instancia, para ser juzgados por nuestro crimen. Así que nos llevaron al juzgado, a pesar de las llagas y los pesados hierros, y nos alegramos bastante de ver de nuevo la luz del día y de respirar el aire libre, aunque fuera para caminar hacia nuestra propia muerte; pues el carcelero dijo que probablemente nos colgarían por lo que habíamos hecho. En el juzgado, nuestro asunto terminó pronto, porque había muchos que hablaban en nuestra contra, pero ninguno que defendiera nuestra causa; y como todo se hizo en lengua holandesa, no entendí nada, excepto lo que Elzevir me contó después.

Allí estaba el señor Aldobrand con su toga negra y sus zapatos de hebilla con tacones alzados, de pie ante una mesa y prestando declaración: Cómo una tarde de agosto llegaron a su casa dos marineros ingleses de mal aspecto con el pretexto de vender un diamante, que resultó no ser más que un trozo de vidrio; y que habiendo observado toda su morada, y más particularmente los accesos a su despacho, se marcharon. Pero más tarde, ese mismo día, o más bien noche, mientras él componía ciertos diamantes para una diadema encargada por el muy ilustre Sacro Emperador Romano, estos mismos marineros ingleses de mal aspecto irrumpieron de repente a través de las contraventanas y la ventana, y entraron a la fuerza en su despacho. Allí lo atacaron furiosamente, le arrancaron el diamante de la mano y lo golpearon hasta dejarlo a un paso de la muerte. Pero por la buena providencia de Dios y su propia previsión, la ventana estaba equipada con una cierta alarma que hizo sonar campanas en otras partes de la casa. Así, sus fieles sirvientes fueron convocados y, después de ser ellos mismos atacados y casi vencidos, lograron finalmente dominar a estos rufianes sanguinarios y entregarlos a la ley, de la cual el señor Aldobrand reclamaba justicia soberana.

Todo esto me lo explicó Elzevir después, pero en el momento en que aquel farsante habló del diamante como si fuera suyo, Elzevir interrumpió y dijo en pleno tribunal que era mentira, y que esta piedra preciosa no era otra que la que habíamos ofrecido por la tarde, cuando Aldobrand había dicho que era vidrio. Entonces el mercader de diamantes se rio y sacó de su bolsillo nuestro gran diamante, que pareció llenar el lugar de luz y deslumbró a la mitad del tribunal. Lo giró en su mano, sopesándolo en la palma como una gran lámpara de luz destellante, y preguntó si era probable que dos simples marineros vendieran una piedra como aquella. Más aún, para que el tribunal supiera con qué audaces granujas trataban, sacó de su bolsillo el recibo que le había dado Shalamof, el judío de Petersburgo, por esta misma joya, y se lo mostró al juez. Si era un recibo falsificado o uno de otra piedra, no lo supimos, pero Elzevir volvió a hablar, diciendo que la piedra era nuestra y la habíamos encontrado en Inglaterra. Entonces el señor Aldobrand se rio de nuevo y sostuvo la joya en alto una vez más: ¿se encontraban tales guijarros, preguntó, en la orilla por cualquier mísero pescador? Y el gran diamante destelló mientras lo devolvía a su bolsillo, y me gritó: «¿No soy yo la reina de todos los diamantes del mundo? ¿Debo alojarme con este vil canalla?», pero yo era impotente ahora para ayudar.

Después de Aldobrand, los sirvientes prestaron testimonio, contando cómo nos habían atrapado en el acto, con las manos en la masa; y en cuanto a esta joya, habían visto a su amo manejarla en cualquier momento en los últimos seis meses.

Pero Elzevir, irritado hasta la médula por todas sus falsedades, estalló de nuevo, diciendo que eran unos mentirosos y que la joya era nuestra; hasta que un carcelero que estaba a su lado lo golpeó en la boca y le cortó el labio para silenciarlo.

El proceso terminó pronto, y el juez, con su toga roja, se puso de pie y nos sentenció a galeras de por vida; pidiéndonos que admiráramos la misericordia de la ley para con los extranjeros, pues si hubiéramos sido holandeses, seguramente nos habrían colgado.

Luego nos tomaron y nos sacaron del tribunal, tan bien como pudimos caminar con los grilletes, y Elzevir con la boca sangrando. Pero al pasar por el lugar donde estaba sentado Aldobrand, me hizo una reverencia y dijo en inglés:

—Vuestro servidor, señor Trenchard. Le deseo un buen día, Sir John Trenchard... de Moonfleet, en Dorset.

El carcelero se detuvo un momento, oyendo a Aldobrand hablarnos aunque sin entender lo que decía, así que tuve tiempo de responderle:

—Buenos días, Sir Aldobrand, mentiroso, ladrón y judío; y que el diamante os traiga el mal en esta vida presente, y la condenación en la venidera.

Así nos separamos de él, y en ese mismo momento nos separamos de nuestra libertad y de todas las alegrías de la vida.

Fuimos encadenados junto con otros prisioneros en reatas de seis, nuestras muñecas esposadas a una larga barra, pero a mí me pusieron en un grupo diferente al de Elzevir. Así marchamos durante diez días por el campo hasta un lugar llamado Ymeguen, donde se estaba construyendo una fortaleza real. Aquella fue una marcha agotadora para mí, pues era enero, con caminos húmedos y fangosos, y tenía muy poca ropa en la espalda para protegerme de la lluvia y el frío. A ambos lados cabalgaban guardias a caballo, con mosquetes cargados sobre el arzón de la silla y largos látigos en las manos con los que fustigaban a cualquier rezagado; aunque ya era bastante difícil para los hombres caminar donde el barro cubría los tobillos de los caballos. No tuve oportunidad de hablar con Elzevir en todo el viaje, y de hecho no hablé nada en absoluto, pues aquellos a los que estaba encadenado eran más bestias brutas que hombres, y además solo hablaban en holandés.

Poco se había comenzado de la construcción de la fortaleza cuando llegamos a Ymeguen, y la tarea que se nos asignó fue la de cavar las trincheras y otros terraplenes. Creo que había quinientos hombres empleados de esta manera, y todos ellos condenados como

nosotros a trabajos forzados de por vida. Estábamos divididos en escuadras de veinticinco, pero Elzevir fue destinado a otra escuadra y a una parte diferente de las obras, así que no lo vi más, excepto en contadas ocasiones, de vez en cuando, cuando nuestras cuadrillas se cruzaban y podíamos intercambiar una o dos palabras al pasar.

Así, no tuve el consuelo de ninguna compañía más que la mía, y me vi obligado a pensar y a ocupar mi mente con el recuerdo del pasado. Y al principio, la vida de mi niñez, ahora perdida para siempre, estaba constantemente presente incluso en mis sueños, y me despertaba pensando que estaba de nuevo en la escuela con el señor Glennie, o hablando en el cenador con Grace, o subiendo la colina de Weatherbeech con la brisa salada del Canal cantando entre los árboles. Pero, ¡ay!, estas cosas se desvanecían cuando abría los ojos y reconocía la choza de madera maloliente y el suelo de paja fétida donde cincuenta de nosotros yacíamos encadenados cada noche. Digo que soñaba estas cosas al principio, pero poco a poco el recuerdo se fue embotando y las imágenes se hicieron menos claras, e incluso estas dulces y tristes visiones de la noche me visitaban con menos frecuencia. Así, la vida se convirtió en una ronda agotadora, en la que mes tras mes, estación tras estación, año tras año, traían siempre el mismo eterno trabajo inútil. Y sin embargo, el trabajo era misericordioso, pues embotaba el filo mordaz del pensamiento, y la inmutable monotonía de la vida daba alas al tiempo.

En todos los años que las langostas devoraron para mí en Ymeguen, solo hay una cosa de la que necesito hablar aquí. Llevaba allí una semana cuando una mañana me soltaron de los hierros y me llevaron del trabajo a una pequeña cabaña aparte, donde había media docena de guardias y, en medio, una robusta silla de madera con abrazaderas y correas. Un fuego ardía en el suelo, y había un humo y un vaho que llenaban el aire con un olor a carne quemada. Mi corazón se encogió cuando vi aquella silla y aquel fuego, y oí aquel olor nauseabundo, pues adiviné que era una sala de tortura y aquellos los torturadores que esperaban. Me forzaron a sentarme en la silla y me ataron allí con correas y una abrazadera alrededor de la

cabeza; y entonces uno sacó un hierro al rojo del fuego del suelo y lo probó a poca distancia de su mano para comprobar el calor. Yo había armado mi corazón para soportar el dolor lo mejor que pudiera, pero cuando vi aquel hierro suspiré de puro alivio, porque supe que no era más que un hierro de marcar, y no la tortura. Y así me marcaron en la mejilla izquierda, colocando el hierro entre la nariz y el pómulo, donde era más visible. Soporté el dolor y la quemadura con bastante entereza, viendo que había esperado algo mucho peor, y no habría hecho mención de la cosa aquí en absoluto si no fuera por la marca que usaron. Esta marca era una «Y», siendo la primera letra de Ymeguen, y se ponía a todos los prisioneros que trabajaban allí, como descubrí después; pero para mí era mucho más que una simple letra, y nada menos que la «Y» negra misma, o el *pall* de los Mohune. Así, como una oveja es marcada con el hierro de su dueño y puede ser reclamada dondequiera que esté, así fui yo marcado con el hierro de los Mohune y señalado como suyo en la vida o en la muerte, dondequiera que vagara. Fue tres meses después de eso, y la marca curada y bien asentada, que volví a ver a Elzevir; y mientras nos cruzábamos en la trinchera y nos saludábamos, vi que él también llevaba el *pall* en plena mejilla izquierda.

Así pasaron los años y de niño me convertí en hombre, y no uno débil tampoco: pues aunque nos daban escasa y mala comida, el aire era fresco y fuerte, porque Ymeguen estaba destinado a ser tanto palacio como fortaleza, y eligieron un lugar saludable. Y poco a poco se cavaron los fosos y se construyeron las murallas, y piedra a piedra el castillo se elevó hasta que estuvo casi terminado, y así nuestro trabajo ya no fue necesario. Cada día, escuadras de nuestros compañeros de prisión se marchaban, y mi cuadrilla fue dejada casi hasta el final, ocupada en reparar una alcantarilla que las fuertes lluvias habían derribado.

Fue en el décimo año de nuestro cautiverio, y en el vigésimo sexto de mi edad, que una mañana, en lugar de que la guardia nos llevara al trabajo, nos entregaron a un grupo de soldados montados, por cuyos mosquetes y largos látigos supe que íbamos a dejar Ymeguen.

Antes de partir, otra cuadrilla se unió a nosotros, ¡y cómo se me alegró el corazón cuando vi a Elzevir entre ellos! Hacía dos años o más que no nos habíamos encontrado ni para saludarnos, pues yo trabajaba fuera de la fortaleza y él en la gran torre de dentro, y noté que su pelo estaba más blanco y una mirada más triste en su rostro. Y en cuanto al *pall* en su mejilla, no pensé en ello en absoluto, pues todos estábamos tan acostumbrados a la marca, que si alguien no la llevaba estampada en su rostro, lo habríamos mirado como a un hombre nacido con un solo ojo. Pero aunque su mirada era triste, Elzevir me dedicó una sonrisa amable y un saludo cordial al pasar, y en la marcha, cuando nos sirvieron la comida, tuvimos la oportunidad de intercambiar una o dos palabras. Sin embargo, ¿cómo podíamos encontrar espacio para mucha alegría? Pues incluso el placer del encuentro se veía empañado porque nos veíamos obligados a tomar nota, por así decirlo, de la miseria del otro, y a saber que uno no tenía para su vejez más que consumirse en prisión, y el otro nada más que la prisión para consumir la fuerza de su plenitud.

En poco tiempo, todos supimos a dónde nos dirigíamos, pues se filtró que íbamos a marchar a La Haya y de allí a Scheveningen, para embarcar hacia los asentamientos de Java, donde utilizan a los delincuentes transportados en las plantaciones de azúcar. ¿Era este el fin de las jóvenes esperanzas y los elevados objetivos: vivir y morir como un esclavo en las plantaciones holandesas? Las esperanzas de Grace, las esperanzas de volver a ver Moonfleet, habían muerto hacía mucho, mucho tiempo; ¿y ahora no habría esperanza de libertad, ni siquiera de aire puro, a este lado de la tumba, sino solo sol ardiente y pantanos humeantes, y el chasquido del látigo del capataz hasta que llegara el fin? ¿Podía ser así? ¿Podía ser así? Y sin embargo, ¿qué ayuda había, o qué liberación? ¿No había yo vigilado durante diez años en busca de cualquier destello o resquicio de alivio, y nunca lo había encontrado? Si estuviéramos encerrados en celdas o mazmorras en la roca más profunda, podríamos haber tramado una fuga, pero aquí al aire libre, encadenados en reatas, ¿qué podíamos hacer? Eran pensamientos

bastante amargos los que llenaban mi corazón mientras caminaba penosamente por los caminos accidentados, encadenado por la muñeca a la larga barra; y al ver el pelo blanco y los hombros encorvados de Elzevir caminar penosamente delante de mí, recordé cuando aquella cabeza apenas tenía una cana y la espalda era tan recta como los macizos y tercos pilares de la vieja iglesia de Moonfleet. ¿Qué nos había llevado a este extremo? Y entonces recordé una tarde de julio, años atrás, el crepúsculo en el cenador y una voz dulce y grave que decía: «Ten cuidado al tocar el tesoro: fue mal habido y traerá una maldición consigo». Sí, fue el diamante el que lo había hecho todo y había traído una plaga sobre mi vida, desde aquella primera noche que pasé en la cripta de Moonfleet; y maldije la piedra, y a Barbanegra y a sus Mohunes perdidos, y seguí caminando penosamente llevando su emblema marcado a fuego en mi rostro.

Marchamos de vuelta a La Haya, y por aquella misma calle donde vivía Aldobrand, solo que la casa estaba cerrada y los letreros que llevaban su nombre habían sido retirados; así que parecía que había dejado el lugar o bien estaba muerto. Así llegamos por fin a los muelles, y aunque sabía que dejaba Europa y toda esperanza atrás, fue un deleite oler de nuevo el mar y llenar mis fosas nasales con el aire salado y vigorizante.

CAPÍTULO XVIII

EN LA BAHÍA

«Que anchas leguas lo separen
de aquella espuma lejana,
¡Oh, Dios! pensar que el hombre alguna vez
se acerca demasiado a su hogar». —Hood.

El barco que debía transportarnos se balanceaba en la boya a un cuarto de milla de la costa, y había botes de remos esperando para llevarnos a él. Era un bergantín de unas 120 toneladas de porte, y al pasar bajo la popa vi que su nombre era el *Aurungzebe*.

Con un pesar inefable eché mi última mirada a Europa; y paseando la vista a mi alrededor, vi el humo de la ciudad oscuro contra el cielo que oscurecía; pero sabía que ni el humo ni el cielo eran ni la mitad de negros que la perspectiva de mi vida.

Nos enviaron al sollado o cubierta más baja, un lugar inmundo donde no había aire ni luz, y cerraron las escotillas sobre nosotros. Éramos treinta en total, empujados y arreados como cerdos a esta

cubierta, que iba a ser nuestra pocilga durante seis meses o más. Apenas había suficiente luz, cuando quitaban las escotillas, para mostrarnos qué clase de lugar era: a saber, tan inmundo como olía, sin mesa, ni asiento, ni nada, solo las más toscas tablas y vigas; y allí nos cambiaron las cadenas, quitando la barra y poniéndonos un apretado brazalete en una muñeca, con una cadena con candado que pasaba por un ojal. Así seguíamos encadenados, de seis en seis, pero con mayor libertad y más espacio para movernos. Y más aún, el hombre que cambió las cadenas, ya fuera por capricho o quizás porque realmente deseaba mostrarnos la piedad que podía, me encadenó a la misma cadena que a Elzevir, diciendo que éramos malditos ingleses y que podíamos hundirnos o nadar juntos. Luego pusieron las escotillas y allí nos dejaron en la oscuridad para pensar o dormir o maldecir el tiempo. El hastío de Ymeguen era ciertamente malo, y sin embargo era un paraíso comparado con esta noche de infierno, donde todo lo que podíamos esperar era dos veces al día el movimiento de las escotillas y media hora de un destello de un farol de barco, mientras nos servían las sobras que la tripulación holandesa no quería comer.

No diré nada de la inmundicia de este lugar, porque era demasiado inmundo para ser escrito en papel; y si era inmundo al principio, fue diez veces peor cuando llegamos a mar abierto, pues de todos los prisioneros solo Elzevir y yo éramos marineros, y el resto soportó mal el movimiento.

Desde el principio tuvimos mal tiempo, pues aunque estábamos abajo y no podíamos ver nada, era bastante fácil saber que había un fuerte mar de proa, casi tan pronto como salimos del puerto. Aunque Elzevir y yo no habíamos tenido oportunidad de hablar libremente durante tanto tiempo, y ahora podíamos hablar a nuestro antojo, al estar tan estrechamente unidos, dijimos muy poco. Y esto, no porque no valoráramos enormemente la compañía del otro, sino porque no teníamos nada de qué hablar excepto recuerdos del pasado, y esos eran demasiado amargos y acudían con demasiada facilidad a nuestras mentes como para necesitar que alguien los convocara. Estaba también el destierro de Europa, de todo y de

todos los que amábamos, y la espantosa certeza de la esclavitud que pesaba continuamente sobre nosotros como un peso de plomo. Así, dijimos poco.

Llevábamos una semana fuera, creo —pues el tiempo es bastante difícil de medir donde no hay ni reloj, ni sol, ni estrellas—, cuando el tiempo, que había mejorado un poco, comenzó a empeorar mucho. El barco cabeceaba y trabajaba pesadamente, y esto aumentaba mucho nuestra incomodidad; porque no había nada a lo que agarrarse, y a menos que nos tumbáramos en la cubierta inmunda, corríamos el riesgo de ser arrojados a un lado cada vez que había una escora o un balanceo más violento. Aunque estábamos tan abajo, el rugido del viento y las olas era lo suficientemente fuerte como para alcanzarnos, y había tal ruido cuando el barco viraba, tal chirrido de cabos, con crujidos y gemidos de las maderas, como para hacer temer a un hombre de tierra que el bergantín se fuera a hacer pedazos. Y esto temían en verdad algunos de nuestros compañeros de prisión, y se ponían a llorar o a arrodillarse encadenados como estaban sobre la cubierta inclinada, mientras intentaban recordar oraciones olvidadas hacía mucho tiempo. Por mi parte, me preguntaba por qué estos pobres desgraciados rezaban para ser librados del mar, cuando todo lo que tenían por delante era una esclavitud de por vida; pero quizás yo era capaz de ver el asunto con más calma, por haber estado en el mar y no pensar que el barco se fuera a hundir por el ruido. Sin embargo, la tormenta arreció hasta que fue muy evidente que estábamos en un mar embravecido, y los chorros que comenzaron a filtrarse por las juntas de la escotilla demostraban que el agua había entrado abajo.

—He conocido barcos mejores que se han hundido por menos que esto —me dijo Elzevir—; y si nuestro capitán no tiene una nave estanca y manos robustas para manejarla, pronto habrá cuarenta esclavos menos para cortar la caña en Java. No puedo adivinar dónde estamos ahora, quizás frente a Ushant, quizás no tan lejos, pues este mar es demasiado corto para el Golfo; pero que los santos nos den espacio en el mar, porque llevamos tres horas capeando.

Era muy cierto que habíamos pasado a capear, como se podía saber por el balanceo o la zozobra más pesada cuando virábamos, en lugar del cabeceo de una bordada; pero no había forma de saber nuestra ubicación. Lo único que teníamos para calcular el tiempo era la apertura de la escotilla dos veces al día para comer; e incluso este pobre reloj no mantenía la hora demasiado bien, pues a menudo había tales lagunas e intervalos que nuestros estómagos se quejaban, y en este momento habíamos esperado tanto que ansiaba incluso aquella inmunda carne desmenuzada con la que nos alimentaban.

Así que nos alegramos bastante de oír un ruido en la escotilla justo cuando Elzevir había terminado de hablar, y la tapa fue arrojada, dejando entrar un chapoteo de agua salada y una luz tenue y oscura. Pero en lugar del guardia con sus mosquetes y linternas y las tinas de sobras, solo había un hombre, y era el carcelero que nos había encadenado en reatas al principio del viaje.

Se inclinó un momento sobre la escotilla, sujetándose a la brazola para estabilizarse con el vaivén del mar, y arrojó una llave en una cadena al sollado, justo entre nosotros.

—¡Tomadla! —gritó en holandés—, y sacadle el mayor provecho. A Dios rogando y con el mazo dando.

Dicho esto, no se detuvo ni un momento, sino que se dio la vuelta rápidamente y se fue. Por un instante nadie supo qué presagiaba este juego, y allí estaba la llave en la cubierta y la escotilla abierta. Entonces Elzevir comprendió lo que significaba todo y agarró la llave.

—¡John! —gritó, hablándome en inglés—, el barco se hunde, y nos están dando una oportunidad de salvar nuestras vidas, y no ahogarnos como ratas en una trampa. —Con eso probó la llave en el candado que sujetaba nuestra cadena, y encajó tan bien que en un santiamén nuestra reata quedó libre. La cadena cayó con estrépito al suelo, y no quedó de nuestras ataduras más que un brazalete de hierro sujeto a la muñeca izquierda. Podéis estar seguros de que los

demás fueron lo suficientemente rápidos para usar la llave cuando supieron para qué era, pero no esperamos a ver más, sino que nos dirigimos a la escala.

Elzevir y yo, acostumbrados al mar, fuimos los primeros en salir por la escotilla de arriba, y ¡oh, la fuerza y la dulce frescura del aire del mar, en lugar del cálido y fétido hedor del sollado de abajo! Había bastante agua chapoteando en la cubierta principal, pero nada que indicara que el barco se estuviera hundiendo, pero no se veía a nadie de la tripulación. No nos quedamos allí ni un segundo, sino que nos movimos hacia la carroza tan rápido como pudimos con el fuerte cabeceo del barco, y así llegamos a cubierta.

El crepúsculo de una tarde de invierno se estaba instalando, pero con amplia luz para ver de cerca, y lo primero que percibí fue que la cubierta estaba vacía. No había un alma viva más que nosotros en ella. El bergantín estaba al paio, con la proa contra el mar más agitado que he visto nunca, y las olas lo barrían de proa a popa; así que nos dirigimos a la parte trasera de la carroza y allí hicimos balance. Pero antes de llegar supe por qué se había ido la tripulación y por qué nos habían soltado, pues Elzevir señaló algo hacia lo que íbamos a la deriva, y me gritó al oído para que lo oyera por encima de todo el furor de la tempestad:

—¡Estamos en una costa a sotavento!

Estábamos proa al mar, y no quedaba ni un trozo de lona excepto una vela de estay de tormenta. Había jirones andrajosos ondeando en las vergas que mostraban dónde se habían volado las velas, y de vez en cuando la vela de estay flameaba como el disparo de un cañón, para mostrar que quería seguir las. Pero a pesar de que estábamos proa al mar, nos movíamos hacia atrás, y cada gran ola al pasar nos llevaba de popa con un salto y un levantamiento arremolinado. Fue por la popa por donde señaló Elzevir, en la dirección en que íbamos, y había tal neblina, entre el viento, la lluvia y la espuma, que apenas se podía ver a poca distancia. Y sin embargo, vi demasiado lejos, pues en la neblina hacia la que íbamos de popa, vi una línea blanca como un fleco o una cenefa en el mar;

y luego miré a estribor, y allí estaba la misma franja blanca, y luego a babor, y la franja blanca también estaba allí. Solo aquellos que conocen el mar saben cuán terribles fueron las palabras de Elzevir pronunciadas en tal lugar. Un momento antes estaba eufórico por el vigoroso viento salado y por una esperanza y una libertad que habían sido extrañas durante mucho tiempo; pero ahora todo se había desvanecido, y la muerte, que está tan lejos para los jóvenes, se había acercado cincuenta años; se acercaba un año más cada minuto.

—¡Estamos en una costa a sotavento! —gritó Elzevir; y miré y supe qué era la franja blanca, y que estaríamos en las rompientes en media hora. ¡Qué torbellino de viento, olas y mar, qué torbellino de pensamientos y conjeturas descabelladas! ¿Qué era aquella tierra hacia la que íbamos a la deriva? ¿Era un acantilado, con aguas profundas y una cara de hierro, donde un buen barco se hace añicos de un golpe y la muerte llega como un trueno? ¿O era una playa de arena en pendiente, donde hay encallamiento y el golpeteo, golpeteo, golpeteo de las olas durante horas, antes de que se haga pedazos y todo termine?

Estábamos en una bahía, pues allí estaba la larga media luna blanca de la rompiente que se extendía a lo lejos a ambos lados, hasta perderse en la oscuridad, y el bergantín impotente en medio de ella. Elzevir me tenía agarrado del brazo y lo apretaba con fuerza mientras miraba a babor. Seguí su mirada, y donde un cuerno de la media luna blanca se desvanecía en la neblina, distinguí una sombra oscura en el aire y supe que era tierra alta que se cernía detrás. Y entonces la oscuridad y la lluvia torrencial se levantaron un poco, y como si fuera solo para ese propósito; y vimos un promontorio neblinoso descender hacia el mar, como la larga cabeza de un caimán tomando el sol, suspendida sobre el agua, y nos miramos a los ojos y gritamos juntos:

—¡El Snout!

Había desaparecido casi antes de ser visto, y sin embargo supimos que no había error; era el Snout lo que se cernía allí detrás del velo

en movimiento, y estábamos en la bahía de Moonfleet. ¡Oh, qué torrente de pensamientos vino entonces, aturdiéndome con su dulce amargura, al pensar que después de todos aquellos años de prisión y exilio habíamos vuelto a Moonfleet! Estábamos tan cerca de todo lo que amábamos, tan cerca —solo una milla de agua rota— y sin embargo tan lejos, pues la muerte se interponía, y habíamos vuelto a Moonfleet para morir. Un cambio se produjo en los rasgos de Elzevir cuando vio el Snout; su rostro había perdido su tristeza y lucía una expresión de sobria felicidad. Puso su boca cerca de mi oído y dijo:

—Alguna extraña mano nos ha traído a casa al fin, y prefiero ahogarme en la playa de Moonfleet que seguir viviendo en prisión, y ahogarnos debemos en menos de una hora. Sin embargo, actuaremos como hombres y lucharemos por la vida. —Y entonces, como reuniendo todas sus fuerzas—: Hemos superado malos tiempos juntos, ¿y quién sabe si no superaremos este?

Los otros prisioneros estaban ahora en cubierta y habían encontrado el camino hacia popa. Estaban enloquecidos de miedo, siendo hombres de tierra y no habiendo visto nunca un mar embravecido, y en verdad aquel mar podría haber asustado también a los marineros. Así que tropezaban empapados por las olas y se agruparon alrededor de Elzevir, pues lo veían como un líder, porque conocía los caminos del mar y era el único que permanecía en calma en aquel terrible trance.

Era evidente que cuando la tripulación holandesa se dio cuenta de que estaban atrapados en la bahía y que el barco debía ir a la deriva hacia las rompientes, habían echado los botes al agua, pues el gig y el bote auxiliar habían desaparecido y solo quedaba la pinaza en el centro del barco. Era un bote demasiado pesado, quizás, para que lo hubieran botado en un mar tan temible; pero allí estaba, y fue hacia él donde los prisioneros volvieron la vista. Algunos se agarraban a los brazos de Elzevir, otros caían sobre la cubierta y lo agarraban por las rodillas, suplicándole que les mostrara cómo botar la pinaza.

Entonces él habló, gritando para hacerse oír:

—Amigos, cualquier hombre que se suba a un bote está perdido. Conozco esta bahía y conozco esta playa, y de hecho nací por aquí, pero nunca he visto un bote llegar a tierra en un mar como este, salvo con la quilla al sol. Así que si queréis mi consejo, ahí lo tenéis: quedaos en el barco. En media hora estaremos en las rompientes; y pondré el timón a la vía e intentaré dirigir el bergantín de proa a la playa; así cada hombre tendrá la oportunidad de luchar por su propia vida, y que Dios se apiade de los que se ahoguen.

Sabía que lo que decía era la verdad, y no había más remedio que quedarse en el barco, aunque la probabilidad era escasa; pero aquellas pobres almas enloquecidas por el miedo no quisieron saber nada de su consejo una vez dado, y decidieron ir a por el bote. Entonces subieron algunos de abajo que habían estado en la bodega de licores y estaban llenos de bebida y de valor etílico, y animaron al resto, diciendo que sacarían la pinaza y que todas las almas se salvarían. De hecho, el destino pareció señalarles ese camino, pues un mar más pesado que ninguno subió a bordo y barrió un gran trozo de la amurada de babor que se había estado aflojando, y creó, por así decirlo, una vía de lanzamiento despejada para el bote. De nuevo intentó Elzevir convencerlos de que se quedaran en el barco, pero se apartaron y todos se dirigieron a la pinaza. Estaba en el centro del barco y era un bote bastante pesado, pero con tantas manos para ayudar, la llevaron hasta la amurada rota. Entonces Elzevir, viendo que la sacarían a cualquier precio, les mostró cómo aprovechar el mar, y movió un poco el timón hasta que el *Aurungzebe* cayó a babor y puso el hueco de la amurada a sotavento. Así, en pocos minutos, allí estaba, a la punta de un cabo en el lado protegido, profundamente cargada con treinta hombres, que estaban mal provistos de remos y mucho peor provistos de habilidad para usarlos. Hubo uno o dos que, antes de partir, gritaron a Elzevir y a mí para intentar que los siguiéramos; en parte, creo, porque realmente apreciaban a Elzevir, y en parte para tener un marinero en el bote que los dirigiera; pero los demás soltaron amarras y nos dejaron con una maldición, diciendo que podíamos irnos a ahogar por ser ingleses obstinados.

Así que nos quedamos solos los dos en el bergantín, que seguía yendo a la deriva lentamente hacia atrás; pero la pinaza pronto se perdió de vista, aunque vimos que remaban alocadamente tan pronto como salió del abrigo del barco y que les costaba mucho mantener la proa al mar.

Entonces Elzevir fue a la rueda que coceaba y me hizo señas para que lo ayudara, y entre los dos pusimos el timón a la vía. Vi entonces que había perdido toda esperanza de que el viento cambiara y que intentaba dirigirla directamente hacia la playa.

Estaba al paio con la proa al viento, pero gradualmente fue cayendo a medida que se llenaba la vela de estay, y así se dirigió directamente a la costa. La noche de noviembre había caído y estaba muy oscuro, solo se veía la franja blanca de las rompientes, y se hacía más clara a medida que nos acercábamos. El viento soplaba más feroz que nunca, y las olas rompían más ferozmente cerca de la orilla. Habían perdido su color amarillo sucio cuando la luz murió, y nos seguían como grandes montañas negras, con una cresta blanca y rompiente que parecía que iba a arrollarnos a cada minuto. Dos veces nos alcanzaron por popa y estuvimos hasta la cintura en agua helada, pero aun así nos aferramos a la rueda por nuestras vidas.

La línea blanca estaba ahora más cerca de nosotros, y por encima de toda la furia del viento y el mar podía oír el espantoso rugido de la resaca que arrastraba los guijarros de la playa. La última vez que recordaba haber oído ese rugido fue cuando yacía, de niño, una noche de verano, entre el sueño y la vigilia, en el pequeño dormitorio encalado de mi tía; y me pregunté ahora si alguien estaría sentado ante su hogar tierra adentro esa noche, y al oír aquel rugido lejano, echaría otro leño al fuego y daría gracias a Dios por no estar luchando por su vida en la bahía de Moonfleet. Podía imaginar todo lo que estaba sucediendo esa noche en la playa: cómo Ratsey y los descargadores habrían avistado el *Aurungzebe*, quizás al mediodía, quizás antes, y sabían que estaba atrapado en la bahía y que nada podría salvarlo salvo que el viento rolara al este. Pero el viento se mantendría fijo en el sur, y verían volar una vela tras otra y

lo observarían capear y capear, y cada vez acercarse más; y el rumor correría por la calle de que había un barco que no podía doblar el Snout y que debía encallar al atardecer. Entonces, la mitad del pueblo se reuniría en la playa, con los hombres dispuestos a arriesgar sus vidas por las nuestras, y de ningún modo deseando que el barco naufragara, pero ansiosos por no perder su oportunidad de botín si la Providencia dictaminaba que debía naufragar. Y supe que Ratsey estaría allí, y Damen, Tewkesbury y Laver, y probablemente el párroco Glennie, y quizás... y ante ese quizás mis pensamientos volvieron a donde estábamos, pues oí a Elzevir hablarme.

—¡Mira! —dijo—, ¡hay una luz!

No era más que el más leve destello, o ni siquiera eso, solo algo que indicaba que había una luz detrás de la bruma y la oscuridad. Se hizo más clara mientras la mirábamos, y de nuevo se perdió en la penumbra, y entonces Elzevir dijo:

—¡La cerilla de Maskew!

Era un nombre olvidado hacía mucho tiempo que me llegó desde muy lejos, por largos pasillos de la memoria, que tuve, por así decirlo, que tantear y aferrar para saber qué significaba. Entonces todo volvió, y yo era de nuevo un niño en el pesquero, acercándome sigilosamente a la costa con la ligera brisa de una noche de agosto y observando aquel destello amistoso desde los bosques de la Casa Solariega, sobre la aldea. ¿No había prometido ella que mantendría aquella lámpara encendida para guiar a todos los marineros cada noche hasta que yo volviera? ¿No me estaba esperando todavía? ¿No volvía yo a ella ahora? ¡Pero qué regreso! Ya no era un niño, ni en una noche de agosto, sino un convicto quebrado y marcado a fuego en medio del vendaval de noviembre. Era bueno, en verdad, que entre nosotros estuviera aquella franja blanca de muerte, para que ella nunca viera en lo que me había convertido.

Es probable que Elzevir tuviera pensamientos parecidos, pues volvió a hablar, olvidando, quizás, que yo era ya un hombre y no un

niño, y usando un nombre que no había usado en años.

—Johnnie —dijo—, estoy helado y muy descorazonado. En diez minutos estaremos en la rompiente. Baja a la bodega de licores, bebe tú mismo y tráeme una botella aquí. Ambos necesitaremos la fuerza de un joven, y yo ya no la tengo.

Hice lo que me pidió y encontré la bodega, aunque el camarote estaba completamente inundado; y después de beber yo mismo, le llevé la botella. Era una ginebra bastante buena, de la propia provisión del capitán, pero nada comparado con la vieja leche del Ararat del Why Not. Elzevir dio un trago y luego arrojó la botella.

—Es buen licor —rio—, y bueno para los fríos de otoño, como habría dicho Ratsey.

Estábamos muy cerca de la franja blanca ahora, y las olas nos seguían más altas y más rompientes. Entonces hubo un resplandor enfermizo y pálido que se extendió por el aire acuoso frente a nosotros, y supe que estaban encendiendo una luz de bengala en la playa. Estarían todos allí esperándonos, aunque no podíamos verlos, y no sabían que solo había dos hombres a los que estaban señalando, y esos dos nacidos en Moonfleet. Encienden esa luz en la bahía de Moonfleet justo donde un pequeño filón de arcilla aflora bajo los guijarros, y si un barco puede alcanzar ese punto, encuentra un fondo más blando. Así que giramos un poco el timón y la dirigimos directamente hacia la bengala.

Hubo un ruido ensordecedor cuando nos acercamos a la orilla: el chillido del viento en la jarcia, el estruendo de las olas rompientes y, por encima de todo, el espantoso rugido rechinante de la resaca que arrastraba los guijarros.

—Ya llega —dijo Elzevir; y pude ver figuras tenues moviéndose en el resplandor brumoso de la luz de bengala; y entonces, justo cuando el *Aurungzebe* se dirigía directamente hacia la señal, una monstruosa ola rompiente lo alcanzó por popa y nos barrió a ambos de la rueda, hacia proa, en un torrente arremolinado. Nos agarramos a lo que pudimos y así terminamos magullados y medio ahogados en

las cadenas de proa; pero al quedar la rueda libre, otra ola lo golpeó y lo hizo girar. Hubo un segundo en que el agua pareció estar por encima, por debajo y por todas partes, y entonces el *Aurungzebe* encalló de costado en la playa de Moonfleet, con un ruido como un trueno y un golpe que nos aturdió.

He visto barcos encallar en ese mismo lugar antes y después, y golpear una y otra vez con cada ola, hasta que las robustas vigas no pudieron soportar más los embates y se partieron. Pero no fue así con nuestro pobre bergantín, pues después de aquel primer impacto espantoso no se movió más, habiendo sido arrojado con tal firmeza sobre la playa por una gran ola arrolladora que ninguna otra tuvo poder para arrancarlo. Solo que escoró hacia la playa, apartándose de las olas, como un niño inclina la cabeza para escapar de la férula de un maestro cruel, y entonces sus mástiles se partieron, primero el de proa y luego el mayor, con un estruendo que se hizo oír por encima de todo.

Estábamos en el lado de sotavento, bajo el refugio de la carroza, aferrados a los obenques, ora con el agua hasta las rodillas cuando la ola llegaba, ora en seco cuando retrocedía. La luz de bengala seguía ardiendo, pero el barco había encallado un poco a su derecha, y el grupo oscuro de pescadores se había desplazado por la playa hasta quedar frente a nosotros. Así, estábamos a solo cien pies de distancia de ellos, pero era el intervalo de la muerte y la vida, pues entre nosotros y la orilla había una carrera enloquecida de agua hirviente, olas blancas y espumosas que saltaban por todos lados contra nuestras amuradas rotas, o succionaban los guijarros con un rugido rechinante hasta dejar la playa casi seca.

Nos quedamos allí un minuto, agarrados y esperando que la resolución volviera a nosotros después del impacto de la encallada. En el lado de barlovento, las olas golpeaban y se enroscaban sobre el bergantín con un ruido como un trueno y la fuerza de incontables toneladas. Pasaban por encima de la carroza en una catarata de agua sólida, y había un estruendo, estruendo, estruendo de madera que se partía, mientras tabla tras tabla cedían ante aquel severo

asalto. Podíamos sentir la propia carroza temblar y sacudirse mientras estábamos de espaldas a ella, y al final se movió tanto que supimos que pronto sería arrastrada sobre nosotros.

Había llegado el momento.

—Debemos irnos después de que la próxima gran ola retroceda —gritó Elzevir—. Salta cuando dé la orden y sube por los guijarros todo lo que puedas antes de que llegue la siguiente. Nos lanzarán la punta de un cabo para que la agarremos. Así que, adiós, John, ¡y que Dios nos salve a ambos!

Le apreté la mano y me quité la ropa de convicto, manteniendo las botas para enfrentarme a los guijarros, y tenía tanto frío que casi anhelaba la rompiente. Entonces nos quedamos esperando uno al lado del otro hasta que llegó una gran ola, convirtiendo el espacio entre el barco y la orilla en un caldero hirviente. Un minuto después, todo fue succionado de nuevo con un rugido, y saltamos.

Caí de manos y pies donde el agua tenía una yarda de profundidad bajo el barco, pero me puse en pie y chapoteé en el lodo, en una lucha desesperada por subir lo más alto posible en la playa antes de que llegara la siguiente ola. Vi la hilera de hombres atados juntos y extendiéndose tan lejos como un hombre podía para salvar a cualquiera que saliera de la rompiente, y los oí gritar para animarnos, y vi que lanzaban la punta de un cabo. Elzevir estaba a mi lado y también la vio, y ambos mantuvimos el equilibrio y nos lanzamos hacia adelante a través del agua temblorosa y mansa; pero entonces llegó un trueno espantoso detrás, el estruendo del mar sobre los restos del naufragio, y supimos que otra ola montañosa nos pisaba los talones. Llegó con un rugido sibilante, una embestida y una subida de agua furiosa que nos barrió como corchos playa arriba, hasta que estuvimos al alcance de la punta del cabo, y los hombres gritaron de nuevo para darnos ánimos mientras la lanzaban. Elzevir la agarró con la mano izquierda y extendió la derecha hacia mí. Nuestros dedos se tocaron, y en ese mismo momento la ola cayó instantáneamente, con una succión espantosa, y fui arrastrado de nuevo playa abajo. Sin embargo, la resaca no me

devolvió al mar, pues entre los restos flotantes flotaba el mastelero mayor destrozado, y en el galope de aquella gran verga me agarré, y así quedé en la playa, a treinta pasos de los hombres y de Elzevir. Entonces él abandonó su propia salvación asegurada —a saber, el cabo— y descendió de nuevo a las mismas fauces de la muerte para agarrarme de la mano y ponerme en pie. La vista y el aliento me fallaban; estaba entumecido por el frío y medio muerto por los embates del mar; sin embargo, su fuerza de gigante fue poderosa para salvarme entonces, como me había salvado antes. Así, cuando oímos una vez más el estruendo y el trueno de advertencia de la ola que regresaba, estábamos a solo una braza de distancia del cabo.

—¡Ánimo, muchacho! —gritó—, ¡es ahora o nunca! —y mientras el agua nos llegaba al pecho, me dio un feroz empujón hacia adelante con las manos.

Hubo un rugido de agua en mis oídos, con un gran griterío de hombres en la playa, y entonces agarré el cabo.

CAPÍTULO XIX

EN LA PLAYA

«Doblad por los valientes,
los valientes que ya no existen;
todos hundidos bajo la ola
junto a su orilla natal». —Cowper.

La noche era fría y no llevaba nada puesto salvo los calzones y las botas, y estos empapados por el mar, y había estado luchando con la rompiente tanto tiempo que apenas me quedaba vida. Sin embargo, una vez que agarré el cabo, me aferré a él con todas mis fuerzas, y en un minuto me encontré en medio de los hombres de la playa. Los oí gritar de nuevo y sentí manos fuertes que me sujetaban, pero no podía ver sus rostros por una niebla que nadaba ante mis ojos, y no podía hablar porque la garganta y la lengua estaban resacas por el agua salada y la voz no salía. Había una multitud a mi alrededor, hombres y algunas mujeres, y extendí las manos a ciegas para agarrarme a ellos, pero las rodillas me fallaron y caí en la playa. Y después de eso solo recuerdo que me echaron abrigos por encima,

que me llevaron lejos del viento y que me acostaron en las mantas más cálidas ante un fuego. Estaba entumecido por el frío, el pelo apelmazado por la sal y la carne blanca y arrugada, pero me metieron licor a la fuerza en la boca, y así permanecí en un contento somnoliento hasta que el agotamiento absoluto me sumió en el sueño.

Fue un sueño profundo y sin sueños durante horas, y cuando me abandonó, suavemente y como centímetro a centímetro, descubrí que todavía yacía envuelto en mantas junto al fuego. ¡Oh, qué paz tan vasta e infinita fue aquella, yacer allí medio dormido, pero lo suficientemente despierto como para saber que había escapado de mi prisión y de los dolores de la muerte, y que era un hombre libre aquí, en mi tierra natal! Finalmente me moví un poco, despertando más, y al abrir los ojos, vi que no estaba solo, pues dos hombres estaban sentados a una mesa junto a mí con vasos y una botella delante.

—Está volviendo en sí —dijo uno—, y quizás viva para contarnos quién es y de qué puerto zarpó su nave.

—Muchas naves —dijo el otro— han zarpado hacia muchos puertos y han hecho de esta playa su última morada; y muchos hombres honrados han desembarcado en ella, y ninguno con vida en un mar como este. Ni este estaría vivo tampoco si no hubiera sido por aquel otro corazón valiente que lo apoyó y lo salvó. Corazón valiente, corazón valiente —se dijo a sí mismo—. Anda, pásame la botella, o me entrará la melancolía. Es buena contra estos fríos tempranos, y no he estado en este lugar en los últimos diez años, desde que el pobre Elzevir quedó a la deriva.

No podía ver el rostro del que hablaba desde donde yacía en el suelo, pero me pareció conocer su voz; y así estaba buscando a tientas en mi debilitada mente para ponerle un nombre, cuando habló de Elzevir y envió mis pensamientos a otra parte.

—Elzevir —dije—, ¿dónde está Elzevir? —y me senté para mirar a mi alrededor, esperando verlo yacer cerca de mí, y recordando ahora

el naufragio con más claridad, y cómo me había salvado con aquel último empujón en la playa. Pero no se le veía, y así supuse que su gran fuerza lo había recuperado más rápido que mi juventud, y que había vuelto a la playa.

—Chist —dijo uno de los hombres de la mesa—, acuéstate y vuelve a dormir. —Y luego añadió, dirigiéndose a su camarada—: Su cerebro aún desvaría. ¿Ves cómo se ha aferrado a mis palabras sobre Elzevir?

—No —interrumpí—, mi cabeza está bastante clara; hablo de Elzevir Block. Os ruego que me digáis dónde está. ¿Está ya bien del todo?

Se levantaron y se miraron el uno al otro y a mí, cuando nombré a Elzevir Block, y entonces reconocí al que hablaba como el maestro Ratsey, solo que más canoso de lo que era.

—¿Quién eres tú —gritó—, que hablas de Elzevir Block?

—¿No me reconocéis, maestro Ratsey? —y lo miré directamente a la cara—. Soy John Trenchard, que os dejó hace tanto tiempo. Os ruego que me digáis dónde está el maestro Block.

El maestro Ratsey pareció como si hubiera visto un fantasma, y al principio se quedó mudo, pero luego corrió y me estrechó la mano con tanto calor que volví a caer sobre mi almohada, mientras él derramaba un torrente de preguntas. ¿Cómo me había ido, dónde había estado, de dónde había venido? Hasta que lo detuve, diciendo:

—Poco a poco, buen amigo, y responderé; solo decidme primero, ¿dónde está el maestro Elzevir?

—No, eso no puedo decirlo —respondió—, pues ni un alma ha vuelto a ver a Elzevir desde aquella mañana de verano en que os dejamos a ti y a él en tierra en Newport.

—¡Oh, no me engañéis! —grité, irritado por sus excusas—. No estoy desvariando ahora. Fue Elzevir quien me salvó en la rompiente anoche. Fue él quien desembarcó conmigo.

Una mirada de triste asombro apareció en el rostro de Ratsey cuando dije aquello, una mirada que despertó en mí una terrible conjetura.

—¡Cómo! —gritó—. ¿Era el maestro Elzevir el que te arrastró por la rompiente?

—Sí, fue él quien desembarcó conmigo, fue él quien desembarcó conmigo —dije, tratando, por así decirlo, de hacer verdad repitiendo aquello que temía no fuera la verdad.

Hubo un minuto de silencio, y luego Ratsey habló muy suavemente:

—Nadie desembarcó contigo; ninguna alma se salvó de ese barco con vida, salvo tú.

Sus palabras cayeron, una por una, en mi oído como si fueran gotas de plomo fundido.

—No es verdad —grité—; él mismo me subió por la playa, y fue él quien me empujó hacia el cabo.

—Sí, te salvó, y luego la resaca se apoderó de él y lo arrastró bajo la ola. No pude verle la cara, pero podría haber sabido que nunca hubo un hombre, salvo Elzevir, que pudiera luchar así contra la rompiente en la playa de Moonfleet. Sin embargo, de haber sabido que era él, no podríamos haber hecho más, pues muchos arriesgaron sus vidas anoche para salvaros a ambos. No podríamos haber hecho más.

Entonces solté un gran gemido de pura angustia al pensar que había renunciado a la seguridad que había ganado para sí mismo y había entregado su vida, allí en la playa, por mí; al pensar que había muerto en el umbral de su hogar, que nunca volvería a recibir una mirada amable de él, ni volvería a oír su voz bondadosa.

Es tedioso para los demás hablar de un dolor profundo, y además, ninguna palabra, ni siquiera del hombre más sabio, puede jamás expresarlo, ni, aunque pudiéramos, nuestra memoria soportaría contarlo. Así que no hablaré más de aquel golpe terrible, solo para

decir que la pena, lejos de abatir mi cuerpo, como se podría haber esperado, le dio fuerza, y me levanté del jergón donde había estado yaciendo. Intentaron detenerme, e incluso retenerme, pero a pesar de estar tan débil los aparté, y tuve que echarme una manta encima y volver a la playa.

Amanecía cuando salí del Why Not —pues no era en otro lugar sino en aquel donde yacía—, y el viento, aunque todavía fuerte, había amainado. Había nubes ligeras que cruzaban el cielo muy rápidamente, y entre ellas, jirones de cielo despejado donde las estrellas palidecían ante el alba. Las estrellas palidecían; pero había otra estrella que brillaba desde los bosques de la Casa Solariega, sobre la aldea, aunque no podía ver la casa, y me decía que Grace, como las vírgenes prudentes, mantenía su lámpara encendida toda la noche. Sin embargo, incluso aquella luz brillaba sin lustre para mí entonces, pues mi corazón estaba demasiado lleno para pensar en otra cosa que no fuera en aquel que había entregado su vida por la mía, y en el corazón fuerte y bondadoso que se había detenido para siempre.

Menos mal que conocía el camino, tan seguro antaño, del Why Not a la playa, pues no presté atención ni al sendero ni a mis pies, sino que me abrí paso en la penumbra matutina, ciego de pena y de cansancio espiritual. Había un fuego de madera de deriva ardiendo en la parte trasera de la playa, y a su alrededor se acurrucaba un grupo de hombres con chaquetas de faena y sombreros de hule, esperando la mañana para salvar lo que pudieran del naufragio; pero les di un amplio rodeo, y así pasé en la oscuridad sin decir una palabra, y llegué a la cima de la playa. Había suficiente luz para distinguir lo que ocurría. El mar estaba muy agitado, pero con el viento amainando, las olas llegaban más pausadamente y con menos agua rota, rompiendo en una curva leonada y un golpe atronador y regular a lo largo de toda la bahía por millas. No quedaba rastro del casco del Aurungzebe, pero la playa estaba sembrada de tantos restos que uno habría pensado que nunca podrían proceder de un barco tan pequeño. Había barriles y barriletes, enjaretados y tapas de escotilla, botalones y trozos de

mástiles y galopes; y además de todo eso, el agua agitada cerca de la orilla estaba cubierta por una máscara flotante de madera astillada, y las olas, al romper, arrastraban y arrojaban sobre los guijarros tablones y vigas sin número. Había una docena o más de hombres en el lado del mar de la playa, con impermeables para protegerse de la humedad, merodeando arriba y abajo por los guijarros para ver qué podían echarse a la mano; y de vez en cuando corrían casi hasta la franja blanca, arriesgando sus vidas para salvar un barril como las habían arriesgado para salvar a sus semejantes la noche anterior, como las habían arriesgado para salvarnos a nosotros, como Elzevir había arriesgado su vida para salvar la mía, y la había perdido allí, en la franja blanca.

Me senté en la cima de la playa, con los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos y el rostro vuelto hacia el mar, sin saber bien por qué estaba allí o qué buscaba, sino solo pensando que Elzevir flotaba en algún lugar en aquella piel flotante de restos de madera, y que debía estar cerca para recibirlo cuando llegara a la orilla. Seguramente llegaría a tiempo, pues había visto a otros llegar a la orilla de esa manera. Porque cuando el Bataviaman encalló en la playa, yo estaba tan cerca de él como nuestros rescatadores lo habían estado de nosotros la noche anterior, y había algunos a bordo que dieron el salto fatal desde su proa e intentaron abrirse paso a través de la rompiente. Estaba tan cerca de ellos que pude distinguir sus rasgos y leer la esperanza salvaje en sus rostros al principio, y luego la resaca se apoderó de ellos, y ni uno solo salvó la vida aquel día. Y sin embargo, todos llegaron a la playa al final, y los reconocí por sus rostros muertos como los hombres que había visto esperar contra toda esperanza entre el barco y la orilla, algunos desnudos y otros vestidos, algunos magullados y gravemente golpeados por los guijarros y el mar, y otros sanos e intactos; todos llegaron a la playa al final.

Así que me senté y esperé a que viniera; y ninguno de los caminantes de la playa me dijo nada, los hombres de Moonfleet pensando que venía de Ringstave, y los hombres de Langton que pertenecía a Moonfleet, y ambos que había marcado algún barril en

el mar para mí y esperaba a que llegara. Solo después de un rato se me unió el maestro Ratsey y, sentándose a mi lado, me rogó que comiera pan y carne que había traído. Yo tenía pocas ganas de comer, pero tomé lo que me dio para librarme de sus insistencias y, una vez probado, la naturaleza me llevó a comérmelo todo, y me benefició mucho. Sin embargo, no pude hablar con Ratsey ni responder a ninguna de sus preguntas, aunque en otro momento le habría hecho mil yo mismo; y él, viendo que no servía de nada, se sentó a mi lado en silencio, usando un catalejo de vez en cuando para distinguir las cosas que flotaban en el mar. A medida que avanzaba el día, los hombres dejaron el fuego en la parte trasera de la playa y bajaron al frente del mar, donde las olas arrojaban continuamente nuevos despojos. Y allí todos trabajaron con ahínco, no cada uno por su cuenta, sino todos para hacer un botín común que se repartiría después.

Entre los restos flotantes que se movían fuera de las rompientes, podía ver más de una bola oscura, como boyas negras, subiendo y bajando, y levantándose al paso de la ola, y supe que eran las cabezas de hombres ahogados. Sin embargo, aunque tomé el catalejo de Ratsey y lo escudriñé todo con suficiente cuidado, no pude distinguir nada, pero vi la pinaza flotando boca abajo, y más lejos otro bote abandonado y hundido hasta la regala en el agua. Era mediodía antes de que el primer cuerpo fuera arrojado a la orilla, cuando el cielo se abrió un poco y un sol tenue y acuoso intentaba pasar, y después siguieron otros tres cuerpos. Formaban parte de la tripulación de la pinaza, pues todos tenían el anillo de hierro en la muñeca izquierda, como me dijo Ratsey, que bajó a verlos, aunque no dijo nada de la «Y» marcada a fuego, y los recogieron y los pusieron bajo unas lonas en la parte trasera de la playa, para yacer allí hasta que se les preparara una tumba.

Entonces sentí algo que me dijo que él venía; y vi un cuerpo rodar en la rompiente, y supe que era el que buscaba. Fue arrojado muy cerca de mí, y corrí por la playa sin importarme la espuma blanca ni la resaca, y lo agarré; porque, ¿no había dejado él la línea de rescate la noche anterior y corrido hacia la rompiente para salvar mi

vida sin valor? Ratsey estaba a mi lado, y así entre los dos lo sacamos de la espuma corriente, y entonces le estrujé el agua del pelo, le limpié la cara y, arrodillándome allí, lo besé.

Cuando vieron que habíamos sacado un cuerpo, otros hombres se acercaron y se quedaron mirando al verme manejarlo con tanta ternura. Pero cuando supieron, al fin, que yo era un extraño y tenía el anillo de hierro en la muñeca y una «Y» quemada en la mejilla, se quedaron mirando aún más; hasta que corrió la voz de que yo era el que había salido vivo de la rompiente la noche anterior, y que este pobre cuerpo era mi amigo que había dado su vida por mí. Entonces vi a Ratsey hablar con uno y otro del grupo, y supe que les estaba diciendo nuestros nombres; y algunos que yo había conocido se acercaron y me estrecharon la mano, sin decir nada porque veían que mi corazón estaba lleno; y algunos se inclinaron y miraron el rostro de Elzevir, y tocaron sus manos como para saludarlo. El mar y las piedras habían sido misericordiosos con él, y no mostraba ni magulladura ni herida, pero su rostro tenía una expresión de gran paz, y sus ojos y su boca estaban cerrados. Incluso yo, que sabía dónde estaba, apenas podía ver la marca de la «Y» en su mejilla, pues la palidez de la muerte había borrado el color de la cicatriz y había dejado su rostro tan liso y de un blanco amarillento como las figuras de alabastro de la iglesia de Moonfleet. Su cuerpo estaba desnudo de cintura para arriba, como se había desnudado para saltar del bergantín, y podíamos ver el gran pecho ancho y los músculos hinchados que lo habían sacado de muchos apuros desesperados, y que solo le habían fallado por primera y última vez hacía tan pocas horas.

Se quedaron un rato mirando en silencio al viejo descargador que había desembarcado su última mercancía en la playa de Moonfleet, y luego le colocaron los brazos a los costados, lo envolvieron en una vela y se lo llevaron. Yo caminé a su lado, y al bajar por las praderas marinas, el sol se abrió paso y nos encontramos con pequeños grupos de escolares que se dirigían a la playa para ver qué pasaba con el naufragio. Se hicieron a un lado para dejarnos pasar, los niños quitándose las gorras y las niñas haciendo una reverencia, cuando

supieron que era un pobre cuerpo ahogado el que pasaba; y al ver a los niños creí verme a mí mismo entre ellos, y ya no era un hombre, sino que acababa de salir de las enseñanzas del señor Glennie en el viejo salón del asilo.

Así llegamos al Why Not, y allí lo dejamos. La posada no se había alquilado, como supe después, desde que murió Maskew; y la noche anterior habían encendido un fuego en ella por primera vez, sabiendo que el bergantín naufragaría y pensando que algunos podrían salir con vida y necesitar cuidados. La puerta estaba abierta, y lo llevaron al salón, donde el fuego aún ardía, y lo depositaron en la mesa de caballetes, cubriéndole el rostro y el cuerpo con la vela. Hecho esto, todos se quedaron un rato alrededor, con bastante torpeza, como sin saber qué hacer; y luego se fueron escabullendo uno a uno, porque el duelo es algo que solo las mujeres saben manejar, y querían volver a la playa para conseguir lo que pudieran del naufragio. El último de todos fue el maestro Ratsey, diciendo que veía que yo preferiría estar solo, y que volvería antes del anochecer.

Así me quedé solo con mi amigo muerto y con un tropel de los más amargos pensamientos. La habitación no se había limpiado; había telarañas en las vigas, y el polvo estaba tan espeso en los cristales de las ventanas que impedía el paso de la mitad de la luz. El polvo estaba en todo: en las sillas y las mesas, salvo en la mesa de caballetes donde él yacía. Fue en esta misma mesa donde habían tendido el cuerpo de David; fue en esta misma habitación donde esta forma inmóvil, que nunca más conocería ni alegría ni pena, se había inclinado y llorado sobre su hijo. La habitación estaba tal como la habíamos dejado una tarde de abril, años atrás, y sobre la alacena yacía el gran tablero de backgammon, tan polvoriento que no se podía leer la inscripción en él: «La vida es como un juego de azar; el jugador hábil sacará algo de la peor de las tiradas». ¡Pero qué jugadores tan inhábiles habíamos sido, qué malas nuestras tiradas, qué poco habíamos sacado de ellas!

Estaba ocupado con pensamientos como estos mientras transcurría la corta tarde, y la historia corría de arriba abajo por la

aldea, de cómo Elzevir Block y John Trenchard, que se fueron hace tanto tiempo, habían regresado a Moonfleet, y que el viejo descargador se había ahogado salvando la vida del joven. El crepúsculo se acercaba mientras apartaba la vela de su rostro y echaba otro vistazo a mi amigo perdido, mi único amigo; pues, ¿quién había ahora que se preocupara un ápice por mí? Podría ir y ahogarme en la playa de Moonfleet, por nadie que se afligiera por mí. ¿De qué me servía haber roto las cadenas y ser libre de nuevo? ¿De qué me servía la libertad ahora? ¿Adónde iba a ir, qué iba a hacer? Mi amigo se había ido.

Así que volví y me senté con la cabeza entre las manos mirando el fuego, cuando oí a alguien entrar en la habitación, pero no me volví, pensando que era el maestro Ratsey que había regresado y pisaba con ligereza para no molestarme. Entonces sentí un ligero toque en mi hombro y, al levantar la vista, vi de pie a mi lado a una mujer alta y majestuosa, ya no una muchacha, sino una mujer en la plenitud de su fuerza y belleza juvenil. La reconocí en un instante, pues había cambiado poco, excepto que su rostro ovalado tenía algo más de dignidad, y el pelo leonado que solía volar sobre su espalda estaba ahora recogido. Me miraba desde arriba y dejó reposar su mano en mi hombro.

—John —dijo—, ¿me has olvidado? ¿No puedo compartir tu pena? ¿No pensaste en decirme que habías vuelto? ¿No viste la luz, no sabías que había una amiga que te esperaba?

No dije nada, incapaz de hablar, pero maravillándome de cómo había llegado justo en el momento preciso para demostrarme que estaba equivocado al pensar que no tenía amigos; y ella continuó:

—¿Está bien que estés aquí? No te aflijas tan tristemente, pues nadie podría haber muerto más noblemente de lo que él murió; y en estos años que has estado fuera, he pensado mucho en él y he descubierto que tenía un buen corazón, y si hizo algo malo fue porque otros le hicieron más mal a él.

Y mientras hablaba, pensé en cómo Elzevir había ido a disparar a su padre, y solo había fallado por un pelo, y sin embargo ella hablaba tan bien que pensé que él nunca tuvo la intención de disparar, sino solo de asustar al magistrado. ¡Y qué torbellino del tiempo era este, que yo hubiera salvado a Elzevir de tener esa mancha en su conciencia, y que luego él salvara mi vida, y que ahora la hija de Maskew fuera la que elogiara a Elzevir cuando yacía muerto! Y todavía no podía hablar.

Y de nuevo dijo ella:

—John, ¿no tienes una palabra para mí? ¿Has olvidado? ¿Ya no me quieres? ¿No tengo parte en tu pena?

Entonces tomé su mano en la mía, la llevé a mis labios y dije:

—Querida señora Grace, no he olvidado nada y os honro por encima de todos; pero de amor no puedo hablaros más, ni vos a mí, pues ya no somos niño y niña como en tiempos pasados, sino vos una noble dama y yo un desdichado despojo. —Y con eso le conté cómo había estado diez años prisionero, y por qué, y le mostré el anillo de hierro en mi muñeca y la marca en mi mejilla.

Se quedó mirando la marca y dijo:

—No hables de riqueza; no es la riqueza lo que hace a los hombres, y si has vuelto no más rico de lo que te fuiste, no has vuelto más pobre, ni más pobre, John, en honor. Y yo soy rica y tengo más riqueza de la que puedo usar correctamente, así que no hables de estas cosas; sino alégrate de ser pobre y de que no se te permitiera beneficiarte de ese tesoro maligno. Pero en cuanto a esta marca, no es para mí un nombre de prisión, sino la insignia de los Mohune, para mostrar que eres de ellos y debes cumplir sus órdenes. ¿No te dije: «Ten cuidado al tocar el tesoro; fue mal habido y traerá una maldición consigo»? Pero ahora, te ruego, con mayor seriedad, viendo que llevas esta marca sobre ti, que no toques ni un penique de ese tesoro si algún día vuelve a tus manos, sino que lo destines a los usos que el coronel Mohune pensó que ayudarían a su alma pecadora.

Con eso retiró su mano de la mía y me dio las «buenas noches», dejándome en la habitación que oscurecía con el resplandor del fuego iluminando la vela y el contorno del cuerpo que yacía debajo de ella. Después de que se fue, reflexioné largo y tendido sobre lo que había dicho, y sobre lo que podría significar cuando habló de que el tesoro algún día volvería a mí; pero me maravillé mucho más al descubrir cuán constante es el amor de una mujer, y cómo todavía podía encontrar un lugar en su corazón para una cosa tan pobre como yo. Pero en cuanto a lo que dijo, iba a saber su significado esa misma noche.

El maestro Ratsey había entrado y se había ido de nuevo, no deteniéndose mucho conmigo, porque había mucho que hacer en la playa; pero pidiéndome que estuviera de buen ánimo y no temiera a la ley; pues la proscripción contra mí y el precio por mi cabeza habían prescrito hacía muchos años. Fue Grace quien había hecho que sus abogados se movieran para esto, negándose ella misma a firmar la orden de busca y captura y diciendo que el disparo fatal fue accidental. Y así, un temor que apenas despertaba fue acallado para siempre; y cuando Ratsey se fue, avivé el fuego y me tumbé en las mantas delante de él, pues estaba muerto de cansancio y anhelaba dormir. Ya estaba adormilado, pero no dormido, cuando llamaron a la puerta y entró el señor Glennie. Había envejecido y se encorvaba un poco, como pude ver a la luz del fuego, pero a pesar de todo lo reconocí de inmediato y, sentándome, le ofrecí la bienvenida que pude.

Me miró con curiosidad al principio, como tomando nota del hombre barbudo en que se había convertido el niño que recordaba, pero me saludó muy amablemente y se sentó a mi lado en un banco. Primero, levantó la vela del cuerpo muerto y miró el rostro dormido. Luego sacó un Libro de Oración Común, leyó el Commendamus sobre el muerto y me dio consuelo espiritual, y por último, se puso a hablar del pasado. De él supe algo de lo que había sucedido mientras estuve fuera, aunque, a decir verdad, no había sucedido nada en absoluto, excepto unas pocas muertes, pues ese es el único tipo de cambio que esperamos en Moonfleet. Y entre los

que habían fallecido estaba la señorita Arnold, mi tía, así que tenía un amigo menos, si es que debía considerarla una amiga: pues aunque me quería bien, mostraba su cuidado con demasiada severidad para que yo la amara, y así, en mi gran dolor por Elzevir, no encontré lugar para afligirme por ella.

Ya fuera por el consuelo espiritual que el señor Glennie me ofreció, o porque señaló cuántos motivos de agradecimiento tenía por haber sido liberado de la prisión y salvado de una muerte inminente, lo cierto es que sentí cierto alivio de la pena y hallé placer en su conversación.

—Y aunque algunos podrían reprenderme —dijo— por presumir de referirme a autores profanos después de citar las Sagradas Escrituras, no puedo abstenerme de decir que incluso el gran poeta Homero aconseja moderación en el duelo, «pues rápidamente —dice— llega la saciedad de la fría aflicción».

Después de esto, pensé que se iba, pero carraspeó de tal manera que adiviné que tenía algo importante que decir, y sacó un largo papel azul doblado de su bolsillo.

—Hijo mío —dijo, abriéndolo pausadamente y alisándolo sobre su rodilla—, nunca debemos denigrar a la Fortuna, y al hablar de la Fortuna solo uso esa denominación en nuestro pobre sentido humano, y no implico que haya Azar alguno que no esté sujeto a una Providencia soberana; nunca, digo, debemos denigrar a la Fortuna, pues justo en el momento en que parece habernos abandonado, puede que solo se haya ido a buscar algún tesoro riquísimo para traerlo de vuelta consigo. Y que esto es así, que lo pruebe lo que estoy a punto de leeros; así que enciende una vela y ponla a mi lado, pues mis ojos no pueden seguir la escritura con esta luz danzante del fuego.

Tomé un cabo de vela que estaba en la repisa de la chimenea e hice lo que me pidió, y él continuó:

—Te leeré esta carta que recibí hace casi ocho años, y de su importancia juzgarás tú mismo.

No transcribiré aquí esa carta completa, aunque la tengo conmigo, sino que la resumiré, porque era de un abogado, adornada con frases prolijas e hilvanada como suelen ser tales cartas para dar pie después a un cargo mayor. Estaba dirigida al Reverendo Horace Glennie, Párroco Perpetuo de Moonfleet, en el Condado de Dorset, Inglaterra, y escrita en inglés por Heer Roosten, Procurador y Notario de La Haya, en el Reino de Holanda. Exponía que un tal Krispijn Aldobrand, joyero y comerciante de piedras preciosas de La Haya, había mandado llamar a Heer Roosten para que le redactara un testamento. Y que dicho Krispijn Aldobrand, próximo a su fin, había declarado a dicho Heer Roosten que él, Aldobrand, deseaba dejar todos sus bienes a un tal John Trenchard, de Moonfleet, Dorset, en el Reino de Inglaterra. Y que se veía movido a ello, primero, por la consideración de que él, Aldobrand, no tenía hijos a quienes dejar nada; y segundo, porque deseaba hacer una restitución plena y adecuada a John Trenchard, por haber obtenido una vez de dicho John un diamante sin pagar el precio justo por él. Dicha piedra, él, Aldobrand, la había vendido y convertido en dinero, y habiéndolo hecho, descubrió después que tanto su fortuna como su salud declinaban; de modo que, aunque tenía grandes riquezas antes de poseer el diamante, estas se habían desvanecido de inmediato a través de empresas y especulaciones desafortunadas, hasta que poco le quedaba más que el dinero que este mismo diamante había traído. Por lo tanto, dejaba a John Trenchard todo lo que poseyera al morir, y estando próximo a la muerte, le rogaba su perdón si lo había agraviado en algo. Estas fueron las instrucciones que Heer Roosten recibió del señor Aldobrand, cuya salud declinó sensiblemente, hasta que tres meses después murió. Fue bueno, añadió Heer Roosten, que el testamento se hubiera redactado a tiempo, pues a medida que el señor Aldobrand se debilitaba, se convirtió en presa de delirios, diciendo que John Trenchard había echado una maldición sobre el diamante, y profesando incluso relatar las palabras de la misma, a saber, que «traería el mal en esta vida y la condenación en la venidera». Y no solo eso, pues no podía dormir, sino que se despertaba con una horrible pesadilla en la que, según informó a Heer Roosten, veía continuamente a un hombre

alto con rostro cobrizo y barba negra descorrer las cortinas de la cama y burlarse de él. Así llegó finalmente a su fin, y después de su muerte, Heer Roosten se esforzó por dar efecto a la disposición del testamento, escribiendo a John Trenchard, en Moonfleet, Dorset, para informarle de que había sido nombrado único heredero. Esa dirección, en efecto, era toda la indicación que Aldobrand había dado, aunque prometía constantemente a su procurador que le daría información más precisa sobre el paradero de Trenchard a su debido tiempo. Esta información, sin embargo, siempre se posponía, quizás porque Aldobrand esperaba mejorar y arrepentirse así de su arrepentimiento. De modo que todo lo que Heer Roosten tuvo que hacer fue escribir a Trenchard en Moonfleet, y a su debido tiempo la carta le fue devuelta, con la información de que Trenchard había huido de aquel lugar para escapar de la ley y que entonces no se le podía encontrar en ninguna parte. Después de eso, se le aconsejó a Heer Roosten que escribiera al ministro de la parroquia, y así dirigió estas líneas al señor Glennie.

Este era el meollo de la carta que leyó el señor Glennie, y podéis imaginar fácilmente cómo tales noticias me conmovieron, y cómo nos sentamos hasta bien entrada la noche hablando y considerando qué pasos era mejor tomar, pues temíamos que, habiendo transcurrido un intervalo tan largo como ocho años, los abogados pudieran haber hecho alguna otra disposición del dinero. Era medianoche cuando el señor Glennie se fue. La vela se había consumido hacía mucho, pero el fuego estaba vivo, y él se arrodilló un momento junto a la mesa de caballetes antes de salir.

—Tuvo un buen final, John —dijo, levantándose de sus rodillas—, y ruego que nuestro final sea por una causa tan buena cuando llegue. Porque para el mejor de nosotros, la hora de la muerte es una hora terrible, y bien podemos rezar, como cada domingo, para ser librados en ella. Pero hay otro momento que aquellos que escribieron esta Letanía consideraron no menos peligroso, y nos pidieron que rezáramos para ser librados en todo tiempo de nuestra riqueza. Así que ruego que si, después de todo, esta riqueza llega a tus manos, seas guiado a usarla bien; pues aunque no creo en

cuentos necios, ni pienso que una maldición penda sobre las riquezas mismas, sin embargo, si las riquezas han sido apartadas para un buen propósito, incluso por hombres malvados, como el coronel John Mohune apartó este tesoro, no puede ser sino que haremos un grave mal al darles otro uso. Así que, adiós, y recuerda que hay otros tesoros además de este, y que el amor de una buena mujer vale mucho más que todo el oro y las joyas del mundo... como yo supe una vez. —Y con eso me dejó.

Adiviné que había hablado con Grace aquel día, y mientras me adormilaba frente al fuego, solo en aquella vieja habitación que tan bien conocía, solo con aquel amigo silencioso que había muerto para salvarme, no lo lloré menos, pero sin embargo no me afligí como quien no tiene esperanza.

¿Qué necesidad hay de contar esta historia con más extensión, ya que podéis saber, por el hecho de que la cuento, que todo salió bien? Pues, ¿qué hombre se sentaría a escribir una historia que terminara en su propia desventura? Toda aquella gran riqueza llegó a mis manos, y si no digo cuán grande fue, es para no despertar envidia, pues fue mucho más de lo que jamás podría haber pensado. Y de ese dinero nunca toqué un céntimo, habiendo aprendido una amarga lección en el pasado, sino que lo invertí en buenas obras, con el señor Glennie y Grace para ayudarme. Primero, reconstruimos y ampliamos el asilo más allá de todo lo que el coronel John Mohune podría haber imaginado, y lo establecimos de tal manera que fuera un refugio para siempre para todos los marineros agotados de aquella costa. Luego, buscamos la guía de los Hermanos de la Trinidad y construimos un faro en el Snout, para que fuera una baliza del Canal para los barcos de altura, como la cerilla de Maskew había sido una luz para nuestros barcos de pesca en el pasado. Por último, embellecimos la iglesia, quitando los pesados asientos de roble y colocando pulcramente bancos de pino y paño, que la hacían muy cómoda para sentarse el día del Señor. También había mucho vidrio viejo que retiramos, y volvimos a acristalar todas las ventanas herméticamente contra el viento, de modo que entre un púlpito alto, un atril de lectura y un asiento para el señor Sacristán y nuevas

tablas de los Mandamientos a cada lado de la Santa Mesa, no había iglesia que pudiera competir con la nuestra en la comarca. Pero aquella gran cripta de abajo, con sus recuerdos, fue puesta en orden y luego tapiada con seguridad, y después de eso nunca más se supo de Barbanegra y sus Mohunes perdidos. Y en cuanto a los descargadores, no puedo decir adónde fueron; y si todavía se desembarca una mercancía en una noche oscura en la playa, no sé nada de ello, siendo yo tanto Señor de la Casa Solariega como Juez de Paz.

El pueblo también se renovó con el nuevo asilo y la iglesia. Se reconstruyeron casas viejas y se levantaron otras nuevas, y todas son nuestras, excepto el Why Not, que sigue siendo la Posada del Ducado. Y esa se alquiló de nuevo, y los hombres dejaron el Choughs en Ringstave y volvieron a su antiguo refugio, y cualquier marinero náufrago o fatigado por el viaje encontraba comida y bienvenida dentro de sus puertas.

Y del Hospital Mohune —pues así se llamaba ahora el asilo—, el maestro Glennie fue el primer director, con hermosas habitaciones y una completa biblioteca, y el maestro Ratsey, jefe de los Asilados. Allí pasaron días más felices, hasta que fueron recogidos en la plenitud de sus años; y duermen en el lado soleado de la iglesia, al alcance del sonido del mar, junto a aquel gran contrafuerte donde una vez encontré al maestro Ratsey escuchando con la oreja pegada al suelo. Y junto a ellos yace Elzevir Block, el más fiel y el más amado por mí, con un texto en su lápida: «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por su amigo», y algunos de los versos del señor Glennie.

Y de nosotros mismos, permitidme hablar al final. La Casa Solariega es de nuevo un hogar majestuoso, con céspedes cuidados y balaustradas aterrazadas, donde podemos sentarnos y ver el fino humo azul pender sobre la aldea en las tardes de verano. Y en los bosques de la Casa Solariega, mi esposa y yo hemos visto jugar a una pequeña Grace y a un pequeño John y a un pequeño Elzevir, nuestro primogénito; y ahora nuestra hija ha crecido, hermosa para

nosotros como las esquinas pulidas del Templo, y nuestros hijos se han ido a servir al rey Jorge en mar y tierra. Pero en cuanto a nosotros, a Grace y a mí, nunca dejamos este nuestro feliz Moonfleet, contentos de ver el alba teñir de oro la larga línea de los acantilados y la noche caminar sobre el rocío de las praderas; de observar la primavera vestir de verde las ramas de las hayas o los higos madurar en el muro del sur; mientras detrás de todo se extiende como una cortina el mar eterno, siempre el mismo y siempre cambiante. Sin embargo, me encanta verlo sobre todo cuando es azotado hasta la locura en el vendaval de otoño, y oír el rugido rechinante y el batir de los guijarros como un gran órgano tocando toda la noche. Es entonces cuando me doy la vuelta en la cama y doy gracias a Dios, más de corazón, quizás, que cualquier otro hombre vivo, por no estar luchando por mi vida en la playa de Moonfleet. Y más de una vez he estado, cabo en mano, en aquel mismo lugar espantoso, e intentado salvar a un desdichado que luchaba; pero nunca vi a nadie salir vivo de la rompiente, en una noche como aquella en que él me salvó.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB